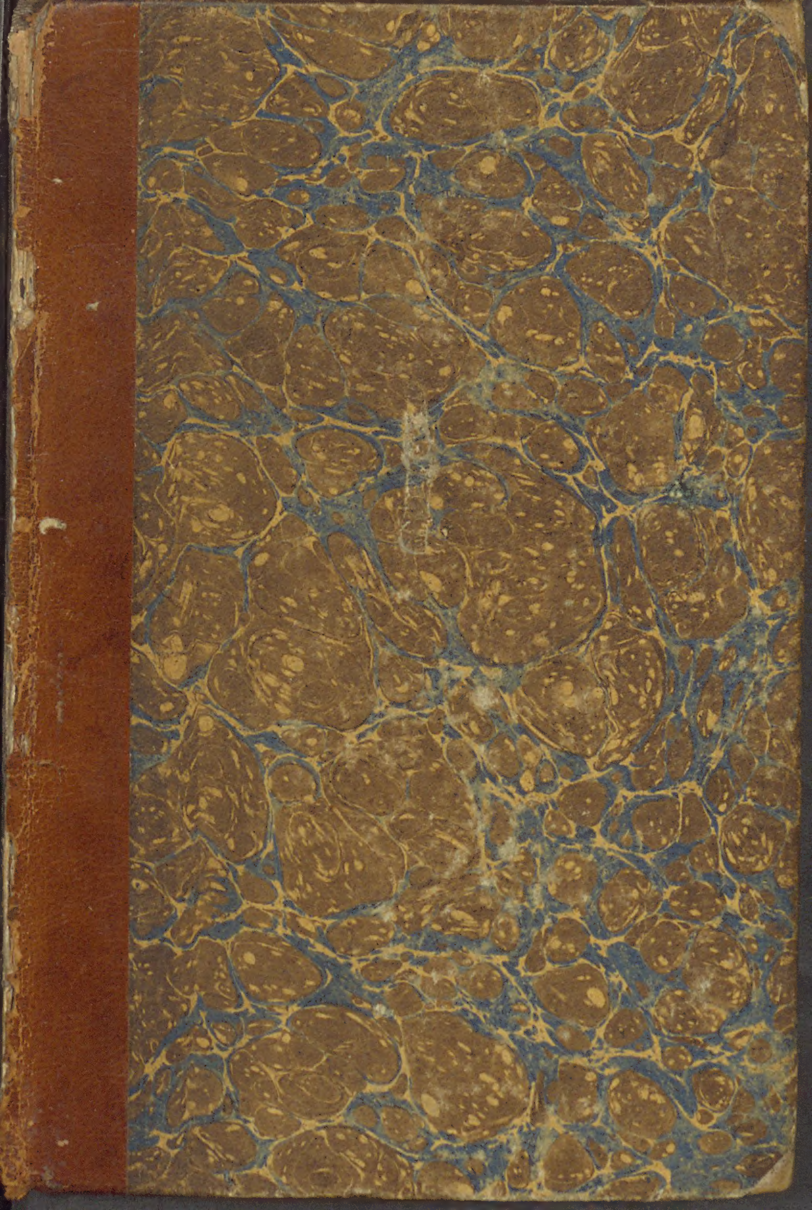






278-220

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO IX.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO IX.

MADRID: Febrero, 1831.
Oficina de D. J. Palacios,
calle del Factor.

INTRODUCCION

del Traductor

A LA HISTORIA MODERNA.

Hemos concluido la historia de los pueblos de la antigüedad. En la caida del imperio romano acabó enteramente *la vida del foro*, *la religion de los sentidos* y el sistema de la *libertad política* ilimitada; no porque algunos siglos antes no se hubiesen casi estinguido *de hecho* estos tres caracteres de la organizacion social de los pueblos antiguos, sino porque solo bajo el dominio de los bárbaros dejaron de ser *instituciones*, y dieron lugar á nuevas costumbres é ideas.

En el gran intervalo que hemos recorrido desde la ley escrita hasta la conquista de Italia por Odoacre, se notan las siguientes revoluciones principales: 1.ª, la conquista del Asia y el Egipto por los persas; último es-

fuerzo del principio despótico en la antigüedad: 2.ª, el esplendor de Atenas y Esparta; último esfuerzo del principio democrático: 3.ª, la conquista del Asia por los macedonios; triunfo definitivo del valor y la disciplina contra el número: 4.ª, la subyugacion del mundo por los romanos; victoria del gobierno misto sobre las simples democracias ó monarquías: 5.ª, la ruina de la república romana y fundacion del imperio; efecto ordinario de la opulencia producida por las conquistas: 6.ª, la ruina del imperio por la invasion de los bárbaros del Norte; grande catástrofe que dió origen á las sociedades y monarquías modernas. Hemos procurado, siguiendo el testo de nuestro original, manifestar las causas y efectos de estas revoluciones políticas.

Ni nos hemos olvidado de la gran revolucion moral que produjo en el mundo la predicacion del cristianismo. El Evangelio, proclamando una doctrina pura é interior, y buscando en lo mas profundo de los corazones los vicios para debelarlos, estableció

un nuevo elemento de sociedad; es decir, la comunicacion del hombre con Dios, en la cual y por la cual adquirieron nuevo vigor las virtudes fuertes, nueva delicadeza las suaves; y el mortal cumplió los deberes de padre de familia, de ciudadano y de magistrado por un motivo mas sublime y activo que los de la ambicion individual ó nacional que hasta entonces fueran la única regla de su conducta. La igualdad de todos los hombres ante Dios; la sumision á las potestades legales, salvo el imperio de la conciencia; la ruina de la esclavitud doméstica; la emancipacion del bello sexo; en fin, una política mas humana fueron los resultados *sociales* del principio cristiano.

A la verdad estos resultados no se conocieron de una vez, ni pudieron lograrse sino paulatinamente bajo los emperadores de Roma, desde Constantino que dió la paz á la Iglesia, ni en el imperio griego. Como la autoridad imperial se componia de las diversas magistraturas de la república, siendo una de ellas la de sumo ponti-

fice, los emperadores cristianos, sucesores de Constantino, se creyeron en virtud de esta dignidad con la facultad de inspeccion sobre los asuntos religiosos: inspeccion que algunos pretendieron estender hasta el dogma, á pesar de las reclamaciones de la Iglesia, que siempre insistió en que la proteccion del príncipe no destruyese la santa libertad del Evangelio. No bien deslindados los límites entre la autoridad temporal del emperador, y la espiritual de los ministros de la Iglesia, debió suceder y efectivamente sucedió, que la intervencion de los emperadores impidiese al principio cristiano desenvolverse y producir sus efectos con la rapidez deseable, y aun que degenerase adulterado en las heregías y cismas que han afligido la Iglesia de oriente, desde Arrio hasta nuestros dias. Pero la observacion mas importante y que caracteriza esencialmente el cristianismo del imperio de Constantinopla, es que jamas llegó á ser en él *un principio político*. El sacerdocio estuvo sometido á los emperadores, como ahora lo está á los sulta-

nes, aunque de diferente religion; y aunque en tiempo de príncipes cristianos era respetado, nunca tuvo una influencia *legal* y pública en los negocios del imperio. Al contrario, los emperadores intervinieron mas de lo justo en los negocios de la Iglesia. La causa de este fenómeno fue la parte de autoridad que los emperadores se atribuian desde la paz dada á la Iglesia por Constantino en los asuntos religiosos; y sus efectos, el gran número de heregías favorecidas y castigadas alternativamente por el príncipe secular, y sobre todo *las penas eclesiásticas*, usadas esclusivamente contra los dogmatizantes. Las crueldades ó castigos temporales impuestos por los emperadores, eran mas bien actos de arbitrariedad, que consecuencias de un sistema de legislacion; y la prueba es, que en tiempo de príncipes adictos á la heregía solian recaer estas persecuciones sobre los ortodoxos.

Muy de otro modo pasaron las cosas en el occidente europeo. Destruido el imperio romano, y establecidas

las naciones bárbaras del norte en sus diferentes provincias, no hubo, rigorosamente hablando, ninguna organizacion social. Los vencedores fueron dueños de la mayor parte de las tierras, y quedaron obligados por ellas al servicio militar: los antiguos habitantes reducidos á cierta especie de esclavitud: las leyes eran todas favorables á los conquistadores: no se reconocian ni mas juicios ni mas derecho que el de la espada. Los reyes eran generales de los ejércitos y nada mas. Una aristocracia, opresora de los vencidos y turbulenta contra su monarca, no permitia que se oyese en ninguna parte la voz de la justicia ni de la razon. La luz de las artes y ciencias romanas se habia sumergido en las mas densas tinieblas: los crímenes mas horrendos se cometian con la mayor serenidad si el poder favorecia al delincuente. La monarquía electiva, la aristocracia tiránica á un tiempo y republicana, el pueblo esclavo, las costumbres feroces y corrompidas, la falta completa de administracion y órden en todos los ramos; y en fin,

las contínuas guerras civiles manifestaban bien á las claras la ausencia absoluta de todo *principio político*, de toda *máxima comun* que ligase entre sí las diferentes clases de las naciones.

Pero como no hay individuo ni sociedad alguna que no posea el instinto segurísimo de su conservacion, fue necesario que los pueblos, por no volver al caos de la anarquía, en defecto de los lazos *materiales* que unen hoy dia á los individuos y los unieron antiguamente en Grecia é Italia, adoptasen el único principio *comun* á reyes y vasallos, á conquistadores y á conquistados: este era en aquella época la religion cristiana que profesaban los pueblos sometidos, y que adoptaron sus feroces conquistadores. *Erigióse, pues, el cristianismo en poder político y visible*. De aqui la autoridad temporal de los obispos y abades: de aqui la sumision de los reyes al sacerdocio: de aqui el derecho de asilo abierto en los monasterios á las artes útiles y á las letras: de aqui *las treguas de Dios*: de aqui la terminacion de muchas guerras sangrientas y de-

vastadoras por la interposicion de un varon respetado por su santidad. Toda la influencia del principio *religioso* durante la edad media se esplica por la fuerza *política* que los reyes, grandes y naciones le dieron, no teniendo otras máximas ni otro motivo de union que las doctrinas del Evangelio.

El principio religioso fue el que sostuvo en España la larga lid de ocho siglos contra los mahometanos: él fue quien armó toda la Francia bajo Carlos Martel para la batalla de Tours: él quien libertó la Sicilia y la Italia del poder de los sarracenos: él quien civilizó las provincias del norte de Europa y el nuevo mundo: él quien dió la primer idea de los parlamentos, modelados al principio por los sínodos, en que los obispos representaban sus iglesias, y que en varios paises tomaron, como en España, el mismo nombre de concilios: él quien difundió el estudio y aplicacion del derecho romano: él quien creó la supremacía de los sumos pontífices sobre los reyes: él, en fin, quien impelió toda la Europa contra el Asia en las me-

morables espediciones de las cruzadas, y quien descubrió á los pueblos de occidente los elementos de la antigua civilizacion en los mismos paises donde la piedad los llevaba á morir en defensa de su religion.

Es imposible, pues, desconocer esta verdad; á saber, que en el occidente europeo, invadido por los bárbaros, la religion fue una potencia política, cuando faltaban todos los demas principios protectores de la sociedad. Pues ahora bien, es imposible concebir *una fuerza política sin poder coercitivo*. Fue preciso promulgar leyes contra los transgresores de la religion, y estas leyes fueron severas; porque el delito de heregía fue entonces un delito de alta traicion contra la primera autoridad del estado. Fue un deber hacer guerra á los mahometanos, á los hereges y á los idólatras, por la misma razon que una potencia hace la guerra á sus enemigas. Estas hostilidades no las hacia por sí mismo el cristianismo, que no reconoce mas armas que la persuasion; sino las naciones y los poderes civiles que te-

nian que defender en él el primero y el único vínculo de la sociedad.

Meditando sobre estas reflexiones, se podrá valuar el aprecio que merecen las diatribas y sarcasmos de los filósofos del siglo XVIII contra la supuesta intolerancia y fanatismo á que atribuyen las guerras religiosas, y los suplicios, destrozos y matanzas por delito de heregía. Si hubieran ascendido á la verdadera causa de esos tristes efectos, hubieran visto que fueron una consecuencia natural de haber elegido por principio político el único que existia en la época que se fundaron las sociedades modernas de Europa. El despotismo en el oriente, la libertad en la antigua Grecia, la ambicion de los magnates en Roma, la autoridad militar de los sucesores de Augusto; y en fin, las querellas de los reyes han hecho derramar mucha mas sangre.

Cuando al renacer las luces, la misma religion cristiana indicó las verdaderas basas del órden social en la justicia de los gobernantes, en el bienestar de los súbditos, en la fuerza

protectora de los príncipes, y en los progresos de las ciencias y de la industria, fue poco á poco abdicando la autoridad temporal que habia ejercido como una dictadura necesaria, y reduciéndose á la mision divina que recibió de su legislador, es decir, á ser el grande agente moral de las sociedades civiles.

Nos hemos estendido tanto en estas observaciones, porque ellas esplican el uso que las naciones modernas de Europa han hecho en sus principios del cristianismo, y porque ellas solas bastan para destruir las calumnias con que una filosofía, ó superficial ó mal intencionada, ha denigrado la religion y el sacerdocio. Mandaron el mundo cuando nadie sino ellos podian mandarlo; y se sostuvieron en el mando con el mismo medio que se sostiene toda autoridad política, esto es, con las leyes y con la fuerza. Esta observacion es dominante en toda la historia de los siglos medios.

En la antigua hemos podido seguir los sucesos sin gran dificultad por la correlacion que llevan unos con otros.

Las antiguas monarquías de Egipto y Asia; luego Grecia, y últimamente Roma, fueron los grandes centros de poder, y cada uno atrajo á sí todo el mundo civilizado de su tiempo. Asi que, no hemos tenido que hacer adiciones en esta gran division de la historia. No podremos seguir un orden análogo en la moderna; 1.° porque en esta no ha habido ningun pueblo dominador: 2.° porque la historia de cada nacion merece una atencion particular: 3.° porque si bien el imperio griego y la Francia han sido dos centros de accion muy considerables; sin embargo, casi todas las naciones en algunas épocas, y con independencia de dichos centros, han tenido una influencia, ya mas, ya menos directa, en los negocios del mundo; y es indispensable que en una historia universal se fije la atencion sobre ellas en sus periodos gloriosos.

Ha sido necesario, pues, en *las historias del imperio de oriente y de Francia*, escritas por el conde de Segur, interpolar, digámoslo asi, las de las otras naciones; y el método de inter-

polacion que mas natural y útil nos ha parecido, en la narracion de los sucesos de estas naciones en capítulos adicionales. De este modo se logra la ventaja de conservar la unidad de los hechos históricos, pues los capítulos adicionales se colocarán en la parte de la historia que mas conveniente parezca para manifestar el orígen y progresos de la nacion de que se trata en ellos, y al mismo tiempo se proporciona á los lectores que puedan leer seguida la historia de cada nacion en los capítulos adicionales que la correspondan, en cuyos títulos se pondrá al frente el nombre de dicha nacion.

Ultimamente, debemos advertir á nuestros lectores que en esta *Historia universal* no se omitirá ningun hecho importante, señaladamente de aquellos que han sido causas ó efectos de las grandes revoluciones; ó que por su interes literario ó moral deban escitar la curiosidad. Prometemos tambien la debida imparcialidad en los juicios, sin dejarnos nunca guiar por odios ó afecciones nacionales. Nues-

tro norte será siempre *la justicia*, única fuente de la verdadera política.

Fin de la introduccion á la Historia moderna.

HISTORIA DE ORIENTE.

CAPITULO VII.

Zenon. Anastasio.

Zenon, emperador. Invasion de Genserico en el imperio de oriente. Conspiracion de Basilisco. Henótico de Zenon. Muerte de Ilo y Leoncio. Espedicion de Teodorico en Italia. Batalla del Adda: los ostrogodos dueños de Italia. Anastasio, emperador. Guerra con los sarracenos y búlgaros. Invasion de Cavades, rey de Persia, en Armenia. Sitio de Amida por Cavádes. Alianza de Anastasio y Clodoveo, y consulado de éste. Conjuracion de Vitaliano y sitio de Constantinopla.

ZENON, *emperador*. (474.) El imperio de occidente, despues de una resistencia, mas prolongada por su fama que por sus recursos, iba á caer en manos de los bárbaros. Estos repartian sus despojos, fundaban sobre sus ruinas los reinos de la Europa, y despues de derribar á los emperadores romanos, se desdeñaron de tomar este título, harto envilecido por los últimos príncipes que lo habian llevado. La caida de Roma es la grande época que separa la historia antigua de la moderna, la cual comienza con el reinado de Odoacre en Italia, el 2.º año del de Zenon en oriente (476). Un nuevo órden de cosas, nuevas potencias, nuevas costumbres van á ofrecerse á nuestra vista. Las antiguas instituciones han perecido: otra religion domina en los ánimos: ha desaparecido el amor y hasta la memoria de la libertad política: la historia olvida las virtudes del foro: el poder se concentra en el príncipe, limitado y á veces destruido por la oposicion de los grandes y por el ascendiente del sacerdocio· las naciones caen en la servidumbre; y durante muchos siglos estos pueblos bárbaros, sumergidos en la ignorancia, sometidos al despotismo ó entrega-

dos á la anarquía, solo brillarán por el esplendor de las armas. Perecieron las luces y la elocuencia: las ciencias se conservaron solamente en los asilos que la religion les abrió en los monasterios: no hubo mas principio político que la fuerza ciega, solo tal vez sometida á la accion siempre vigente del cristianismo. Para contar con algun órden los sucesos memorables de esta nueva época, habiendo escrito hasta ahora la historia de los sucesores de Constantino el grande, no la interrumpirémos; seguirémos la narracion de los sucesos de oriente, cuyos príncipes con pocos medios y grandes pretensiones conservaron por mucho tiempo el título de emperadores romanos, siendo muy pocos los que fueron dignos de él por sus virtudes y acciones. Continuarémos la historia de su decadencia hasta la época en que Mahomet II derribó su trono, se apoderó de Constantinopla, desterró la cruz en oriente, ensalzó la media luna y sometió todos aquellos paises á los errores y al despotismo bárbaro del Alcoran. Volverémos luego á la Europa occidental, donde la Francia, despejada algun tanto la barbárie, se elevó gloriosamente sobre las ruinas de Roma, y fundó por el genio de Carlomagno el nuevo im-

perio de occidente. Antes de comenzar el reinado de Zenon, primer emperador de oriente de esta nueva época, recordarémos en pocas palabras los sucesos que precedieron á su elevacion: sucesos cuya narracion interrumpimos para contar la grande catástrofe de Italia.

Despues de la muerte del emperador Marciano, el hombre mas poderoso en los campamentos, en los ejércitos y en la corte era Aspar, alano de nacion. Habiendo ascendido por su valor á las mas altas dignidades, aspiraba al imperio y se creia digno de él; pero siendo arriano y temiendo la oposicion del pueblo y de gran parte del senado, católicos celosos, esperó gobernar el estado sin ceñir la corona, é hizo elegir por emperador á Leon, mayordomo de sus posesiones. Este sirviente coronado prometió obedecerle y dar el título de césar á uno de sus tres hijos. Leon, proclamado por el senado, quiso dar á su eleccion imprevista una sancion sagrada, y el patriarca Anatolio le coronó. Esta fue la primer ceremonia en que el sacerdocio intervino para consolidar el poder de los príncipes. Desde que Leon se vió en el trono, se hizo independiente de Aspar, el cual conoció aunque tarde que se habia dado un dueño. Leon era ver-

sado en la literatura; tenia la astucia de un griego y la prudencia de un cortesano. Quiso reparar el desórden del erario, y por eso se le tachó de avaro. Su posicion y las costumbres del siglo le obligaron tal vez á ser cruel: durante todo su reinado se sostuvo mas por la intriga que por la fuerza, y conservó la seguridad del imperio dividiendo sus enemigos sin vencerlos. Su esposa Verina, mientras él vivió, afectó ser virtuosa; pero despues de su muerte se entregó á la liviandad. La primer vez que sus ejércitos combatieron, lograron una gran victoria contra los hunnos de Asia, que habian invadido la provincia del Ponto. Las heregías turbaban siempre la tranquilidad en Ásia y Egipto. En estas provincias se pedia á gritos la convocacion de un concilio. El emperador, de acuerdo con el papa y los metropolitanos, declaró que todos debian someterse á las decisiones del concilio de Calcedonia. Los ostrogodos renovaban la guerra en Iliria: Antemio, yerno de Marciano, los derrotó y los obligó á hacer la paz; bien que Leon, á pesar de su victoria, se sometió por el tratado á pagar un tributo anual de 300 libras de oro, lo que era comprar la paz é incitar á la guerra. Los ostrogodos le dieron en rehenes al jóven prín-

cipe Teodorico, que á la sazon tenia ocho años. Este niño llegó á ser un héroe, y su cautiverio fue quizá una de las causas de su elevacion, porque en las escuelas de Bizancio y en los campamentos romanos adquirió las luces que le dieron tanta fama y le hicieron vencedor de Odoacre y de Italia. Al mismo tiempo llegaron á Constantinopla la viuda de Valentiniano, y su hija Placidia, enviadas por Genserico, rey de los vándalos, que retuvo á Eudoxia, hermana de Placidia, obligándola á casar, como ya hemos dicho, con su hijo Hunerico; pero esta princesa que detestaba el arrianismo, huyó del trono y buscó un asilo en Jerusalen, donde acabó sus dias. Entonces era comun el ardor de entrar en las órdenes religiosas: los campos hubieran quedado desiertos á no haber pagado á los bárbaros para que los cultivasen y defendiesen. El emperador apenas tenia ejércitos para proteger el imperio, y diariamente se formaban y enriquecian nuevas comunidades, cuyo número se aumentaba de un modo increible. Deseando Leon salvar á Roma de los vándalos, en lugar de generales envió embajadores á Genserico, y dió muy pocos auxilios á Ricimero. Solo una vez, reuniendo todas las fuerzas del imperio, em-

prendió con vigor echar á los vándalos de Africa; pero en lugar de escoger para esta espedicion el mas hábil de sus generales, cedió á las instancias de su muger, y confió á Basilisco, su cuñado, el mando de la escuadra y del ejército. Ya hemos dicho que á pesar de sus primeras victorias, Genserico le engañó con una tregua adquirida á fuerza de oro, destruyó su escuadra, y le obligó á huir. Cuando se presentó en Constantinopla, el pueblo pedia su muerte; pero Aspar y Verina hicieron que se le condenase al destierro para salvar su vida. Otro ejército imperial fue derrotado por los godos. El hijo y sucesor de Atila, fundando su esperanza en la debilidad del imperio, marchó contra Constantinopla; pero los romanos, defendidos entonces por Valamiro, rey de los godos, envolvieron á los hunnos y los esterminaron, bien que Valamiro pereció en la batalla. Los godos vengaron su muerte, haciendo en los hunnos espantosa carnicería, y nombraron para sucederle á su hermano Teodorico. Antemio habia contribuido mucho á esta victoria por su valor. Debiasele el restablecimiento de la disciplina militar: el imperio de occidente fue, como ya hemos visto, su recompensa. Constantinopla, tan corrompida y

tan mal gobernada como Roma, parecia tan próxima á su ruina como la antigua capital del mundo; pero la division de sus enemigos la salvó. La Persia estaba destrozada por la guerra civil en que Hormisdas y Peroso se disputaban la corona. Peroso triunfó, mas fue atacado por los hunnos: despues de muchas batallas en que su debilidad le impidió vencer, quiso engañarlos, y obtuvo la paz prometiendo en matrimonio su hermana á Conca, rey de aquellos bárbaros. Envióle en lugar de la princesa una esclava ricamente adornada, que habia jurado no descubrir el dolo. Pero el amor la hizo quebrantar su juramento. Como era jóven y bella, Conca la perdonó; mas resuelto á vengarse de Peroso, le pidió que le enviase para una espedicion que proyectaba, 300 de sus mejores oficiales; y apenas los tuvo en su poder, á unos mató, á otros envió á Persia con las manos cortadas. La guerra volvió á encenderse con furor, de modo que los persas, lejos de turbar el reposo del imperio, solo trataban de grangear la amistad de Leon. Solicitaron su alianza, y no recibieron de él sino promesas ilusorias. Basilisco, débil en la guerra y atrevido en palacio, no solo no se mostró avergonzado por sus derrotas y

destierro, sino tambien agitaba con sus intrigas todos los hombres corrompidos del imperio. La emperatriz Verina y el orgulloso Aspar le sostenian. Este patricio, que no podia tolerar el dominio de su antiguo mayordomo, reprendia á Leon su falta de fe, como una bajeza indigna del trono. Leon le respondió: «Si la ingratitud no conviene á un príncipe, menos le conviene ser esclavo de un ambicioso.» El emperador, temiendo á su partido, buscó un apoyo en los isauros, pueblo el mas belicoso y turbulento de sus estados, y que desde la muerte de Pompeyo, saliendo muchas veces de los nidos inespugnables de la Cilicia, llevaba á todas las costas y provincias el terror de sus armas.

En este pais habia un príncipe llamado Trasiscodicéo, poderoso por la antigüedad y ascendiente de su familia. Aunque era contrahecho, de poco talento y sin valor ni elevacion de alma, el emperador le dió en matrimonio á su hija Ariadna, le creó patricio, le hizo mudar su nombre en el de Zenon, le nombró cónsul, y le confió el mando de los ejércitos de oriente. Los godos acababan de hacer una incursion en Tracia: el nuevo patricio marchó contra ellos. Aspar y Ba-

silisco, enfurecidos por su elevacion, ganaron á muchos oficiales y soldados de su ejército, que prometieron asesinarlo. Zenon, informado de esta conspiracion, no pudo substraerse á ella sino con la fuga: se escapó, primero á Sárdica y desde esta ciudad á Antioquía. (469.) Allí se dejó seducir por un monge llamado Pedro *el batanero*, echado del monasterio por sus liviandades. El Asia estaba entonces entregada á las disputas religiosas: los arrianos negaban la divinidad del Verbo: los nestorianos, la unidad de persona en Jesucristo: los eutiquianos, la duplicidad de naturaleza; y el furor de las sofisterías peleaba contra la sumision á las declaraciones de los concilios. Zenon, subyugado por el monge, que era eutiquiano, arrojó de Antioquía á Martirio, obispo ortodoxo. Leon favoreció al prelado, desterró al monge, y prohibió severamente en toda la estension del imperio el trabajo, el comercio y los espectáculos en los dias festivos. De aquí nació el odio implacable de Zenon contra los católicos, y la crueldad con que los persiguió en todo su reinado. Mientras el imperio romano, sometido en Italia al yugo de los bárbaros, era destrozado en oriente por las discordias religiosas, per-

dia en Galia los débiles restos de su poder. Childerico, rey de los franceses, estendia contínuamente sus conquistas: los borgoñones no tardaron en llevar sus armas desde Dijon hasta las orillas del Iser. Gundebaldo, príncipe de esta nacion, arrojado por sus hermanos, pasó á Italia, casó con la hija de Ricimero, volvió con grande ejército á Galia, reconquistó su trono, dió muerte á los príncipes que le habian destronado, y solo perdonó á dos hijas de Childerico, uno de ellos; de las cuales una fue religiosa, y otra, llamada Clotilde, educada en el palacio de su tio, fue despues la esposa de Clodoveo y la convertidora de su marido y de los franceses. El débil Leon recibia con indiferencia las noticias de estos sucesos, cuyo curso ni podia romper ni retardar. Rodeado de partidos é intrigas, apenas se sostenia sobre un trono vacilante. Importunado sin cesar por Aspar, se rindió á sus solicitaciones y amenazas, y nombró césar á Patricio, uno de sus hijos. Su eleccion no pudo recaer sobre Artaburo, el mayor de ellos, porque era arriano. Como se creia herética toda la familia, el pueblo se rebela, toma las armas, y quiere matar al nuevo césar. Leon le dió un asilo en su palacio. Aspar, por

librarse del furor de la muchedumbre, se refugió á una iglesia. El emperador no pudo sosegar este tumulto sino declarando solemnemente al pueblo, por medio del patriarca, que Patricio habia abrazado la fe católica. Aspar y sus hijos, en quienes la ambicion ahogó la gratitud, ansiosos de reinar, conspiraron contra el emperador. Leon penetra el designio, disimula su enojo, los convida á venir á palacio, y los manda degollar. Solo Patricio pudo libertarse. El emperador confiscó los bienes de esta familia poderosa, cuya ruina fue el cimiento de la grandeza de Zenon. Aspar, como gefe de la milicia, tenia gran partido en el ejército: Ostria, comandante de los godos auxiliares, quiso vengarle, y acometió al palacio; pero fue rechazado por los guardias. La multitud, que detesta á los grandes favorecidos, y se interesa por ellos cuando son desgraciados, aplaudió la accion de Ostria y compadeció á Aspar, porque teniendo tantos amigos en su prosperidad, no conservó mas que uno despues de su muerte. Teodorico el vizco, rey de los ostrogodos, habia casado con una sobrina de Aspar: defendió á Ostria, declaró la guerra, taló durante dos años la Tracia, y llevó sus armas hasta el pie de

las murallas de Constantinopla. Leon, temiendo entonces que Teodomiro, rey de los godos de Pannonia, que acababa de vencer á los suevos, se reuniese con los ostrogodos, solicitó su amistad, le ofreció magníficos regalos, y le envió á su hijo el jóven Teodorico, que á la sazon tenia diez y ocho años, habiendo estado diez como rehen en Constantinopla. Teodorico, generoso porque tenia una alma grande, para probar su gratitud á Leon, levanta, sin que su padre lo supiese, un cuerpo de seis mil voluntarios; ataca á Babay, rey de los sármatas, que se habia apoderado de la alta Mesia, lo derrota y mata, y quiere devolver esta provincia al imperio. Teodomiro alabó su hazaña, conservó la conquista, y el emperador se la cedió para lograr la alianza de un vecino tan formidable. En esta época se verificó una erupcion tan violenta del Vesubio, que las cenizas lanzadas por este volcan llegaron hasta Constantinopla (471). La Italia pugnaba entonces por libertarse de la influencia de Leon. Ricimero dió muerte á Antemio, que tuvo por sucesor á Olibrio, y este á Glicerio, competidor de Julio Népote, nombrado emperador de Roma por la corte de Bizancio. Teodomi-

ro, haciendo poco caso de Leon, que solo era su aliado por el temor, invadió la Iliria, se apoderó de Neisa, corrió la Tracia y saqueó á Heraclea y á Larisa. Leon, no teniendo fuerzas que oponerle, implora el socorro de Teodorico el visojo, y de Ostria, sus antiguos enemigos, sufre sus desdenes y burlas insultantes por el título de hijo que habia dado á Teodorico el jóven; y para lograr su proteccion les paga tributo y los condecora con la dignidad de comandantes de la milicia: esto era someterse al mismo yugo que los bárbaros imponian entonces á los emperadores de occidente. La posicion era la misma, y solo la casualidad y la escelente situacion de Constantinopla pudo salvarla de la caida ignominiosa de Roma. Leon, cuya política incierta nunca tuvo por base la fuerza ni la justicia, en desprecio del tratado concluido con el rey de Persia, hizo alianza con un gefe de los sarracenos que desolaba entonces las provincias meridionales de aquel reino, igualmente débil en el interior que en las fronteras. Dominado por sus cortesanos igualmente que por sus enemigos, cedió á los deseos de su hija Ariadna, y pensó en coronar á Zenon, su yerno. Pero la resistencia de la plebe que le aborrecia por su

origen isauro, por su fealdad y por la maldad de su carácter, le obligaron á renunciar á este designio, dió el título de augusto á Leon, hijo de Ariadna y Zenon, de edad de 14 años, y le nombró cónsul. (474.) Este fue el último acto de su autoridad: poco despues murió de disenteria á los 73 años de edad y 17 de reinado. Se han conservado de él estas escelentes palabras: «La autoridad soberana consiste en la justicia. No son permitidas á los príncipes muchas cosas que lo son á los particulares.» Estos nobles pensamientos bastarian para su elogio si hubiesen sido la norma de su conducta; pero en aquellos siglos corrompidos el vicio estaba en accion y la virtud en máximas.

No bastaba á Zenon gobernar el estado como regente en nombre de su hijo, aspiraba al trono con tanto mas ardor cuanto menos digno era de ocuparlo. Su muger Ariadna y su suegra Verina le aconsejaron apoderarse de él por medio de un crímen horrible, y lo cometió. Las dos emperatrices ganan con sus intrigas los votos de muchos senadores y oficiales: convocan al pueblo: este se reune en la plaza del Hipodromo al pie del trono del jóven emperador Leon. Los pérfidos consejos de su madre y abuela le habian dic-

tado anticipadamente las palabras que lo arruinaron. Zenon se acerca á él respetuosamente é hinca la rodilla: el jóven se quita la diadema, la pone en la frente de su padre, lo proclama augusto y lo declara colega suyo. La muchedumbre, siempre fácil de conmover, aplaudió este acto generoso de amor filial. Poco tiempo despues un veneno dió fin al reinado y á la vida de aquel jóven. Zenon reunia en un cuerpo disforme y en una alma vil todos los defectos y vicios de los príncipes mas perversos. Presuntuoso, cobarde, desconfiado, versátil, ingrato y cruel, pagaba los servicios mas grandes con el destierro, y las ofensas mas leves con la muerte: procuraba ocultar su deformidad con el adorno, su impiedad con el falso celo, y su cobardía con la jactancia. Siempre amenazó á los bárbaros, y nunca se atrevió á pelear contra ellos. La fortuna, elevándole al poder supremo, no hizo mas que aumentar y desenvolver todos los vicios que habia recibido de la naturaleza. La historia de un hombre tan infame y de un tirano tan débil y menospreciable se hubiera quizá olvidado por el fastidio que inspira, á no haber sido su reinado época de grandes sucesos. Su orgullo que pretendia mandar las con-

ciencias, dió orígen á una guerra civil: hasta él las heregías solo habian producido sediciones. Su debilidad fue útil á la fortuna y á la gloria de Teodorico, el héroe de aquel siglo, é hizo perder la Italia. Parecia que el cielo reunia entonces contra el imperio de oriente todos los azotes de su cólera. Zenon tenia un hijo que procuraba imitar y aun superar sus vicios. Los escesos de su intemperancia libertaron la tierra de este nuevo Neron. Zenon y Longino, hermanos del emperador, eran tan odiosos como él: el primero solo se complacia en derramar sangre; el otro, siempre tomado del vino, ultrajaba á las matronas mas distinguidas, y robaba á los mas nobles magistrados sus mugeres. Díjose que en una ocasion violó todas las vírgenes de un monasterio.

Invasion de Genserico en el imperio de oriente. (476.) El acto mas vergonzoso de este emperador fue el abandono de Italia á las armas de Odoacre. Despues de una leve resistencia le nombró patricio, y le impuso un homenage ilusorio que nada probaba sino el orgullo impotente del emperador. En vano algunos hombres valerosos quisieron defender en Galia los restos del po-

der romano : un yerno de Avito, y Sidonio Apolinar, obispo de Clermont, arrojaron á los visigodos de Auvernia; pero Julio Nepote les cedió despues esta provincia, y Zenon hizo irreparable esta pérdida cediendo la Italia.

El desprecio que inspiraba aumentó la osadía de los bárbaros: algunas tribus de sarracenos talaron la Mesopotamia: los hunnos invadieron la Tracia, y las escuadras de Genserico esparcieron el terror en todas las costas del imperio. Zenon que solo oponia á sus enemigos dinero é intrigas, envió al rey de los vándalos un embajador, cuya prudencia fue mas útil al imperio que un ejército. En aquel siglo de corrupcion Severo habia grangeado por sus virtudes tanta fama, que se creia ver en él un antiguo romano: la opinion pública le comparaba á los Fabricios y Catones. Cuando llegó á Cartago, habian ya desembarcado en Epiro las tropas de Genserico y hacian temblar á Zenon en su capital. La virtud, elocuencia y firmeza del embajador inspiraron tanto respeto á Genserico, que concluyó la paz, y le dijo: «Te devuelvo gratuitamente todos los cautivos griegos y romanos de que podemos disponer yo y los de mi familia: los otros pertenecen

á mis oficiales y soldados, y no soy dueño de ellos; pero te permito rescatarlos.» Severo prodigó todo su caudal, y vendió hasta su vajilla para libertar á sus conciudadanos. Firmó un tratado que aseguraba la evacuacion del imperio y la tranquilidad del comercio, y prometia el restablecimiento de las iglesias y la tolerancia del culto católico. Asi la virtud de un solo hombre logró de un rey bárbaro lo que las legiones griegas y romanas no habian podido recabar.

Conspiracion de Basilisco. (477.) La corte de Constantinopla era á un mismo tiempo teatro de vicios y discordias. El interés y el crímen rompian todos los lazos. Verina, á quien Zenon contrariaba en sus amoríos, y que no tenia el ascendiente que deseaba, formó una conspiracion para poner en el trono á su hermano Basilisco. Harmacio, guerrero mas célebre por su hermosura que por su valor, y amante de Zenónida, muger de Basilisco, sedujo algunas tropas y logró algunas ventajas en Tracia. Envanecido por estos leves triunfos, llevaba armas semejantes á las de Aquiles: el pueblo que le amaba, le dió el nombre de *Pirro*. A la primer noticia de la sublevacion, el tímido Zenon, asustado por los

agentes de Verina, huyó con sus tesoros á Calcedonia y de alli á Isauria. Su partida fue la señal de matar á los isauros que habia en la capital.

El pueblo proclama emperador á Basilisco: Verina misma corona á su hermano: Harmacio es nombrado general y cónsul. El usurpador oprime con impuestos al pueblo y al sacerdocio, desprecia á su hermana, y hace asesinar al amante de esta. Esclavo de las voluntades de su muger, se hace partidario de la heregía de Eutiques. Los enemigos de los católicos triunfan: un gran número de obispos anatematizan el concilio de Calcedonia: solo el patriarca Acacio se niega á firmar su decreto. Vístese de luto en señal de dolor: cubre de un velo negro el altar y el trono episcopal. Este espectáculo inflama al pueblo. Rebelase, y enmedio de este tumulto se prende fuego á la Biblioteca pública, y consume 120.000 volúmenes. La guardia comprime esta sedicion, y Basilisco no cede ni á las murmuraciones de la plebe, ni á las súplicas del papa. Entre tanto los isauros se armaron para defender á Zenon, y este príncipe marchó á su frente; pero apenas vió la vanguardia enemiga, echó á huir: pareció que la fortuna sola se obstinaba en ha-

cerle volver al trono que abandonó. Ilo, general valeroso y maltratado por Basilisco, deserta y une sus tropas á las de Zenon, que alentado con este refuerzo marcha á Constantinopla. Los ejércitos se encontraron cerca de Nicea. En el momento del combate Zenon quiere todavia huir. Ilo se lo impide, gana á fuerza de dinero á Harmacio, y le hace sacrificar por el oro sus juramentos, su príncipe y su dama. Basilisco, viendo derrotadas sus tropas, se refugia en una iglesia: prometenle la vida, se rinde y lo encierran en una cisterna, donde murió de hambre. Zenon, para disculpar su falta de fe, dijo que solo habia prometido no derramar su sangre. Ni cumplió mejor la palabra dada á Harmacio de elevar su hijo á la dignidad de césar; pues á este le mandó ordenarse de sacerdote, é hizo matar al padre. Restituido al trono, aplacó al papa con promesas y al pueblo con prodigalidades, y recibió, como todos los tiranos felices, enhorabuenas, elogios y estátuas. En este año murieron Teodomiro, rey de los ostrogodos, y Genserico, señor de Cartago y conquistador de Roma. La ley de los vándalos daba el cetro al príncipe de mas edad; y por tanto cada nuevo rey daba

la muerte á todos los parientes que habian nacido antes que sus hijos. Genserico habia empleado este medio bárbaro para asegurar la corona á su hijo Hunerico. Este, mas entretenido en los placeres que cuidadoso de gloria, hizo perder á los vándalos el hábito de pelear: la guerra habia elevado su potencia, y el sosiego la hizo caer. Los ostrogodos establecidos en Tracia y Pannonia eran gobernados entonces, los primeros por Teodorico el visojo, y los segundos por Teodorico el Amaso, que mereció y obtuvo el sobrenombre de grande. El visojo habia favorecido la sedicion de Basilisco: el Amaso desde que sucedió á su padre Teodomiro, habia permanecido fiel á Zenon. El emperador, conformándose con la costumbre de los godos, francos y alemanes, que dió nacimiento á las instituciones caballerescas y feudales, adoptó á Teodorico el Amaso por hijo de armas, y le persuadió á hacer la guerra á Teodorico el visojo, prometiéndole un socorro de 40.000 hombres. Esperaba destruir á estos príncipes belicosos, el uno por medio del otro; y para hacer mas igual la guerra entre ellos, se guardó muy bien de enviar á su hijo adoptivo las tropas ofrecidas. Los ejércitos de los dos Teo-

doricos se encontraron al pie del monte Ródope. Dada la señal, iban ya á disparar los dardos, y los gritos de los soldados anunciaban una batalla sangrienta, cuando Teodorico el visojo se echa fuera de las filas, se acerca velozmente á su rival, y clama: «¿Cómo es posible que un hombre libre, que un príncipe de familia tan ilustre como la mia, defienda á un tirano, pelee por un traidor, sufra el yugo de un cobarde, y caiga tan voluntariamente de la libertad en la esclavitud, de la opulencia en la miseria? Olvidemos nuestras querellas, y reunamos nuestras fuerzas contra el enemigo pérfido que nos divide para arruinarnos.» Los dos ejércitos aplauden estas palabras: los dos Teodoricos se abrazan y hacen la paz. Zenon, consternado por su concordia, por las quejas que le dieron y por sus amenazas, no se atreve á ir al ejército. Esta cobardía desalienta sus legiones, las dispersa, y el emperador, vencido sin combatir, firma un tratado ignominioso. Teodorico el visojo logró que el imperio le pagase el sueldo de 13.000 godos, que se le diese el mando de dos compañías de la guardia imperial, y la dignidad de general de palacio, que pertenecia al otro Teodorico. Este, indignado de la injuria,

devastó la Tracia. El visojo no se opuso á esta invasion: «No quiero pelear, decia, contra el hijo adoptivo del emperador: solo me aflige que perezcan tantos míseros aldeanos, mientras su cobarde emperador y la impúdica Verina estan entregados á sus liviandades.»

El deseo de derribar á Zenon ardia en todos los corazones; pero sus tropas le defendieron siempre contra el descontento de los pueblos. Sin embargo, Marciano, hijo de Antemio y yerno de Leon, tramó con sus hermanos Rómulo y Procopio una conspiracion que la actividad de los espías no pudo descubrir hasta el momento que estalló. A una señal dada los conjurados marchan á palacio, rechazan la guardia y sitian al emperador. Ya estaba para rendirse, y Marciano, seguro de su triunfo, deja el asalto para el dia siguiente. Durante la noche Ilo soborna parte de sus soldados, ahuyenta á los demas, hace prisioneros á los dos hermanos, y obliga al rebelde á refugiarse á un templo. Zenon le perdonó la vida por temor y no por clemencia, y le desterró á una fortaleza de Isauria. Los dos Teodoricos continuaban desvastando el imperio. Sabiniano, general de Zenon, feliz en algunos combates, habia logrado el sobrenom-

bre de *Grande*, que se adquiere con facilidad en tiempos de poco heroismo. Una traicion puso en sus manos la fortaleza de Dirraquio: cortó con un movimiento hábil la retaguardia de los godos, que perdieron 5.000 hombres y 2.000 carros. Este triunfo, el único que habian logrado en muchos años las armas griegas, era demasiado pequeño para disipar los terrores de Zenon, y asi consultó al senado lo que debia hacerse contra aquellos dos enemigos tan formidables. El senado respondió que para satisfacer la codicia de entrambos estaban muy exhaustos el pueblo y el tesoro; y asi, que se satisfaciese al uno, y se hiciese guerra al otro. Una muerte repentina libertó al imperio de los furores de Teodorico el visojo. Segun el uso de los godos, se colgaba delante de la tienda del gefe un venablo grande. Teodorico pasaba por debajo de él en el momento que su caballo, que era muy fogoso, se encabritó, y la punta entrando en el costado del rey, le quitó la vida. Teodorico el Amaso reunió bajo sus banderas todos los ostrogodos: ya entonces se habia hecho dueño de Tesalia. El emperador sufrió la ley que quiso dictarle, le nombró consul, general de las milicias y prefecto de Tracia, le erigió una está-

tua ecuestre en el Hipodromo, le recibió en Constantinopla, mas bien como dueño que como aliado, y le cedió la Dacia y una parte de la baja Mesia. Teodorico pudo en esta ocasion ceñirse la corona imperial de oriente á no haberla desdeñado. Bizancio envilecida no escitaba su ambicion. Sus deseos le inclinaban al occidente, donde le llamaba la fortuna. Apasionado de la gloria, no creyó que la encontraria sino en Roma, su antiguo templo.

Henótico de Zenon. (483.) El emperador, libre del temor de los godos, atendió á las turbaciones religiosas que duraban desde la rebelion de Basilisco. Creyendo comprimir todas las heregías con un golpe de autoridad, publicó un edicto de union, que se llamó el *henótico*, y que se hizo famoso por sus consecuencias. En él prohibió que se reconociese otro símbolo que el de Nicea, y anatematizó á Nestorio y á Eutiques. El formulario que habia formado, en lugar de calmar los ánimos, aumentó las divisiones y produjo nuevas heregías. Los arrianos lo acusaron de impío: los católicos de irreverente al concilio de Calcedonia y atentatorio á la dignidad de la Iglesia. El papa Felix hizo vanos esfuerzos para restablecer la concordia: legiones de mon-

ges se armaron y pusieron en marcha para pelear contra el emperador, favorecidos por una parte del pueblo. Acusábase á Ilo de solicitar el restablecimiento de la idolatría y de aspirar al imperio. Verina, envidiosa de su ascendiente, pagó asesinos para matarlo; pero esta conjuracion fue descubierta, y Zenon entregó su suegra á la venganza de Ilo, que la desterró á Cilicia. La emperatriz Ariadna abrazó el partido de su madre: Ilo la acusó, no sin fundamento, de trato criminal con Anastasio, silenciario de palacio. Zenon manda matar á su muger; y cuando creia ejecutada la orden, Ariadna se presenta á su vista, le hace temblar con sus amenazas, y logra la permision de vengarse.

Un asesino pagado por ella ataca á Ilo; pero yerra el golpe y solo le da una herida pequeña. Zenon, asustado, jura que no ha tenido parte en aquel crimen. Ilo, indignado de la perfidia de un príncipe á quien ha salvado dos veces, disimula su enojo, pide permiso para salir de la corte, recibe el mando de las tropas de oriente, pasa á Antioquía, y proclama emperador á Leoncio, general sirio, apreciado por su valor y talento.

Muerte de Ilo y Leoncio. (485.) Verina sale de su prision, convoca el ejér-

cito, corona á Leoncio y publica el siguiente edicto, que ha merecido un lugar en la historia por su insolencia. «Verina augusta, á nuestros prefectos y pueblos, salud. Sabeis que el imperio es nuestro patrimonio. Despues de la muerte de Leon, nuestro esposo, elevamos al trono al isauro Tarasiscodiceo, llamado hoy Zenon. Creiamos que os haria dichosos; pero su avaricia é impiedad nos han demostrado que es menester daros un príncipe mas justo y cristiano. Hemos coronado, pues, al piadosísimo Leoncio: reconocedle por emperador de los romanos. Todo el que se oponga á ello será tratado como rebelde.» Leoncio é Ilo reunidos dieron batalla junto á Antioquía á Longino, hermano de Zenon, y derrotaron su ejército. Pero Teodorico abrazó el partido del emperador, venció á los rebeldes, los persiguió y se apoderó de sus gefes. Las cabezas de Ilo y Leoncio, puestas en escarpias, sirvieron de espectáculo al pueblo de Constantinopla. Teodorico, despues de haber restablecido al infante Zenon en su trono, conocia sobradamente su perfidia para cometer la imprudencia de permanecer á su lado. Insaciable de gloria y de combates, acometió á los hunnos que habitaban en las orillas del Vol-

ga, y que despues fueron conocidos con el nombre de búlgaros. En este pueblo reinaba la igualdad mas completa: las distinciones, que solo concedian á los mas valientes, se graduaban por el número de enemigos que habian muerto. Teodorico los derrotó junto al Boristenes, y derribó á su gefe de una lanzada.

A la sazon perdia el nombre romano su último apoyo en las Galias. Siagrio, vencido por Clodoveo, buscó en vano un asilo en la corte de Alárico, rey de los visigodos, que estaba entonces en Tolosa. Alárico le entregó al rey de los franceses, el cual le mandó cortar la cabeza. Zenon se hacia mas odioso y despreciable: apasionado por los juegos del circo, protegió los escesos de la faccion verde, cuyos partidarios cometian en el imperio los mayores desórdenes. En Antioquía asesinaron un gran número de judíos. La impunidad de los homicidas causó una sublevacion en Palestina. Los judíos eligieron un rey, llamado Jutuza, que se apoderó de Siquen y de Cesaréa: muchos cristianos fueron degollados por los rebeldes. Pero Asclepiades, gobernador de Palestina, peleó contra ellos, los derrotó completamente, cogió al nuevo rey, y envió á Ze-

non su cabeza, adornada con la diadema.

Espedicion de Teodorico en Italia. (488.) El emperador, siempre ingrato, eludia las promesas hechas á Teodorico. Por otra parte, los godos se indignaban con razon de ver á su rey postrarse á los pies de un príncipe tan cobarde, y llevar el nombre de prefecto, general y cónsul. El espíritu de independencia, que no existia ya en Roma ni en Bizancio, daba entonces fuerza á los pueblos bárbaros, y la autoridad de sus gefes era muy limitada. Teodorico, cediendo al voto de su nacion, rompe su alianza con el imperio, y llega hasta las puertas de Constantinopla, llevando toda la Tracia á sangre y fuego. Zenon, incapaz de detener el torrente, se resuelve á dirigirlo por otro lado con su sumision, y propone á Teodorico una conferencia. El rey la acepta; y seguro de que el terror de su nombre le preservaba de todo peligro, entra sin tropas en Constantinopla, y se presenta á la vista del emperador. Despues de haber escuchado desdeñosamente las reclamaciones de Zenon, le dijo: «¿Quiéres evitar la ruina que te amenaza? Con solo una palabra puedes hacerlo. Cediste á los herulos la Italia, antigua cuna de tu imperio: permiteme

emprender su conquista. Si la logro, repartiremos la gloria. Roma, en lugar de depender de tus enemigos, será gobernada por tu hijo adoptivo. Si perezco en la empresa, ganarás tambien, porque te libertarás de los grandes subsidios que me pagas.» Zenon acepta la proposicion, esperando que los godos, de los cuales iba á verse libre por aquella empresa, hallarian su sepulcro en Italia. Se la cedió, pues, por un edicto solemne; y segun la antigua costumbre dió á Teodorico la investidura de su nueva soberanía, poniéndole en la cabeza un velo sagrado. Despues de la conquista los godos aseguraron que el emperador habia hecho á su rey el abandono total de aquellos paises, y los griegos sostuvieron que Teodorico no habia recibido la investidura sino para gobernar á Italia como lugarteniente del emperador. Los pueblos del norte, que solo conocian el derecho de la fuerza, no buscaban, como los políticos modernos, motivos plausibles para dar á sus invasiones la apariencia de la justicia. Sin embargo, si el rey de los godos hubiera querido buscar uno para marchar á Italia, la suerte se lo ofrecia. Odoacre, favorecido hasta entonces por la fortuna, acababa de llevar sus armas

hasta las riberas del Danubio; y despues de haber derrotado completamente á los rugios, volvió en triunfo á Ravena, trayendo encadenado á su carro á Feleteo, rey de aquella gente. Abusando con crueldad de la victoria, mandó cortar la cabeza al rey vencido. Los rugios tenian el mismo orígen que los godos: Federico, hijo de Feleteo, imploró el socorro de Teodorico, y este prometió vengarle.

Armanse los godos á la voz de su príncipe: toda la nacion se conmueve: viejos, mugeres y niños siguen el ejército: abandonan la Dacia y la Mesia, y como si estuviesen ciertos de la victoria, dejan sin pesar sus villas, campos y hogares. El ardor de vencer estingue en ellos todos los demas afectos, y ya no conocen mas patria sino el rico pais que van á conquistar. Esta multitud innumerable toma el camino de Sirmio, marcha sin almacenes, viven solo de la caza y del saqueo, y antes de pelear se ve espuesta á morir de hambre y de peste. Oprimida del cansancio, llega á las riberas del Ulca: los gépidos le disputan el paso: al verlos retroceden los godos: Teodorico impaciente esclama: «Que se detengan los cobardes, y solo me sigan los mas va-

lientes. Pocos guerreros me bastarán para vencer; pero todos se aprovecharán de la victoria: levantad todos los estandartes al rededor de mí para que me vean los enemigos. Quiero ser blanco de sus tiros: no tardará mi brazo en darles á entender que solo á mis pies deben rendir sus armas.» Dichas estas palabras, se arroja casi solo al rio, y lo atraviesa derribando á los que se oponen á sus golpes: síguele el ejército entero, entusiasmado por su valor. Trasila, rey de los gépidos, y Busa, rey de los búlgaros, perecen en el campo de batalla: sus tropas son desbaratadas: una parte quedó muerta y otra huyó: sus campos, tesoros y víveres fueron presa de los godos, y Teodorico vencedor penetró sin obstáculo en la Venecia. Odoacre estaba acampado entre Aquileya y los Alpes Julios, sobre las riberas del Isonzo, en el sitio donde hoy está Goritz. Teodorico, despues de haber dado algun descanso á sus tropas, presenta la batalla á Odoacre, triunfa de su resistencia con la impetuosidad del ataque, le persigue hasta su campamento, se apodera de él, y le obliga á encerrarse en Verona. Desde esta batalla comienza el reinado de Teodorico en Italia.

Mientras sitiaba á Verona, Odoacre, no abatido por la desgracia, recibe nuevos refuerzos, sale de la ciudad en medio de una noche oscura, sorprende y degüella los puestos avanzados y penetra en el campamento enemigo. Teodorico dormia descuidado en su tienda: despierta á los gritos de su madre y esposa, que con el acero en la mano le llaman al combate: se levanta y arma: ve huir á los godos, se arroja en medio de ellos, los detiene y reune, se precipita sobre los soldados de Odoacre, que juzgándose vencedores se entregaban al pillage: hace en ellos gran carnicería, los derrota y los persigue tan de cerca que entra con los fugitivos en la plaza. Odoacre se escapa y va á Roma. Esta ciudad, despojada ya de su gloria, estaba abierta siempre á los vencedores y cerrada á los vencidos. Los romanos defienden la entrada de la plaza contra el mismo Odoacre, á quien poco antes tributaban las mas serviles adulaciones, y le declaran que no reconocen otro señor sino Teodorico, enviado por el emperador de oriente para gobernarlos. Milan, mas leal, quiso defenderse; pero la política del obispo y la traicion de Tufa, general de Odoacre, abrieron las puertas al

feliz Teodorico. Este entregó el mando de una division suya á Tufa, y aprendió á su costa que los traidores solo merecen por sus servicios dinero y desprecio. Tufa entregó las tropas que se le habian confiado á Odoacre, y todas fueron degolladas. Epifanio, obispo de Pavía, persuadió á los habitantes de esta ciudad que evitasen las desgracias de un sitio con una pronta sumision.

Batalla del Adda: los ostrogodos dueños de Italia. (490.) Odoacre, perseguido de la fortuna, mereció conservar su gloria por el valor en los reveses. Dos veces vencido, muchas engañado, aun tenia reunido un numeroso ejército, que su genio fecundo en recursos habia formado, y despues de su derrota se presentaba mas fuerte y temible que nunca. Alárico, rey de los visigodos, reunió sus tropas á las de Teodorico. Guandebaldo, rey de los borgoñones, con el pretesto de socorrer á Odoacre, entró en Italia por el camino de Génova con solo el designio de saquear las ciudades y talar los campos. La desgraciada Italia sufria entonces todos los males que la ambicion romana causó en otro tiempo al universo. Enmedio de estas disensiones crueles, los obispos y no-

bles, para evitar los destrozos de la guerra, se atrincheraban en las montañas en castillos fortificados. El habitante del campo que se refugiaba á ellos, compraba con la servidumbre la seguridad que le ofrecian gefes avaros y orgullosos. Odoacre, en vez de limitarse á una guerra defensiva, atacó intrépidamente á Teodorico, le arrojó de Milan, le obligó á refugiarse en Pavía, y le sitió en esta plaza. Pero el cielo parecia que conspiraba contra él: una lluvia copiosísima le obligó á levantar el sitio, al mismo tiempo que llegaba el ejército de Alárico. El ostrogodo, alentado con este refuerzo, persiguió á su vez á Odoacre, le alcanzó junto al Adda, y le dió una batalla decisiva el 11 de agosto de 490. La obstinacion y valor de los dos gefes, resueltos á no ceder la victoria sino con la vida, hicieron el combate porfiado y sangriento. En fin, despues de una gran carnicería, Odoacre, habiendo visto caer junto á sí á sus mas valientes guerreros, buscó su salud en la fuga, y se encerró en Ravena. Allí se defendió un año, y capituló; y habiéndole dado la promesa de respetar su vida y la de sus partidarios, abandonó la Italia al vencedor.

Teodorico envió á Festo Nigro á

Constantinopla para pedir á Zenon que le concediese el título de rey de Italia. La vanidad del emperador le impelia á negar, el temor á conceder, y murió antes de haberse decidido. Teodorico, dueño de Ravena, entró en ella triunfante; trató al principio á Odoacre como rey, y le dejó este título. Parecia entonces convencido de que un héroe como aquel, perdida una corona, tenia derecho por su valor al aprecio del vencedor; pero poco tiempo despues la política del conquistador triunfó de la generosidad. Muchos se compadecian de Odoacre, y le echaban menos. Teodorico resolvió su muerte: le invitó á un banquete con su familia y sus principales partidarios, le mató por su mano, y mandó asesinar á los que le acompañaban. En vano dijo haber recibido aviso cierto de una conspiracion tramada por Odoacre contra su vida: este asesinato mancilló su gloria, y no bastaron á lavarla treinta años de virtudes. Toda Italia, Recia, Dalmacia y Norico se sometieron al vencedor. Conquistó la Sicilia, no por armas sino por la elocuencia de Casiodoro, enviado suyo en aquella isla. Federico, rey de los rugios, envidioso del triunfo de su vengador, sublevó contra él algunas pro-

vincias; pero su ingratitud fue castigada con una derrota sangrienta. Los godos obligaron á los habitantes de Italia á cederles la tercera parte de sus tierras. La mezcla de idiomas se siguió á la de los pueblos y propiedades, y de ella nació la lengua italiana. Así se estableció en Italia la monarquía de los ostrogodos, que solo duró sesenta años. Teodorico, llamado en su idioma Dietrich, fue el mas grande hombre de este siglo. Su estatura era magestuosa: su mirar placentero y grave: económico y liberal: impetuoso, pero clemente: hábil político y gran capitan, supo hacerse temer de sus indóciles guerreros y ganar el afecto de los pueblos vencidos. «Detesto la opresion, decia en uno de sus edictos, y quiero que la justicia impida las violencias. Godos, amad á los pueblos de Italia como á hermanos. Romanos, amad á los godos como á defensores.» Con solo su economía llenó el tesoro: disminuyó los impuestos: restituyó la prosperidad al comercio y la paz á la agricultura: reprimió con severidad el latrocinio. En su reinado se viajaba sin temor por Italia; y su prudencia estableció un órden tan escelente, que cuando Anastasio, sucesor de Zenon, para conservar la

apariencia de la soberanía en aquella península, recomendó públicamente á Teodórico que respetase el senado, hiciese obedecer las leyes y mantuviese la union entre los súbditos, todos los romanos esclamaron que el rey de los godos no necesitaba de semejantes consejos tanto como el mismo emperador. Teodorico, en lugar de humillar á los vencidos, adoptó su trage, conservó el derecho romano, dejó á los dos pueblos gobernarse por sus costumbres, y dió á cada uno jueces de su nacion. Sin dar oidos, como los príncipes débiles, á los consejos interesados de sus cortesanos, colmó de beneficios á los que habian quedado de Odoacre, y domó con la generosidad á los que no habia sometido por las armas. El año 500 entró en Roma triunfante. El papa Simmaco y el pueblo salieron á recibirle. Aunque arriano, trató con respeto al sumo pontífice, y fue á dar gracias al Todopoderoso en la iglesia de san Pedro. Boecio pronunció su elogio en el senado; y la elocuencia romana pareció que renacia cuando alabó, no á príncipes débiles, sino á un grande hombre.

Teodorico arengó al pueblo, le prometió la conservacion de sus derechos, y de los privilegios del senado, el man-

tenimiento de las leyes, distribuciones annales de trigo, y fondos para los hospitales; y cumplió todas estas promesas. La guardia imperial conservó su sueldo. El rey levantó las murallas de las ciudades, y las embelleció con muchos palacios, pórticos y anfiteatros. Contemplaba con veneracion el capitolio que habia gobernado el mundo; la tribuna ilustrada por tantos oradores; los grandes monumentos que sobrevivian á tantos triunfos, y quizá tambien las sombras de los antiguos héroes de Roma, gimiendo al ver que en la capital del mundo solo un conquistador bárbaro fuese ya digno, por su genio y su valor, de apellidarse romano. La política de Teodorico fue hábil y profunda: habia sobradamente esperimentado en Pannonia cuan laborioso es el oficio de un gefe de bárbaros, para no tratar de suavizar las costumbres de sus vasallos, ó por mejor decir sus compañeros de armas, tan indóciles como belicosos. El rey de estos guerreros feroces no era tanto su soberano como su ministro: obligado á obedecer sus pasiones, habia tenido que pelear contra sus aliados, violar los pactos ya establecidos, saquear la Tracia, convertir en desiertos los mas hermosos pai-

ses de la Grecia; y solo para dirigir este torrente imposible de contener, habia llevado sus armas al otro lado de los Alpes. Despues de la conquista de Italia, para acostumbrar los soldados al descanso, les repartió las tierras conquistadas. Una propiedad en suelo fértil, y bajo hermoso cielo, les inspiraron en poco tiempo el amor de la patria, de la tranquilidad y de las fruiciones de la vida social; y el interes mismo les hizo conocer la necesidad del órden, de la justicia y de las leyes. Al mismo tiempo este prudente príncipe, en lugar de adormecerse con falsa seguridad enmedio de una nacion indignada de sufrir el yugo estrangero, impidió tanto el que los romanos recobrasen los hábitos guerreros, como el que los godos se afeminasen con la propiedad. Las tierras concedidas á estos guerreros fueron solamente cesiones condicionales del poder real, beneficios revocables. Era preciso merecer con un servicio activo y una obediencia constante, la conservacion de los bienes adquiridos por el valor. De este modo aseguraba su conquista contra los enemigos interiores y esteriores, y tenia á los godos felices y sometidos, sin que dejasen de ser valientes. Los reunia con frecuencia, y sos-

tenia su fuerza y ardor con los ejercicios militares. Gobernando bajo otros principios á los pueblos de Italia, les dejó sus leyes, lujo, costumbres, fiestas y asambleas : los entretenia con placeres y alejaba de las armas : permitia á las ciudades que eligiesen sus magistrados, y arreglasen sus intereses : consagró, en fin, el libre ejercicio de los cultos. Su corte semejaba á la de los emperadores : veíanse en ella prefectos, patricios, cuestores y cónsules : apariencias que ocultaban el bárbaro á los ojos de los romanos. En la frontera y en los campamentos, volviendo á ponerse sus armas, se presentaba á los hijos del norte bajo otras formas. Los obispos, y aun algunos santos, como Fulgencio y Epifanio, celebraban sus virtudes morales : el senado y pueblo romano alababan su justicia, y le amaban como á libertador. Los godos, blandiendo sus lanzas, cantaban sus hazañas y le honraban como á un Dios. Este príncipe, igual en talento á los griegos, despreciaba su flaqueza, y lisonjeaba su vanidad. Su correspondencia con Zenon y Anastasio estaba redactada en términos tan equivocos como los edictos de estos príncipes. Cuando le escribian como á un vasallo, respondia como un aliado; ha-

blaba mucho de union, nada de dependencia; les dejaba confirmar los cónsules nombrados por él; no se ofendia de la suprema autoridad que afectaban, y los consolaba de su independencia con demostraciones vagas de un respeto insignificante.

Marcelino y otros muchos escritores latinos aseguran que el rey de los godos debió toda su habilidad á su genio, y no á su educacion; pues ni aun sabia, dicen, firmar su nombre. Es dificil creer que este príncipe, educado en Constantinopla, haya podido conservar una ignorancia tan grosera: lo que es cierto es, que si no cultivó las letras, las distinguió y favoreció siempre. Tomó por ministro al sábio Casiodoro Liberio, cuyo talento le hizo olvidar que habia sido ministro de Odoacre; y elevó á las dignidades mas altas á Boecio, el último de los oradores romanos, que mereció ocupar la tribuna de Ciceron. Boecio fue célebre, tanto por la estension de sus conocimientos, como por sus virtudes y desgracias. Los emperadores de Bizancio no eran tan temibles al nuevo soberano de Italia como los pueblos del norte y los monarcas de occidente. Estos antiguos enemigos del imperio romano, francos, borgoñones,

alemanes, las tribus belicosas que corrian las riberas de Escandinavia, los campos de Galia, los bosques de Germania y las orillas del Danubio, no miraban sin envidia al rey de los godos en el trono de Augusto, Trajano y Constantino. Teodorico se unió estrechamente con el rey de los visigodos, que ocupaba el mediodia de Galia; casó con Audefleda, hermana de Clodoveo, rey de los francos; y 200.000 guerreros, siempre dispuestos á la pelea, contuvieron ó reprimieron la ambicion de los otros rivales. Cuando Clodoveo, reunidas bajo su mando todas las tribus de los francos, hubo vencido á Siagrio, derrotado á los alemanes, y quebrantado el poder de los borgoñones, declaró la guerra al rey de los visigodos. Teodorico tomó la defensa de Alárico, su aliado y pariente; y si no pudo salvar á este príncipe, ni evitar la pérdida de la Aquitania, á lo menos hizo inútiles los esfuerzos de los franceses contra la plaza de Arlés; y asi el conquistador de Italiá fue el solo dique que pudo contener las armas del dichoso vencedor de las Galias. La admiracion debida á un hombre de genio tan superior á su siglo, no debe escusar los errores y aun crímenes que mancillaron la vejez de este gran rey;

pero seria injusticia no atribuir gran parte de ellos á su situacion política, á las costumbres del tiempo, á la corrupcion de los patricios de Roma, y á la ferocidad de los oficiales bárbaros que componian su corte. Bastará para justificar nuestro elogio compararle á los otros conquistadores, que segun dice él mismo en una de sus cartas, «roban ó destruyen las ciudades ó provincias ganadas;» y añade: «Yo quiero que los vencidos sientan no haberlo sido antes.» Durante treinta años esta máxima dirigió sus acciones: recomendaba á sus guerreros que juntasen con la humanidad romana el valor godo; y en desprecio de la costumbre bárbara de no reconocer mas juez que la espada, prohibió los desafios. En su reinado disputaron Simmaco y Laurencio la silla de Roma por medio de las armas. Teodorico hizo que un concilio juzgase esta contestacion, y no empleó su autoridad sino para que se ejecutase la sentencia dada en favor de Simmaco.

Mientras que la Italia, sucesivamente envilecida y asolada por los visigodos, vándalos y hérulos, salia de sus ruinas, y parecia renacer mas venturosa y floreciente, el imperio de Constantinopla continuaba gimiendo bajo el yugo vergonzo-

so de Zenon. Este emperador, que todo lo temia, creia á todos. Temblando siempre por su trono y su vida, consultaba á los astrólogos, y daba fe á sus predicciones. A pesar de su celo religioso, el deseo de conocer lo porvenir le hacia que conversase muchas veces con Proclo, Marino, Damasio y otros filósofos paganos. Estos fueron acusados de haber formado una conspiracion para obligar á Zenon á restablecer la idolatria. Severiano, uno de sus cómplices, los delató y huyó, y los conspiradores fueron enviados al suplicio. El conde Mauriano, tambien astrólogo, predijo al emperador que uno de los silenciarios de palacio usurparia la corona. No era necesaria gran sabiduría para hacer este pronóstico; porque nadie ignoraba en la corte el amorio de la emperatriz Ariadna con el silenciario Anastasio, y solo Zenon lo ignoraba. Sus sospechas recayeron en Pelagio, colega de Anastasio, y asi lo desterró á Servia, donde fue degollado. Ariadna, advertida por este asesinato de la suerte que la amenazaba, se anticipó con un crimen atroz. El emperador cayó enfermo: su muger, aprovechándose de un momento en que estaba desmayado, le mandó enterrar vivo: sus gritos se oyeron fuera de la bóveda;

mas la guardia ó no quiso ó no se atrevió á socorrerle. Poco despues se abrió su sepulcro, y se observó que se habia destrozado los brazos. Esta horrible maldad inspiró poco espanto, ya porque se affectase dudar de ella, ya porque se creyese que aquel tirano merecia tal muger y tal muerte. Zenon murió en 491, á los 65 años de edad y 16 de reinado.

Anastasio, emperador. (491.) Ariadna, y su ministro el eunuco Urbicio, al dar muerte á Zenon, tomaron todas las precauciones necesarias para reemplazarle. El senado, sometido ó entregado á ellos, eligió á Anastasio que ejercia el empleo de silenciario. Pero como se le acusaba de ser favorable á las heregías de los maniqueos y eutiquianos, el patriarca Eufemio, antes de coronarle, le hizo jurar por escrito su adhesion á la doctrina del concilio de Calcedonia: firmó este juramento, y los pueblos del imperio, acostumbrados á mudar servilmente el yugo, supieron sin admirarse que Zenon habia caido del trono, y que su dueño actual era antes un sirviente de palacio. Anastasio, que tenia 60 años de edad cuando ascendió al trono, no fue célebre ni por grandes vicios, ni por grandes virtudes. Nacido de una familia oscura, su belleza,

que es un mérito en la corte, fue causa de su elevacion: uno de sus ojos era azul y el otro negro. Su carácter presentaba la misma irregularidad: se le vió sucesivamente ser osado é indeciso, avaro y liberal, tolerante y perseguidor. Decia muchas veces que la razon de estado lo disculpa todo: máxima de príncipes perversos para cubrir sus maldades con el velo del interes público: felizmente sus acciones fueron mas generosas que sus doctrinas. Desterró á los delatores, respetó la justicia, abolió el uso bárbaro de los combates del circo entre hombres y animales; en fin, libertó al pueblo del tributo oneroso impuesto sobre todas las producciones de la industria, y aun sobre la mendicidad, y que se llamaba *crisagiro*.

Longino, hermano de Zenon, aspiraba al imperio, que sus vicios hubieran deshonrado: los isauros sostuvieron su pretension, y esta guerra civil duró seis años. Los generales de Anastasio vencieron muchas veces al enemigo causándole gran matanza. En fin, siendo cónsules Juan el escita, y Juan el corcovado, fueron los isauros completamente vencidos, y Longino preso y degollado. En esta guerra empezó á elevarse Justino, paisano oscuro de Tracia, que poco tiempo

despues ascendió al trono. A la edad de 20 años dejó el arado por huir de la miseria; y seguido de dos compañeros llegó á la capital solo con una alforja y un bordon. Todos tres se alistaron: Leon, agradado de su alta estatura, los hizo entrar en su guardia. Justino era ya capitan en la guerra contra los isauros. Cometió una falta de indisciplina, y el consul Juan el corcovado le condenó á muerte: ya la segur estaba levantada sobre su cabeza, cuando Juan, movido por un sueño segun unos, ó por una aparicion como quieren otros, le concedió su perdon. Su valor le grangeó el afecto de los gefes y la benevolencia del emperador, y fue sucesivamente elevado á las dignidades de senador, gefe de los oficios y patricio.

Guerra con los sarracenos y búlgaros. (499.) Los sarracenos, que turbaban entonces la tranquilidad del imperio con sus correrías y latrocinios, y que despues le fueron tan funestos cuando una nueva religion añadió el ardor del fanatismo á su pasion por la guerra, acometieron con poderoso ejército la provincia de Siria. Romano, gobernador de Palestina, los venció y obligó á retirarse.

Anastasio fue menos feliz contra los búlgaros que habian pasado el Danubio,

Aristo y el conde Nicostrato, al frente del ejército de Iliria, les dieron batalla y la perdieron: espantosas devastaciones fueron el resultado de esta derrota.

Invasion de Cavádes, rey de Persia, en Armenia. (501.) La peste y el hambre despoblaron una parte del Asia. La Persia, atacada incesantemente por las tribus del norte, estaba destrozada por las discordias civiles. Peroso fue muerto en una batalla contra los hunnos: Vologeso, su hermano, le sucedió; y Cavádes, su hijo, quedó en rehenes entre los hunnos victoriosos. El nuevo rey despreciaba el culto de los magos: estos sublevaron el pueblo contra él, le sacaron los ojos y le privaron de la corona. Cavádes le heredó y reinó como un tirano.

Sus embajadores vinieron á pedir al emperador Anastasio los subsidios que Zenon habia prometido. El avariento emperador prefirió el dinero á la paz; y dijo que solo se habia prometido un préstamo, no un don. Rompióse, pues, el lazo que unia los dos imperios; y Cavádes difirió su venganza impedido por otros sucesos. Quiso obligar á los armenios á abrazar su culto: estos tomaron las armas, degollaron los magos, y vencieron el ejército persa. Las crueldades de Cavádes le

hacian odioso: su ingratitud á un general que le habia salvado la vida en una batalla, y á quien hizo morir, escitó el furor de los grandes del reino: depusiéronle, encerráronle en una prision y eligieron por rey á Zamaspecio.

Sitio de Amida por Cavádes. (503.) Cavádes, libertado bien pronto por el valor de su muger, se refugió al pais de los hunnos, que le dieron tropas y le restablecieron en el trono. Despues de haberse vengado con crueldad de sus vasallos rebeldes, declaró la guerra á los romanos, entró en Armenia, la devastó y puso cerco á Amida. Despues de dos asaltos inútiles fingió retirarse, volvió en la noche y penetró en la ciudad por la negligencia de los defensores de un fuerte, que se habian embriagado. Ochenta mil habitantes fueron pasados á cuchillo, y todos hubieran perecido á no ser por el valor y el ingenio de un sacerdote anciano. «Señor, dijo á Cavádes, un gran rey mancilla su gloria degollando á los vencidos.» «¿Y por qué, le respondió el rey, han cansado mi paciencia con una defensa tan obstinada?» El viejo replicó: «Porque Dios ha querido conceder esta victoria á tu valor y no á nuestra cobardia.» Esta respuesta altiva, tan-

to como lisonjera, desarmó al vencedor. Anastasio envió contra los persas un poderoso ejército, mandado por Areobindo, hábil general; pero le dió por colegas á Hipacio y Patrix, dos cortesanos que envidiosos de su gloria, temian su triunfo aun mas que el del enemigo. Le hicieron, pues, traicion, y dejaron sorprender y destrozar el ejército por los persas. Cavádes, despues de una tentativa inútil contra Edesa, se vió obligado á retroceder por los movimientos de Areobindo. Anastasio no pudo recobrar á Amida. Asustado de la proximidad del ejército godo que amenazaba la frontera de Iliria, hizo paz con Cavádes, ó mas bien la compró: el persa restituyó á Amida por un tributo de 11.000 libras de oro.

El emperador, libre de este enemigo, reunió todas sus fuerzas para oponerse al ejército que Teodorico enviaba á Iliria bajo las órdenes de su general Pitria. Cuando estuvieron en presencia unos de otros, el general de los godos, viendo al enemigo superior en número, para animar á los suyos, se pone á su frente y esclama: «Compañeros, conoceis el valor de nuestro monarca, y los enemigos tambien. Probadle que sois dignos de él. Aunque ausente, os está

viendo: marchad y pelead: ninguna de vuestras acciones se ocultará á su vista.» Los griegos fueron completamente derrotados: Pitria prohibió despojar á los muertos, y mandó dejar en el campo de batalla las armas y los caballos como trofeos de la victoria.

Alianza de Anastasio y Clodoveo, y consulado de este. (508.) Anastasio veia que las legiones, ya sin vigor, no bastaban para la defensa de su capital; y asi, mandó construir á 13 leguas de Constantinopla una muralla de 20 pies de grueso, flanqueada con torres, y que se estendia por el espacio de 13 leguas, desde la Propóntide al Ponto Euxino; señal de miseria y monumento de flaqueza y de lujo.

No pudiendo luchar contra el genio y la fortuna de Teodorico, solicitó una venganza sin gloria, y viéndole ocupado en pelear contra los franceses, envió á Romano con un cuerpo de 8000 soldados para que saquease la Calabria y las costas de Italia. Al mismo tiempo dió el título de cónsul á Clodoveo, que quitaba la Galia para siempre al imperio, é hizo que los embajadores presentasen á este príncipe una túnica de púrpura y una corona de oro, creyendo escitar de

este modo irreconciliable aborrecimiento entre él y Teodorico. Clodoveo despreciaba al débil emperador de los griegos; pero como los recuerdos de Roma y el respeto á las dignidades romanas estaban aun vivos en Galia, el rey de los francos, para hacer mas venerable su autoridad á los pueblos conquistados, recibió en la iglesia de san Martin de Tours aquellos ornamentos, y aceptó el título que parecia sancionar su poder y legitimar su conquista. El emperador no acertaba mejor á mantener la tranquilidad interior que á sostener la gloria de las armas imperiales. La pasion de los antiguos griegos á las carreras de carros no habia caido con su libertad; antes bien la habian comunicado á sus vencedores. Casi indiferentes ya á la gloria de las batallas y de la tribuna, no ambicionaban con ardor sino la del circo; y al mismo tiempo que veian sin alterarse á sus generales y cónsules desterrados, mutilados ó prisioneros, ó á sus príncipes envilecidos, asesinados ó destronados, abrazaban con ardor el partido de los cocheros de la faccion verde ó azul; y arrostrando enfurecidos las espadas de los soldados, la autoridad del príncipe y la voz de los magistrados, mudaban muchas ve-

ces el teatro de los juegos en campo de carnicería. El emperador, arrastrado por el torrente de la costumbre, cometió la falta de tomar partido en estas sangrientas y despreciables querellas: la faccion opuesta á la que él protegia, escitó muchas sediciones que su presencia no pudo contener: algunas veces fue insultado y perseguido á pedradas, y tenia que encerrarse en su palacio.

Conjuracion de Vitaliano y sitio de Constantinopla. (516.) Otro error mas fatal le espuso á mayores peligros. Vencido por su inclinacion á la heregía de Eutiques, arrancó por violencia al patriarca Macedonio el juramento escrito, de que era depositario el prelado, y por el cual habia prometido en su advenimiento sostener la fe católica. Esta falta de lealtad fue la seña de una guerra civil. Veinte mil monges acudieron de Siria para derribar la silla del patriarca, y otros tantos se armaron para defenderla. En fin, Vitaliano, nieto de Aspar, creyendo útiles á su ambicion estas discordias, se adhirió á la causa de los católicos, armó á todos los descontentos, derrotó 60.000 hombres que Anastasio envió contra él, forzó el paso de la grande muralla, y acampó junto á los muros

de la capital. Hipacio, sobrino y general de Anastasio, habia sido hecho prisionero. Vitaliano le traia en su ejército metido en una caja de hierro. Cirilo, que le sucedió, logró algunas ventajas, y obligó á Vitaliano á retirarse; pero despues fue sorprendido por el enemigo en una casa de prostitucion, y hecho prisionero y degollado.

Vitaliano sitió á Constantinopla. La discordia reinaba en esta ciudad, y se hubiera apoderado de ella á no ser por la habilidad de un fisico de Atenas llamado Proclo, que renovando los prodigios de Arquimedes, destruyó las máquinas de guerra de los sitiadores y abrasó su armada: la guardia imperial, aprovechándose del espanto causado por aquel desastre, sale de la plaza, se arroja sobre los sitiadores, estermina una parte de ellos, ahuyenta á los demas, y obliga á Vitaliano á dar libertad á Hipacio y pedir la paz. Anastasio la concedió, prometió ser ortodoxo, y continuó persiguiendo siempre á los católicos.

No gozó mucho tiempo del reposo que le concedia la sumision de Vitaliano. Supo que un cuerpo de bárbaros, habiendo pasado el Danubio, talaba á Macedonia y Tesalia, y estándose pre-

parando para pelear contra ellos, murió herido de un rayo, á los 87 años de edad y 27 de reinado. Fue estimado por un buen príncipe, atendida la prudencia de sus leyes y la suavidad de su gobierno. Su aversion á los católicos hizo que el sumo pontífice le borrase de los dípticos ó archivos sagrados. La plebe de Constantinopla perturbó sus funerales con insultos. Fue un emperador mediano, que vivió y reinó sin gloria ni oprobio.

CAPITULO VIII.

Justino. Justiniano.

Justino I, emperador. Sedicion de las facciones del circo. Muerte de Boecio y Simmaco. Justiniano, emperador. Guerra contra Cavádes, rey de Persia, y batalla de Dara. Nueva guerra con los persas, y batalla de Calinica. Paz con la Persia. Conquista de Africa por Belisario. Muerte de Amalasunta, reina de los ostrogodos. Conquista de Sicilia por Belisario. Conquista de la Italia meridional por Belisario. Sitio y batalla de Roma. Sitio y toma de Ravena. Victorias de Belisario contra los persas. Guerra de Belisario contra Totila. Belisario recobra á Roma. Conquista de Roma por

Totila. Espedicion de Narses á Italia: batallas de Urbino y de Vesubio. Capitulacion de Cumas. Batalla de Capua. El papa Vigilio perseguido. Su muerte. Victoria de Belisario contra los hunnos. Paz con los persas. Prision de Belisario.

JUSTINO I, *emperador.* (518.) Anastasio no dejaba mas parientes que tres sobrinos sin talento ni influjo, que no inspiraban confianza ni temor á ningun partido, y que fueron olvidados apenas dejó de vivir su tio. El eunuco Amancio, ministro de Anastasio, gobernaba el estado en los últimos años bajo el nombre de su señor. No atreviéndose á aspirar al imperio, quiso comprarlo para otro, y eligió para ello al patricio Teócrito, de cuya amistad y carácter apocado esperaba que le conservaria en el poder. Encargó á Justino que le ganase los votos de los senadores, de las tropas y del pueblo. Justino mandaba entonces la guardia; y como en los gobiernos despóticos la fuerza destinada á defender el trono es comunmente la que lo usurpa, el ambicioso comandante

para apoderarse de la corona, no tuvo que hacer mas que estender la mano á ella.

Justino, educado en los campamentos, se habia adquirido el afecto de las tropas, siendo partícipe de sus riesgos y fatigas: le amaban por su valor, su fuerza, su mirar magestuoso, su tez encendida, su vida de aventurero, y hasta por su grosera ignorancia. Serviase del oro que le prodigaba Amancio, para hacer grandes regalos á los oficiales, á los principales senadores, al pueblo; pero no solicitó sus votos sino para sí mismo; y con un asentimiento casi unánime le eligieron emperador. El conde Juan fue uno de los aspirantes á la corona; pero su partido, demasiado flaco, no pudo impedir ni aun retardar la eleccion. En un momento en que el imperio estaba acometido de los bárbaros por todas partes, parecia necesario el nombramiento de un emperador belicoso. Justino debia su fortuna á sus hazañas; pero cuando subió al trono tenia sesenta y ocho años, y la vejez habia resfriado su valor. Si el nuevo emperador carecia de luces, poseía á lo menos la primera cualidad de un príncipe; que es el arte de conocer y emplear los hombres. Como la ciencia militar era la única que ha-

bia estudiado, se encargó solamente de la direccion del ejército, y encomendó el gobierno del imperio al cuestor Proclo, hombre íntegro, de esperiencia, sábio y generalmente estimado. Lupicina, muger de Justino, habia sido esclava, despues su concubina, luego su esposa, y en fin emperatriz: para hacer olvidar su origen mudando su nombre, su marido le dió el de Alia Marcia Eufemia. Nada debió á la educacion; pero la naturaleza la habia dotado de virtud, prudencia y bondad. No tuvo hijos, y así el emperador fijó su afecto en su sobrino Justiniano, que á la sazon tenia treinta y cinco años. Este príncipe, cuyo reinado fue despues tan glorioso para el imperio, nació en el pais llamado antiguamente Mesia, y hoy Bulgaria. Su padre Istok fue un aldeano, su madre se llamaba Biglenisa, y él tenia el nombre de Upranda. Estos vocablos bárbaros eran incómodos á la vanidad griega, y se mudaron en los de Sabacio, Vigilancia y Justiniano; y hasta la aldea de Taurisino, cercana á Sárdica, donde tuvo su nacimiento, se ennobleció con el nombre de Tetrafrigia. Justino, asegurado ya en el trono, se declaró protector de los católicos: el pueblo le aplau-

dió como á un nuevo Constantino, y dió á su esposa el sobrenombre de Helena. El clero exigió que se escluyesen á los hereges de los empleos, y hasta del servicio militar. El emperador escribió al papa para ser admitido en su comunion; lo que no logró sino á condicion de que el patriarca Juan anatematizaria á Acacio, Eufemio y Macedonio, sus predecesores.

Un legado vino á Constantinopla: el emperador lo recibió con grande honor en el senado, y las iglesias griega y latina se reconciliaron momentáneamente. Severo, patriarca de Antioquía, sostenia aun á los hereges: Vitaliano tuvo órden de deponerlo y de hacer que le cortasen la lengua: el proscrito se refugió al palacio de Timoteo, patriarca de Alejandría, que con el favor de un partido numeroso se burlaba de las órdenes de la corte.

Amancio y Teócrito, cuyos proyectos ambiciosos echó por tierra la elevacion de Justino, formaron una conspiracion: fue descubierta, Teócrito preso y muerto, y Amancio desterrado á Sárdica. Un rival mas temible era Vitaliano, príncipe hereditario de la Escitia menor, nieto de Aspar, gefe de los godos

auxiliares y hábil general. Entonces mandaba un ejército; y no era posible olvidar que poco antes habia sitiado á Constantinopla y hecho temblar al emperador en su palacio. Su celo por la fe católica le habia grangeado el título de ortodoxo que le dieron los sínodos de Tiro y Apamea. No era seguro emplear la fuerza contra un hombre tan poderoso: engañáronle, pues, para arruinarle; y la venganza le llamó á la corte con la máscara fementida de la confianza y de la amistad. Justino le colmó de honores y dignidades: Justiniano le juró una amistad fraternal, consagró este juramento comulgando con él, le convidó á un banquete, le hizo matar, y manchó con esta atroz alevosía el primer escalon por el cual ascendió al trono.

Sedicion de las facciones del circo. (521.) El furor de las facciones del circo ensangrentaba diariamente á Constantinopla, y causaba en todo el imperio horribles desórdenes. No eran ya las solemnidades pomposas de la Grecia, en que todos los héroes, príncipes y pueblos rivales deponian sus odios y sus armas para disputar pacíficamente una palma gloriosa. Cuando Roma adoptó el uso de las carreras de carros, la se-

veridad de sus costumbres no pudo permitir que la gloria de los cónsules, senadores y patricios se espusiese en la arena á las murmuraciones y aplausos de la multitud inconstante. Oscuros cocheros, destinados á los placeres del pueblo, disputaron solo el premio de los certámenes; y se les distinguia con los colores encarnado, blanco, verde y azul. En tiempo de los emperadores, cuando los ciudadanos dejaron de entender en los negocios públicos, fueron las diversiones su sola ocupacion. Los romanos, á quienes sus dueños daban fiestas muy costosas para que olvidasen los pesares de la servidumbre, aplicaron á los juegos públicos el mismo ardor y espíritu de partido que ya no les era lícito manifestar en el foro. Cada uno sostuvo con pasion las pretensiones de los cocheros á que era adicto: los colores fueron estandartes y enseñas de tumulto; la supersticion unia ideas misteriosas á su número cuaternario, que se suponia representar los cuatro elementos: se creyó ver en sus triunfos ó reveses presagios infaustos ó favorables, que interpretaban, segun las opiniones, temores ó deseos. Los príncipes, ó arrastrados por el ejemplo, ó ganosos de complacer al

pueblo imitándole, cometieron muchas veces el yerro de tomar parte en estas pueriles querellas: el influjo de la autoridad las hizo tan importantes, violentas y encarnizadas, como las discordias religiosas; y los que quisieron reprimir el abuso, le hallaron harto enraizado para destruirlo. Despues de la traslacion de la silla del imperio á Bizancio, esta locura estravagante y funesta creció con la corrupcion de las costumbres. Los griegos, sumisos á tiranos, gobernados por eunucos y oprimidos por bárbaros, no parecian recobrar su antiguo valor y denuedo, sino para sostener á riesgo de sus vidas las querellas religiosas ó las de los conductores de los carros; y cuando en los campamentos, en el palacio y en el senado solo se hallaba tiranía y servidumbre, por un contraste singular volvia á encontrarse en el circo la democracia con toda su licencia y sus furores.

Justiniano apoyó con su autoridad á los partidarios de la faccion azul, la cual orgullosa con su proteccion, se entregó á los mayores escesos contra la faccion verde. Todas las ciudades fueron testigos de combates sangrientos y de todos los crímenes que acompañan á las guerras civiles. Los azules tomaron el trage de

los hunnos, y se mostraron codiciosos y crueles como este pueblo: robaban las casas de sus enemigos, herian á los que encontraban, vendian su brazo á los que pagaban asesinatos, quitaban los esclavos á sus dueños, las hijas á sus padres, ultrajaban á las mugeres mas distinguidas sobre los cadáveres de sus esposos: ningun magistrado se atrevia á castigar á estos bandidos, temiendo desagradar á Justiniano; y este temor llegó á tal punto, que el emperador ignoró tres años semejantes escesos. Cuando los supo, nombró prefecto de la ciudad á Teodoto, hombre firme y justo, y que en otro tiempo habia sido conde de oriente. Este magistrado, sin temer la ira del príncipe, opuso á los facciosos una inflexible severidad, disipó sus corrillos, puso en prision á los mas sediciosos, y mandó degollar á muchos. Uno de los que envió al suplicio era de sangre ilustre, y se llamaba Teodoto como él. Los nobles, deseando ser superiores á la ley, se reunieron contra el prefecto: Justino, cediendo á sus clamores, envió á Teodoto al oriente; pero obligó á su sucesor á observar la misma conducta, y á desplegar contra las facciones la misma firmeza. La parte que Justiniano habia tenido en estos desór-

denes, no le privó de la benevolencia de su tio: nombrado cónsul, gastó grandes sumas en dar fiestas magníficas para ganar popularidad, é hizo pelear en la arena 20 leones contra 30 leopardos. El vulgo, sin hacer caso de la decadencia del imperio, creia que el lujo era poder, y la prodigalidad grandeza. Mientras que se le entretenia con la pompa de los juegos, se dejaba á Teodorico gobernar la Italia como señor, y nombrar un cónsul sin dignarse de pedir el consentimiento de Justino. En esta época el rey de Persia, que se creia soberano de la Cólquide, llamada entonces Lázica, le dió por rey á Damnazes, y despues de su muerte á Zateo, el cual habiendo abrazado el cristianismo, quiso hacer dependiente su corona del emperador de Constantinopla. Cavádes indignado resolvió desde entonces hacer guerra á Justino; y para esto compró la alianza de un rey de los hunnos, que residia cerca de Derbont; pero habiendo descubierto que este príncipe recibia tambien subsidios del imperio, le invitó á una conferencia; y se vengó de su doblez dándole la muerte. Pocos tiranos vencieron á Cavádes en alevosía y crueldad. La conformidad de las doctrinas de Zoroastres y Manes habia hecho que muchos

sátrapas y oficiales del ejército abrazasen el maniqueismo: el hijo del rey los favorecia, y se les acusaba de conspirar para elevar el príncipe al trono. Cavádes, disimulando su ira, junta los estados del reino, y dice á los maniqueos: «Mi hijo ha abrazado vuestros dogmas: lo sé y lo apruebo: venero vuestra doctrina, y quiero que el heredero del trono siga vuestras máximas y os tenga en su compañía. Separaos de los profanos y acercaos á él.» Los maniqueos obedecen con alegría; y cuando estuvieron reunidos, la guardia los rodea y degüella. Estos homicidios causaban un terror general. El rey de Iberia, no pudiendo tolerar el yugo de un tirano tan sanguinario, imploró la proteccion de Justino. Cavádes apenas lo supo, hizo entrar su ejército en Iberia, y esta fue la señal de la guerra entre griegos y persas. Entonces comenzó el gran Belisario la carrera de su vida heróica: condujo las legiones de Justino á la Perzarmenia y la devastó; pero mal servido por algunas tropas que aun no habia tenido tiempo de disciplinar, hubo de retirarse; y este primer reves, que le demostró la necesidad de unir la prudencia al denuedo, fue quizá una de las causas de su gloria, impidiéndole confiar de la

fortuna. Otro ejército de Justino fue derrotado junto á Nisibe por la cobardía de Licelario, su general. Belisario le sucedió, y á pesar del desaliento causado por aquella derrota, detuvo á los persas, y defendió con tanto valor como habilidad la plaza de Dara.

Los árabes, desengañados de los errores de la idolatría, comenzaban entonces á conocer la necesidad de un nuevo culto. Primero quisieron restablecer el de Moisés. Elisan, rey de Abisinia, cristiano celoso, salió de Axum, su capital, atravesó el golfo de Arabia, derrotó á los árabes con muerte de su príncipe Birnion, y colocó en el trono á un rey cristiano. Despues de su partida se rebelaron los árabes: el rey de Abisinia los volvió á vencer, é hizo alianza con Justino, el cual le envió misioneros. Elisan, restituido á sus estados, dejó el trono, envió su corona á Jerusalen como una ofrenda, y se retiró á un monasterio, donde murió en olor de santidad.

Muerte de Boecio y Simmaco. (525.) Teodorico, que aunque arriano celoso habia protegido á los católicos en Italia, llevaba á mal la persecucion que sufrian en oriente los de su creencia; y asi envió á Constantinopla cuatro senadores roma-

nos para reprender al emperador su intolerancia, siendo presidente de esta embajada el papa Juan, á quien mandó emplear todo su influjo contra el sistema de rigor que seguia Justino. El senado, el clero, el pueblo y el mismo emperador salieron á recibir al papa á las puertas de la ciudad, y se postraron á sus pies; mas no quiso entrar en la iglesia metropolitana, sino á condicion de que el oficio divino se celebrase en latin, y á él se le diese un lugar preeminente al del patriarca. No pudo recabar nada del objeto principal de su mision; y cuando volvió á Roma, Teodorico le hizo encerrar en una cárcel donde murió. La vejez habia hecho el carácter del conquistador de Italia mas débil é irascible: el héroe se iba eclipsando y el bárbaro aparecia: cuando jóven honraba el valor y la virtud: ya viejo, los temió y los envió al suplicio.

Boecio y Simmaco, los dos personages mas ilustres de Roma, colmados hasta entonces de sus favores, escitaron sus celos; y desde que le parecieron temibles, resolvió sacrificarlos. El senador Boecio, de la familia Anicia, descendia del famoso Manlio, el que arrojó los galos del capitolio. El deseo de sostener este nombre glorioso, lo alejó de las disi-

paciones á que se abandonaban esclusivamente los romanos degenerados. En su juventud se entregó con ardor al estudio: su curiosidad le llevó á las escuelas de Atenas donde vivió muchos años. La fuerza de su razon le apartó de la pasion pueril de los griegos á la mágia y á las ciencias ocultas. Adelantó mucho en la escuela de Proclo, célebre entonces. Su ingenio, ilustrado por el cristianismo, se fortificó con la lógica de Aristóteles, y se enriqueció con la imaginacion de Platon. Cuando volvió á Roma, casó con la hija del patricio Simmaco. Defendió la fe católica contra las heregías de Arrio y de Eutiques: estudioso, activo é infatigable, escribió muchos tratados sobre la música antigua, la mecánica de Arquimedes, la astronomía de Ptolemeo y la filosofía de Platon. Su fortuna socorria á los indigentes, su valor protegia la inocencia; y si la lisonja solamente pudo compararle á Demóstenes y Ciceron, la opinion pública le elevó con justicia sobre todos los escritores de su siglo. Teodorico, como todos los grandes hombres, buscaba el mérito, honraba la virtud y premiaba el talento. Boecio obtuvo el consulado y el empleo de comandante de los oficios; y alcanzó á

ver á sus dos hijos, jóvenes todavia, nombrados cónsules en un mismo año, presentarse en el foro entre los aplausos del senado y los vivas del pueblo. El favor no corrompió su noble carácter. Ciudadano en una ciudad sometida, filósofo en la corte de un conquistador, resistió á la tiranía orgullosa de los oficiales bárbaros, que á pesar de las intenciones del rey, robaban los campos, oprimian á los aldeanos, arruinaban las provincias y trataban á los romanos como esclavos. Su elocuencia atrevida ilustró al monarca, á quien habian engañado, y salvó á Paulino, que por una sentencia inhumana estaba condenado á ser espuesto á las fieras. Cuando se trataba de luchar contra la delacion y defender la virtud, no conocia ni temor ni prudencia. Esta entereza romana aumentó su fama; pero disminuyó su favor: la verdad en su boca fue estimada; pero ofendió la vanidad del rey. Teodorico empezaba á temer la sombra de libertad que habia restituido al senado. Se acusó al senador Albino de conspirar para que Roma volviese á ser independiente. Boecio defendió á su amigo, y dijo al príncipe: «Los sentimientos de este acusado virtuoso son los del senado y los mios. Debemos participar

de su pena si Albino es culpable: si somos inocentes, las leyes deben proteger á Albino como á nosotros.» Los delatores, resueltos á perderle, falsearon su firma y la de Albino, y las pusieron en un escrito en que se pedia socorro al emperador de oriente, contra la opresion de los ostrogodos. Teodorico irritado, sin querer oir á Boecio, le mandó prender. El senado temblando acusó su entereza de rebelion, su ciencia de mágia, y se deshonró condenándole á muerte y á confiscacion de bienes. Boecio, sin quejarse, manifestó su desprecio á aquel vil senado cuya libertad habia querido defender, y no se vengó sino diciendo estas palabras: «En muriendo yo, no habrá ningun romano culpable del crímen por que me acusais.» En lugar de amedrentarse con la proximidad de la muerte, compuso en la prision un tratado sobre *el consuelo de la filosofía*. Los bárbaros ministros de la venganza de Teodorico rodearon á su cabeza una cuerda, y la estrecharon hasta que los ojos saltaron de sus órbitas. Despues de haberse gozado algun tiempo en sus dolores que no pudieron vencer su valor, le mataron á golpes de clava, y estinguieron así la última lumbrera del occidente.

El patricio Simmaco, su suegro, dió vivísimas é indiscretas demostraciones de su justo dolor. Se creyó que pretendia vengar al que lloraba con tanta osadia, y fue encadenado, conducido á Ravena y sacrificado á las sospechas del rey. Teodorico no sobrevivió mucho tiempo á sus víctimas, y debe decirse en gloria suya, que despues del esplendor adquirido en 30 años de grandes conquistas, talentos y virtudes, descendió al sepulcro agitado de temores y oprimido de remordimientos. El espanto y la vergüenza debilitaron su espíritu mas que la edad. Un dia, sirviéndose en su mesa un enorme pescado, esclamó: «Quitad de ahí ese fantasma: ¿no veis á Simmaco enfurecido, con ojos centelleantes, dispuesto á devorarme?» Despues de tres dias de agonía, falleció: sus últimas palabras manifestaron su arrepentimiento por las muertes de Simmaco y de Boecio. Asi cayó este hombre célebre, que saliendo de los bosques de Pannonia, se hizo dueño de Roma y de Italia, y estendió su poder desde Siracusa hasta Belgrado, y desde el Danubio hasta el mar de Libia. La fortuna que le prodigó sus favores, le concedió un bien sumamente raro en el trono, cual es un verdadero

amigo. El griego Artemidoro se mostró siempre mas afecto al hombre que al príncipe; y cuando murió, el rey hizo de él el mas noble elogio en estas pocas palabras: «Artemidoro sirvió á los hombres de mérito, consoló á los infelíces, y jamas abusó del poder.» Amalasunta, hija de Teodorico, heredó sus estados, sus talentos y su fama: por su valor y virtud hizo amable á los romanos y respetable á los bárbaros el yugo de una muger; y durante la larga infancia de su hijo Atalárico ocupó gloriosamente el trono donde no habian podido sostenerse tantos guerreros ilustres. La muerte de Teodorico dió á Justino esperanzas de derribar el poder de los godos en Italia, y aun creyó inútil desplegar contra una muger las fuerzas del oriente. Hizo que la acometiesen en Pannonia los lombardos, codiciosos de dinero y gloria; pero fueron rechazados por las tropas godas, y Justino hubo de reconocer á Atalárico por rey de Italia. Amalasunta, dotada de un ingenio vivo y penetrante y de un carácter firme y moderado, instruida en las lenguas griega y latina, hablaba poco y bien, era á un mismo tiempo económica y liberal, amaba la paz sin temer la guerra, negociaba con pruden-

cia; pero con altivez, y adquiria la estimacion general por su fidelidad inviolable en cumplir lo que prometia. El primer acto de su reinado lo fue de espiacion y justicia, restituyendo á los hijos de Boecio y Simmaco la herencia de sus padres. Fue su primer ministro Casiodoro, cuyos talentos y virtudes respetó la envidia en tres reinados consecutivos. Deseando educar á su hijo, no como príncipe, sino como hombre, le envió á seguir sus estudios en las escuelas romanas. Alejó con su prudencia los peligros con que la amenazaba la ambicion de Amalárico, rey de España y nieto de Teodorico: evitó la guerra, cediendo á este príncipe las ciudades que poseia en Galia. El conde Ricimero se presentó de órden suya en el senado de Roma, y entregó el juramento que habia prestado la reina de conservar á los romanos, dálmatas y godos sus privilegios. Mientras Amalasunta empleaba la destreza, el valor y la suavidad para afirmar la monarquía de los ostrogodos, el príncipe que habia de destruirla, caminaba á largos pasos á su elevacion.

Justino descendia rápidamente al sepulcro. Justiniano, su sobrino, patricio y general, aun no tenia mas título que

el de *nobilísimo* : deseoso de llegar al imperio, habia ganado con sus regalos los votos del senado; y este suplicó al emperador que le declarase augusto. Como el amor de la autoridad es la última pasion de los viejos, el monarca octogenario no quiso dividir la suya espirante. Pero advertido al año siguiente, por la disminucion de sus fuerzas, de la proximidad de la muerte, convocó en su palacio el senado, asoció á Justiniano al imperio, proclamó augustos á él y á su esposa Teodora, hizo que los coronase el patriarca Epifanio, y murió á los pocos meses despues de un reinado de 9 años. Llegó viejo al imperio, y sostuvo sin gloria el cetro, del cual habia parecido digno por las hazañas de su juventud.

Justiniano, emperador. (527.) El nuevo señor del oriente, nacido en una choza, educado en los campamentos, y elevado á la dignad de césar por el asesinato de Vitaliano, pródigo en sus placeres, minucioso en sus ocupaciones, comparable á Domiciano por sus entretenimientos pueriles, subyugado por una cortesana que habia recibido por esposa, debia inspirar al pueblo mas temor que esperanza. Sin embargo, su vida fue gloriosa, su nombre célebre; y en su reinado el

imperio se levantó y pareció adquirir nuevo vigor y nuevas fuerzas. Justiniano ambicionaba todos los géneros de gloria. Las lecciones de un griego, llamado Teofilo, ilustraron su espíritu: estaba en la fuerza de la edad cuando subió al trono: se celebraban sus conocimientos en jurisprudencia, y su elocuencia en el senado: tenia mucha pasion á la arquitectura y á la música; y los griegos actuales cantan todavía en el oficio divino algunos de sus himnos. El estudio de la teología, al cual se entregó con todo el ardor que era general en su siglo, le hizo cometer graves errores. La mezcla de defectos y buenas cualidades que se observa en el carácter de este príncipe, hace muy difícil juzgarlo. Los jurisconsultos le han prodigado elogios; los autores eclesiásticos injurias. Procopio, abogado, secretario de Belisario, é historiador, le ha adulado y destrozado sucesivamente, mudando de opinion segun mudaba su interes. En una de sus obras pinta al emperador como un ángel: en otra como un demonio; pero la vida de Justiniano prueba, que ni mereció alabanzas tan exageradas, ni censuras tan amargas.

Este príncipe tenia, con una ambicion desenfrenada, poco entendimiento y un

carácter débil : naturalmente suave, fue cruel muchas veces por obedecer á los caprichos de Teodora que le dominaba. Tuvo generales hábiles, porque el deseo de la victoria le ilustraba para la eleccion ; pero la envidia le hizo ser ingrato con ellos. Ningun príncipe ha levantado mas monumentos: pocos emperadores hicieron tantas conquistas: sus leyes que gobiernan todavía el mundo, han hecho célebre su nombre; pero su gloria fue prestada : la de legislador solo pertenece al sábio jurisconsulto Treboniano : la de conquitador fue debida al talento de Germano, y al genio de Belisario y de Nárses : si su voluntad les dió impulso, muchas veces su debilidad les puso trabas. Su prodigalidad disipó el inmenso tesoro que habia juntado su predecesor: sus ministros, codiciosos y corrompidos, oprimieron los pueblos con tributos. Llevó muy lejos sus armas, pero agotó sus fuerzas, y perdió por culpa suya el occidente, conquistado por sus generales. Sus numerosos monumentos oprimieron mas que embellecieron el imperio. En fin, debió su grandeza á la fortuna, su elevacion á un crimen, sus victorias á algunos grandes capitanes, sus desgracias é infortunios á sí solo; y su nombre no bri-

llaria hoy con tanto esplendor, si Treboniano no le hubiese puesto al frente de un código inmortal.

Teodora gobernaba al emperador y al imperio. En su juventud hizo fortuna por su hermosura y sus vicios, superando en uno y otro á todas las demas cortesanas: fue comedianta y pantomima, célebre por su habilidad. El pueblo que le prodigaba entonces sus aplausos en el teatro, no preveía que sentada sobre el trono habia de exigirle otros homenages. Tenia mucha gracia y amenidad en su trato: un gobernador de Africa la llevó á su provincia, y tuvo de ella un hijo. Un nuevo capricho, ó un secreto presentimiento, la escitaron á volver á la capital, donde cambiando de papel, afectó devocion, vivió en el retiro, se entregó al estudio, no trató sino con sábios, magistrados y estadistas, y atrajo á Justiniano, que cautivo de su amor, resolvió tomarla por esposa. Justino no queria consentir en ello; porque las leyes de Constantino y de Marciano prohibian á los ciudadanos, y mucho mas á los senadores, casar con comediantas. Justiniano, arrastrado por su pasion, venció todos los ostáculos, arrancó el consentimiento del emperador, obtuvo la revocacion de

las leyes que prohibian aquel enlace, y celebró su casamiento. Vigilancia, su madre, falleció de vergüenza y pesar por este suceso. Cuando Teodora llegó al poder supremo, descubrió, á pesar de la máscara de piedad, el orgullo y la altanería, tan comun y tan odioso cuando recae sobre una baja estraccion. Sin embargo, siempre comedianta, aun en el trono hizo el papel de princesa benéfica y generosa: prodigaba beneficios á los cortesanos, y limosnas á los pobres: edificó iglesias, y fundó conventos; pero al mismo tiempo implacable en sus venganzas, persiguió á los sacerdotes que se oponian á su voluntad, y á los grandes que desdeñaban su proteccion. Rodeada de Crisomala, Indora y Macedonia, antiguas cortesanas, parecia el palacio de los césares una casa de prostitucion. Sus hermanas, que habian profesado el mismo oficio que ellas, hicieron muy buenos matrimonios. Hombres poderosos se vieron obligados á tomarlas por esposas, y á comprar la conservacion de sus dignidades con la ruina de su honor. Todo el que resistia á la emperatriz, era perdido. Enviaba á las prisiones, al destierro y á la muerte senadores, generales, gobernadores de provincia y obispos: á las dos

cárceles principales, donde amontonaba sus víctimas, dió el pueblo los nombres de Laberinto y Tártaro. Su hijo, sabiendo en Africa su elevacion imprevista, acude precipitadamente á Constantinopla sin órden suya : su madre le ve por un momento, y el jóven desaparece: el parricidio la libró de un testigo importuno, que hubiera recordado perpétuamente al emperador la condicion primera y los antiguos amores de su madre, á pesar de que la pasion de Justiniano le tenia tan ciego, que hacia gala de ser su cautivo, y trataba con gran veneracion á su ídolo, objeto del desprecio universal, y llegó hasta obligar á los grandes y al pueblo á que jurasen obedecer á la emperatriz como á él. Esta princesa no habia llegado á tanta fortuna, esplendor y poder, sin estar dotada de grandes cualidades. Tenia un ingenio vasto, sublime y delicado, asombrosa instruccion y valor á toda prueba. Asi es que el emperador, en el preámbulo de una de sus *novelas*, declara que ha consultado á la muy respetable esposa que Dios le ha concedido; y como si la sombra altanera de esta princesa continuase dominando los ánimos, ha habido en nuestros tiempos jurisconsultos que

por respeto al Código y al Digesto han querido honrar la memoria de Teodora. Es cierto que esta muger, colocada en el trono, amó la gloria como habia amado el placer: sostuvo con su firmeza la debilidad de su esposo, le escitó á grandes empresas, le aconsejó muchas veces hacer buenas elecciones, y fue hombre por ella. El principio del reinado de Justiniano no fue señalado con sus victorias. Sítas, uno de sus generales, derrotó y sometió á los zanes, habitantes del monte Tauro. Los vencidos, tratados con dulzura, abrazaron el cristianismo, y fueron vasallos sumisos y fieles. Sítas recibió órden del emperador para que se casase con Conceta, hermana de Teodora, y que en otro tiempo fue cortesana como ella: este matrimonio le valió el ducado de Armenia. Otro general, llamado Pedro, venció el ejército del rey de Persia. La tiranía de Cavádes escitaba turbulencias en su reino, y muchos grandes imploraron contra su monarca la proteccion de Justiniano. Boacéa, reina de los hunnos sabiros, aliada del imperio, venció otra tribu de hunnos, mandada por dos reyes, amigos de Cavádes: la nueva amazona mató á uno de ellos, cogió prisionero al otro, y lo en-

vió á Justiniano, el cual, creyéndole gefe de ladrones y nó rey, lo mandó ahorcar. Este suplicio inspiró terror y no indignacion: Gordas, rey de los hunnos de la Táuride, concluyó un tratado de alianza con Justiniano, y abrazó el cristianismo; pero no pudo convertir á sus súbditos, y fue destronado. Justiniano le vengó, arrejó á los hunnos de la Táuride, y se apoderó de esta península. Los esclavones pasaron el Danubio en gran número: Justiniano envió contra ellos á su sobrino Germano, general esforzado é independieute que no temia ni á los bárbaros ni á Teodora: arrostró el odio de esta princesa, ganó su estimacion, destrozó á los esclavones, y los persiguió hasta mas allá del Danubio. La naturaleza se mostró entonces mas contraria al emperador que la fortuna: un espantoso terremoto destruyó á Antioquía (528): 5.000 persas perecieron entre las ruinas, y 7.000 en Laodicea y Seleucia. Antioquía fue reedificada, y se le dió el nombre de Teópolis. El emperador, celoso por el culto católico, envió al papa su profesion de fe, y publicó leyes severas contra los hereges: los obispos obtuvieron el derecho de vigilancia sobre los tribunales: una ley concedió á

la Iglesia 100 años de prescripcion para sus derechos: otra escluyó del episcopado á los sacerdotes casados que tenian hijos. Se determinaron por un edicto las formas de la eleccion de los obispos. Prohibiéronse los juegos de azar, como causas de crímenes y de blasfemias. Los obispos de Ródas y de Diópolis, acusados de un crímen infame, fueron castigados de una manera mas escandalosa todavía; pues fueron mutilados y entregados en espectáculo á la plebe de Constantinopla. El pregonero gritaba ante ellos: «Aprended, obispos, á no mancillar la santidad de vuestro carácter.» Cuando se desplegaba tanto rigor contra el vicio, Teodora conoció que debia expiar su vida pasada: convirtió, pues, uno de sus palacios en casa de penitencia, donde hicieron vida religiosa mas de quinientas mugeres, semejantes á la emperatriz en los desórdenes de sus primeros años. Una ley, dictada por el espíritu del cristianismo, prohibió la mutilacion, que poblaba de eunucos los palacios para sosegar el espíritu celoso de los magnates. En esta época fue el monte Cáucaso teatro de una revolucion instructiva para los tiranos. El rey de los abases, destruyendo la libertad de su

pueblo, se habia apoderado de la soberanía: oprimia á sus vasallos: mutilaba y vendia á los que escitaban su desconfianza: ellos, inclinados á la independencia y aun al crímen por el esceso de la desgracia y de la servidumbre, se rebelaron, forzaron el palacio del rey, le asesinaron, abrazaron el cristianismo, y se pusieron bajo la proteccion del emperador. Este príncipe mandó cerrar este mismo año las escuelas de Atenas, último asilo del paganismo. La persecucion de los idólatras y hereges produjo conversiones fingidas y numerosas emigraciones.

Guerra contra Cavádes, rey de Persia, y batalla de Dara. (529.) El emperador, que meditaba ya la conquista del occidente, hubiera querido para reunir los miembros separados del imperio romano, librarse del temor de los persas, haciendo una paz sólida; y asi envió para ello un embajador á Cavádes: el altivo persa recibió sus regalos; pero desechó sus proposiciones. En sus cartas á Justiniano no le daba mas título que el de hijo de la luna, y tomaba para sí el de hijo del sol, segun el estilo oriental. «Tú me has negado, le decia, el socorro contra los hunnos: me has quitado

aliados y tributarios, y has alentado á mis enemigos. Si eres cristiano, no olvides que tu ley te prohibe acumular tantos tesoros y derramar tanta sangre. Si no satisfaces mis reclamaciones, no te doy mas treguas que hasta la primavera.» Rota la negociacion, Belisario, general de las tropas griegas, se acampó á las puertas de Dara. Desde su juventud pudo anunciarse su gloria por la habilidad y esfuerzo que mostraba: inspiraba confianza á sus inferiores y respeto á sus iguales. En una corte corrompida sus talentos hubieran quedado olvidados, á no ser por la debilidad vergonzosa que le hizo casarse con la hija de un cochero. Su muger Antonina era amiga de Teodora, y el favor de la emperatriz, dictando la eleccion de Justiniano, dió un grande hombre al imperio. Antonina, desarreglada en su conducta, infiel al amor, constante á la amistad, hábil en intrigas, mancilló el honor de su marido, se mostró ardiente por su gloria, y acompañándole en las escuadras, campamentos y combates, participó de sus trabajos, fatigas y peligros. Peroso marchó con 40.000 persas contra los griegos. Las fuerzas de Belisario consistian en 25.000 hombres mal disciplinados y

desalentados por el recuerdo de sus derrotas. No podia confiar sino en el valor de los hunnos y hérulos auxiliares; pero su fidelidad era mas dudosa que su valor. Belisario, temiendo comprometerse con estas tropas, se habia atrincherado: los enemigos vinieron á insultarle hasta su valladar. Un ginete persa, presentándose con fiereza al frente del campo, desafió en alta voz á los mas valientes á singular batalla: ninguno se atrevió á salir, hasta que Andrés, de profesion bañero, indignado del desaliento general, se arma, baja á la lid, pelea con el persa, le corta la cabeza, y derriba tambien á otro oficial que quiso vengar al vencido. Este triunfo, que pareció un feliz presagio, inspira valor y confianza á las tropas de Belisario. Sin embargo, este general, antes de probar la suerte de las armas, acudió á las negociaciones. El orgullo del enemigo hizo inútiles todas las conferencias: Belisario las rompió, confiando al Dios de los cristianos la decision de la querella: Peroso dijo que el sol, su divinidad, seria testigo de su victoria, y lo introduciria en Dara, y mandó al gobernador de la plaza disponer una fiesta digna de su triunfo. Preparáronse unos y otros al combate. Belisario

dijo á los suyos: «Compañeros, disipad vuestros temores: el enemigo no es tan temible como creeis: un criado sin nombre acaba de postrar á vuestra vista dos persas de los mas valientes. No os falta fuerza ni valor, sino disciplina: aprended á obedecer, y la victoria es vuestra. Acercaos osadamente al enemigo, y no lo conteis: en sus líneas no hay verdaderos soldados, sino aldeanos mal armados, mas propios para el saqueo que para el combate. Huyen de los valientes, y no saben mas que despojar á los muertos. Marchad: acordaos de vuestros mayores, pelead como romanos, y abatireis el orgullo de los persas.» Dada la señal, comenzó la batalla: mientras no se hizo mas que disparar flechas, los persas llevaron lo mejor, como mas diestros en este ejercicio; pero cuando, vacías las aljabas, los dos ejércitos se encontraron espada en mano, la pelea fue mas igual. Duró mucho tiempo, y fue reñidísima. Pero los hunnos y hérulos rodearon al enemigo por órden de Belisario, y desordenaron sus filas. Entonces Peroso hizo entrar en línea á los inmortales, que eran la flor de su ejército: Sunica ataca esta reserva al frente de los hunnos, la desbarata, derriba á su ge-

fe, y se apodera del estandarte. Los persas huyen por todas partes, y se hace en ellos gran matanza. Al mismo tiempo Cavádes sufrió otra derrota en Armenia. Ofreciósele de nuevo la paz, y respondió que obligado á mantener, con gran perjuicio de sus pueblos, dos ejércitos, uno contra los bárbaros del norte y otro contra los romanos, no queria tratar de paz, si el imperio no se unia á él contra los primeros para defender las puertas Caspias. Justiniano consintió en ello, y aun se obligó á demoler las fortificaciones de Dara.

Así se restableció la paz por algun tiempo en el oriente. Pero el imperio tenia siempre otros enemigos: los bárbaros, como las cabezas de la hidra, renacian de su misma sangre. Los búlgaros invadieron la Tracia y los esclavones la Iliria: fueron rechazados por Mondon, uno de sus compatriotas, hábil capitan que habia entrado al servicio de los romanos. Despues de él, Quilbudio, encargado de la defensa del Danubio, contuvo dos años los bárbaros; pero al tercero, pasó el rio con ardor imprudente, se empeñó en un pais montuoso, engañado por la fingida fuga de los esclavones, fue rodeado por ellos, y pereció

con todo su ejército. Los historiadores no estan de acuerdo acerca del origen de los esclavones, pueblo famoso, que estendió sus armas é idioma desde el Elba hasta el mar Caspio, y desde el mar Glacial hasta el Danubio: lo que parece mas probable es que salieron de los bosques de Escandinavia, y habitaron primero los paises situados entre la Finlandia y el Oby. Los vénetos, godos y esclavones eran un mismo pueblo con nombres diferentes: en su idioma *slava* significa gloria, y esta nacion belicosa debió probablemente el nombre de slavos á sus hazañas. Muchas veces se les equivoca con los búlgaros y ábaros. Reconocian un Dios, dueño del universo, y veneraban tambien deidades de las montañas, rios y bosques. Eran en general bien dispuestos, de elevada estatura y fuerza prodigiosa: su cabello era rojo: valientes y sóbrios, despreciaban la agricultura y las artes, peleaban medio desnudos, y se servian de flechas envenenadas. Sus costumbres eran hospitalarias: su gobierno democrático; y no reconocian mas derecho para el mando que la edad, la esperiencia y el valor.

Nueva guerra con los persas, y batalla de Calinica. (531.) El emperador

no pudo reunir todas sus fuerzas contra ellos, porque el rey de Persia, eterno enemigo de los romanos, habia cambiado de consejo y de general, y vuelto á comenzar la guerra. Fueron sucesores de Peroso destituido, Azaretes, hombre de genio atrevido, y Alamondar, príncipe de los sarracenos: este devastó muchas provincias romanas, y se retiró á los desiertos cargado de botin, desde que vió marchar contra él las tropas regulares del imperio. Habia aconsejado á Cavádes que hiciese una guerra de invasion y acometiese en derechura á Antioquía. Cavádes adoptó este proyecto, y Azaretes atravesó con su ejército el Eufrates. Belisario marchó contra él y le encontró cerca de Calcis. Sunica, que mandaba los auxiliares, atacó al enemigó sin órden, pero logró alguna ventaja. Belisario, que fundaba sus esperanzas de gloria en el restablecimiento de la disciplina, quiso destituirle; mas no obtuvo la aprobacion de la corte. Los persas, aterrados por este reves, se retiraban perseguidos del general romano que solicitaba echarlos de la provincia sin comprometerse. La impaciencia de los soldados indisciplinados prorumpió en murmuraciones: llamaban timidez á su prudencia, y pedian á gritos el

combate. «Amigos, les dijo, permitidme ser avaro de vuestra sangre. Los enemigos huyen, ¿qué mas quereis? Una batalla podria hacer dudoso el triunfo que ahora es cierto. Estais fatigados por una larga marcha y crueles privaciones. Temed que los persas se detengan en su retirada y no les deis el valor de la desesperacion.» Mas iba á decir; pero le interrumpieron con injurias. Viendo, pues, que ya no estaban en situacion de oir la voz de la prudencia, y queriendo dirigir por lo menos las pasiones que no podia contener, manda dar la señal deseada: «Mi intencion, dijo, no ha sido otra que probar vuestro ánimo: estoy satisfecho de él: vosotros lo estareis del mio, con tal que yo vea tanto fuego en vuestras acciones como he visto en vuestras palabras.» La batalla se dió cerca de Calinica. Se peleó de una y otra parte con encarnizamiento, y la lid fue larga y terrible. La noche dejó indecisa la victoria; pero al dia siguiente cargaron impetuosamente los inmortales sobre el ala derecha de los romanos, y el rey de los árabes homeritas, aliado de Justiniano, huyó desamparando las líneas. Los isauros y licaonios siguen su ejemplo, y hallaron la muerte que querian evitar, ahogándose en el Eufrates.

La caballería romana, envuelta por los persas, huye ó perece. Solamente Belisario y su lugarteniente Pedro manifestaron en este desastre un valor invencible. El general romano, al frente de un cuerpo de infantería, débil por el número, pero fuerte por la intrepidez, se retira en buen órden, haciendo cara y peleando por todas sus frentes hasta la orilla del Eufrates: apoyado en ella como una fortaleza, resiste á todo el ejército enemigo, que veinte veces le acomete y veinte es rechazado. El campo de batalla estaba cubierto de cadáveres: el general de la caballería persiana habia sido hecho prisionero por Sunica: el cansancio y la noche separaron á los combatientes. Al rayar el dia, los persas ya sin esperanza de vencer á los romanos, se vuelven á su campamento: Belisario los persigue y mata un gran número de ellos. Todos convinieron en que el ejército imperial quedó vencido; pero que Belisario habia salido vencedor. Azaretes, exagerando su triunfo, esperaba ser premiado; pero el disfavor de su rey fue su recompensa.

Segun el uso antiguo de Persia, á la abertura de la campaña desfilaba el ejército á la vista del monarca: cada soldado llevaba dos dardos y dejaba uno á los pies

del trono, y estos se guardaban y contaban cuidadosamente. Despues de la guerra volvian á desfilar los soldados en presencia del rey, y arrojaban ante él el dardo que les habia quedado. Asi era como calculaban el número de hombres muertos ó prisioneros en la guerra. Cavádes preguntó desdeñosamente al general victorioso, ¿qué ciudades ó provincias habia conquistado? Azaretes respondió: «Mas he hecho que conquistar, pues he vencido á Belisario.» El rey, mostrándole los dardos, le dijo: «Has comprado una victoria dudosa á costa de la mitad de mi ejército.»

Paz con la Persia. (533.) En vano Cavádes, haciendo nuevos esfuerzos, prohibió á sus generales volver á Persia sin haberse apoderado de la plaza de Martirópolis: no pudo lograr esta empresa, y los generales de Belisario le quitaron muchos castillos. Aquel rey, cuya soberbia habia llegado á lo sumo, murió del pesar que le causaban los malos sucesos de sus ejércitos. Los grandes reunidos eligieron por rey á Cevises, su hijo mayor; pero habiendo presentado Mebódes, favorito del difunto rey, una memoria de este en que designaba á Cosdroas por su sucesor, el hábito del miedo hizo respetar aun la

autoridad de la sombra real, y Cosdroas fue proclamado unánimemente. Este príncipe célebre fue llamado el Alejandro de oriente: los persas le dieron por sobrenombre Anusquirvan, que quiere decir *alma generosa*; y entusiasmados por él, le ensalzaban como muy superior á Ciro. Pero al mismo tiempo que admiraban su genio, le aborrecian, y le acusaron de todos los vicios que suelen atribuirse á los tiranos mas odiosos. Deciase que el nuevo rey protegia las letras, é hizo traducir al persa las obras de Platon y Aristóteles. Con esta noticia, los filósofos gentiles perseguidos por Justiniano buscaron asilo en su corte; pero desengañados muy pronto por el despotismo oriental, y echando menos las formas menos duras de la administracion romana, volvieron á Grecia y fueron protegidos en ella por la influencia de Cosdroas; porque este príncipe recomendaba á los demas las virtudes que no tenia. Justiniano le envió embajadores para tratar la paz: el rey de Persia exigió al principio condiciones muy duras, 11.000 libras de oro y la cesion de muchas ciudades. En fin, el tratado se concluyó, y de una y otra parte se devolvieron las plazas y los prisioneros.

Las querellas sangrientas del circo continuaban turbando la tranquilidad de Constantinopla; y la corte, tomando parte en ellas, echaba leña en el incendio. Teodora favorecia la faccion verde, y el emperador la azul. El pueblo, oprimido por el esceso de los tributos, aborrecia violentamente á todos los ministros del emperador, y sobre todos á Juan de Capadocia, su valido, que vendia la justicia, y era igualmente despreciable por su sed de oro y por su liviandad. Descontento el pueblo, solo esperaba un pretesto para la rebelion. Se habia tratado con severidad á algunos partidarios de la faccion verde: toda la plebe se subleva y toma las armas en su favor: destroza la guardia imperial que se opone á sus escesos; y durante tres dias las casas son entregadas á las llamas y al saqueo, las calles se inundan de sangre, y la capital semeja á una plaza tomada por asalto. Los sediciosos piden la cabeza del favorito: algunos proclaman augusto á un soldado llamado Probo: ponen cerco al palacio. Belisario, al frente de una tropa de valerosos, defiende las puertas, derriba á los mas atrevidos, y haciendo prodigios de valor, espanta y aleja á los sitiadores. Pero su número aumentaba: el

débil Justiniano queria huir, é iba á perder su honor y su trono: la firmeza de una muger le conservó el cetro y la vida. Teodora le dijo: «Comunmente se censura con injusticia la osadía de las mugeres que intervienen en los negocios públicos. Ahora lo conozco mejor que nunca por tu perplejidad. En vano se objeta, que nada debe decidirse con ligereza en las circunstancias críticas. Cuando el peligro es estremo, la temeridad es prudencia. El temor aconseja la fuga, y esta dará no salvacion, sino ignominia. La muerte es solo un accidente á que nace espuesto todo hombre; pero el destierro es una afrenta insoportable al que ha ocupado un trono. Jamas me resolveré á dejar la púrpura, ni á vivir un solo dia sin los títulos de augusta y emperatriz con que me has honrado. Si de nada haces caso sino de la vida, puedes salvarla: el mar baña las paredes de tu palacio, tus navios te esperan, puedes salvar en ellos tus tesoros, y la Propóntide te ofrece un asilo. Pero teme que la vida infamemente conservada, en vez de descanso y placeres, solo te ofrezca una muerte tan cruel como vergonzosa. Para mi la única regla es esta máxima de los antiguos: *Es honroso morir, con tal que la posteridad*

lea con respeto el título de emperador, grabado en el sepulcro.» Justiniano, cediendo á la autoridad de su muger, resolvió quedarse en el palacio, mas por debilidad que por valor.

Hipacio y Pompeyo, jóvenes príncipes, sobrinos de Justino como él, le inspiraban recelo. Apartólos, pues, de junto á sí. El pueblo los rodea, los lleva al circo y proclama emperador á Hipacio. Habíase esparcido la noticia de la fuga de Justiniano. El senado une temeroso sus votos á los de la multitud. El emperador, sabiendo este suceso, sale al frente de sus guardias, y se presenta mas bien como suplicante que como príncipe. Teniendo en sus manos el Evangelio, dice á la plebe sorprendido: «Ciudadanos, volved á la debida sumision. Juro sobre este santo libro perdonaros: la justicia me lo manda, porque yo soy el único y verdadero delincuente: mis pecados corrompieron mi alma, y me estorbaron dar oido á vuestras quejas.» A estas palabras respondieron violentas murmuraciones, originadas de la indignacion y menosprecio con que fue recibida aquella mezcla de miedo y de religion. Hipacio, no menos tímido, procuraba persuadir al emperador, que coronado á pesar suyo, solo

habia reunido el pueblo en el circo para entregárselo. La fermentacion de los ánimos interrumpió este certámen de cobardía. Justiniano se retiró vergonzosamente á su palacio, y se creyó de nuevo que habia huido. Este error alentó á los partidarios de Hipacio, que se apoderaron del arsenal y lo saquearon. Mientras que perdian en estos desórdenes un tiempo precioso, el camarero Nárses ganó á fuerza de oro una parte del pueblo: empezó el combate á los gritos de *vivan Justiniano y Teodora* por una parte, y por otra *vivan Hipacio y Pompeyo*. Belisario, Mondon y Nárses reunen soldados fieles, se aprovechan hábilmente de la confusion, atacan con impetuosidad al pueblo, y lo arrojan al circo, cuyas puertas estrechas se oponen á la fuga de la multitud atemorizada: 30.000 hombres perecieron en aquella funesta arena. Hipacio y Pompeyo, presos y cargados de cadenas, hicieron vanos esfuerzos para justificarse: esta vileza los deshonró y no salvó su vida: fueron llevados á la cárcel, donde se les rompió la nuca. Asi la firmeza de Teodora, y la intrepidez de Belisario salvaron al emperador. Justiniano recobró su orgullo, apenas desapareció el peligro: hizo publicar en to-

do el imperio relaciones pomposas de esta triste victoria, que se atribuyó esclusivamente. El pueblo fue castigado con dos edictos: el uno restableciendo los favoritos desterrados, y el otro suspendiendo los juegos públicos. La puerta por donde salieron los cadáveres amontonados en el circo, tomó el nombre de *Puerta de los Difuntos*. Justiniano, apenas libre del terror que casi le habia impelido á bajar del trono, volviendo á sus proyectos ambiciosos, resolvió la conquista del occidente. Los peligros de la empresa no le atemorizaban, porque solo se espondrian á ellos sus ejercitos y los generales. Su vanidad era belicosa, porque no pensaba oir sino desde muy lejos el estruendo de las armas.

Conquista de Africa por Belisario. (534.) Los vándalos ocupaban entonces toda el Africa, desde el estrecho de Cádiz hasta Cirene: se habian hecho dueños de Córcega y Cerdeña; pero desde el reinado de Genserico se habian mudado sus costumbres. Afeminados por una larga paz, vencidos por el calor del clima y las bellezas de las africanas, corrompidos por el lujo, que destruye los estados mas pronto que el orin al hierro, el esplendor del oro les hizo olvidar el

de las armas : habian dejado los combates por los espectáculos, los trabajos por los placeres, los campamentos por los palacios; y á la aspereza de estos fieros hijos del norte habia sucedido la afeminacion italiana, sin conservar de su antiguo carácter mas que la crueldad. Hunerico, hijo de Genserico, para asegurar su reposo, mató á sus hermanos y sobrinos, y no conoció otro medio para mantener en sus estados la tranquilidad religiosa, que perseguir desapiadadamente á los que no profesaban su creencia, que era el arrianismo. Los moros, cansados de su tiranía, y despreciando su debilidad, se sublevaron contra él en Numidia, y se hicieron independientes. Hunerico murió sin haber podido someterlos. Sucedióle el príncipe Gundamon, que se habia libertado de la matanza de toda su familia, é hizo vanos esfuerzos para reconquistar la Numidia. Este tuvo por sucesor á Hilderico, hijo de Hunerico. Este monarca, bondadoso, pero débil, fue vencido por los moros, y solicitó la amistad de Justiniano. Descontento de la conducta de su esposa Amalfrida, hija de Teodorico el grande, mandó encerrarla. Su alianza con el emperador de oriente escitó las murmuraciones

de los vándalos : sus reveses le hicieron despreciable , y sus rigores contra Amalfrida le privaron del socorro de los godos.

Gilimer, príncipe de su sangre, ambicioso, astuto y atrevido, se aprovechó de sus faltas, irritó los ánimos de los vándalos, los rebeló, destronó al rey, y ocupó atrevidamente su lugar. (532.) Ninguno se declaró en favor del infeliz Hilderico. El diestro Gilimer habia persuadido á los grandes y al pueblo, que este príncipe era quien por su incapacidad tenia la culpa de la victoria de los moros, y que ademas queria someter infamemente el Africa á Justiniano. Este, informado de la revolucion, fue el único que defendió la causa del monarca destronado : sus embajadores echaron en cara á Gilimer la rebelion contra su rey legítimo ; y le hicieron presente que llamado por su nacimiento al trono, le tocaba defender sus derechos, y no violarlos : en fin, le pidieron que ya que no restituyese el cetro, tratase con humanidad á Hilderico, y le dejase el título y honores debidos á su dignidad. Gilimer se desdeñó de responderles : estrechó la prision de Hilderico y de su hermano Eváges, y les hizo saltar los ojos,

El emperador le escribió en estos términos: «Pues que á pesar de nuestros consejos persistes en ocupar un trono usurpado, permítenos á lo menos que ofrezcamos en nuestra corte asilo y consuelo al desgraciado príncipe que has privado de la libertad y de la vista. Si no lo consientes, te obligaremos á ello; y vengando su injuria, no romperemos los tratados hechos con tus predecesores; antes bien llenaremos fielmente los deberes que nos imponen.» «No he usurpado el trono, le respondió Gilimer: los vándalos echaron á Hilderico, creyéndole indigno de reinar, y yo le he sucedido por el derecho de nacimiento. Un príncipe prudente se limita á gobernar sus estados, y respeta la independencia de los demas. Reinas sobre el imperio mayor del mundo, que precisamente ha de darte muchos cuidados: no intervengas en los mios. Si quieres guerra, estoy dispuesto á recibirla, y te hago responsable ante Dios del quebrantamiento de un tratado que jurasteis tú y tus predecesores.» El emperador, antes de emprender la conquista del Africa, consultó á los patricios, grandes y senadores: la mayor parte, poseidos del temor, se opusieron á una empresa cuyo éxito parecia dudoso:

unos recordaban la vergonzosa derrota de Basilisco, y la ruina funesta del ejército de Leon: otros temian los gastos enormes de la espedicion: los generales exageraban los riesgos de una navegacion tan larga, y la insalubridad del clima. Juan de Capadocia, ministro el mas querido del emperador, apoyó con calor á los que se oponian, y suplicó al príncipe que no enviase á una muerte segura, contra los mas feroces de los bárbaros, la flor de las legiones. Decia que era arriesgar el imperio embarcar á sus mas firmes defensores para enviarlos á paises tan lejanos, que pasarian seis meses sin tener noticias de ellos. «En fin, añadia, aun cuando la fortuna favoreciese nuestras armas, no podriamos conservar el Africa despues de haberla conquistado; pues no somos dueños de Italia ni de Sicilia, donde reinan los godos, nuestros enemigos.» Vacilaba Justiniano conmovido por este discurso, cuando un obispo tomó la palabra y dijo: «Dios se me ha aparecido, os manda por mi voz armaros para libertar á los católicos. Os anuncio la victoria en su nombre; y el Africa será provincia del imperio.» Entonces cesa toda oposicion, y se determina hacer la guerra. Justiniano concen-

trá sus tropas, arma bajeles, junta municiones, y encarga á Belisario la direccion y el honor de tan grande empresa. Gilimer era hábil y valiente; pero su violencia fue útil á sus enemigos. Pudencio, natural de Africa, subleva los católicos perseguidos, y con el socorro de algunas tropas que le llegaron de Italia, se apodera de Trípoli, y se defiende con felicidad contra los vándalos. Al mismo tiempo Godas escita una rebelion en Cerdeña, rehusa el tributo á Gilimer, implora el auxilio del emperador, y recibe de él un socorro de 1.500 hombres. Esta diversion debilitó á Gilimer, obligándole á enviar á aquella isla 5.000 vándalos mandados por su hermano. Cuando la escuadra imperial estuvo para dar la vela, Epifanio bendijo solemnemente el ejército; y para santificar la capitana, hizo entrar en ella un soldado que acababa de recibir el bautismo.

Belisario, cuyo nombre era presagio de la victoria, salió con un viento favorable entre las aclamaciones de todo el pueblo de la capital. Este general hábil, antes de triunfar de los enemigos, procuró vencer el carácter indisciplinado de la tropa. Habiendo arribado al puerto de Abido, hizo ahorcar á dos masagetas que

habian cometido un homicidio: sus soldados, acostumbrados desde mucho tiempo á la licencia, se indignan de este rigor, murmuran, se amotinan. Belisario se lanza enmedio de los sediciosos, y los amedrenta con el ardor de su ademan y de sus miradas. A su vista el silencio anuncia ya el temor. «Si yo hablára, les dijo, á soldados bisoños que no conociesen la guerra, quizá me seria preciso citarles una multitud de ejemplos para convencerlos de que la suerte de los combates depende mas del valor que de la osadia, y del órden mas que del valor. Pero vosotros, que habeis vencido á hombres valientes, y que á pesar de vuestro esfuerzo habeis sido algunas veces derrotados, debeis saber que el destino de los ejércitos está en la mano de Dios. Si le ofendeis con vuestros escesos, si le ultrajais con homicidios, perdereis todo derecho á su proteccion. Absteneos, pues, de todo vicio, de todo desorden. Por mas valiente que sea un soldado, yo le despreciaré si va al combate con la conciencia manchada. No estimo el valor sino cuando se acompaña con la honradez.» Su firmeza consolidó la disciplina: su vigilancia proveyó la armada de alimentos saludables, y puso fin á las en-

fermedades originadas de los víveres averiados que Juan de Capadocia, administrador codicióso, habia dado á los bajeles. A Belisario se atribuye la invencion de las señales en el mar; y asi en una tan larga espedicion no perdió, como sucedia frecuentemente, ninguno de los buques que las tempestades nocturnas separaban de la escuadra. Llega á Sicilia. El historiador Procopio, enviado á Siracusa por Belisario, vuelve con felices noticias. Amalasunta habia preparado víveres para su escuadra, la flor del ejército vándalo estaba ocupada en someter la Cerdeña, y las tropas de Gilimer, aun no reunidas, se hallaban á cuatro jornadas de la costa. Belisario da la señal de zarpar. Casi todos los generales proponian ir en derechura á Cartago. Belisario, que no queria fiar el suceso de su empresa al arbitrio de los elementos, ni á la suerte dudosa de un combate naval, desembarca en la costa mas cercana y menos defendida, convierte su campamento en una fortaleza atrincherándose muy bien, y se separa intrépidamente de su armada. En estos reales, formados á la casualidad, podia temer la falta de agua; pero encontró una fuente enmedio de arenas abrasadas, lo que se

creyó cierta señal de la proteccion divina : el mismo Procopio lo pensó asi, segun dice en su historia. No menos prodigiosa era, en un siglo de corrupcion, la conducta de Belisario : el Africa volvió á ver en él la vigilancia, el denuedo y la severidad de los Escipiones. Algunos soldados robaron un campo ; hizo castigarlos públicamente, temiendo con razon que estos desórdenes moviesen á los habitantes á olvidar sus antiguas injurias y amistarse con los vándalos. Apoderóse de Silecta, ciudad vecina: la disciplina que mantuvo en su ejército, aseguró á los ciudadanos : los pueblos no temieron su llegada, y todos creyeron que venia, no contra el Africa, sino contra el tirano. Entró sin resistencia en Leptis, Adrumeto y Grasa : marchó rápidamente contra Cartago. El conducia en persona la retaguardia, persuadido á que Gilimer no tardaria en seguirle para darle batalla y salvar la capital.

El rey de los vándalos, que llegaba en efecto á marchas dobles con la esperanza de alcanzarle, escribió á su hermano Ammatas, gobernador de Cartago, mandándole que degollase á Hilderico y á los príncipes, y que despues saliese con su guarnicion á detener á los

romanos en el desfiladero de Décimo, situado á 70 estadios de Cartago. Al mismo tiempo dió órden á su sobrino Gibamundo que avanzase en la direccion de la costa: de este modo Belisario iba á ser atacado por su frente, espalda y flanco. La precipitacion de Ammatas inutilizó este plan sábiamente concebido. Sin esperar el resto de sus tropas, pasó el desfiladero con su vanguardia: el general romano Juan, comandante de un cuerpo escogido, le venció y mató; suceso que desordenó los varios destacamentos que llegaban sucesivamente de Cartago. Juan no les dió tiempo para reunirse: hizo en ellos gran matanza, y los persiguió hasta las puertas de la ciudad. Al mismo tiempo los masagetas, que eran parte de la caballería auxiliar de los romanos, encontraron la tropa de Gibamundo en un sitio llamado *Campo de la sal*, y despues de un combate obstinado, la derrotaron completamente. Belisario llegó al desfiladero de Décimo, se atrincheró en él y obligó á los soldados, acostumbrados bajo su mando á las fatigas, á que fortificasen su campamento segun el uso antiguo. «Compañeros, les dijo, llegó el momento de la pelea: los vándalos llegan: ningun partido os protege en Africa: la es-

cuadra se ha alejado: no hay plazas fuertes que nos sirvan de asilo. Toda nuestra esperanza está en nuestros aceros: si somos valientes, venceremos: si cobardes, no solo seremos vencidos, sino tambien pereceremos ignominiosamente. La justicia de nuestra causa nos promete la victoria. No emprendemos una conquista injusta, pues el Africa nos pertenecia. Recobraremos nuestra herencia, y el príncipe contra quien peleamos es un tirano, mas aborrecido aun de sus vasallos, que de sus enemigos. Muchas veces acometisteis con valor á los persas y á los escitas, los mas intrépidos de los hombres. Vais á pelear con los vándalos, que hasta ahora solo han vencido á los moros, miserables bárbaros y medio desnudos, sin arte ni disciplina. Los vándalos han perdido muchos años há el uso de la guerra. Ruego al Todo-poderoso, árbitro de nuestra suerte, que enardezca vuestro valor, os inspire el justo desprecio que merecen los enemigos, y os haga dignos por vuestras hazañas del inmortal honor que os espera en nuestra patria.» Dicho esto, deja en los reales la infantería y á su esposa Antonina, su compañera constante en los peligros, y marcha al frente de la caballería á reci-

bir al enemigo. Los masagetas, que habian vencido al sobrino de Gilimer, volvian sin desconfianza: el ejército vándalo los encuentra, los ahuyenta y los arroja sobre la vanguardia de Belisario, en la cual esparcen el terror. A aprovecharse el rey de este primer triunfo, podria haber mudado la suerte de los combates: pero marchó con lentitud, celebró los funerales de su hermano, y dió tiempo al general romano para reunir los fugitivos y disipar el espanto que habian difundido hasta en sus reales. Belisario, sacando partido de este yerro, acomete á su vez de improviso el ejército vándalo, aun no formado en batalla, y le desordena: las legiones acuden y completan la victoria. El ejército de Gilimer, despues de una matanza horrible, huye á los desiertos. Belisario sin perder un momento marcha contra Cartago, precedido de la fama de su victoria. La guarnicion que queria defenderse es desarmada por los ciudadanos. La capital del Africa abre sus puertas al vencedor: fuegos de regocijo alumbran á los romanos en su marcha, toda la ciudad se ilumina y Belisario entra en ella triunfante. Por una feliz casualidad la escuadra se acercaba al mismo tiempo á la rada, y vió sorpren-

dida á Cartago en poder de los romanos. Belisario es conducido entre las aclamaciones del pueblo al palacio de los reyes, y se sienta en el trono de Gilimer. Procopio, comparando este triunfo al de Escipion, cree á Belisario mas grande y feliz porque conquistó la rival de Roma sin destruirla, y no manchó sus laureles con la sangre de los vencidos: reflexion que prueba solamente el entusiasmo del historiador por su héroe; pues ni los tiempos, ni los pueblos, ni las circunstancias eran las mismas. Escipion destruyó la implacable enemiga de Roma. Belisario libertaba del yugo de los bárbaros una ciudad romana. Una antigua prediccion, tanto mas acreditada cuanto era mas necia y pueril, habia anunciado al pueblo de Cartago su libertad y la victoria de Belisario. El oráculo era este: la G arrojará á B, y luego la B á la G. En efecto, Genserico venció á Bonifacio, y Belisario á Gilimer. Así la fortuna pareció confirmar este juego supersticioso de letras. Dueños los romanos de Cartago, los católicos volvieron á ocupar la iglesia de san Cipriano, y los arrianos se sustrajeron por la fuga á la venganza de los que habian perseguido por tantos años. Belisario, como todos los

grandes capitanes verdaderamente dignos de su gloria, desconfiaba de la fortuna, y no se dejaba adormecer por sus favores. Mientras el enemigo vencido y aterrado huia, preveyendo su vuelta, reparó con prontitud las fortificaciones de Cartago. Este grande hombre debió todos sus triunfos no á la suerte, sino á la prudencia y al genio: conocia sobradamente su siglo para entregar sin desconfianza su gloria á la inconstancia de los hunnos y masagetas que servian de auxiliares en su ejército, y al valor incierto de las legiones asiáticas, ávidas de botin, poco seguras en el peligro, y sediciosas al menor reves; y asi habia escogido en todas las provincias del imperio los hombres mas valientes y probados, y formado de ellos una guardia tan numerosa como leal. Este cuerpo escogido, esta tropa de héroes, digna de su gefe, le seguia á todas partes, incitaba á los débiles con su ejemplo, contenia á los rebeldes, desconcertaba á los traidores, reprimia la licencia, y con sus hazañas maravillosas resucitaba la antigua Roma enmedio del imperio arruinado. Diógenes, uno de estos valientes, escudero de Belisario, fue enviado un dia con veinte y dos ginetes para ocupar una aldea.

Apoderanse de ella, y enmedio de la noche es cercada la casa de su alojamiento por todo el ejército de los vándalos. Diógenes y sus veinte y dos valerosos ensillan en silencio sus caballos, montan, y abren intrépidamente las puertas: cubiertos con sus escudos y las lanzas en ristre, se arrojan sobre los vándalos, penetran por medio de ellos, atraviesan sus numerosos batallones, y cubiertos de heridas, pero sin haber perdido mas que diez hombres, entran victoriosos en Cartago. La fama de Belisario infundia respeto á todos los bárbaros de Africa: los príncipes de Mauritania se le sometieron, y pidieron la investidura del emperador, cuyos símbolos eran entonces un cetro, una diadema de que pendian muchos velillos de plata, un manto blanco, una túnica corta bordada de diversos colores, y borceguíes dorados. Entre tanto el general romano interceptó cartas dirigidas á Gilimer por su hermano Trazon, en que le decia que la Cerdeña estaba sometida, que habia vencido á Gódas y esterminado sus tropas. Estas noticias anunciaban nuevos combates: Trazon no tardó en desembarcar en Africa: Gilimer reunió su ejército, y juntaron sus fuerzas, su dolor y su sed de

venganza. Los agentes del rey de los vándalos procuraban sublevar en todas partes á los arrianos, y exhortar á los hunnos á la defeccion. Estos se dejaron seducir: Belisario descubrió la trama, é intimidó á los rebeldes haciendo algunos ejemplares. Reunió con prontitud el ejército, y escitó su valor diciéndoles: «Una victoria terminará vuestras fatigas y la guerra: una derrota os quitará cuanto habeis conquistado, y hará renacer todos los peligros.» El rey de los vándalos se acampó en Tricamara, á cuarenta estadios de Cartago. «Un fenómeno singular, dice Procopio, aumentó la confianza de los romanos: vieron por la noche unas llamas que giraban al rededor de las puntas de sus lanzas.» Gilimer no quiso que se atrincherase el campamento que encerraba sus hijos, tesoros y mugeres, y las de sus oficiales y soldados: creia que cada guerrero, temeroso por su familia, la defenderia con furor. Recordando á los suyos la prontitud con que los vándalos arrojaron en otro tiempo de Africa á los romanos, atribuyó su primer derrota al capricho de la fortuna, y Trazon les mostraba con orgullo los trofeos que acababa de adquirir en Cerdeña. Un arroyo separaba los dos

campamentos. Martin, Valeriano, Cipriano y Marcelo, caudillos famosos, mandaban el ala izquierda, compuesta de la caballería romana: Papo y Barbato, al frente de los masagetas, mandaban la derecha: Belisario estaba en el centro: Juan era comandante de la guardia, y llevaba su bandera. Los hunnos se habian colocado fuera de la línea, y las legiones en reserva. Dada la señal, la guardia de Belisario atravesó el torrente y acometió á los vándalos: dos veces fue rechazada; se reunió, volvió al combate, y penetró en las filas enemigas. Trazon, despues de haber hecho una vigorosa resistencia, fue muerto: los bárbaros se retiraron: las legiones llegaron entonces y cambiaron la retirada en derrota. En fin, los hunnos y masagetas, que acaso habrian caido sobre los romanos, siendo vencidos, atacaron á los vándalos en su fuga, é hicieron en ellos una horrible carnicería.

Gilimer, turbado por el miedo y la desesperacion, no dió ya ningun órden, y se escapó seguido de algunos criados. El ejército bárbaro, consternado por su ausencia, se dispersa y deja el campamento sin defensa alguna. Belisario se apodera de él, y encuentra las inmensas

riquezas acumuladas en Africa durante un siglo, por el saqueo de Roma y la devastacion de Italia. Despues de esta victoria no fue posible ya al general romano reprimir la codicia de sus soldados. La vista de aquellos prodigiosos tesoros los embriaga: se entregan con furor al saqueo y á la crápula; y en este momento algunos escuadrones vándalos hubieran bastado para esterminar á los vencedores; hasta que Belisario, mezclando hábilmente la suavidad y la firmeza, llegó á restablecer el órden en el ejército. Entretanto Juan, con una parte de la guardia, perseguia incesantemente á Gilimer, y quizá le hubiera alcanzado; pero uno de sus lanceros que estaba embriagado, queriendo matar un ave de rapiña que volaba por cima de él, atravesó con su flecha la cabeza del general. Todo el imperio lloró la pérdida de su valor, sus talentos y sus virtudes. Su tropa consternada se detuvo, dejó á Gilimer escaparse á Medena, y condujo tristemente el cadáver de su comandante á la vista de Belisario. Este le bañó con sus lágrimas y le erigió un sepulcro. Despues sitió y tomó á Hipona, donde halló riquezas considerables, y encargó á Fáras, general hérulo, que rodease la montaña es-

carpada de Medena, donde se habia refugiado Gilimer. Como ya no existian ejércitos vándalos, Belisario envió á Lilibeo una parte de sus tropas; pero los godos les impidieron la entrada. Amalasunta escribió al general romano, que Sicilia le pertenecia por derecho de conquista, y Lilibeo por alianza con los vándalos; pero que esta altercacion debia decidirse por negociaciones y no por las armas; y en fin, que ella elegia al mismo emperador por árbitro de sus pretensiones. Fáras quiso al principio tomar por asalto á Medena: los vándalos, mas enmuellecidos aun que los romanos por el lujo de Cartago, le hubieran opuesto poca resistencia; pero una tropa de moros que llegó en socorro del rey, rechazó el ataque; y despues se limitaron los romanos á bloquear estrechamente la montaña. Cuando supo que el enemigo estaba ya sin víveres, escribió en estos términos á Gilimer: «Te obstinas en una defensa inútil. ¿Es por temor de la servidumbre? Pero ahora estás en poder de los moros. Pues has de perder la independencia, ¿por qué no eliges la esclavitud mas suave? Justiniano te colocará en el senado, te nombrará patricio, te dará muchas tierras, y Belisario será fiador de esta promesa mia. No te ciegue

la desgracia hasta el punto de errar la única senda de salvacion que te queda abierta.» Gilimer respondió: «No me es posible renunciar á la esperanza de vengar mis injurias. Belisario ha venido sin motivo desde la estremidad del oriente á precipitarme del trono en un abismo de miserias. Soy hombre y príncipe, que temo la venganza del uno, y la desesperacion del otro. Apenas me permite escribir el enojo. A Dios, mi amado Fáras, y envíame una lira, un pan y una esponja.» Fáras quiso saber el motivo de una peticion tan singular: el enviado del rey le respondió, que este príncipe no habia comido pan desde muchos meses antes: que la esponja le era necesaria para limpiar sus ojos cansados de llorar; y la lira para acompañar con este instrumento una elegia en que cantaba sus desgracias, esperando hallar algun consuelo en esta harmonía lamentable. El lugarteniente de Belisario, movido á piedad de un monarca, poco antes tan rico y poderoso, le envió lo que pedia; pero sin abandonar su deber ni el bloqueo rigoroso. Despues de tres meses de sufrimientos y resistencia, los vándalos, estenuados de hambre, obligaron á su rey á capitular. Gilimer aceptó las condiciones impuestas por Fáras, se

rindió prisionero, y fue conducido á Belisario. Sorprendido este de verle reir en un momento tan doloroso, le dijo el rey: «He esperimentado todos los bienes, y despues todos los males de la fortuna: he llevado el cetro y ahora las cadenas; y reconozco que todas las cosas de este mundo son mas dignas de risa y desprecio que de afliccion y pesar.» Belisario dió parte al emperador de que el Africa estaba vencida, Cartago conquistada, y el rey de los vándalos en su poder. La gloria de este general despertó la envidia: algunos infames oficiales escribieron á Justiniano que Belisario aspiraba al poder supremo, y queria hacerse independiente en Africa. El emperador no creyó ó fingió no creer esta calumnia. Envió á Salomon á Cartago para que diese al general la opcion de quedarse en la provincia y enviar los cautivos á oriente, ó conducirlos él mismo á Constantinopla. Belisario, habiendo interceptado la correspondencia de los traidores que le acusaban, juzgó que su vuelta á la capital seria el mejor medio de refutar la calumnia: dejó el mando de la provincia á Salomon, se embarcó y entró en Constantinopla entre las aclamaciones del pueblo: se le concedió el triunfo, y recibió todos

los honores que desde la abolicion del gobierno republicano no habian pertenecido sino á los emperadores. Sin embargo, no subió en carro, sino marchó á pie desde el Hipodromo hasta el palacio imperial, precedido de una multitud de prisioneros y acarreos de guerra, muchos tronos de oro, gran cantidad de muebles preciosos, y todos los tesoros de los reyes de Africa. El mas ilustre ornamento de su triunfo era Gilimer: iba cubierto de un manto de púrpura y rodeado de los príncipes de su familia y grandes de su corte. Cuando llegó al pie del trono del emperador, que estaba rodeado de un pueblo inmenso, ni prorrumpió en quejas ni vertió lágrimas, ni dijo mas palabras que estas de la santa Escritura: «Vanidad de vanidades y todo vanidad.» Quitósele el manto real, y el vencedor y el vencido se postraron á los pies de Justiniano. El rey de los vándalos recibió del emperador para él y su familia vastas posesiones en Galacia: mas no le hicieron senador ni patricio, porque no quiso renunciar al arrianismo. Segun la antigua costumbre, al dia siguiente Belisario, como cónsul, paseó en triunfo la ciudad: su silla curul era llevada por los cautivos vándalos, y distribuyó al pue-

blo una parte de los despojos conquistados en África.

Despues de tan brillante espedicion, Justiniano, ambicioso de todos los géneros de gloria, formó dos designios vastísimos: dar al imperio una legislacion estable, y recobrar á Italia y las demas provincias conquistadas por los bárbaros. Treboniano reunió por su órden en un código y en compendio el inmenso número de leyes publicadas durante trece siglos por los diferentes gobiernos de Roma. La ley de las doce tablas no satisfizo por mucho tiempo las necesidades del pueblo rey. A medida que sus riquezas aumentaron y sus posesiones se estendieron, se complicó su legislacion: cada cónsul, cada pretor hizo reglamentos de circunstancias: los intereses opuestos de las facciones, la política del senado, la ambicion de los tribunos, el despotismo de los emperadores, los caprichos de sus favoritos, dictaron una multitud de edictos, plebiscitos, leyes, decretos y órdenes interpretativas que formaban un laberinto, en el cual se perdia la justicia siguiendo los pasos de una jurisprudencia incierta. Nada era mas necesario ni mas dificil que introducir luz y órden en este caos. Treboniano tuvo

la gloria de conseguirlo; y su trabajo, justamente célebre, hubiera sido mas perfecto á haberse unido en su autor la virtud á la ciencia; pero patricio vicioso, cortesano lisongero, ministro avaro, este hábil jurisconsulto sacrificó muchas veces su conciencia al poder, y la justicia á la fortuna: truncó muchas leyes, alteró otras, y corrompió en algunos puntos el espíritu y casi siempre el estilo de ellas. En 528 habia reducido ya á un volúmen los códigos de Gregorio, Hermógenes y Teodosio, suprimiendo los preámbulos, repeticiones y antilogias. Otra obra mas importante y estensa, emprendida por su actividad infatigable y publicada poco despues, fue la coleccion completa de los monumentos de la antigua legislacion: llamóla *Digesto*, porque estaba distribuida por órden de materias y Pandectas, porque encerraba toda la jurisprudencia. Dos mil volúmenes, de que se componia esta masa informe de órdenes, decisiones y decretos de todas épocas, fueron reducidos por Treboniano á su vigésima parte. Justiniano envió el Digesto (en 533) al senado y á todas las autoridades del imperio, al fin de su tercer consulado, ilustre ya por la paz de Persia y la espe-

dicion de Africa. Treboniano y dos comisarios que le eran adjuntos, encargados de otro trabajo, habian estraido antes de todas las antiguas leyes los primeros elementos de la jurisprudencia, con los cuales formaron cuatro libros, llamados *las Institutas* de Justiniano. Sirvieron despues de introduccion á los estudios, y esta parte del inmenso trabajo de Treboniano se consideró siempre como la mas perfecta de todo el cuerpo del derecho. Sin embargo, como los gobernantes gustan siempre de hacer leyes y de multiplicar los remedios en lugar de disminuir los males, el emperador, despues de publicado el Código y el Digesto, se reservó el derecho de interpretar las leyes. Muchos decretos que dió este príncipe, se comprendieron en una segunda edicion del Código, hecha en 534, y que tuvo el nombre de *Novelas*. Entonces se acusó á Treboniano de haber estendido, limitado ó destruido arbitrariamente muchas disposiciones del Código por complacencia servil á los caprichos de Teodora. El uso de la lengua de los romanos se perdia poco á poco como su gloria: se olvidaba en oriente el idioma de Ciceron. Cuarenta años despues de la muer-

te de Justiniano se tradujo al griego su Código: las leyes de este príncipe reinaron en Italia tan corto tiempo como sus armas, y las de los lombardos las reemplazaron tan completamente, que Carlomagno en el siglo IX no pudo encontrár un solo ejemplar del Código de Justiniano, y solo se descubrió uno en Amalfi en el siglo XII. Por mas defectos que se hayan censurado en el trabajo de Treboniano, el monumento que erigió es mas durable y glorioso que los trofeos de los conquistadores mas ilustres. Sus códigos son mirados todavía como el cuerpo de derecho mas completo que ha producido la ciencia y la razon humana; y en ellos es donde hasta ahora han buscado los legisladores y los pueblos los principios y luces que podian guiarlos en sus tareas, y disipar las tinieblas de la barbarie.

Muerte de Amalasunta, reina de los ostrogodos. (535.) Los sucesos que ocurrian entonces en Italia eran favorables á la ambicion de Justiniano, y debian, inflamando sus deseos de conquista, engrandecer sus esperanzas. Amalasunta, reina de los godos, reinando en nombre de su hijo Atalarico, contuvo por muchos años el carácter indócil de los bár-

baros, reformó sus costumbres, castigó los crímenes, hizo florecer la justicia, protegió las letras, y mostró por sus grandes cualidades que era digna de llevar el cetro de su padre el grande Teodorico. Aunque arriana, como él, fue tolerante, trató bien á los católicos, y respetó á los sumos pontífices, obligándoles al mismo tiempo á contenerse en los límites de su autoridad espiritual. Honrando la gloria pasada de Roma, dió algun lustre á las familias antiguas que aun se conservaban, y nombró cónsul á Paulino, descendiente de la ilustre casa de los Decios. Sin embargo, una pena cruel la devoraba y le impedia gozar de la felicidad que daba á sus pueblos. Su hijo Atalárico que era ya jóven, despreciaba sus consejos, y se abandonaba á los escesos de la deshonestidad: los gefes de los godos que le rodearon y corrompieron, inutilizaron todos los esfuerzos de la reina para detener al príncipe en el camino resbaladizo de la perversidad. Aquellos feroces guerreros, enemigos del sosiego, de las leyes, del órden y de la civilizacion, sufriendo impacientemente el yugo que Teodorico les habia impuesto, echaban menos sus bosques, sus costumbres groseras, sus orgias desenfrena-

das, su vida errante y belicosa. Oponian á los sábios consejos de la reina insolentes murmuraciones: Las letras y la filosofía, gritaban, no sirven sino para afeminar al príncipe de los godos: en lugar de rodearle de pedantes que entorpezcan sus ánimos, deben ponérsele escuderos que le enseñen á domar caballos, y maestros de lucha, pugilato y esgrima.»

Estos facciosos, animados con el favor de Atalárico, formaron una conspiracion contra la reina. Amalasunta, incierta del éxito de las providencias que debia tomar, aseguró un asilo en la corte de Justiniano, y con tanto vigor como prudencia desplegó su autoridad contra los rebeldes, descubrió sus proyectos, prendió á los gefes y los envió al suplicio. Otro peligro la amenazaba. Teodato, su sobrino, príncipe cobarde, avaro, ambicioso y pérfido, la habia engañado algun tiempo, afectando grande amor á las letras y á la filosofía de Platon. La reina le dió el gobierno de Toscana, donde se enriqueció con infames vejaciones, y negoció secretamente con el emperador para venderle y entregarle aquella provincia. Amalasunta lo descubrió, le depuso y le encerró en una cárcel. Poco tiempo despues Atalárico murió de sus

escesos, habiendo ocupado el trono ocho meses bajo la regencia de su madre. Amalasunta era generosa, y creyó en el agradecimiento: pensó que conservaria su autoridad perdonando á Teodato, y disponiendo de la corona en su favor: le adquirió, pues, los votos de los grandes, y le elevó al trono. Este príncipe perverso disimuló sus atroces designios: juróle gobernarse por sus consejos, y se mostró al principio como un hijo tierno y obediente; pero al mismo tiempo llamaba junto á sí á todas las almas bajas, dispuestas siempre á favorecer las maldades de los gobernantes. Seguro de sus cómplices, dió de puñaladas entre las sombras de la noche á los mas fieles sirvientes de la reina, y á ella mandó encerrarla en un castillo. Poco tiempo antes hubo alguna desavenencia entre Amalasunta y Audefleda, su madre, hermana de Clodoveo y viuda del grande Teodorico. Audefleda habia muerto despues de recibir en la iglesia una hostia envenenada, y Teodato acusó á la desgraciada Amalasunta del crímen que él mismo habia cometido. Dicen algunos historiadores que la emperatriz Teodora, envidiosa de la gloria de Amalasunta, habia escitado contra ella el furor de Teodato.

El vulgo, dispuesto siempre á dar oidos á la calumnia y á derribar sus ídolos, creyó culpable á la reina, y oprimió con imprecaciones á aquella ilustre princesa, cuyo valor y virtud habia tanto tiempo admirado y bendecido. Justiniano, aprovechándose de este momento favorable para debilitar á los godos dividiéndolos, defendió la causa de Amalasunta, y envió un embajador para reclamar su libertad; pero ya no era tiempo: los viles favoritos de Teodato la habian ahogado mientras se bañaba. Casiodoro, gefe de su consejo y antiguo ministro de su padre, debió defender su memoria: hasta entonces este magistrado filósofo se habia mostrado en su larga carrera tan virtuoso como hábil; pero al fin se deshonró, como Séneca, publicando la apología del asesino de su bienhechora. Justiniano declaró la guerra á Teodato, é invitó los reyes francos á unir sus armas á las suyas contra los godos. Estos príncipes le prometieron vengar á Amalasunta, obligados á ello por la justicia y los vínculos de la sangre; pero Teodato los desarmó, cediéndoles las tierras que aun poseia en Galia, y pagándoles un tributo de 2.000 libras de oro.

Conquista de Sicilia por Belisario.

Justiniano envió á Mondon á Dalmacia con un ejército, y Belisario tuvo órden de conducir otro á Sicilia: sus tropas eran pocas, pero valientes. Ningun general ha hecho mayores cosas con menos recursos: no queria combatir sino al frente de hombres esperimentados, y fundó siempre la esperanza del triunfo, no en el número, sino en el escogimiento de los soldados. Este guerrero, tan temible para los reyes, se mostraba humano con los pueblos vencidos: perdonaba las ciudades, y protegia las aldeas: las naciones creian, no que las conquistaba, sino que las hacia libres, y su ejemplo obligaba á sus oficiales á hacerse respetables por su justicia y moderacion, tanto como por su intrepidez. Se admiraban igualmente el órden, la templanza, la actividad infatigable, la regularidad severa que reinaban en su ejército; y bajo sus tiendas parecia hallarse el campamento de la gloria y el templo de la virtud: solo le mancillaba la presencia de la voluptuosa Antonina y de su amante Teodoro; lamentando todos la ceguedad del esposo ofendido, única flaqueza de aquel grande hombre.

Los godos hicieron inútiles esfuerzos para impedir ó retardar por lo me-

nos su marcha. Los votos de los sicilianos favorecieron sus armas. Apoderóse de Catania, Siracusa le abrió las puertas, y en pocos dias se le sometió toda la isla. La noticia de una rebelion en Africa le hizo volver á este pais. Despues de su partida de Cartago, los moros tomaron las armas, y degollaron muchas guarniciones romanas. Salomon y sus lugartenientes Aigan y Rufino vencieron al principio á los bárbaros; pero habiéndose adormecido despues de la victoria en una funesta seguridad, fueron sorprendidos por los moros, y sus tropas derrotadas: Aigan pereció en el campo de batalla; y Rufino, hecho prisionero, fue llevado ante el general enemigo que le mandó cortar la cabeza. Salomon amenazó á los moros con su terrible venganza. «Llevaré, les dijo, el hierro y el fuego al seno de vuestras familias: escusad á vuestros hijos las desgracias que vuestra ostinacion va á causarles.» La respuesta de los moros fue singular. «Los romanos, dijeron, pueden temblar por sus hijos, porque tienen pocos, no pudiendo por su ley casarse con mas de una muger. Nosotros, que podemos tener cincuenta, no careceremos nunca de posteridad.» Salomon, reunidas todas sus fuerzas, marchó con-

tra ellos, y los encontró en órden de batalla, defendidos por doce filas de camellos, cuyos bramidos y olor espantaron á los caballos romanos: el general mandó á su caballería echar pie á tierra, acometió á los bárbaros, los desbarató, y se apoderó de su campamento, donde encontró á sus mugeres é hijos, y un inmenso botin. En una segunda batalla los derrotó aun mas completamente, y como un destacamento romano les habia cortado la retirada, perecieron 50.000 moros en este combate. Cada soldado ganó tantos cautivos, que vendian una muger y un niño por un cordero. La superstición aumentó el desaliento de aquellos africanos selváticos; porque, segun una prediccion antigua y acreditada entre ellos, habian de ser destruidos por un hombre sin barba; y se creyeron perdidos sin recurso, viéndose derrotados por Salomon, que era eunuco. Cuando no hubo enemigos que vencer, nacieron las disensiones intestinas, y dividieron á los romanos. Habian repartido las tierras de los vándalos, y casado con sus hijas: muchos de ellos profesaban el arrianismo que Salomon perseguia: conspiraron contra él y quisieron asesinarle mientras oia misa. La trama fue descubierta, y no pu-

do lograrse; pero la rebelion se propagó en las ciudades y campamentos, y Salomon, no pudiendo apaciguarla, se embarcó con Procopio, y fue á Siracusa á implorar el auxilio de Belisario. Su fuga alentó á los rebeldes: eligieron por general á Estozas, soldado valiente, que con 8.000 hombres amenazó á Cartago. Teodoro, que se habia quedado en esta ciudad, procuró en vano defenderla: la guarnicion le obligó á capitular.

Al dia siguiente la plaza debia abrir sus puertas, y los rebeldes creian seguro su triunfo: repentinamente observan que el intrépido Belisario habia entrado en el puerto con solo su bajel y cien soldados: preséntase en Cartago: el terror de su nombre produce sobre ellos el mismo efecto que un ejército, y levantan precipitadamente el sitio. Belisario los persigue con sus valientes compañeros, y con la guarnicion que no llegaba á 2.000 hombres, y los alcanza cerca del rio Bagrada: ataca una altura donde Estózas por su parte recordaba á sus soldados que solo tenian que elegir entre la victoria y el suplicio. Se traba una batalla encarnizada: un viento furioso se levanta súbitamente, y rodea á los rebeldes de una nube de arena: quieren mudar de posicion:

este movimiento desarregla las filas : Belisario se aprovecha del accidente, los desbarata, da muerte á un gran número de ellos, y ahuyenta á los demas. Despues de esta victoria vuelve con prontitud á Sicilia, donde su ausencia habia producido otra rebelion. Despues de su partida Narcete y Cirilo persiguieron á los rebeldes en su retirada, y los alcanzaron cerca de Constantina. Los arcos estaban ya estendidos y los aceros desenvainados, cuando Estózas arrojándose osadamente entre los dos ejércitos, habló asi á las tropas que le atácaban : «¿Por qué venis á pelear con vuestros conciudadanos y camaradas que solicitan libraros de una pesada tiranía, para que recobreis la parte de botin que os han quitado, y los sueldos que se os deben? Yo me entrego á vosotros : si me teneis por culpable, dadme mil muertes, y perdonad á vuestros compatriotas; pero si mi causa es justa, unid vuestras armas á las mias.» La mayor parte de las tropas imperiales, conmovida por estas palabras audaces, pasó á los estandartes del rebelde : los demas huyeron con los generales : Estózas los persiguió y esterminó. Justiniano, informado de esta insurreccion, envió á Africa al patricio Germano, su sobrino,

con dos senadores Simmaco y Dominico. Hallaron pocos soldados fieles; pero Germano era hábil, y poseía el grande arte de gobernar á los hombres: arte, cuyo secreto consiste enteramente en la mezcla acertada de moderacion y severidad. Daba sin ceder, perdonaba sin fingir, castigaba sin humillar. De este modo ganó á muchos, y produjo una gran desercion en el partido de Estózas. Sin embargo, este creyó que marchando rápidamente á Cartago, triunfaria con facilidad del ejército del emperador apenas organizado. La esperanza le salió falsa: una parte de sus soldados desertó, y se vió obligado á retirarse. Germano le persiguió, le acometió con ímpetu, mandó á Teodoro rodearle, le derrotó completamente, y se apoderó de su campamento. Estózas, seguido solo de algunos vándalos, se escapó á Mauritania, donde casó con la hija de un príncipe de aquel pais. Germano vencedor volvió á Constantinopla, y Salomon á Africa, y la gobernó con prudencia durante cuatro años. Con su administracion empezaba á renacer la prosperidad: los moros hicieron vanas tentativas para turbarla; pero se le agregaron Sergio y Ciro, y sus yerros reprodujeron los alborotos en aquella

provincia turbulenta. Despues de rechazar á los moros que atacaban á Léptis, no sostuvieron en sus tropas la disciplina de Belisario, y fueron sorprendidas y derrotadas por los bárbaros mientras se ocupaban en el saqueo. Salomon acudió en su socorro, dió la batalla, fue vencido, y huyó, y fue muerto por los moros que le perseguian. Sergio que le sucedió, se mostró incapaz de reparar los males que habia causado. Las tropas estaban desalentadas, las guarniciones no osaban salir de las plazas, y todos pedian á Justiniano otro general. El emperador no respondió, y Estózas, aprovechándose de su inaccion, se puso al frente de los moros, y se apoderó de una provincia. En fin, temiendo perder el Africa, Justiniano envió á Areobindo á esta provincia. Apenas llegó, dió batalla y fue vencido, aunque Juan, su lugarteniente, dió á Estózas una herida mortal. Los rebeldes y bárbaros, animados por esta victoria, acometieron á Cartago: las disensiones civiles se añadieron á los peligros de la guerra. Gontaris, gefe de las tropas auxiliares, hace traicion á Areobindo, conspira contra su vida, y solicita ser reconocido por rey de Africa. Areobindo se refugia á una iglesia: Gontaris

le jura sobre el Evangelio perdonarle la vida si se rinde: el desgraciado se entrega á su fe: Gontáris le recibe con honor, le convida á comer en su palacio, le hace cortar la cabeza, y reina algunos dias como tirano. Sus cómplices le fueron tan infieles como al emperador. Artabano formó una conspiracion contra él, le quita la vida, obtiene el gobierno de Africa, y liberta á Cartago de los moros. Juan, hermano de Papo, su sucesor, despues de muchos triunfos conseguidos de los moros, les dió una batalla decisiva, hizo gran mortandad en ellos, y aseguró con esta victoria la paz de Africa.

Mientras que la autoridad del emperador era sucesivamente atacada y restablecida en esta provincia, Belisario la afirmaba en Sicilia, y Mondon, adelantándose en Dalmacia, arrojaba á los godos de esta provincia, y se apoderaba de Salona. Teodato era tan cobarde como cruel: al saber los progresos de Belisario y Mondon, abatió su orgullo á los pies del embajador de Justiniano, pidió la paz, y mas deseoso de vivir que de reinar, cedió la Sicilia, y aun prometió abandonar la Italia con tal que se le diese una renta de mil doscientas libras de

oro. El senado de Roma, á instancias suyas, escribió al emperador apoyando su solicitud, y el papa Agapito fue enviado á Constantinopla á recabar de Justiniano que firmase el tratado, ó por mejor decir capitulacion ignominiosa. En estas circunstancias Mondon, siguiendo con demasiado ardor sus triunfos, se dejó envolver por los godos, que le mataron, como tambien á su hijo, y recobraron la Dalmacia. Teodato, cobarde al primer reves, insolente con la primer victoria, se negó á ratificar la paz, que con tanta humildad habia pedido. Constantino, al frente de un nuevo ejército, reconquistó aquella provincia, y Belisario, que volvia entonces de África, recibió órden de pasar á Italia.

Conquista de la Italia meridional por Belisario. (536.) Dispuesto á obedecer, hace sus preparativos, deja bien guarnecida la Sicilia, se embarca, atraviesa el estrecho de Mesina y llega á Regio. Teodato gobernaba sin plan: las ciudades estaban indefensas, y los pueblos, deseando ver á su libertador, salian á recibir á Belisario. El mismo yerno de Teodato se pasó á sus banderas, y obtuvo la dignidad de patricio, olvidando que los títulos envilecen y no condecoran á los

traidores. Belisario marchó rápidamente á Nápoles: los habitantes quisieron al principio obligar á la guarnicion á que se rindiese; pero les hicieron temer el saqueo, y aquella plebe inconstante varió de parecer. La ciudad era fuerte, sus defensores valerosos: despues de muchos é inútiles esfuerzos, el general romano se disponia á levantar el cerco, cuando un soldado isauro descubrió un antiguo canal subterráneo por el cual se podia penetrar en la plaza. Belisario, cierto del buen suceso, intima inútilmente á los napolitanos sustraerse por una capitulacion honrosa á la suerte funesta que les aguarda, y no dar á los godos, sus enemigos comunes, el agradable espectáculo de la sangre romana derramada por los romanos. El destino los ciega, responden con injurias; y mientras la guarnicion vuela á las murallas para defenderlas, Belisario, al frente de sus mas valerosos guerreros se adelanta por el conducto subterráneo, se presenta en medio de la ciudad, y sus soldados furiosos la corren con el hierro y el fuego en la mano. Al mismo tiempo los romanos, aprovechándose del terror de los godos, salvan las murallas. Los vencedores son inaccesibles á la piedad: no

hubo asilo para el pudor: lás lágrimas de la infancia y de la vejez son defensas inútiles. En vano Belisario se opone á sus escesos, y grita: «Degollais á vuestros compatriotas, á los súbditos del emperador. Mostrad á los vencidos que erais dignos de vencerlos: no deshonreis con la crueldad un triunfo tan glorioso.» ¡Inútiles esfuerzos! no habia humanidad sino en el corazon de un hombre: pocos le escucharon, ninguno le obedeció, y la matanza fue horrible.

Teodato, al saber la pérdida de Nápoles, creyó ver á Roma en poder ya de los enemigos: envió tropas para defenderla, pero se les negó la entrada. Este príncipe, huyendo de los combates, buscó un asilo en su corte, y dió órden á Vitiges, comandante de su ejército, que marchase á Cápua. Vitiges habia debido su elevacion á su valor intrépido. Entonces estaba acampado á catorce leguas de Roma: sus soldados, avergonzados de servir á un príncipe, que solo era valiente para cometer maldades, y atrevido para oprimir al pueblo, se rebelan contra él, y declaran que renuncian al mando de un gefe, hábil solamente para huir. Vitiges procura en vano restablecer el órden: lo obligan con ruegos y

amenazas á aceptar la corona. Teodato abandonado huye: un godo, llamado Octáris, le persigue, le derriba de una lanzada, y lleva su cabeza á Vitiges. Este indigno sucesor de Teodorico el grande y de Amalasunta habia reinado dos años. Su hijo murió envenenado. Vitiges, proclamado rey, entró en Roma, y recibió el juramento del papa Silverio, del senado y del pueblo. Dejó en la capital cuatro mil hombres de guarnicion, y fue á Ravena para incorporar en su ejército las tropas que allí habia. Para hacer mas respetable un cetro usurpado, repudió á su muger y casó con una hija de Amalasunta; y para asegurar, si no la alianza, á lo menos la neutralidad de los franceses, hizo consentir á los gefes de su nacion en ceder los territorios que aun tenian de la provincia romana en las Galias. Mientras que procuraba por estos medios consolidar su trono vacilante, Belisario, que conocia el valor del tiempo y del atrevimiento, marchó con rapidez hácia Roma: el papa persuadió al pueblo que le abriese las puertas, y los cuatro mil godos que Vitiges habia dejado de guarnicion, tuvieron que abandonar la ciudad. Así restituyó Belisario al imperio, sin combate, la an-

tigua capital del mundo, que sesenta años antes habia conquistado Odoacre; y Roma creyó ver en él solo todos sus antiguos héroes. Vitiges pidió la paz, y Justiniano la rehusó. Los generales del emperador conservaron la Dalmacia á pesar de los esfuerzos de los bárbaros. Constantino, lugar-teniente de Belisario, encontró una division enemiga y la destruyó casi enteramente. Entretanto desplegaba Vitiges en sus preparativos tanta actividad como inercia habia manifestado Teodato. Llamó á las armas, y reunió todos los godos capaces de combatir, y marchó derecho á Roma al frente de ciento cincuenta mil guerreros. Todos sus ginetes llevaban corazas, y los jaeces de los caballos eran de hierro, y como no podia creer que un hombre solo resistiese á tantas fuerzas, y se mantuviese con cinco mil soldados enmedio de ellas, preguntó arrogantemente á los viageros que encontraba en el camino y que volvian de la capital, si Belisario no se habia escapado todavía. «Señor, le respondió un clérigo, de todos los movimientos militares, el único que Belisario no ha aprendido hasta ahora es la fuga.» El ejército godo se acampó á dos leguas de Roma: la traicion puso en

sus manos una torre fortificada que defendia el puente del Teberon. Belisario, ignorante de esta perfidia, se adelanta con poca guardia á visitar este puesto que creia ocupado por los suyos: de pronto se ve ásaltado y cercado por toda la vanguardia enemiga. En este peligro estremo mostró aquel gran capitan la fuerza y el valor de un soldado. Todos los tiros se dirigian contra él y su caballo bayo, al cual inmortalizó la gloria de su dueño: sus guardias, olvidándose á sí mismos por conservar á su general, le sirvieron á porfia de escudo, y cada uno pareció á los bárbaros otro Belisario. Este puñado de héroes desbarató al primer choque la vanguardia enemiga, y la obligó á retirarse hasta el valladar de su campamento; pero oprimido despues Belisario por todo el ejército de los godos, fue perseguido hasta la puerta de Roma que se llamaba entonces Salaria, y que tomó el nombre de este ilustre general desde aquella jornada memorable. Los romanos temblando no se atrevian á abrir las puertas, y la cobardía negaba un asilo á la gloria: la desesperacion le salvó. Aunque oprimido del cansancio y de las heridas, su grande alma da nuevas fuerzas á su cuer-

po: escita, anima, enardece el corto número de guerreros que aun le acompañaban: obedecenle y siguen su ejemplo, acometen con gran vocería á los godos, y con prodigios de valor los sorprenden y atemorizan de manera, que echan á huir creyéndose perseguidos por un Dios. Roma recibió en triunfo al héroe que habia vencido él solo un ejército.

Sitio y batalla de Roma. (537.) Belisario consiguió de allí á poco una victoria mas dificil. Tuvo que desplegar todos los recursos de su carácter activo, diestro y firme para reprimir el espíritu sedicioso de un pueblo acostumbrado á la licencia, al ocio y á la abundancia. Desde que la ciudad fue cercada, empezaron las murmuraciones de aquella multitud cobarde, que preferia la servidumbre á las privaciones, y la ignominia al peligro: pedia á gritos que se abriesen las puertas á los bárbaros. Una distribucion de víveres hecha con prudencia, una constante vigilancia y algunos ejemplares, comprimieron á los facciosos. Poco á poco se acostumbró el pueblo á oir el idioma del valor romano, que mucho tiempo antes no resonaba en la tribuna: deseó imitar lo que admiraba: gran número de ciudadanos tomaron las armas y

se agregaron á los compañeros de Belisario: el general, aunque no confiaba mucho en ellos, los animaba sin embargo. Vitiges le escribió exhortándole á evitar la efusion de sangre romana, y dejándole la opcion de salir libremente de Roma con sus tropas y bagages, ó fijar dia para pelear en la llanura. Belisario respondió: «Roma es del emperador, y no la perderá hasta que yo pierda la vida. En cuanto á la batalla, la daré cuando me parezca sin consultar á Vitiges.» Los godos estrechaban mas y mas la ciudad. El rey, habiendo hecho construir grandes torres de madera que llenó de flecheros, y muchas máquinas de guerra sobre ruedas, les unció bueyes y las aproximó á las murallas, batidas sin cesar por el ariete. A este espectáculo se apodera el terror de todos los ciudadanos que creen próxima é inevitable su ruina. Belisario se empleaba dia y noche en inspirar confianza al pueblo y en sostener el denuedo de los suyos, escitándolos con su ejemplo á defender los muros contra la multitud, que siempre crecia, de los enemigos. Al fin, tomando un arco, derriba de un flechazo al mas atrevido de los generales godos; y los romanos, siempre supersticiosos, miraron este primer triunfo

como un presagio feliz. Pero los dardos que lanzaban las torres, aterraban siempre la ciudad: Belisario da órden á sus flecheros de dirigir sus tiros contra los bueyes que conducian las máquinas: estos animales caen, y aquel aparato, antes tan amenazador, llegó á ser un fantasma ridículo. Los romanos salen de la ciudad, rechazan á los godos, los desalojan del mauseolo de Adriano que habian ocupado, derriban las torres, queman las máquinas, y dan muerte á 30,000 bárbaros. El pueblo atribuyó su libertad á la proteccion de san Pedro: una parte de la muralla cercana á la iglesia del santo Apóstol estaba caida, y sin embargo los godos no pensaron en atacarla; y por esta razon no se permitió despues que se reedificase aquel muro. Belisario, dando cuenta á Justiniano de su victoria, le escribió: «5.000 romanos han vencido 150.000 godos; pero el cerco dura todavia. ¡Qué ignominia para el imperio, si Roma se pierde por falta de socorro! Te he consagrado mi vida, y moriré antes que rendirme: decide la suerte de Belisario; y si quieres, me sepultaré entre las ruinas de la plaza.» Estas palabras sacan al emperador de su letargo, levanta tropas, arma naves, y manda á Valeriano y á Martin que las conduzcan á Italia. En este

tiempo Roma bloqueada veia casi agotados sus víveres; y Belisario tenia que contener á los habitantes de la ciudad y á los enemigos. Su gran carácter triunfó de todos los ostáculos: mandó salir de la plaza todas las bocas inútiles, se le obedeció aunque gimiendo. Una multitud de niños, mugeres y ancianos cubren la via Apia y se retiran á Campania, escoltados por mozos intrépidos y ágiles que atraviesan las líneas enemigas y matan á los godos que se hallan dispersos confiadamente en el camino. Belisario arma á los artesanos, echa de Roma algunos senadores sospechosos de traicion, y entre ellos á Máximo, descendiente del emperador de este nombre. Martin y Valeriano le traen un refuerzo de 1.600 caballos, que entran en la ciudad á favor de una salida en la cual perecieron 4.000 godos.

Preparábase á dar á los bárbaros golpes mas sensibles; mas solo confiaba en su caballería, porque la infantería romana habia perdido desde mucho antes su disciplina, valor y celebridad. En esta incertidumbre cometió el yerro de ceder á los deseos é instancias de Principio, Pisidio y Tarmut el isauro, oficiales de su ejército, que le alababan el celo, ardor y consagramiento de las nuevas legiones

de ciudadanos alistados, formadas en Roma: le suplicaban que emplease esta infantería, por lo menos en retaguardia: no es razon irritarla, decian, despreciándola injustamente, y la confianza inflamará su valor. En efecto, aquellas legiones pedian á gritos la batalla. Belisario, movido de su ardor, se resolvió á darla. Desde el alba hasta mediodia no hubo mas que escaramuzas y guerra de flecheros: el general esperaba algun movimiento falso de los godos para aprovecharse de él y atacarlos. Pero las legiones impacientes no escuchan sus órdenes: acometen con ímpetu, desbaratan al principio á los godos, y entregándose con ardor al saqueo, son atacadas por los bárbaros, una parte perece y los demas huyen. Belisario con sus valientes resistió mucho tiempo; pero al fin tuvo que retirarse. Bien pronto hubo grande escasez en Roma. El ejército pedia la batalla, prefiriendo la muerte en el campo de la gloria, á una consuncion lenta y dolorosa; pero Belisario, escarmentado en el yerro que le habia hecho perder la batalla de Roma, fue inflexible, resolvió aguardar socorro, y mandó que callasen y sufriesen. Tal era su autoridad, que padecian y morian sin quejarse. En fin, el refuerzo esperado

desembarcó: Zenon, Paulo, Conon y Juan trajeron 3.000 isauros y 2.000 caballos. La intrépida Antonina salió atrevidamente de Roma, para apresurar la marcha de estas tropas. Cuando se aproximaron á la plaza, Belisario hizo una falsa surtida contra los sitiadores, al mismo tiempo que otra division salió por una puerta tapiada antes y que se abrió por la noche: esta division rodeó á los godos, que atacados á un mismo tiempo por el frente y el flanco, pelearon en desórden y aterrados: huyen por todas partes, y los vencedores hacen en ellos espantosa carnicería. Despues de esta derrota, Vitiges, cuyo ejército estaba arruinado por el hierro, el hambre y el contagio, pidió la paz, y propuso ceder la Sicilia, con tal que los romanos evacuasen la Italia. Belisario respondió irónicamente á esta peticion ilusoria, ofreciendo al rey de los godos las islas británicas. Sin embargo, se ajustó un armisticio, y llegó á Roma un gran convoy con víveres en abundancia y tropas nuevamente desembarcadas: en fin, se concluyeron treguas por un mes. Pero la felicidad y gloria de Belisario no carecieron de penas y aun de manchas. Constantino, valiente guerrero y general hábil, pero codicioso, habia

quitado á Presidio, uno de sus colegas, su parte del botin cogido en el campo de los godos. Antonina aborrecia de muerte á Constantino, porque habia descubierto sus intrigas amorosas, é inspirado á Belisario sospechas harto justas, é irritó á su esposo contra el que procuraba desengañarle. Belisario, olvidado de su moderacion ordinaria, despues de haber reprendido agriamente á Constantino, mandó arrestarlo: el guerrero enfurecido saca la espada contra su gefe, que apenas tuvo tiempo de evitar el golpe. Entonces debió juzgar y castigar á Constantino; pero la justicia pareció demasiado lenta al enojo de una muger ofendida. Antonina escitó los guardias á la venganza, y degollaron á Constantino. Este asesinato, permitido por Belisario, mancilló sus laureles. Los godos cometian, á pesar de las treguas, muchos actos de violencia: volvieron las hostilidades: Belisario sale de Roma, da batalla, derrota á los enemigos, los persigue y mata un gran número de ellos. Consecuencias de esta victoria fueron la toma de Rimini, y el levantamiento del sitio de Roma. Este cerco famoso habia durado un año.

Sitio y toma de Ravena. (538.) La

Italia se hubiera conquistado con prontitud, si Justiniano no se hubiese tardado en remitir los socorros que Belisario pedia; pero entonces estaba llamada toda su atencion á edificar palacios y á turbar la Iglesia. Despues de haber publicado leyes sábias contra la simonía, se empeñó en que sus decretos fuesen respetados en materia de dogma, y cayó en las heregías, á fuerza de sutilizar. Teodora, acostumbrada á derribar todo lo que se le oponia, quiso que se depusiese al papa Silverio: el emperador, menos violento, le envió á Roma, y encargó á Belisario el exámen de su conducta, mandándole que le dejase su silla si estaba inocente, y pasarlo á otra si era culpable. Acusábasele de inteligencia con Vitiges. Belisario, vencedor de Africa é Italia, era esclavo de Antonina, y esta favorecia fielmente las pasiones rencorosas de la emperatriz: alcanzó de la debilidad de su esposo que desterrase al pontífice á una isla desierta, á donde envió asesinos que le mataron. Vigilio, que le sucedió, se mostró celoso defensor de la sana doctrina, apenas ocupó la cátedra de san Pedro. Mientras el emperador gastaba sus tesoros en llenar de monumentos fastuosos el imperio, cuan-

do eran tan necesarios los soldados y las fortalezas, los búlgaros invadieron la Mesia. El ejército de Iliria los rechazó al principio; pero al volver triunfante, otro cuerpo de búlgaros lo atacó de improviso y lo destruyó. Estos guerreros feroces espantaban á los romanos con una arma singular, y eran redes que llevaban en las puntas de las lanzas, y que arrojaban á los enemigos. Godilas, general romano, cogido en uno de estos lazos, cortó las cuerdas con su sable y debió á su presencia de ánimo la vida y la libertad. Belisario continuaba en Italia sus conquistas: Milan y Ancona fueron evacuadas por los godos. Nárses, que despues adquirió tanta gloria, desembarcó cerca de Ravena con 5.000 hombres. Justino, comandante de la milicia de Iliria, llegó al mismo punto con 2.000 hérulos. Los godos, sorprendidos cerca de Rímini por un cuerpo que mandaban Martin, Juan é Ildigero, poseidos de un terror pánico, huyeron abandonando su campamento; y si la guarnicion de Rímini los hubiese atacado entonces, habria quedado destruido su ejército. Belisario llega en el momento de la derrota del enemigo, y felicita á las tropas del triunfo debido á la habilidad de Ildige-

ro. «No se le debe á él, respondió osadamente Juan, sino al genio de Nárses.» Así comenzó la fatal desavenencia de Nárses y Belisario: los envidiosos la irritaron, y todos aquellos á quienes importunaba la glória del conquistador de África y libertador de Roma, no cesaron de escitar la envidia naciente del favorito de la fortuna contra el de la victoria. Repetian continuamente á este eunuco ambicioso, que pues mandaba un cuerpo tan numeroso de tropas, no debia abatirse á servir de sombra á Belisario. Desde entonces comenzó su enemistad. Belisario convocó los gefes del ejército, y les dijo: «No os dejeis engañar por vuestras primeras victorias. Haceis mal en despreciar al enemigo, que aun es temible. Solo la prudencia consolida los triunfos: la presuncion estravía ó adormece. Los godos inundan la Italia hasta las puertas de Roma: Vitiges ocupa á Ravena: Brayas, dueño de la Liguria, sitia á Milan. Auximo está defendido por una fuerte guarnicion, y estamos rodeados por todas partes. Sé que un numeroso ejército de francos se prepara para aumentar cerca de Génova las fuerzas del enemigo: nuestra ruina es cierta si perdemos un tiempo precioso:

solamente la celeridad puede dividir á los bárbaros, espantarlos y rendirlos. La mitad de nuestras tropas debe libertar á Milan, y la otra mitad tomar á Auximo: despues marcharemos contra los francos y contra Vitiges.» Nárses fue de contrario dictámen, y propuso reunir los dos ejércitos para atacar antes á Ravena. Estas dos opiniones dividian los votos. Belisario, sabiendo que la discordia intestina pierde los ejércitos y los imperios, cortó la dificultad leyendo una órden secreta del emperador, en que declaraba á Nárses intendente, y no general del ejército. Oido esto, no quedaba mas partido que obedecer; sin embargo, el ambicioso Nárses rehusaba someterse. Belisario manda marchar á las tropas; pero al llegar cerca de Urbino, las legiones del partido de Nárses lo abandonan, esperando que con las pocas fuerzas que le quedaban, el primer reves lo arruinaria.

En este momento la fortuna favoreció á Belisario: la sola fuente que proveia de agua á los habitantes de Urbino, habiéndose secado enteramente, obligó á capitular á la guarnicion, y esta plaza fuerte se sometió. Valido de esta ventaja, sorprendió á Orvieto, y se acercó á

Milan : los rebeldes, mandados por Juan y Justino, aunque rehusaron algun tiempo ejecutar sus órdenes y reunírsele, le obedecieron al fin, pero ya tarde. Esta lentitud tuvo consecuencias funestas: Milan fue tomada y saqueada por los bárbaros : la relacion, sin duda exagerada de Procopio, hace subir á 300.000 el número de víctimas inmoladas en aquella ciudad por el acero godo. Belisario, al entrar en ella, solo halló cadáveres y ruinas. El emperador, informado de este desastre, mandó llamar á Nárses : los hérulos, mas ostinados en su rebelion, le siguieron. Belisario, deseoso de concluir la conquista de Italia, sitió á Auximo. Vitiges temeroso pidió socorro á Vacon, rey de los lombardos, á Cosdroas, rey de Persia, y á Teodoberto, rey de los franceses. El primero observó neutralidad : Cosdroas exigió del emperador un tributo con el pretesto de que debia á su inaccion la conquista de Africa; y como Justiniano se lo negase, le declaró la guerra Teodoberto, al frente de cien mil hombres atravesó los Alpes con el intento, no de socorrer á los godos, sino de conquistar á Italia. Traia poca caballería : sus numerosos infantes estaban armados de es-

pada y escudo, y una pesada hacha, llamada *francisca*, con la cual rompian el escudo del enemigo antes de herirle con la espada. Los godos mirando al rey de franceses como aliado, le dejaron libre el paso del Po, y le esperaron junto á Pavía: su error no duró mucho, porque los franceses se arrojaron sobre ellos y los mataron: una division romana que Belisario tenia en aquel pais, sorprendida por los bárbaros, se escapó á Toscana. Teodoberto era valiente, mas no sabia aprovecharse de la victoria: en lugar de seguir su marcha con rapidez, se detuvo á saquear la Liguria: la hambre sucedió á la devastacion, y la peste á la intemperancia: el rey se retiró, y desapareció con él en un momento aquel torrente que amenazaba estender los estragos hasta la misma Roma: Belisario le escribió quejándose de la injusticia de su agresion y de los escesos vergonzosos que habian mancillado su fama. Todo cedia á las armas del general romano: despues de tomar á Auximo, reunió todas sus tropas y cercó á Vitiges en Ravena.

Los reyes de Francia ofrecian socorro al rey de los godos, á condicion de repartir con ellos la Italia. Belisario, sabedor de esta negociacion, logró romperla;

pero cuando ya tocaba casi al fin de su gloriosa empresa, y restituía la Italia al imperio, la debilidad de Justiniano le espuso á perder el fruto de su valor. El emperador, cansado de la guerra, le autorizó para hacer la paz, cediendo á Vitiges todos los paises que estan al norte del Po. Belisario no hizo ningun uso de esta órden, y estrechó el sitio. Los godos, como los demas guerreros del septentrion, despreciaban á los reyes vencidos, y no respetaban la diadema sino ceñida de laureles. Llenos de admiracion á Belisario, le ofrecieron la corona, y el mismo Vitiges hubo de suscribir á esta resolucion unánime. Belisario ni queria hacer traicion al emperador, ni concluir la paz vergonzosa que este príncipe le encargaba firmar. Decidido á resistir igualmente á la flaqueza y á la ambicion, reune sus oficiales, y les declara que ha hallado medios para tomar á Ravena sin combate, coger prisionero á Vitiges, y hacer al emperador dueño de Italia. Disimulando sus designios aseguró á los godos, que ninguno de ellos perderia sus dignidades ni bienes, y que no haria distincion entre los de su nacion y los romanos. Con esta respuesta creyeron los bárbaros que aceptaba la corona: Ravena

abrió sus puertas, y entró en ella triunfante como un rey en su capital. Segun Procopio, las mugeres de los godos, que creían á los romanos tan grandes como sus hazañas, sorprendidas de la pequeñez de su estatura, reprendieron á sus esposos haber sido tan cobardes que se hubiesen dejado vencer por aquellos hombres. Belisario entra en el palacio del rey de los godos, como dueño de su cetro y de sus tesoros, hace prisionero á Vitiges, y declara que renuncia al trono ofrecido. Sin embargo, como hay pocos hombres bastante puros para creer tanto desinteres, no faltó quien escribiese al emperador que Belisario solo fingia rehusar el poder supremo con la esperanza de que le obligasen á aceptarlo. Los godos, que acampaban en Pavía, nombraron rey á Idivado, el cual ofreció tambien á Belisario su diadema: «¿Por qué, le decia, te humillas á los pies de un príncipe ingrato y afeminado? No conviene que sea esclavo de Justiniano el que merece el primer puesto del orbe. Todos los godos te declaran por mi voz que solo es digno de gobernarlos el héroe que les ha vencido. Yo mismo pongo mi corona á tus pies.» Belisario respondió: «Debo á Justiniano cuanto soy: le he jurado fide-

lidad, y jamas faltaré á ella.» Despues de esta declaracion solemne, se embarcó para Constantinopla, donde entró segunda vez triunfando de los enemigos del imperio y de los suyos. Este triunfo, uno de los mas gloriosos de los romanos, hubiera sido sin mancha, si el general no hubiera llevado en su comitiva á Vitiges, á quien habia preso por engaño; y ni la habilidad política, ni la gloria pudieron justificar su perfidia. Antonina se mostró en la capital tan activa para las intrigas como en la guerra. Teodora, que la protegia, deseaba arruinar al ministro Juan de Capadocia; lo que era difícil, porque poseía la confianza del emperador, para el cual pesaban mas su saber y habilidad que sus vicios y concusiones. Antonina se encargó de hacerle caer en sus lazos, y lo consiguió. Fingiéndose descontenta de la corte, y exagerando los servicios de su esposo y la ingratitud de Justiniano, cuya gloria brillaba con esplendor ageno, á sus generales y ministros, lisonjeó pérfidamente la vanidad del privado, y le indicó la posibilidad de ascender al poder supremo con el auxilio de Belisario y del ejército, que le era adicto. Asi le empeñó en una conspiracion fingida, é informó de ello á la

emperatriz. Teodora envia guardias á casa de Antonina, y se ocultan en ella con sus gefes Nárses y Marcelo. El imprudente ministro llega una noche á la cita dada por aquella infernal muger: habla con vehemencia de la incapacidad é ingratitud de Justiniano, y esplica su plan para derribarle del trono. Entonces se presenta la guardia: Juan resiste, pelea, huye y toma asilo en una iglesia, donde fue preso: el emperador le destituyó, confiscó sus bienes, y le envió á un destierro. Este patricio, consular, prefecto de la capital, primer ministro, y casi dueño del emperador y del imperio, arrojado en una cárcel y despojado de sus riquezas despues de haber sufrido mil tormentos, recorrió el oriente y el Egipto casi desnudo y pidiendo limosna: todos le habian abandonado escepto la ambicion y la esperanza, y aunque tan misero, siempre soñaba en el trono, y se lisonjeaba de ascender á él. Diez años despues logró sublevar el populacho de Dara, hizo que le coronase, y gobernó en la ciudad como tirano. Pero de allí á poco algunos ciudadanos, animados por el patricio Anastasio, forzaron las puertas de su casa, degollaron su guardia, y le mataron.

:

Victorias de Belisario contra los persas. (542.) Entretanto Cosdroas se valia de la ausencia de las mejores tropas del imperio y de los yerros de Justiniano: el rey de los godos le habia escitado á la guerra, haciéndole temer que la Persia tendria la misma suerte que Africa é Italia. El emperador, engañado por el delator Acacio, habia hecho asesinar á Amaáspes, gobernador de Armenia, sospechoso de trato con los persas: el acusador recibió en premio el puesto, bienes y gobierno de su víctima; pero oprimió la provincia de modo, que el pueblo, sublevándose por desesperacion, le dió la muerte. Sitas, enviado para reprimir y castigar á los rebeldes, pereció en un combate. Búzes le sucedió; y los armenios, temiendo su severidad, invocaron el auxilio de los persas. Cosdroas, á cuyos proyectos era útil esta rebelion, convoca los magnates de su reino, y les propone declarar la guerra á los romanos. Ninguna ocasion podia ser mas favorable para satisfacer su antigua animosidad contra el imperio: Belisario peleaba entonces con Vitiges: la Armenia solicitaba un libertador, y los hunnos, habiendo pasado el Danubio, asolaban la Grecia: no tardaron en presentarse á las puertas de

Constantinopla, y no se retiraron hasta haber hecho un botin inmenso y 120.000 prisioneros. El emperador hallaba reclutas con dificultad en el imperio exhausto: deseando ganar tiempo para juntar algunos recursos contra la tempestad que le amenazaba, envió á Anastasio de embajador á Cosdroas. Sus cartas y las respuestas del persa solo contenian, segun la costumbre de aquel tiempo, máximas de moral, desmentidas por la conducta de ambos soberanos. Hablaban mucho de los deberes de los príncipes, de la fe del juramento, de las desgracias de la guerra, de la facilidad con que se rompe la union, y de la dificultad de restablecerla; porque los emperadores de aquellos tiempos argumentaban como griegos, obraban como bárbaros, y no sabian pelear como romanos. Cosdroas entró en el imperio con un fuerte ejército: ocupó á Palestina y Siria, y atacó á Egipto: tomó algunas plazas por asalto: las mas le abrieron las puertas. Al principio devastaba el pais como un torrente; pero despues el amor que le inspiró una cautiva romana, llamada Eufemia, le hizo menos cruel con los vencidos. Búzes, enviado contra él, salió de Hierápolis con un corto número de tropas, se

adelantó imprudentemente, fue rodeado, y no volvió á parecer. Germano, sobrino del emperador, pasó á Antioquía, pero sin tropas; levantó sus fortificaciones, y se esforzó inútilmente en reanimar el valor de los habitantes con la esperanza de un pronto socorro. Cosdroas marchaba con rapidez, precedido del terror. Berea, que emprendió resistirle, fue saqueada. Sin embargo, al acercarse los persas, se despierta el valor en la juventud de Antioquía, y quiere defender la antigua capital del oriente: los ancianos, los grandes y el obispo la aconsejan inútilmente alejar al enemigo por medio de un tributo, y rescatar con el oro la libertad que el hierro no podia defender. El ejército persa llega al Oróntes: los romanos, poseidos de un terror pánico, dejan el paso libre, y huyen. Cosdroas, que esperaba un largo cerco, se aproxima á la ciudad con precaucion: la soledad de las murallas le parece un lazo, y cree que la cobardía es una estratagema. Sin embargo, asegurado por el largo silencio entra: algunos jóvenes, prefiriendo la muerte á la ignominia, atacan á los persas enmedio de las calles, y son degollados. Muchas mugeres distinguidas, abandonadas por sus cobardes esposos, se sus-

traen á las injurias del vencedor, arrojándose al Oróntes. Cosdroas, afectando una clemencia hipócrita, permite á los habitantes retirarse con sus riquezas. Temia su desesperacion cuando estaban reunidos: separados, los degolló sin peligro. Los embajadores de Justiniano vinieron entonces á pedir la paz. Cosdroas consintió en ella, á condicion de un tributo anual, con el cual los persas se encargarian de defender las puertas Caspias contra los hunnos y los turcos. Los embajadores respondieron que la dignidad del imperio no podia someterse á esa humillacion. «Los romanos, replicó el rey, pueden conceder un subsidio á un monarca vencedor; pues há tanto tiempo que pagan tributo á veinte pueblos bárbaros.» Los embajadores prometieron 50.000 escudos de oro; pero Justiniano no ratificó el tratado. Cosdroas escitó la indignacion de los cristianos, restableciendo en Seleucia el culto del sol. Despues volvió á sacrificar á las ninfas en el bosque de Dafne, cercano á Antioquía; pero sabedor de una irrupcion de los hunnos en la Lácica, que los romanos dejaban indefensa, pasó con la flor de su ejército á las playas del mar Caspio.

Tal era la situacion brillante del rey

de Persia y la deplorable del imperio, cuando Belisario volvió á Constantinopla triunfante de Vitiges y de Italia. El emperador le nombra general de oriente: su nombre solo crea un ejército, lo reune y disciplina, y lejos de limitarse á la defensiva que siempre aumenta el miedo, se decide á la acometida que despierta el valor. Habiendo encargado á su lugarteniente Pedro contener con algunas tropas al general persa, Nabádes, á quien Cosdroas habia dejado con un ejército cerca de Nisibe, se adelanta á la frontera de Persia. Pedro tenia órden de no pelear: desobedece, ataca á los persas, y es vencido. Belisario vuela á su socorro, derrota completamente al enemigo, entra en Persia, se apodera de la ciudad de Sisarauno, y da órden á Arétes, rey de los árabes, para penetrar en Asiria. Cosdroas sabe con sorpresa que ha perdido sus conquistas, que sus estados son invadidos, y que un solo hombre ha mudado su suerte. Vuelve á Persia con todas sus tropas. Sin embargo, Belisario luchaba en vano contra la fortuna. Arétes, codicioso de botin, y queriendo guardar las riquezas robadas por su tribu en Asiria, se separa del ejército romano en lugar de cubrirlo como debia,

y lo deja sin socorro y sin comunicaciones. Esta defeccion, y la envidia, siempre enemiga de la gloria, escitan una sedicion en el ejército, el cual acusa al que lo habia salvado, y pide á gritos volver á la frontera del imperio. Belisario, vencedor de la intrepidez de los enemigos, cede á la cobardía de los suyos: á su pesar manda la retirada; la calumnia le acusó por ello, y un disfavor público es la recompensa que da Justiniano á sus gloriosos servicios. Cosdroas no halló enemigos con que pelear: marcha á Palestina con el objeto de saquear á Jerusalen; el miedo entra en el palacio de Justiniano, y con él la justicia, aunque tardía. Belisario es enviado otra vez al oriente; mas no halla en él ni tesoros ni soldados: las tropas estaban desmandadas, el dinero dilapidado, y los generales fugitivos. El vencedor de Italia llegó á Hierápolis, defendida aun por una corta guarnicion: reúnela; pero en vez de las aclamaciones acostumbradas, solo escucha gemidos: los mas tímidos aconsejan la huida, los mas valientes la retirada. «Compañeros, les dijo, cuando el enemigo ataca, no las fronteras, sino el corazon del imperio, la prudencia es fuera de sazon: mejor es la muerte que el oprobio: no os

oculteis ya al abrigo de las murallas. Salid intrépidamente de la plaza. Seguidme, y daremos á los persas mas miedo y ocupacion que lo que ellos creen.» Desde que aparecieron en las llanuras de Siria el estandarte y la tienda de Belisario, la fama que todo lo aumenta, le atribuyó un ejército. Cosdroas, engañado por su grande nombre, le envia un embajador para quejarse de la mala fe de Justiniano, que no habia querido confirmar el tratado de Antioquía. El hábil general habia dispersado en una vasta estension de terreno desigual las pocas tiendas de la mezquina guarnicion que le seguia; pero de modo que á la primer mirada, atendida la distancia y la multiplicidad de los fuegos parecia un ejército compuesto de numerosas divisiones. El embajador halló á Belisario en una cabaña, con soldados sin armas y vestidos de lino, unos con látigo y otros con arcos; y á tan corta distancia del inmenso ejército de los persas, ellos y el general, con gran sosiego y seguridad profunda, se entretenian en los ejercicios de la caza mas que en los de la guerra. Belisario recibió al enviado del rey con altanería desdeñosa, y no le respondió sino que para conseguir la paz, debia hacer proposiciones mas justas, ó

esponerse á combates sangrientos antes de penetrar hasta los reales romanos. Este artificio produjo buen efecto. Cosdroas viendo á Belisario sin temor, creyó que tenia grandes fuerzas, hizo la paz, y supo despues con tanto pesar como admiracion, que habria tenido solamente que combatir con un general que habia llegado en posta de la corte, y cuyo ejército se reducia á una pequeña escolta. Este tratado fue mas feliz para el emperador, porque otros generales romanos acababan de ser vencidos en las fronteras de Persia. La paz se restableció entre ambos imperios; y solo continuó la guerra entre Arétes y Alamondar, príncipes sarracenos, aliado el primero de los romanos y el segundo de los persas.

Justiniano, conociendo aunque tarde las desgracias que su funesta imprevision habia causado al imperio, reedificó las ciudades destruidas por los hunnos, construyó fortificaciones en la ribera del Danubio, y en el paso de las Termópilas, mejor defendido en otro tiempo por el valor que por el arte. Estos trabajos útiles, pero costosos, no le obligaron á cesar en la construccion de monumentos magníficos. La iglesia de santa

Sofía, enriquecida de oro, y embellecida con un gran número de columnas del mármol mas precioso, se concluyó entonces. Se decia que era superior en riqueza al templo de Jerusalen, y Justiniano esclamaba, contemplando su obra: «En fin, Salomon, te he vencido.»

Guerra de Belisario contra Totila. (546.) La prudencia, la gloria y la fortuna habian salido de Italia con Belisario. Sus lugartenientes permitieron la relajacion de la disciplina; su mala fe irritó á los godos; su codicia oprimió los pueblos. El *logoteta*, ó intendente de hacienda, fue igualmente odioso á bárbaros y á romanos por sus rapiñas: la avaricia de este hombre que se llamaba Alejandro, le aconsejó recortar las monedas, por lo que recibió del pueblo el apodo de cortador. No siendo, pues, los romanos respetables ni por la justicia ni por la fuerza, comenzaron las rebeliones contra ellos. Ildivado reune una corta division de godos, ataca cerca de Trevise á los romanos mandados por Vital, y los ahuyenta (540): mas no gozó mucho tiempo de su triunfo; porque su muger, celosa de la de Brayas, otro gefe godo, la asesinó. Al asesinato se siguió la venganza, é Ildivado fue muerto en un ban-

quete. Para reemplazarle se nombró á Erarico, rugio de nacion, que reinó pocos dias. Los godos ofrecieron la corona á Baduela, por sobrenombre Totila, que quiere decir *inmortal*, título que adquirió por sus hazañas. Habia recibido de la naturaleza las prendas de un héroe. La nacion goda estaba tan disminuida por las victorias de Belisario, que habiendo puesto sobre las armas en tiempo de Vitiges doscientos mil hombres, Totila solo pudo reunir cinco mil cuando emprendió la reconquista de Italia. Verona fue tomada por los romanos y recobrada por los godos. Artabazo, lugarteniente del emperador, les dió batalla junto á Faenza: peleó como valiente soldado, y mató por su mano á un godo cuya estatura gigantesca era el espanto de los romanos; pero no teniendo las cualidades propias de un general, se dejó rodear por los enemigos, fue derrotado y perdió todos sus estandartes. Bleda, Roderico y Uliaxis, lugartenientes de Totila, eran tan temibles por su valor como por su union. Martin, Bésas, Cipriano y Juan el sanguinario, generales romanos, envidiosos unos de otros, no podian convenirse. Su division los arruinó: perdieron una segunda batalla con gran mor-

traidores. Belisario marchó rápidamente á Nápoles: los habitantes quisieron al principio obligar á la guarnicion á que se rindiese; pero les hicieron temer el saqueo, y aquella plebe inconstante varió de parecer. La ciudad era fuerte, sus defensores valerosos: despues de muchos é inútiles esfuerzos, el general romano se disponia á levantar el cerco, cuando un soldado isauro descubrió un antiguo canal subterráneo por el cual se podia penetrar en la plaza. Belisario, cierto del buen suceso, intima inútilmente á los napolitanos sustraerse por una capitulacion honrosa á la suerte funesta que les aguarda, y no dar á los godos, sus enemigos comunes, el agradable espectáculo de la sangre romana derramada por los romanos. El destino los ciega, responden con injurias; y mientras la guarnicion vuela á las murallas para defenderlas, Belisario, al frente de sus mas valerosos guerreros se adelanta por el conducto subterráneo, se presenta en medio de la ciudad, y sus soldados furiosos la corren con el hierro y el fuego en la mano. Al mismo tiempo los romanos, aprovechándose del terror de los godos, salvan las murallas. Los vencedores son inaccesibles á la piedad: no

hubo asilo para el pudor: lås lágrimas de la infancia y de la vejez son defensas inútiles. En vano Belisario se opone á sus escesos, y grita: «Degollais á vuestros compatriotas, á los súbditos del emperador. Mostrad á los vencidos que erais dignos de vencerlos: no deshonreis con la crueldad un triunfo tan glorioso.» ¡Inútiles esfuerzos! no habia humanidad sino en el corazon de un hombre: pocos le escucharon, ninguno le obedeció, y la matanza fue horrible.

Teodato, al saber la pérdida de Nápoles, creyó ver á Roma en poder ya de los enemigos: envió tropas para defenderla, pero se les negó la entrada. Este príncipe, huyendo de los combates, buscó un asilo en su corte, y dió órden á Vitiges, comandante de su ejército, que marchase á Cápua. Vitiges habia debido su elevacion á su valor intrépido. Entonces estaba acampado á catorce leguas de Roma: sus soldados, avergonzados de servir á un príncipe, que solo era valiente para cometer maldades, y atrevido para oprimir al pueblo, se rebelan contra él, y declaran que renuncian al mando de un gefe, hábil solamente para huir. Vitiges procura en vano restablecer el órden: lo obligan con ruegos y

amenazas á aceptar la corona. Teodato abandonado huye: un godo, llamado Octáris, le persigue, le derriba de una lanzada, y lleva su cabeza á Vitiges. Este indigno sucesor de Teodorico el grande y de Amalasunta habia reinado dos años. Su hijo murió envenenado. Vitiges, proclamado rey, entró en Roma, y recibió el juramento del papa Silverio, del senado y del pueblo. Dejó en la capital cuatro mil hombres de guarnicion, y fue á Ravena para incorporar en su ejército las tropas que allí habia. Para hacer mas respetable un cetro usurpado, repudió á su muger y casó con una hija de Amalasunta; y para asegurar, si no la alianza, á lo menos la neutralidad de los franceses, hizo consentir á los gefes de su nacion en ceder los territorios que aun tenian de la provincia romana en las Galias. Mientras que procuraba por estos medios consolidar su trono vacilante, Belisario, que conocia el valor del tiempo y del atrevimiento, marchó con rapidez hácia Roma: el papa persuadió al pueblo que le abriese las puertas, y los cuatro mil godos que Vitiges habia dejado de guarnicion, tuvieron que abandonar la ciudad. Así restituyó Belisario al imperio, sin combate, la an-

tigua capital del mundo, que sesenta años antes habia conquistado Odoacre; y Roma creyó ver en él solo todos sus antiguos héroes. Vitiges pidió la paz, y Justiniano la rehusó. Los generales del emperador conservaron la Dalmacia á pesar de los esfuerzos de los bárbaros. Constantino, lugar-teniente de Belisario, encontró una division enemiga y la destruyó casi enteramente. Entretanto desplegaba Vitiges en sus preparativos tanta actividad como inercia habia manifestado Teodato. Llamó á las armas, y reunió todos los godos capaces de combatir, y marchó derecho á Roma al frente de ciento cincuenta mil guerreros. Todos sus ginetes llevaban corazas, y los jaeces de los caballos eran de hierro, y como no podia creer que un hombre solo resistiese á tantas fuerzas, y se mantuviese con cinco mil soldados enmedio de ellas, preguntó arrogantemente á los viageros que encontraba en el camino y que volvian de la capital, si Belisario no se habia escapado todavía. «Señor, le respondió un clérigo, de todos los movimientos militares, el único que Belisario no ha aprendido hasta ahora es la fuga.» El ejército godo se acampó á dos leguas de Roma: la traicion puso en

sus manos una torre fortificada que defendia el puente del Teberon. Belisario, ignorante de esta perfidia, se adelanta con poca guardia á visitar este puesto que creia ocupado por los suyos: de pronto se ve asaltado y cercado por toda la vanguardia enemiga. En este peligro estremo mostró aquel gran capitan la fuerza y el valor de un soldado. Todos los tiros se dirigian contra él y su caballo bayo, al cual inmortalizó la gloria de su dueño: sus guardias, olvidándose á sí mismos por conservar á su general, le sirvieron á porfia de escudo, y cada uno pareció á los bárbaros otro Belisario. Este puñado de héroes desbarató al primer choque la vanguardia enemiga, y la obligó á retirarse hasta el valladar de su campamento; pero oprimido despues Belisario por todo el ejército de los godos, fue perseguido hasta la puerta de Roma que se llamaba entonces Salaria, y que tomó el nombre de este ilustre general desde aquella jornada memorable. Los romanos temblando no se atrevian á abrir las puertas, y la cobardía negaba un asilo á la gloria: la desesperacion le salvó. Aunque oprimido del cansancio y de las heridas, su grande alma da nuevas fuerzas á su cuer-

po: escita, anima, enardece el corto número de guerreros que aun le acompañaban: obedecenle y siguen su ejemplo, acometen con gran vocería á los godos, y con prodigios de valor los sorprenden y atemorizan de manera, que echan á huir creyéndose perseguidos por un Dios. Roma recibió en triunfo al héroe que habia vencido él solo un ejército.

Sitio y batalla de Roma. (537.) Belisario consiguió de allí á poco una victoria mas dificil. Tuvo que desplegar todos los recursos de su carácter activo, diestro y firme para reprimir el espíritu sedicioso de un pueblo acostumbrado á la licencia, al ocio y á la abundancia. Desde que la ciudad fue cercada, empezaron las murmuraciones de aquella multitud cobarde, que preferia la servidumbre á las privaciones, y la ignominia al peligro: pedia á gritos que se abriesen las puertas á los bárbaros. Una distribucion de víveres hecha con prudencia, una constante vigilancia y algunos ejemplares, comprimieron á los facciosos. Poco á poco se acostumbró el pueblo á oir el idioma del valor romano, que mucho tiempo antes no resonaba en la tribuna: deseó imitar lo que admiraba: gran número de ciudadanos tomaron las armas y

se agregaron á los compañeros de Belisario: el general, aunque no confiaba mucho en ellos, los animaba sin embargo. Vitiges le escribió exhortándole á evitar la efusion de sangre romana, y dejándole la opcion de salir libremente de Roma con sus tropas y bagages, ó fijar dia para pelear en la llanura. Belisario respondió: «Roma es del emperador, y no la perderá hasta que yo pierda la vida. En cuanto á la batalla, la daré cuando me parezca sin consultar á Vitiges.» Los godos estrechaban mas y mas la ciudad. El rey, habiendo hecho construir grandes torres de madera que llenó de flecheros, y muchas máquinas de guerra sobre ruedas, les unció bueyes y las aproximó á las murallas, batidas sin cesar por el ariete. A este espectáculo se apodera el terror de todos los ciudadanos que creen próxima é inevitable su ruina. Belisario se empleaba dia y noche en inspirar confianza al pueblo y en sostener el denuedo de los suyos, escitándolos con su ejemplo á defender los muros contra la multitud, que siempre crecia, de los enemigos. Al fin, tomando un arco, derriba de un flechazo al mas atrevido de los generales godos; y los romanos, siempre supersticiosos, miraron este primer triunfo

como un presagio feliz. Pero los dardos que lanzaban las torres, aterraban siempre la ciudad: Belisario da órden á sus flecheros de dirigir sus tiros contra los bueyes que conducian las máquinas: estos animales caen, y aquel aparato, antes tan amenazador, llegó á ser un fantasma ridículo. Los romanos salen de la ciudad, rechazan á los godos, los desalojan del mauseolo de Adriano que habian ocupado, derriban las torres, queman las máquinas, y dan muerte á 30,000 bárbaros. El pueblo atribuyó su libertad á la proteccion de san Pedro: una parte de la muralla cercana á la iglesia del santo Apóstol estaba caida, y sin embargo los godos no pensaron en atacarla; y por esta razon no se permitió despues que se reedificase aquel muro. Belisario, dando cuenta á Justiniano de su victoria, le escribió: «5.000 romanos han vencido 150.000 godos; pero el cerco dura todavia. ¡Qué ignominia para el imperio, si Roma se pierde por falta de socorro! Te he consagrado mi vida, y moriré antes que rendirme: decide la suerte de Belisario; y si quieres, me sepultaré entre las ruinas de la plaza.» Estas palabras sacan al emperador de su letargo, levanta tropas, arma naves, y manda á Valeriano y á Martin que las conduzcan á Italia. En este

tiempo Roma bloqueada veia casi agotados sus víveres; y Belisario tenia que contener á los habitantes de la ciudad y á los enemigos. Su gran carácter triunfó de todos los ostáculos: mandó salir de la plaza todas las bocas inútiles, se le obedeció aunque gimiendo. Una multitud de niños, mugeres y ancianos cubren la via Apia y se retiran á Campania, escoltados por mozos intrépidos y ágiles que atraviesan las líneas enemigas y matan á los godos que se hallan dispersos confiadamente en el camino. Belisario arma á los artesanos, echa de Roma algunos senadores sospechosos de traicion, y entre ellos á Máximo, descendiente del emperador de este nombre. Martin y Valeriano le traen un refuerzo de 1.600 caballos, que entran en la ciudad á favor de una salida en la cual perecieron 4.000 godos.

Preparábase á dar á los bárbaros golpes mas sensibles; mas solo confiaba en su caballería, porque la infantería romana habia perdido desde mucho antes su disciplina, valor y celebridad. En esta incertidumbre cometió el yerro de ceder á los deseos é instancias de Principio, Pisidio y Tarmut el isauro, oficiales de su ejército, que le alababan el celo, ardor y consagramiento de las nuevas legiones

de ciudadanos alistados, formadas en Roma: le suplicaban que emplease esta infantería, por lo menos en retaguardia: no es razon irritarla, decian, despreciándola injustamente, y la confianza inflamará su valor. En efecto, aquellas legiones pedian á gritos la batalla. Belisario, movido de su ardor, se resolvió á darla. Desde el alba hasta mediodia no hubo mas que escaramuzas y guerra de flecheros: el general esperaba algun movimiento falso de los godos para aprovecharse de él y atacarlos. Pero las legiones impacientes no escuchan sus órdenes: acometen con ímpetu, desbaratan al principio á los godos, y entregándose con ardor al saqueo, son atacadas por los bárbaros, una parte perece y los demas huyen. Belisario con sus valientes resistió mucho tiempo; pero al fin tuvo que retirarse. Bien pronto hubo grande escasez en Roma. El ejército pedia la batalla, prefiriendo la muerte en el campo de la gloria, á una consuncion lenta y dolorosa; pero Belisario, escarmentado en el yerro que le habia hecho perder la batalla de Roma, fue inflexible, resolvió aguardar socorro, y mandó que callasen y sufriesen. Tal era su autoridad, que padecian y morian sin quejarse. En fin, el refuerzo esperado

desembarcó: Zenon, Paulo, Conon y Juan trajeron 3.000 isauros y 2.000 caballos. La intrépida Antonina salió atrevidamente de Roma, para apresurar la marcha de estas tropas. Cuando se aproximaron á la plaza, Belisario hizo una falsa surtida contra los sitiadores, al mismo tiempo que otra division salió por una puerta tapiada antes y que se abrió por la noche: esta division rodeó á los godos, que atacados á un mismo tiempo por el frente y el flanco, pelearon en desórden y aterrados: huyen por todas partes, y los vencedores hacen en ellos espantosa carnicería. Despues de esta derrota, Vitiges, cuyo ejército estaba arruinado por el hierro, el hambre y el contagio, pidió la paz, y propuso ceder la Sicilia, con tal que los romanos evacuasen la Italia. Belisario respondió irónicamente á esta peticion ilusoria, ofreciendo al rey de los godos las islas británicas. Sin embargo, se ajustó un armisticio, y llegó á Roma un gran convoy con víveres en abundancia y tropas nuevamente desembarcadas: en fin, se concluyeron treguas por un mes. Pero la felicidad y gloria de Belisario no carecieron de penas y aun de manchas. Constantino, valiente guerrero y general hábil, pero codicioso, habia

quitado á Presidio, uno de sus colegas, su parte del botin cogido en el campo de los godos. Antonina aborrecia de muerte á Constantino, porque habia descubierto sus intrigas amorosas, é inspirado á Belisario sospechas harto justas, é irritó á su esposo contra el que procuraba desengañarle. Belisario, olvidado de su moderacion ordinaria, despues de haber reprendido agriamente á Constantino, mandó arrestarlo: el guerrero enfurecido saca la espada contra su gefe, que apenas tuvo tiempo de evitar el golpe. Entonces debió juzgar y castigar á Constantino; pero la justicia pareció demasiado lenta al enojo de una muger ofendida. Antonina escitó los guardias á la venganza, y degollaron á Constantino. Este asesinato, permitido por Belisario, mancilló sus laureles. Los godos cometian, á pesar de las treguas, muchos actos de violencia: volvieron las hostilidades: Belisario sale de Roma, da batalla, derrota á los enemigos, los persigue y mata un gran número de ellos. Consecuencias de esta victoria fueron la toma de Rimini, y el levantamiento del sitio de Roma. Este cerco famoso habia durado un año.

Sitio y toma de Ravena. (538.) La

Italia se hubiera conquistado con prontitud, si Justiniano no se hubiese tardado en remitir los socorros que Belisario pedia; pero entonces estaba llamada toda su atencion á edificar palacios y á turbar la Iglesia. Despues de haber publicado leyes sábias contra la simonía, se empeñó en que sus decretos fuesen respetados en materia de dogma, y cayó en las heregías, á fuerza de sutilizar. Teodora, acostumbrada á derribar todo lo que se le oponia, quiso que se depusiese al papa Silverio: el emperador, menos violento, le envió á Roma, y encargó á Belisario el exámen de su conducta, mandándole que le dejase su silla si estaba inocente, y pasarlo á otra si era culpable. Acusábasele de inteligencia con Vitiges. Belisario, vencedor de Africa é Italia, era esclavo de Antonina, y esta favorecia fielmente las pasiones rencorosas de la emperatriz: alcanzó de la debilidad de su esposo que desterrase al pontífice á una isla desierta, á donde envió asesinos que le mataron. Vigilio, que le sucedió, se mostró celoso defensor de la sana doctrina, apenas ocupó la cátedra de san Pedro. Mientras el emperador gastaba sus tesoros en llenar de monumentos fastuosos el imperio, cuan-

do eran tan necesarios los soldados y las fortalezas, los búlgaros invadieron la Mesia. El ejército de Iliria los rechazó al principio; pero al volver triunfante, otro cuerpo de búlgaros lo atacó de improviso y lo destruyó. Estos guerreros feroces espantaban á los romanos con una arma singular, y eran redes que llevaban en las puntas de las lanzas, y que arrojaban á los enemigos. Godilas, general romano, cogido en uno de estos lazos, cortó las cuerdas con su sable y debió á su presencia de ánimo la vida y la libertad. Belisario continuaba en Italia sus conquistas: Milan y Ancona fueron evacuadas por los godos. Nárses, que despues adquirió tanta gloria, desembarcó cerca de Ravena con 5.000 hombres. Justino, comandante de la milicia de Iliria, llegó al mismo punto con 2.000 hérulos. Los godos, sorprendidos cerca de Rímini por un cuerpo que mandaban Martin, Juan é Ildigero, poseidos de un terror pánico, huyeron abandonando su campamento; y si la guarnicion de Rímini los hubiese atacado entonces, habria quedado destruido su ejército. Belisario llega en el momento de la derrota del enemigo, y felicita á las tropas del triunfo debido á la habilidad de Ildige-

ro. «No se le debe á él, respondió osadamente Juan, sino al genio de Nárses.» Así comenzó la fatal desavenencia de Nárses y Belisario: los envidiosos la irritaron, y todos aquellos á quienes importunaba la gloria del conquistador de Africa y libertador de Roma, no cesaron de escitar la envidia naciente del favorito de la fortuna contra el de la victoria. Repetian continuamente á este eunuco ambicioso, que pues mandaba un cuerpo tan numeroso de tropas, no debia abatirse á servir de sombra á Belisario. Desde entonces comenzó su enemistad. Belisario convocó los gefes del ejército, y les dijo: «No os dejeis engañar por vuestras primeras victorias. Haceis mal en despreciar al enemigo, que aun es temible. Solo la prudencia consolida los triunfos: la presuncion estravía ó adormece. Los godos inundan la Italia hasta las puertas de Roma: Vitiges ocupa á Ravena: Brayas, dueño de la Liguria, sitia á Milan. Auximo está defendido por una fuerte guarnicion, y estamos rodeados por todas partes. Sé que un numeroso ejército de francos se prepara para aumentar cerca de Génova las fuerzas del enemigo: nuestra ruina es cierta si perdemos un tiempo precioso:

solamente la celeridad puede dividir á los bárbaros, espantarlos y rendirlos. La mitad de nuestras tropas debe libertar á Milan, y la otra mitad tomar á Auximo: despues marcharemos contra los francos y contra Vitiges.» Nárses fue de contrario dictámen, y propuso reunir los dos ejércitos para atacar antes á Ravena. Estas dos opiniones dividian los votos. Belisario, sabiendo que la discordia intestina pierde los ejércitos y los imperios, cortó la dificultad leyendo una órden secreta del emperador, en que declaraba á Nárses intendente, y no general del ejército. Oido esto, no quedaba mas partido que obedecer; sin embargo, el ambicioso Nárses rehusaba someterse. Belisario manda marchar á las tropas; pero al llegar cerca de Urbino, las legiones del partido de Nárses lo abandonan, esperando que con las pocas fuerzas que le quedaban, el primer reves lo arruinaria.

En este momento la fortuna favoreció á Belisario: la sola fuente que proveia de agua á los habitantes de Urbino, habiéndose secado enteramente, obligó á capitular á la guarnicion, y esta plaza fuerte se sometió. Valido de esta ventaja, sorprendió á Orvieto, y se acercó á

Milan: los rebeldes, mandados por Juan y Justino, aunque rehusaron algun tiempo ejecutar sus órdenes y reunírsele, le obedecieron al fin, pero ya tarde. Esta lentitud tuvo consecuencias funestas: Milan fue tomada y saqueada por los bárbaros: la relacion, sin duda exagerada de Procopio, hace subir á 300.000 el número de víctimas inmoladas en aquella ciudad por el acero godo. Belisario, al entrar en ella, solo halló cadáveres y ruinas. El emperador, informado de este desastre, mandó llamar á Nárses: los hérulos, mas ostinados en su rebelion, le siguieron. Belisario, deseoso de concluir la conquista de Italia, sitió á Auximo. Vitiges temeroso pidió socorro á Vacon, rey de los lombardos, á Cosdroas, rey de Persia, y á Teodoberto, rey de los franceses. El primero observó neutralidad: Cosdroas exigió del emperador un tributo con el pretesto de que debia á su inaccion la conquista de Africa; y como Justiniano se lo negase, le declaró la guerra Teodoberto, al frente de cien mil hombres atravesó los Alpes con el intento, no de socorrer á los godos, sino de conquistar á Italia. Traia poca caballería: sus numerosos infantes estaban armados de es-

pada y escudo, y una pesada hacha, llamada *francisca*, con la cual rompian el escudo del enemigo antes de herirle con la espada. Los godos mirando al rey de franceses como aliado, le dejaron libre el paso del Po, y le esperaron junto á Pavía: su error no duró mucho, porque los franceses se arrojaron sobre ellos y los mataron: una division romana que Belisario tenia en aquel pais, sorprendida por los bárbaros, se escapó á Toscana. Teodoberto era valiente, mas no sabia aprovecharse de la victoria: en lugar de seguir su marcha con rapidez, se detuvo á saquear la Liguria: la hambre sucedió á la devastacion, y la peste á la intemperancia: el rey se retiró, y desapareció con él en un momento aquel torrente que amenazaba estender los estragos hasta la misma Roma: Belisario le escribió quejándose de la injusticia de su agresion y de los escesos vergonzosos que habian mancillado su fama. Todo cedia á las armas del general romano: despues de tomar á Auximo, reunió todas sus tropas y cercó á Vitiges en Ravena.

Los reyes de Francia ofrecian socorro al rey de los godos, á condicion de repartir con ellos la Italia. Belisario, sabedor de esta negociacion, logró romperla;

pero cuando ya tocaba casi al fin de su gloriosa empresa, y restituía la Italia al imperio, la debilidad de Justiniano le espuso á perder el fruto de su valor. El emperador, cansado de la guerra, le autorizó para hacer la paz, cediendo á Vitiges todos los paises que estan al norte del Po. Belisario no hizo ningun uso de esta órden, y estrechó el sitio. Los godos, como los demas guerreros del septentrion, despreciaban á los reyes vencidos, y no respetaban la diadema sino ceñida de laureles. Llenos de admiracion á Belisario, le ofrecieron la corona, y el mismo Vitiges hubo de suscribir á esta resolucion unánime. Belisario ni queria hacer traicion al emperador, ni concluir la paz vergonzosa que este príncipe le encargaba firmar. Decidido á resistir igualmente á la flaqueza y á la ambicion, reune sus oficiales, y les declara que ha hallado medios para tomar á Ravena sin combate, coger prisionero á Vitiges, y hacer al emperador dueño de Italia. Disimulando sus designios aseguró á los godos, que ninguno de ellos perderia sus dignidades ni bienes, y que no haria distincion entre los de su nacion y los romanos. Con esta respuesta creyeron los bárbaros que aceptaba la corona: Ravena

abrió sus puertas, y entró en ella triunfante como un rey en su capital. Segun Procopio, las mugeres de los godos, que creian á los romanos tan grandes como sus hazañas, sorprendidas de la pequeñez de su estatura, reprendieron á sus esposos haber sido tan cobardes que se hubiesen dejado vencer por aquellos hombres. Belisario entra en el palacio del rey de los godos, como dueño de su cetro y de sus tesoros, hace prisionero á Vitiges, y declara que renuncia al trono ofrecido. Sin embargo, como hay pocos hombres bastante puros para creer tanto desinteres, no faltó quien escribiese al emperador que Belisario solo fingia rehusar el poder supremo con la esperanza de que le obligasen á aceptarlo. Los godos, que acampaban en Pavía, nombraron rey á Idivado, el cual ofreció tambien á Belisario su diadema: «¿Por qué, le decia, te humillas á los pies de un príncipe ingrato y afeminado? No conviene que sea esclavo de Justiniano el que merece el primer puesto del orbe. Todos los godos te declaran por mi voz que solo es digno de gobernarlos el héroe que los ha vencido. Yo mismo pongo mi corona á tus pies.» Belisario respondió: «Debo á Justiniano cuanto soy: le he jurado fide-

lidad, y jamas faltaré á ella.» Despues de esta declaracion solemne, se embarcó para Constantinopla, donde entró segunda vez triunfando de los enemigos del imperio y de los suyos. Este triunfo, uno de los mas gloriosos de los romanos, hubiera sido sin mancha, si el general no hubiera llevado en su comitiva á Vitiges, á quien habia preso por engaño; y ni la habilidad política, ni la gloria pudieron justificar su perfidia. Antonina se mostró en la capital tan activa para las intrigas como en la guerra. Teodora, que la protegia, deseaba arruinar al ministro Juan de Capadocia; lo que era difícil, porque poseía la confianza del emperador, para el cual pesaban mas su saber y habilidad que sus vicios y concusiones. Antonina se encargó de hacerle caer en sus lazos, y lo consiguió. Fingiéndose descontenta de la corte, y exagerando los servicios de su esposo y la ingratitud de Justiniano, cuya gloria brillaba con esplendor ageno, á sus generales y ministros, lisonjeó pérfidamente la vanidad del privado, y le indicó la posibilidad de ascender al poder supremo con el auxilio de Belisario y del ejército, que le era adicto. Asi le empeñó en una conspiracion fingida, é informó de ello á la

emperatriz. Teodora envia guardias á casa de Antonina, y se ocultan en ella con sus gefes Nárses y Marcelo. El imprudente ministro llega una noche á la cita dada por aquella infernal muger: habla con vehemencia de la incapacidad é ingratitud de Justiniano, y esplica su plan para derribarle del trono. Entonces se presenta la guardia: Juan resiste, pelea, huye y toma asilo en una iglesia, donde fue preso: el emperador le destituyó, confiscó sus bienes, y le envió á un destierro. Este patricio, consular, prefecto de la capital, primer ministro, y casi dueño del emperador y del imperio, arrojado en una cárcel y despojado de sus riquezas despues de haber sufrido mil tormentos, recorrió el oriente y el Egipto casi desnudo y pidiendo limosna: todos le habian abandonado escepto la ambicion y la esperanza, y aunque tan misero, siempre soñaba en el trono, y se lisonjeaba de ascender á él. Diez años despues logró sublevar el populacho de Dara, hizo que le coronase, y gobernó en la ciudad como tirano. Pero de allí á poco algunos ciudadanos, animados por el patricio Anastasio, forzaron las puertas de su casa, degollaron su guardia, y le mataron.

Victorias de Belisario contra los persas. (542.) Entretanto Cosdroas se valia de la ausencia de las mejores tropas del imperio y de los yerros de Justiniano: el rey de los godos le habia escitado á la guerra, haciéndole temer que la Persia tendria la misma suerte que Africa é Italia. El emperador, engañado por el delator Acacio, habia hecho asesinar á Amaspes, gobernador de Armenia, sospechoso de trato con los persas: el acusador recibió en premio el puesto, bienes y gobierno de su víctima; pero oprimió la provincia de modo, que el pueblo, sublevándose por desesperacion, le dió la muerte. Sitas, enviado para reprimir y castigar á los rebeldes, pereció en un combate. Búzes le sucedió; y los armenios, temiendo su severidad, invocaron el auxilio de los persas. Cosdroas, á cuyos proyectos era útil esta rebelion, convoca los magnates de su reino, y les propone declarar la guerra á los romanos. Ninguna ocasion podia ser mas favorable para satisfacer su antigua animosidad contra el imperio: Belisario peleaba entonces con Vitiges: la Armenia solicitaba un libertador, y los hunnos, habiendo pasado el Danubio, asolaban la Grecia: no tardaron en presentarse á las puertas de

Constantinopla, y no se retiraron hasta haber hecho un botin inmenso y 120.000 prisioneros. El emperador hallaba reclutas con dificultad en el imperio exhausto: deseando ganar tiempo para juntar algunos recursos contra la tempestad que le amenazaba, envió á Anastasio de embajador á Cosdroas. Sus cartas y las respuestas del persa solo contenian, segun la costumbre de aquel tiempo, máximas de moral, desmentidas por la conducta de ambos soberanos. Hablaban mucho de los deberes de los príncipes, de la fe del juramento, de las desgracias de la guerra, de la facilidad con que se rompe la union, y de la dificultad de restablecerla; porque los emperadores de aquellos tiempos argumentaban como griegos, obraban como bárbaros, y no sabian pelear como romanos. Cosdroas entró en el imperio con un fuerte ejército: ocupó á Palestina y Siria, y atacó á Egipto: tomó algunas plazas por asalto: las mas le abrieron las puertas. Al principio devastaba el pais como un torrente; pero despues el amor que le inspiró una cautiva romana, llamada Eufemia, le hizo menos cruel con los vencidos. Búzes, enviado contra él, salió de Hierápolis con un corto número de tropas, se

adelantó imprudentemente, fue rodeado, y no volvió á parecer. Germano, sobrino del emperador, pasó á Antioquía, pero sin tropas; levantó sus fortificaciones, y se esforzó inútilmente en reanimar el valor de los habitantes con la esperanza de un pronto socorro. Cosdroas marchaba con rapidez, precedido del terror. Berea, que emprendió resistirle, fue saqueada. Sin embargo, al acercarse los persas, se despierta el valor en la juventud de Antioquía, y quiere defender la antigua capital del oriente: los ancianos, los grandes y el obispo la aconsejan inútilmente alejar al enemigo por medio de un tributo, y rescatar con el oro la libertad que el hierro no podia defender. El ejército persa llega al Oróntes: los romanos, poseidos de un terror pánico, dejan el paso libre, y huyen. Cosdroas, que esperaba un largo cerco, se aproxima á la ciudad con precaucion: la soledad de las murallas le parece un lazo, y cree que la cobardía es una estratagema. Sin embargo, asegurado por el largo silencio entra: algunos jóvenes, prefiriendo la muerte á la ignominia, atacan á los persas enmedio de las calles, y son degollados. Muchas mugeres distinguidas, abandonadas por sus cobardes esposos, se sus-

traen á las injurias del vencedor, arrojándose al Oróntes. Cosdroas, afectando una clemencia hipócrita, permite á los habitantes retirarse con sus riquezas. Temia su desesperacion cuando estaban reunidos: separados, los degolló sin peligro. Los embajadores de Justiniano vinieron entonces á pedir la paz. Cosdroas consintió en ella, á condicion de un tributo anual, con el cual los persas se encargarian de defender las puertas Caspias contra los hunnos y los turcos. Los embajadores respondieron que la dignidad del imperio no podia someterse á esa humillacion. «Los romanos, replicó el rey, pueden conceder un subsidio á un monarca vencedor; pues há tanto tiempo que pagan tributo á veinte pueblos bárbaros.» Los embajadores prometieron 50.000 escudos de oro; pero Justiniano no ratificó el tratado. Cosdroas escitó la indignacion de los cristianos, restableciendo en Seleucia el culto del sol. Despues volvió á sacrificar á las ninfas en el bosque de Dafne, cercano á Antioquía; pero sabedor de una irrupcion de los hunnos en la Lácica, que los romanos dejaban indefensa, pasó con la flor de su ejército á las playas del mar Caspio.

Tal era la situacion brillante del rey

de Persia y la deplorable del imperio, cuando Belisario volvió á Constantinopla triunfante de Vitiges y de Italia. El emperador le nombra general de oriente: su nombre solo crea un ejército, lo reune y disciplina, y lejos de limitarse á la defensiva que siempre aumenta el miedo, se decide á la acometida que despierta el valor. Habiendo encargado á su lugarteniente Pedro contener con algunas tropas al general persa, Nabádes, á quien Cosdroas habia dejado con un ejército cerca de Nisibe, se adelanta á la frontera de Persia. Pedro tenia órden de no pelear: desobedece, ataca á los persas, y es vencido. Belisario vuela á su socorro, derrota completamente al enemigo, entra en Persia, se apodera de la ciudad de Sisarauno, y da órden á Arétes, rey de los árabes, para penetrar en Asiria. Cosdroas sabe con sorpresa que ha perdido sus conquistas, que sus estados son invadidos, y que un solo hombre ha mudado su suerte. Vuelve á Persia con todas sus tropas. Sin embargo, Belisario luchaba en vano contra la fortuna. Arétes, codicioso de botin, y queriendo guardar las riquezas robadas por su tribu en Asiria, se separa del ejército romano en lugar de cubrirlo como debia,

y lo deja sin socorro y sin comunicaciones. Esta defeccion, y la envidia, siempre enemiga de la gloria, escitan una sedicion en el ejército, el cual acusa al que lo habia salvado, y pide á gritos volver á la frontera del imperio. Belisario, vencedor de la intrepidez de los enemigos, cede á la cobardía de los suyos: á su pesar manda la retirada; la calumnia le acusó por ello, y un disfavor público es la recompensa que da Justiniano á sus gloriosos servicios. Cosdroas no halló enemigos con que pelear: marcha á Palestina con el objeto de saquear á Jerusalen; el miedo entra en el palacio de Justiniano, y con él la justicia, aunque tardía. Belisario es enviado otra vez al oriente; mas no halla en él ni tesoros ni soldados: las tropas estaban desmandadas, el dinero dilapidado, y los generales fugitivos. El vencedor de Italia llegó á Hierápolis, defendida aun por una corta guarnicion: reúnela; pero en vez de las aclamaciones acostumbradas, solo escucha gemidos: los mas tímidos aconsejan la huida, los mas valientes la retirada. «Compañeros, les dijo, cuando el enemigo ataca, no las fronteras, sino el corazon del imperio, la prudencia es fuera de sazon: mejor es la muerte que el oprobio: no os

oculteis ya al abrigo de las murallas. Salid intrépidamente de la plaza. Seguidme, y daremos á los persas mas miedo y ocupacion que lo que ellos creen.» Desde que aparecieron en las llanuras de Siria el estandarte y la tienda de Belisario, la fama que todo lo aumenta, le atribuyó un ejército. Cosdroas, engañado por su grande nombre, le envia un embajador para quejarse de la mala fe de Justiniano, que no habia querido confirmar el tratado de Antioquía. El hábil general habia dispersado en una vasta estension de terreno desigual las pocas tiendas de la mezquina guarnicion que le seguia; pero de modo que á la primer mirada, atendida la distancia y la multiplicidad de los fuegos parecia un ejército compuesto de numerosas divisiones. El embajador halló á Belisario en una cabaña, con soldados sin armas y vestidos de lino, unos con látigo y otros con arcos; y á tan corta distancia del inmenso ejército de los persas, ellos y el general, con gran sosiego y seguridad profunda, se entretenian en los ejercicios de la caza mas que en los de la guerra. Belisario recibió al enviado del rey con altanería desdeñosa, y no le respondió sino que para conseguir la paz, debia hacer proposiciones mas justas, ó

esponerse á combates sangrientos antes de penetrar hasta los reales romanos. Este artificio produjo buen efecto. Cosdroas viendo á Belisario sin temor, creyó que tenia grandes fuerzas, hizo la paz, y supo despues con tanto pesar como admiracion, que habria tenido solamente que combatir con un general que habia llegado en posta de la corte, y cuyo ejército se reducia á una pequeña escolta. Este tratado fue mas feliz para el emperador, porque otros generales romanos acababan de ser vencidos en las fronteras de Persia. La paz se restableció entre ambos imperios; y solo continuó la guerra entre Arétes y Alamondar, príncipes sarracenos, aliado el primero de los romanos y el segundo de los persas.

Justiniano, conociendo aunque tarde las desgracias que su funesta imprevision habia causado al imperio, reedificó las ciudades destruidas por los hunnos, construyó fortificaciones en la ribera del Danubio, y en el paso de las Termópilas, mejor defendido en otro tiempo por el valor que por el arte. Estos trabajos útiles, pero costosos, no le obligaron á cesar en la construccion de monumentos magníficos. La iglesia de santa

Sofía, enriquecida de oro, y embellecida con un gran número de columnas del mármol mas precioso, se concluyó entonces. Se decia que era superior en riqueza al templo de Jerusalen, y Justiniano esclamaba, contemplando su obra: «En fin, Salomon, te he vencido.»

Guerra de Belisario contra Totila. (546.) La prudencia, la gloria y la fortuna habian salido de Italia con Belisario. Sus lugartenientes permitieron la relajacion de la disciplina; su mala fe irritó á los godos; su codicia oprimió los pueblos. El *logoteta*, ó intendente de hacienda, fue igualmente odioso á bárbaros y á romanos por sus rapiñas: la avaricia de este hombre que se llamaba Alejandro, le aconsejó recortar las monedas, por lo que recibió del pueblo el apodo de cortador. No siendo, pues, los romanos respetables ni por la justicia ni por la fuerza, comenzaron las rebeliones contra ellos. Ildivado reune una corta division de godos, ataca cerca de Trevise á los romanos mandados por Vital, y los ahuyenta (540): mas no gozó mucho tiempo de su triunfo; porque su muger, celosa de la de Brayas, otro gefe godo, la asesinó. Al asesinato se siguió la venganza, é Ildivado fue muerto en un ban-

quete. Para reemplazarle se nombró á Erarico, rugio de nacion, que reinó pocos dias. Los godos ofrecieron la corona á Baduela, por sobrenombre Totila, que quiere decir *inmortal*, título que adquirió por sus hazañas. Habia recibido de la naturaleza las prendas de un héroe. La nacion goda estaba tan disminuida por las victorias de Belisario, que habiendo puesto sobre las armas en tiempo de Vitiges doscientos mil hombres, Totila solo pudo reunir cinco mil cuando emprendió la reconquista de Italia. Verona fue tomada por los romanos y recobrada por los godos. Artabazo, lugarteniente del emperador, les dió batalla junto á Faenza: peleó como valiente soldado, y mató por su mano á un godo cuya estatura gigantesca era el espanto de los romanos; pero no teniendo las cualidades propias de un general, se dejó rodear por los enemigos, fue derrotado y perdió todos sus estandartes. Bleda, Roderico y Uliaxis, lugartenientes de Totila, eran tan temibles por su valor como por su union. Martin, Bésas, Cipriano y Juan el sanguinario, generales romanos, envidiosos unos de otros, no podian convenirse. Su division los arruinó: perdieron una segunda batalla con gran mor-

tandad, y los romanos que escaparon de ella se encerraron en las ciudades. Totila las sitió una despues de otra, y en poco tiempo conquistó casi toda la Italia. Estos sucesos pasaron en el consulado de Basilio, último cónsul nombrado por Justiniano en 541. En los años siguientes se fechó *año* 1.º, 2.º, *etc.* despues de este consulado, hasta el de 587, en que se tomaron por épocas el nacimiento del Salvador y el principio del reinado de cada príncipe. Justiniano, asustado por los progresos de los godos, envió tropas á Italia al mando de Maximino. Demetrio recibió órden de formar otro ejército en la misma Italia; pero ningun habitante de este pais quiso alistarse. Una tempestad dispersó la armada de Maximino: los godos se apoderaron de los buques y degollaron las tripulaciones. Demetrio cayó en una emboscada, fue prisionero y enviado con un dogal al cuello á Nápoles, prometiéndole la vida si persuadia á los habitantes de esta ciudad á que se rindiesen: su cobardía y la de los ciudadanos le salvaron. Totila, mas hábil y quizá mas virtuoso que sus enemigos, no permitió á sus tropas el saqueo, y aun condenó á muerte á uno de sus guerreros que habia ultrajado á

la hija de un soldado romano.

En este tiempo Justiniano cayó enfermo de un contagio que causaba muchos estragos en oriente. La ambicion y la intriga se movian ya para darle un sucesor; pero habiendo convalecido, castigó por conspiradores á todos los que creyó que habian aspirado al trono; y como la opinion pública habia designado á Belisario, resolvió perderle. La emperatriz le salvó. Este ilustre y desgraciado general conocia entonces los desórdenes de su muger, desengañado despues de su larga ilusion. Teodora exigió, que para obtener su gracia, se reconciliase con su indigna esposa. Belisario, conquistador de Africa é Italia: Belisario, que ningun peligro temia en el campo de batalla, pareció cobarde en el aire contagioso de la corte: se postró á los pies de Antonina, recobró la benevolencia de su señor, y manchó el esplendor de su ilustre vida. La suerte le reservaba aun algunos dias de gloria para resarcir un momento de oprobio. Todos huian de Totila, la Italia estaba perdida, Roma amenazada: creyóse que Belisario era el único ostáculo que podia oponerse al torrente. Recibió órden de partir, se embarcó y entró en Ravena

con solos 4.000 hombres. Atrevióse sin embargo á salir al campo con tan pocas tropas: con sus hábiles movimientos socorre á Auximo y sale vencedor de muchos combates, en que la gloria de su nombre inclina á favor de las armas romanas la balanza de la fortuna. Totila, cuyas fuerzas se habian aumentado con sus anteriores triunfos, las dividió: opuso á Belisario una parte de ellas, y con las demas se apodera de Espoleto y sitia á Roma, defendida solo por 3.000 hombres á las órdenes de Bésas. Valentino y Focas se acercan para socorrerle; pero los godos los rodean y degüellan sus tropas. La escuadra romana, que habia salido de Sicilia, fue cogida y destruida por los bárbaros. Roma sufria todos los horrores del hambre: Belisario se liberta de los ostáculos que le detenian: arroja á los godos de Otranto, y marcha al socorro de la capital. Pero la traicion, mas rápida que su marcha, se le anticipa: ciudadanos indignos abren la puerta Asinaria al enemigo: apenas tiene tiempo la guarnicion para salir por la parte opuesta. Totila, dueño de Roma, impide la matanza y permite el saqueo. Los senadores, á quienes dió represiones severas, estaban la mayor parte re-

ducidos á pedir limosna. Sin embargo, Totila, vencedor, temia la fortuna y el talento de Belisario: mas deseoso de afirmar su autoridad que de estenderla, pidió la paz á Justiniano. «Trata con Belisario, le respondió el emperador: le he dado todos mis poderes para la paz ó la guerra.» Belisario, digno de esta confianza, habria preferido la muerte á un tratado ignominioso: sus movimientos fueron tan sabios, que encerró á Totila en la capital. El rey de los godos, no pudiendo conservarse mucho tiempo sin víveres en una ciudad tan populosa, resolvió arruinarla antes que rendirla. Belisario, sabedor de este funesto designio, le escribió así: «Los fundadores de las ciudades se inmortalizan, los destructores se deshonran: aquellos son los bienhechores, estos los azotes de la humanidad. Todo el orbe admira y respeta la magestad de la reina del mundo, ilustre por una larga serie de reyes, cónsules y emperadores: una multitud de soberbios edificios consagran la memoria de su poder, de su gloria y de sus triunfos. Dícenme que quieres destruir el honor de los siglos pasados y el grande espectáculo de los venideros. Si sales victorioso de nuestra lid, ¡cuánto dolor tendrás

por haber arruinado el mas bello monumento de tus conquistas! Si eres vencido, ¡qué derecho tan funesto nos darás para abrasar tus mismas ciudades! El mundo entero te está mirando, y espera tu determinacion para saber qué título debe honrar ó envilecer eternamente el nombre de Totila.»

Belisario recobra á Roma. (547.) El rey de los godos, conmovido con esta carta, le respondió: «Conozco cuan prudentes son tus consejos, y me aprovecharé de ellos.» Hizo salir de Roma á todos los habitantes, los dispersó en la Campania, salió de la capital con su ejército, y dejó á la señora del mundo entera, pero solitaria, aislada y semejante á una sombra magestuosa sobre un sepulcro. Belisario, activo é infatigable, sigue los movimientos del enemigo, le costea, se aprovecha de sus menores yerros, bate su retaguardia, y entra en Roma, que durante algunos dias solo tuvo por habitantes á este héroe y á sus soldados. Se reparan las fortificaciones, y vuelven á ella los ciudadanos y la abundancia. Totila, reforzado con numerosas tribus de bárbaros, se acampa otra vez en las orillas del Tiber: Belisario y él tuvieron combates frecuentes y sangrientos. El gene-

ral romano veia disminuir diariamente el corto número de sus guerreros: unos sucumbieron á la fatiga, otros al hierro enemigo; y el emperador, entregado á las desavenencias de la corte, le dejaba sin socorro. Indignado de este abandono, escribió á Justiniano: «He venido á este pais sin armas, hombres, ni dinero: las pocas tropas que hallé en él, ni tienen valor, ni disciplina: acostumbradas á las derrotas, huyen del enemigo y resisten á sus gefes. Si no has querido mas que enviar á Italia á Belísario, Belisario está en Italia: si quieres que arroje de ella á los bárbaros, dale las fuerzas necesarias para vencerlos.» El único apoyo de este gran capitan contra la corte y la envidia, era Teodora; pero esta emperatriz murió despues de haber gobernado por mucho tiempo al emperador y al imperio como dueña absoluta. Adulada por los cortesanos, aborrecida de los buenos, y temida de todos, arruinó el estado y las costumbres. Esta prostituta coronada prodigó los empleos y riquezas á los antiguos cómplices de sus liviandades, y su favor era un escudo inviolable para las mugeres de mala conducta. Castigaba como crímenes las quejas de los esposos ofendidos, y ninguna dignidad era reparo

contra sus venganzas. El patricio Baso y Calinico, gobernador de Cilicia, fueron degollados por órden suya. Aumentó los males de la Iglesia, interviniendo apasionadamente en las controversias: los hereges la aplaudieron, los católicos mancillaron su memoria. Por su orgullo, sus vicios y su denuedo, reunió esta emperatriz los dos caractéres de Agripina y Mesalina; y cuando murió, no hubo en todo el imperio quien la llorase sino Justiniano.

Este príncipe débil mostraba cada dia mas indiferencia por la suerte de Italia. Belisario, despues de esponer inútilmente su vida y libertad, yendo á Sicilia á buscar refuerzos que no encontró, y fatigado del espíritu sedicioso de los habitantes de Roma que querian entregarse á Totila, creyó, acaso con razon, que no se le dejaba en Italia sin fuerzas ni tesoros, sino para marchitar sus primeros laureles, y obligarle á vagar como fugitivo en el antiguo teatro de su gloria. Pidió, pues, y obtuvo su dimision; salió de Roma vertiendo lágrimas, y volvió á Constantinopla, no triunfante como otras veces, sino como una ilustre víctima, objeto de compasion para el imperio, y de triunfo para la envidia. El

emperador por su ingratitud y sus celos escitaba el odio de los que mejor le habian servído: no todos semejaban al gran Belisario, que olvidando las injurias del príncipe, solo se acordaba de sus beneficios. Artabano, célebre por sus hazañas en Africa, y por la muerte del tirano Gontaris, aspiraba á casarse con una sobrina del emperador: desechada su solicitud con menosprecio, se juntó á los descontentos y conspiró. Descubierta la trama, el senado le condenó á muerte; pero Justiniano se contentó con privarle de sus dignidades y empleos. Entonces los franceses parecian dispuestos á guerrear con los godos. Totila habia pedido por esposa la hija de Teodoberto, el cual le respondió que la princesa estaba destinada á un rey, y que no podia mirar á Totila como rey de Italia; pues habiendo tomado á Roma, no supo conservarla. Justiniano, deseando aprovecharse de esta desavenencia, lisonjeó la vanidad del rey de Francia, mandando que sus monedas tuviesen curso en el imperio; pero su propio orgullo le hizo perder el fruto de esta condescendencia. En un edicto en que recordaba fastuosamente todas sus conquistas, ó mas bien las de Belisario, tomó con necedad el título de

vencedor de los franceses: Teodoberto irritado hizo alianza con los godos, y resolvió llevar sus armas hasta Constantinopla. Su muerte y la debilidad de su hijo libertaron de este peligro al imperio, que probablemente en el estado de decadencia en que se hallaba, no hubiera podido resistir á enemigos tan denodados y numerosos. El emperador, en vez de hacer esfuerzos para defender lo que aun poseia en Italia, se limitó á dar algunos socorros á los gépidos y lombardos contra los godos, cuando era mejor dejarlos destruirse unos á otros.

Conquista de Roma por Totila. (549.) El activo Totila, aprovechándose de esta indolencia, sitió á Roma y se apoderó de ella. Diógenes, comandante de su pequeña guarnicion, le opuso una larga resistencia. Paulo, capitan de la guardia de Belisario, se hallaba entonces en la plaza. Este guerrero intrépido, digno de su general, no quiso rendirse ni aun despues de perdida Roma; encerróse en el mausoleo de Adriano con 400 valerosos, acostumbrados por Belisario á despreciar todos los peligros. Sin víveres ni auxilios, sitiados por un ejército, peleó como si esperase vencer, atacó muchas veces á los sitiadores, llevó la muerte á

sus filas, y obligó al rey á ofrecerle una capitulacion honrosa. Totila pobló de nuevo á Roma, hizo volver á los senadores, y consoló á los romanos de su ruina y humillacion, restableciendo los juegos del circo. Despues llevó sus armas á Sicilia, cuyo saqueo enriqueció sus soldados. A la noticia de estos desastres, Justiniano que despertaba siempre muy tarde, confió una escuadra al valiente Artabano, el cual echó los godos de Sicilia. Germano, esperanza entonces del emperador y del imperio, recibió órden de marchar con su ejército contra Totila; pero una muerte repentina le arrebató y consternó al pueblo, porque todos esperaban que sucederia á su tio, y que seria un emperador digno de ocupar el trono de Constantino, Juliano y Teodosio. Los hunnos y esclavones renovaron sus correrías: los persas pelearon contra los romanos en la Lacica; mas fueron rechazados por los generales de Justiniano. Espantosos terremotos desolaron el Asia.

El rey de los godos continuaba sin ostáculo la conquista de Italia. En lugar de enviar contra él á Belisario, cuya gloria celebraban el oriente y el occidente cuando su nombre parecia olvi-

dado en la corte de Justiniano, nombró general del ejército de Italia á su camarero Nárses, eleccion que admiró á todo el imperio. Este eunuco viejo, criado en las intrigas del palacio, no era conocido sino por haberse presentado momentáneamente en el ejército trece años antes, y por su envidia contra Belisario. Estrangero, cautivo, esclavo, maltratado por la naturaleza, que le dió semblante innoble y corta estatura, mutilado por los hombres, nada anunciaba su elevacion. Debió su fortuna á un capricho del príncipe, y su gloria á su genio. Las circunstancias desenvolvieron su gran carácter: cuando la suerte, sacando á Nárses de entre la gavilla de domésticos y cortesanos, lo presentó en la escena del mundo, se admiró en él un talento vastísimo, una actividad prudente, y un profundo conocimiento de los hombres. Este general se mostró á un mismo tiempo dispuesto para vencer, hábil para aprovecharse de la victoria, severo y generoso, ecónomo y liberal, elocuente y justo, y aun virtuoso cuando no lo impedia su ambicion: gefe instruido, organizó sábiamente su ejército: valido feliz, supo tener en abundancia las fuerzas y medios de que se habia dejado carecer á Belisa-

rio. El deseo de reconquistar á Italia, y la inminencia de los peligros que entonces amenazaban al imperio, obligaron al príncipe á dejar sus ocupaciones mas agradables, que eran la jurisprudencia y la teología, para negociar y combatir. Cedió una parte de la Liguria á Teodoberto, rey de Francia, bajo promesa de neutralidad entre romanos y godos.

Una escuadra imperial venció á la de Totila, mas no pudo impedir á sus tropas apoderarse de Cerdeña y Córcega. El emperador separó á los gépidos de la alianza de los esclavones y lombardos: envió contra estos á los generales Juan y Valeriano, que los vencieron al principio; porque empeñados despues en una posicion desventajosa, fueron completamente derrotados por los lombardos, con muerte de 40.000 romanos y cuatro generales.

Espedicion de Nárses á Italia: batallas de Urbino y del Vesubio. (552.) Al mismo tiempo desembarcó Nárses en Italia al frente del ejército mas poderoso que el imperio habia formado desde un siglo antes: marchó por la orilla del mar, entró en Ravena, llegó hasta Rímini, y derrotó un cuerpo de godos con muerte del general que lo mandaba. Los roma-

nos querian que se sitiasen las plazas, unos para tener puntos defensibles en caso de revés, otros con la esperanza del saqueo. Nárses determinó marchar contra Totila, y dar una batalla decisiva, diciendo que las grandes victorias derriban las murallas de las fortalezas. Acampóse cerca de Página, entre Urbino y Fosombrone, á cuatro leguas del ejército de Totila. En esta llanura se veian algunas grandes prominencias, sepulcros de los galos vencidos por Camilo, segun algunas tradiciones populares; y segun otras, de los cartagineses esterminados en la batalla del Metauro. Aquel campo parecia destinado por el cielo á producir laureles para los romanos, y cipreses para sus enemigos. Nárses, antes de combatir, hizo algunas proposiciones de paz á Totila. El rey de los godos respondió que la querella no podia decidirse sino por una batalla, y que la daria dentro de una semana. Nárses coligió de esta respuesta, que Totila queria sorprenderle, atacándole al dia siguiente, y se preparó á rechazarlo. En efecto, al rayar el alba, los godos avanzaron para tomar una altura que separaba los dos campos: despues de un combate muy vivo, los romanos rechazaron al enemigo, y la to-

maron. Nárses colocó los romanos en las dos alas, y los auxiliares hérulos, hunnos y lombardos en el centro; y como temiese la defeccion de estos, les mandó dejar sus caballos en los reales, y pelear á pie. Apenas habia dispuesto sus tropas en batalla, cuando Totila, al frente de toda su caballería, vino á atacarle con impetuosidad: rechazado, volvió á la carga muchas veces, dando á sus tropas el ejemplo del valor y de la ostinacion; pero al fin, despues de hazañas inútiles, toda esta caballería, acometida en su flanco por los romanos, huye espantada y desordena la infantería. Las legiones atacan, y la derrota fue pronta y completa: 6.000 godos perecieron en la batalla. Totila huyó acompañado de cinco ginetes: el gépido Asbado, que le perseguia, le atravesó el costado de un bote de lanza. El rey de los godos continuó su camino hasta Cápras, donde murió, honrado con el llanto de los suyos y el aprecio de sus enemigos. Su nombre era tan terrible á los romanos, que cuando una muger les mostró su sepulcro, le desenterraron para asegurarse de la verdad, y le hicieron las exequias con la pompa correspondiente á su dignidad y á su gloria. Nárses envió á Constantinopla la corona de To-

tila, enriquecida de pedrerías, y su peto, teñido aun con la sangre del rey, honrosamente vertida. El emperador recibió enmedio del senado estos despojos de un príncipe abandonado por la fortuna; pero mas digno del trono que él por su valor. Nárses realzó su victoria por la modestia de su narracion: premió con generosidad á las tropas lombardas, y las despidió prudentemente: la indisciplina y codicia de semejantes aliados le parecia mas peligrosa, que útil su valor.

Los godos dieron la corona de Totila á Teya, guerrero tan activo como intrépido. Aunque los franceses habian prometido la neutralidad, impidieron que Nárses se apoderase de Verona. Querian favorecer sucesivamente á los romanos y á los godos con la esperanza de que destruyéndose unos á otros, la Italia caeria con facilidad en poder de los franceses. Todas las ciudades que Nárses halló en su camino, le abrieron las puertas despues de su triunfo, como habia previsto. No tardó en llegar á las murallas de Roma. Como sus tropas eran poco numerosas para cercar aquella gran ciudad, resolvió tomarla por asalto. Mientras la atacaba por tres puntos diferentes, Da-

gisteo, al frente de un destacamento, escaló de órden suya una parte de las murallas que estaba indefensa. El terror se esparció en la plaza, los godos huyeron, y Nárses entró vencedor en Roma. Esta fue la quinta vez que mudó de dueño en el reinado de Justiniano. Aquel dia fue de luto para las personas mas ilustres de la capital; porque los bárbaros al huir dieron muerte en Campania á los patricios y á la mayor parte de los senadores que Totila habia desterrado á dicha provincia. Teya, tan valiente como su predecesor, pero mas bárbaro, hizo degollar en Pavía 300 prisioneros. El furor de los dos partidos producia horribles escesos: unos y otros no pensaban en vencer sino en destruirse. Nárses sitió á Cumas: Teya se acercó para socorrerla, y los dos ejércitos se dieron batalla cerca del Vesubio. Este combate iba á decidir la suerte de Italia, y todos estaban resueltos á vencer ó morir. En uno y otro ejército los generales, oficiales y ginetes despidieron sus caballos para destruir toda esperanza de fuga. Los godos acometieron con vigor, y sorprendieron á los romanos, que aun no se habian puesto en formacion: Nárses restableció el órden, y reunió con prontitud los suyos. Teya,

llevando el valor hasta la temeridad, peleaba mas bien como soldado, que como gefe: no dando oidos sino á su imprudente ardor, se lanza como furioso leon enmedio de las filas enemigas: cercado por los romanos, no le quedó mas esperanza que la de vender cara su vida. Peleó cuatro horas con una multitud de guerreros, y mudó muchas veces de escudo: el último estaba ya erizado de flechas, y al tomar otro descubre el pecho, es traspasado por un dardo, y cae muerto sobre el monton de cadáveres que él mismo habia inmolado. Los romanos, creyendo decidida la victoria con su muerte, le cortan la cabeza, la ponen en la punta de una lanza, y la muestran en triunfo á entrambos ejércitos. Este espectáculo inhumano, en vez de consternar á los godos, los anima á la venganza, y les da el valor de la desesperacion. El combate continua con mas furor hasta la noche; y los dos ejércitos duermen en el campo de batalla. Al rayar el alba vuelven á la pelea con el mismo furor: ni se dan ni se reciben órdenes: no es posible combinar ni arreglar los movimientos, y la batalla no es mas que una sangrienta confusion. Pelean cuerpo á cuerpo: las fuerzas, debilitadas por la pér-

dida de la sangre, renacen con la rabia: el herido se ase del cuerpo de su vencedor, y le destroza al morir. Esta espantosa carnicería duró hasta que la noche separó de nuevo los combatientes sin decidirse la victoria. Al nacer el tercero dia, los godos, consternados por la pérdida de sus mas valientes guerreros, propusieron rendir sus armas, y reconocer las leyes del emperador, á condicion de que los tratase, no como esclavos, sino como aliados, y que les permitiese, al salir de Italia, llevar consigo todas sus riquezas. Nárses consintió en ello, y concluyó el tratado.

Entrambas partes le firmaron, y se juró la paz; pero las pasiones rencorosas respetaron poco el juramento. Los godos, sabiendo que un ejército estrangero venia en su socorro, rompieron la convencion. Los reyes de Francia les habian negado su auxilio; pero Lotario y Bucelino, príncipes alemanes, vasallos de Teodobaldo, levantaron á su costa un ejército de 75.000 alemanes y franceses, y pasaron los Alpes para pelear contra los romanos. Los godos cobraron ánimo con este refuerzo, y volvieron á tomar las armas.

Capitulacion de Cumas. (553.) Nár-

ses hizo vanos esfuerzos para apoderarse de Cumas, defendida ostinadamente por Aligerno, hermano de Teya, que era superior á todos los guerreros del norte en fuerza y denuedo. Las flechas que lanzaba su arco, se conocian en el silvido y la violencia, á la cual nada resistia. Un romano, llamado Palades, cubierto de armas de hierro, se acercó para pelear con él: el dardo del príncipe godo atravesó su escudo, su peto y su cuerpo. Nárses, dejando un cuerpo de tropas para bloquear á Cumas, se hizo dueño de Luca. Cumas, concluidos los víveres, abrió sus puertas en virtud de una capitulacion honrosa. Aligerno, mancillando su gloria con una baja ambicion, entró al servicio del príncipe que habia vencido á su pueblo, y destronado y muerto á su hermano.

Batalla de Cápua. (555.) Los alemanes habian derrotado junto á Parma un destacamento romano. Nárses, siempre rápido y siempre feliz, no tardó en vengar este revés. En otros combates venció á los enemigos con la osadía: en este debió el triunfo á su astucia. Finge huir al frente de un corto número de tropas: atrae á los alemanes á una emboscada cerca de Rimini, los rodea, y los der-

rota. Continuando su marcha victoriosa, alcanzó cerca de Capua á Lotario y á Bucelino, cuyas fuerzas estaban reunidas, y les dió batalla, en la cual consiguió una victoria completa. Los alemanes y franceses perdieron 30.000 hombres en esta accion: los demas pasaron los Alpes: los godos se sometieron: su imperio quedó destruido, y toda Italia volvió á someterse á las leyes romanas. Nárses la gobernó 13 años. Longino que le sucedió en 567, fue el primero que tuvo el nombre de exarca.

El papa Vigilio perseguido: su muerte. Mientras un eunuco parecia resucitar en occidente la gloria de los antiguos héroes de Roma, Justiniano escribia obras religiosas, refutando las doctrinas de Arrio, Nestorio y Eutiques; pero él mismo cayó sin conocerlo en una de estas heregías; y un edicto suyo, contrario á la doctrina del concilio de Calcedonia, fue condenado por el papa Vigilio. El emperador irritado convocó un sínodo en Constantinopla, al cual no quiso asistir el papa. Concurrieron á él 165 obispos y tres patriarcas: fueron anatematizados los partidarios de Orígenes, y confirmadas todas las decisiones del concilio de Calcedonia. Justiniano habia dado órden

á Nárses para prender al papa en Roma. Vigilio busca un asilo en la iglesia de san Pedro : los soldados quieren sacarle de ella : el pontífice se ase á las columnas de madera del altar, que se rompen. El pueblo enfurecido se subleva á favor de su pastor, y ahuyenta á los pretores y á los soldados. Sin embargo, Vigilio se somete, y es enviado á un destierro donde murió. Tuvo por sucesor á Pelagio. Justiniano, temeroso de la autoridad de los pontífices romanos que debian su elevacion á los votos del clero, de los grandes de Roma, del pueblo y de los soldados, se reservó el derecho de confirmar su nombramiento.

Los triunfos de Belisario y de Nárses dieron esperanza á Justiniano de restituir al imperio su antiguo esplendor, y de añadir la conquista de España á la de Africa é Italia. Los visigodos se debilitaban en aquel pais por sus disensiones. Agila, su rey, traia guerra con Atanagildo, príncipe de su sangre que se habia rebelado contra él. El emperador envió una escuadra y un ejército en socorro de los rebeldes, y Agila fue vencido y muerto. Apenas Atanagildo se vió en el trono, fue ingrato y quiso arrojar de España á los aliados que le ha-

bian puesto la corona en la cabeza; pero los romanos le rechazaron, y durante sesenta años fueron señores de una parte de la costa, á pesar de los esfuerzos de los visigodos (554). La fortuna no favorecia las armas del imperio sino donde hombres como Nárses y Belisario dirigian y dominaban sus caprichos. Justiniano, atacado de nuevo por los persas, no logró ninguna victoria de consideracion: sus generales Martin, Bésas, Búzes y Justino tenian mas valor que habilidad. Envidiosos y divididos entre si, dejaron sorprender un ejército de 50.000 hombres que mandaban, por 30.000 persas que los derrotaron, y se apoderaron de sus reales. Justiniano reparó en parte esta pérdida con un triunfo que consiguió sobre el ejército persa en la orilla del Fásis. A este triunfo sucedió un armisticio entre ambos imperios. Los judíos, siempre dispuestos á la rebelion, porque eran intolerantes y perseguidos, se sublevaron; mas fueron reprimidos con numerosos suplicios (555). En esta época se presentó en oriente una nueva tribu de bárbaros, harto célebre despues por la caida del imperio griego. Estos pueblos, hunnos de orígen, se llamaban turcos, y se creian descendien-

tes de Turk, hijo mayor de Jafet: otros dicen que tomaron su nombre de la montaña que habitaban, y que tenia la figura de un yelmo, llamado *Turk* en su idioma. El primero de sus príncipes, de que habla la historia, se llamaba Toumain: tomó el título de *Kan*, y se hizo famoso por sus empresas militares. Mokaa, saliendo con su numerosa y guerrera tribu de los bosques del monte Altay, cercanos á las fuentes del Irtisch, atacó y esterminó la nacion de los ávaros, y arrojó los ogres ú ogores de las vegas del rio Tula. Los pueblos vencidos huyeron, y se establecieron entre el Volga y el Tanais. Los alanos y hunnos, equivocándolos con los ávaros, les dieron hospitalidad. Estos nuevos ávaros llegaron á las orillas del Danubio, conquistaron las tierras poseidas por los antes y los sabiros, y pidieron á Justiniano sueldo y concesiones, prometiéndole defender aquella frontera del imperio. Justiniano, con acuerdo del senado, queria acceder á su peticion; pero el Kan de los turcos, mas temible que ellos, rompió la negociacion, y movió con sus amenazas al emperador á negarles todo asilo. Como la flaqueza es madre de la perfidia, los ávaros, cuyos di-

putados fueron bien recibidos en Constantinopla y colmados de presentes, se ven atacados de improviso por un cuerpo romano á las órdenes de Justino, que los ahuyentó y saqueó sus reales. Reuniéronse poco despues, y su venganza fue pronta: vencieron las cortas guarniciones que defendian la frontera, y se apoderaron de una parte de Pannonia y Mesia. Tal era entonces el estado deplorable del imperio. Justiniano, cuyo nombre yaceria en el olvido, si no hubiesen ilustrado su época Belisario, Nárses y Treboniano, disipaba su erario en edificios suntuosos y gastos frívolos: dejaba perecer el ejército, y en lugar de vencer á los bárbaros, los dividia. Sus predecesores mantenian 645.000 hombres; pero él solo conservó 150.000 dispersados en Italia, Africa, España, Grecia, Armenia, Mesopotamia y Egipto. La caja militar era el tesoro de los ministros y la presa de los favoritos. En fin, mientras la vanidad del emperador se satisfacia con efímeras conquistas, debidas al talento de dos héroes, el centro del imperio estaba indefenso, y la Tracia misma, provincia de la capital, yacia entregada sin amparo á las irrupciones de los bárbaros.

Victoria de Belisario contra los hun-

nos. (558.) Zabergan, rey de los hunnos, envidioso de los favores que concedia el emperador á otros príncipes bárbaros, pasó el Danubio sobre el yelo, no halló tropas que se opusiesen á su marcha, atravesó la Mesia sin ostáculo, penetró en Tracia, envió una de sus divisiones á saquear la Grecia, y otra al Quersoneso, y él en persona con 7.000 caballos entró á fuego y sangre en las cercanías de Constantinopla. El espanto es general: Justiniano tiembla en su palacio: envia al otro lado del Bósforo el tesoro público y el de las iglesias: los ciudadanos corren á guardar sus riquezas en sus posesiones asiáticas. La guardia imperial y las milicias de la ciudad salen finalmente para combatir; pero estos soldados que en los diez años anteriores no se habian acostumbrado á los ejercicios y fatigas militares, no eran mas que tropa de simulacro, y vana y fastuosa decoracion del teatro y de los triunfos. Belisario vivia desde diez años antes retirado y olvidado en la capital: rara vez se presentaba entre la multitud frívola de los cortesanos, que ningun caso hacian de él. El peligro público hizo que se acordasen de su gloria. Justiniano asustado hizo memoria de que tenia

en su corte un héroe, é imploró su socorro. Belisario estaba ya rendido al peso de las desgracias y de los años; pero á vista del riesgo, al llamamiento de la patria, su alma heróica da nuevo vigor á su ancianidad: al sonido de la trompeta se rejuvenece: descuelga la espada victoriosa: el yelmo, rodeado de laureles, cubre sus canas. Preséntase amenazador en la ciudad, vencida del miedo: al verle se disipa el terror, y renace la esperanza.

Al estruendo de su nombre acuden á alistarse bajo su estandarte un gran número de soldados y paisanos. Pero entre toda esta multitud, envejecida en el ocio, halló 300 hombres solamente que hubiesen manejado las armas y dormido bajo las tiendas: al frente de este corto número sale con denuedo fuera de la ciudad, fortifica sus reales, observa los movimientos del enemigo, y manda encender fuegos á gran distancia para hacer creer que le sigue un numeroso ejército. Los bárbaros, engañados por este ardid, pierden tiempo, y se mantienen algunos dias á la defensiva; pero en fin, asegurados viendo que nadie los atacaba, avanzan impetuosamente con mas ardor que prudencia. Belisario habia colocado en una selva 200 flecheros en embos-

cada: al frente de sus 300 ginetes ataca al enemigo con el valor y la temeridad de un jóven; se arroja en medio de los bárbaros y mata 400: al mismo tiempo los flecheros salen de la emboscada y acometen el flanco de los hunnos. Por otra parte los aldeanos que seguian sus banderas, dan por órden suya gritos terribles, arrastran por la tierra grandes árboles y levantan una polvareda tan grande, que los hunnos creyeron ver sobre sí un ejército innumerable. Apoderóse de los bárbaros el espanto: huyen, y en el desórden Belisario hace en ellos gran carnicería. Así fue como el genio de un solo hombre venció todo un ejército y salvó el imperio. Los soldados que defendian la muralla del Quersoneso, animados con esta victoria, rechazaron otra division de hunnos. Zabergan vencido pidió la paz: el emperador, harto feliz en concederla, le pagó un subsidio, y el bárbaro pasó el Danubio.

Paz con los persas.(560.) El amor que manifestó el pueblo á Belisario, cuando entró en la ciudad triunfante con sus 300 soldados, sirvió de pretesto á los cobardes cortesanos para acusarle de aspirar al imperio, y su gloria fue un crímen á los ojos de la envidia. El agradecimiento de Justi-

niano desapareció al mismo tiempo que el peligro, y una nueva desgracia fue la recompensa del salvador del imperio.

El emperador volvió á recurrir á la intriga, su arma favorita: sembró la division entre los hunnos, y pelearon unos contra otros. Compró la paz de Persia en 1.000 piezas de oro. Obtuvo la provincia de Lacica, y que el cristianismo fuese tolerado en aquel reino. La firmeza de Nárses conservó la tranquilidad de Italia. La de Constantinopla fue turbada por las facciones del circo: la guardia tuvo que atacar á los sediciosos y matar gran número de ellos. Muchos paganos que daban en secreto todavía culto á los dioses, escitaron el enojo del emperador: unos fueron degollados, otros mutilados, y se quemaron sus libros.

Prision de Belisario. (563.) La industria romana hizo entonces una conquista muy importante, debida á dos monges que trajeron del Asia á Europa los gusanos de seda. En Constantinopla se amenazaban á fastidiar de un reinado largo y sin fuerza, que completaba la ruina del imperio, agotando su vigor para decorarle con un falso brillo. Algunos grandes y el banquero Marcelo resolvieron asesinar al emperador. Eusebio,

comandante de los godos auxiliares, descubre la trama: son presos los conjurados en el mismo instante de entrar en palacio: Marcelo se da de puñaladas. Los enemigos de Belisario prometen el perdon á Sergio, uno de los cómplices, si denuncia como partícipes de la conjuracion á Paulo, Juan y Vito, amigos íntimos de Belisario. El emperador nombra una comision para juzgar y castigar á los delincuentes. Los acusados declaran todos contra Belisario: este grande hombre solo opone á sus calumnias un noble silencio; su gloria y toda su vida respondian por él. Los jueces no se atrevieron á condenarle, mas fue arrestado en su casa, custodiado con rigor, y privado de sus dignidades; pero la de su carácter le ennoblecia mas que los vanos títulos de que le despojaban. Grande en la adversidad como en los triunfos, incapaz igualmente de traicion y de flaqueza, estuvo muchos meses preso sin quejarse de la ingratitud, sin doblar la rodilla ante el poder; hasta que el emperador, informado de la perfidia de sus enemigos, le restituyó los empleos y su benevolencia.

La tradicion que representa á Belisario mendigo, errante y ciego, es una fábula inventada algunos siglos despues, y

creida ansiosamente por el vulgo, amador siempre de lo estraordinario mas que de la verdad; que se complace en todo lo que es dramático, y en la narracion de las grandes caidas é infortunios, para quien los mismos suplicios son espectáculos. Belisario murió poco tiempo despues, y su muerte precedió algunos dias á la de Justiniano. La posteridad no le reprende sino su amor á una esposa indigna de él. Su gloria fue grande y sin mancha: los pueblos le amaban como á protector, los soldados como á padre: los bárbaros mismos que venció, quisieron darle las coronas que merecia y desdeñaba. Fue activo como César, prudente como Fabio, casto como Escipion, sumiso á las leyes como Epaminondas: sus hazañas y riquezas, su guardia numerosa y el amor del ejército y del pueblo, le permitian aspirar á todo: solo su virtud puso límites á su fortuna. Los últimos dias de Justiniano carecieron de gloria. Estraviado por la heregía de Eutiques, que sostenia la impasibilidad de Jesucristo, persiguió á los católicos, y fue condenado por la Iglesia. Murió el 14 de noviembre de 565, á los 83 años de edad y 38 de su reinado, que hace época en la historia por sus leyes y sus conquistas.

CAPITULO IX.

Justino segundo. Tiberio segundo. Mauricio. Focas.

Justino II, emperador. Invasion de los lombardos en Italia. Fundacion del reino de Lombardía. Conquista de Milan y Pavía por los lombardos. Alianza de Justino con los turcos. Muerte de Alboino y república feudal de los lombardos. Victorias del papa Benedicto I contra los lombardos. Tiberio, césar: batalla de Melitene. Tiberio II, emperador. Muerte de Cosdroas. Batalla de Constantina. Mauricio, césar. Mauricio, emperador. Cléfis II, rey de los lombardos. Autáris, rey de los lombardos. Paz entre lombardos y franceses. Focas, emperador. Muerte del papa san Gregorio el grande.

JUSTINO II, *emperador*. (565.) Justiniano tenia cinco sobrinos: los tres primeros Baduario, Marcelo y Justino el curopalato (ó gran maestre de palacio) eran hijos de Vigilancia, hermana del emperador: los otros dos se llamaban Justino y Justiniano, y eran hijos de Germano, general estimado; y la educacion que habian tenido daba esperanzas de que serian semejantes á su padre. Baduario y Marcelo tenian la mediocridad de espíritu y la nulidad de carácter, comun en los príncipes mecidos por el orgullo, y educados por la lisonja. El emperador Justiniano prefirió á los hijos de Germano su sobrino Justino el curopalato, inferior en mérito, pero superior en artificio. Siendo aun jóven, supo ganar el afecto de Teodora, y casó con su sobrina Sofia, princesa respetada por su virtud; pero mal vista por su carácter imperioso. Cuando murió el emperador, Calinico, comandante de la guardia, en ejecucion de las órdenes secretas que habia recibido de Justiniano, convocó el senado enmedio de la noche, é introdujo en él á Justino. Los senadores se postraron á sus pies y le proclamaron augusto, segun mandaba el testamento de Justiniano que se leyó.

El nuevo emperador, despues de celebrar con pompa las exequias de su tio, fue coronado, como tambien su esposa, por el patriarca Juan Escolástico. Pasó despues al Hipodromo, arengó al pueblo, le hizo, segun la costumbre, magníficas promesas, libertó un gran número de cautivos, pagó las deudas de su predecesor, llamó á los desterrados y restableció por un edicto la paz de la Iglesia. La mudanza de emperador calmó el sentimiento de los males pasados, y produjo buenas esperanzas para lo venidero, como sucede comunmente: Justino, con el placer de la ambicion satisfecha, hizo gozar á sus súbditos la felicidad que él disfrutaba, y fue al principio clemente, liberal y ortodoxo; pero esta primer vislumbre de un reinado feliz duró poco: el velo de la ilusion cayó, y Justino se mostró cual era, débil, irascible, avaro, deshonesto, orgulloso y cobarde. Envió embajadores á Persia, y no supo ganar ni la amistad de Cosdroas con la prudencia, ni su estimacion con las armas: usó contra las tribus de los sarracenos altanería y flaqueza. Los principes de los ávaros le ofrecieron sus servicios, y pidieron una recompensa: Justino despidió á sus embajadores con esta respues-

ta insolente: «Yo haré en vuestro favor mas que mi padre, porque os daré una leccion que os enseñe á conocerme bien.» Los ávaros toman las armas, y el cobarde príncipe les cede por temor lo que habia negado á sus súplicas. Dió un edicto para restablecer el consulado, y tomó el título de cónsul; pero un emperador semejante pudo renovar esta dignidad, mas no devolverle su antiguo esplendor.

A los yerros de Justino, á la avaricia y orgullo de su esposa, á la impericia de su política, y á la debilidad de sus armas debieron su fortuna y su poder los lombardos, pueblo que aparecia entonces en la escena del mundo. El heroismo de Nárses era la única barrera de Italia, y una intriga palaciega, que deseaba arruinarle, abrió los Alpes á los bárbaros. Roma perdió segunda vez el cetro de occidente, y los lombardos fundaron en Italia un trono que solo pudo derribar dos siglos despues el genio de Carlo-magno. Los lombardos habian salido de la Escandinavia, oficina fecunda de tribus guerreras y de príncipes conquistadores. Estrabon y Tácito les atribuyen el mismo orígen que á los suevos. Sus tiendas cubrieron por muchos años las llanuras

de la Germania septentrional. Despues de haber llevado sus armas desde las orillas del Elba y del Weser hasta las del Rhin, inundaron la Moravia con sus huestes. La política de los romanos, mas astuta entonces que belicosa, sabia dividir á los bárbaros mas bien que vencerlos. Justiniano cedió á los lombardos la Hungria y una parte de Austria y Baviera, para oponerlos á los gépidos, los mas ostinados de sus enemigos. Dícese que el nombre de lombardos ó longobardos provino del uso que tenian estos pueblos de llevar una larga barba y un venablo tambien largo, que en su idioma se llamaba *bardo*. Agilemonte fue su primer rey. Vacon, su octavo sucesor, hizo célebre su nombre con grandes hazañas. Voltaris heredó su cetro bajo la tutela de Alduino que le destronó. El usurpador afirmó su poder con numerosos triunfos, persuadido á que para los pueblos guerreros no hay mas derecho que la gloria. Devastó á Iliria, se apoderó de Dalmacia, y venció á los gépidos. El famoso Alboino, su hijo, le sucedió en 561: al principio se fingió amigo de los romanos, cuyo poder habia de quebrantar, y socorrió á Nárses contra Totila; pero la riqueza y fertilidad de Ita-

lia, inspiraron á él y á los suyos un deseo vehemente de dominarla. Habia hecho alianza con los franceses, tomando por esposa á Clotuinda, hija del rey Clotario. Esta princesa, siguiendo los consejos de san Niceto, obispo de Tours, se valió de su ascendiente sobre el ánimo de su esposo para que abjurase el arrianismo. El rey lombardo, antes de ejecutar sus grandes designios en Italia, debia asegurar su dominacion en sus propios estados. Compró la alianza de los ávaros, prometiéndoles repartir con ellos las tierras de sus enemigos: fortalecido con este auxilio, marchó contra los gépidos, penetró hasta el centro de su pais, los venció en una batalla decisiva, dió muerte á todos sus soldados; y redujo lo que quedó de este pueblo á la esclavitud. En aquel combate sangriento, Alboino mató en desafio singular á Cunimundo, rey de los gépidos; y segun el uso bárbaro de los feroces guerreros del norte, mandó hacer del cráneo de su víctima una copa, de la cual se servia en sus largos y solemnes banquetes, en que los escandinavos parecian embriagarse á un mismo tiempo con la sangre y el vino. Alboino, triunfante de los gépidos, encontró en ellos su castigo. Rosamunda, hija de Cu-

nimundo, le inspiró una pasion violenta: repudió á la hija de Clotario, y obligó á la del rey de los gépidos á recibir su mano, humeante todavía con la sangre del padre. En aquellos tiempos bárbaros ningun crimen imprimia mancilla en una frente cubierta de laureles. Alboino fue el héroe de los pueblos del norte. Germania entera celebró sus hazañas, y todos los bardos cantaron su gloria.

Nárses, que conservaba á los 95 años de edad todo el vigor de cuerpo y ánimo, era entonces la única barrera que podia impedir á Alboino llegar hasta Roma. La emperatriz Sofía allanó esta dificultad. Dando oidos á las calumnias de los enemigos de Nárses, y seducida con la esperanza de apropiarse los bienes del vencedor de los godos, francos y alemanes, persuadió al emperador que destituyese á este general, y le mandase traer á Bizancio el tesoro de Roma. Nárses respondió, que «sacar aquel dinero de Italia seria privarla de todo medio de defensa, y que estaba pronto á dar una cuenta exacta del empleo que habia hecho de él.» Los cortesanos, enemigos siempre del mérito que los ofende, y de la superioridad que los humilla, escitaron el enojo de la emperatriz, y le per-

suadieron que Nárses queria hacerse independiente en Italia. Sofía, mas muger que reina, veia en aquel grande hombre solo un eunuco; y animada contra él por el aborrecimiento y el desprecio, le envió una rueca y un huso con una carta que decia asi: «Vente sin detencion: te doy la superintendencia de las labores de mis criadas. Para gobernar ejércitos y provincias es menester ser hombre.» Nárses enfurecido dijo al correo que le traia esta carta insolente: «Dí á tu señora, que le estoy hilando un huso que jamas podrá devanar.» En sus miradas de fuego se podia conocer que el salvador del imperio se habia convertido en enemigo. Olvidado de sus obligaciones, arrastrado por el enojo, sale súbitamente de Roma, se retira á Nápoles, escribe al rey de los lombardos, convidándole á venir á Italia, y asegurándole que no hallará ostáculo su marcha. El triunfo de su cólera contra su gloria no duró mucho. El honor volvió, aunque tarde, á aquella grande alma, que sufrió un combate cruel entre el deber y la pasion, entre la venganza y los remordimientos. En fin, el deseo de mirar castigados el orgullo de Sofía y la ingratitud del emperador, cedió al pesar de

ver su patria entregada al estrangero, y á la vergüenza de terminar una vida heróica con una traicion. Resuelve embarcarse para Constantinopla, presentarse al senado, confundir á sus delatores, y justificarse antes de morir. El papa Juan III le disuadió de este designio. «Quédate, le dijo, en el pais que has libertado, y que nadie sino tú puede defender. Yo iré por tí, y defenderé tu causa. El pueblo romano te quiere, y detesta á tus enemigos: permanece enmedio de él: Roma, que fue tu trofeo, sea ahora tu asilo.» Nárses sigue este consejo, y vuelve á Roma: el pueblo sale á recibirlo, se arroja á sus pies, y le suplica que conjure la tempestad que amenaza. Nárses escribe al rey lombardo, abjura sus criminales juramentos, retracta sus funestas promesas, é insta á Alboino para que renuncie á una agresion injusta, contra la cual se opondrá con todo su poder. Pero todo estaba preparado para el ataque, y nada para la defensa. Alboino mandaba un numeroso ejército, orgulloso por sus triunfos, ávido de carnicería y de botia; y asi no escuchó los ruegos tardíos de un enemigo debilitado por la edad y el infortunio. Las noticias que recibió del desaliento de Italia, aumen-

taron sus esperanzas, y doblaron su ardor. Marcha, pues, precedido del terror; y Nárses, oprimido de remordimientos, muere lamentando tantos años de gloria, mancillados por el estravío de un instante. M. Lebeau, historiador moderno, refiriendo su deplorable fin, dice con tanta fuerza como razon, que el mayor crímen de la envidia no es perseguir la virtud, sino estinguirla algunas veces, y obligarla á desmentirse y á degradarse, esponiéndola á trances tan arriesgados.

Invasion de los lombardos en Italia. (567.) Justino envió á Italia á Longino, para mandar con el título de *Exarca*, dignidad que duró en Ravena cerca de dos siglos. Los exarcas ejercieron un poder casi soberano, y tan ilimitado como el de los sátrapas en Persia. Los emperadores de oriente no cuidaron de que estos visires no abusasen de su poder, y así los pueblos fueron cada dia mas enemigos de la dominacion imperial. Longino estableció su residencia en Ravena, y guarneció esta plaza y la de Venecia con algunos cuerpos de veteranos y muchos de nuevo alistamiento. Mudó las denominaciones de la antigua Roma, y llamó duques á los comandantes de las grandes ciudades de Italia, en lugar de confiar-

las á personages consulares. Este exarca no debia su elevacion sino al favor; y el emperador, gobernado por su muger, oponia al mas valiente de los guerreros del norte un cortesano que nunca habia combatido.

La gloria de Alboino y los ricos despojos que ofrecia á la ambicion de los valientes, reunieron á sus banderas un gran número de suevos, bávaros, búlgaros y sármatas. Aumentóse su ejército con 20.000 sajones y sus familias. Despues de haber cedido la Pannonia á los ávaros, á condicion de restituirla si salia mal en su empresa, da la señal, y una nacion entera se levanta y le sigue: las mugeres y viejos abandonan sin pesar sus hogares; y todos, seguros de la victoria, no reconocen mas patria que el pais que van á conquistar. Nada los detiene: atraviesan los Alpes Julios: se apoderan sin combate del Friul, cuyos habitantes asustados huyen creyendo ver la sombra terrible de Átila.

Fundacion del reino de Lombardía. (568.) Verona, Aquileya, Treviso, Vicencia, Trento, Brescia y Bérgamo abren sus puertas: solo Mántua, Pádua y Cremona mostraron denuedo romano: la primera no se entregó hasta el año si-

guiente : las otras resistieron con ostinacion y conservaron treinta años su independencia. Alboino dió á su sobrino Grasulfo, su escudero mayor, el ducado de Friul : cuando sus conquistas se estendieron, creó otros dos señoríos : en estos establecimientos tuvieron su origen los feudos hereditarios.

El éxito de esta guerra no podia ser dudoso: militaban por una parte el valor y la audacia, por otra la inepcia y la cobardía; y mientras el torrente devastador descendia de los Alpes é inundaba con furor á Italia, el imbécil Justino, en lugar de oponerle firmes ostáculos, confiaba á manos inhábiles su corto é indisciplinado ejército, se distraia de las desgracias del imperio con los partidos del circo, y solo pensaba, cuando se arruinaba su poder en occidente, en elevar á mucha costa palacios soberbios y monumentos suntuosos en Grecia, Tracia y Asia menor.

Conquista de Milan y Pavía por los lombardos. (570.) Muchas veces en los dramas crueles de las revoluciones de Roma, el animo, fatigado de tantas escenas sangrientas, descansaba contemplando caractéres nobles, pechos invencibles, y virtudes ya elevadas, ya sua-

ves; pero en la época que recorremos ninguna belleza moral consuela del horrible espectáculo que presenta una larga serie de crímenes, matanzas y ruinas. Es la barbarie en su juventud la que derriba con ferocidad á la corrupcion decrépita. Alboino forzó á Lodi y á Como á abrir sus puertas: entró en Milan y se proclamó rey de Italia. Toda Liguria se rinde al vencedor, escepto Génova y Pavía, cuya resistencia, que duró tres años contados desde la invasion, demostró á las demas ciudades con qué facilidad habrian defendido su independencia, á tener en sus muros pechos romanos.

Tortona, Plasencia, Parma, Régio y Módena no costaron un solo combate al vencedor: los habitantes de Toscana y de Umbría salieron á recibir su yugo. Alboino erigió en ducado el territorio de Espoleto. Zoton, lugarteniente de Nárses, encargado de la defensa de Benevento, se dejó corromper por el rey lombardo, y recibió el deshonor con la dignidad de duque, sacrificando á este título vergonzoso su fama y sus obligaciones. Roma, atacada muchas veces, no fue tomada nunca; porque á falta de hierro la defendió el oro. Abandonada

por la cobardía de los emperadores, fué defendida por la prudencia de los papas.

Siempre que los lombardos se aproximaban á sus muros, los romanos los alejaban á fuerza de dinero. Aun habia Breunos; pero se habian acabado los Camilos. Asi se mantuvieron Roma y Ravena bajo la dependencia del imperio de oriente. La Calabria se defendió por su posicion y por el valor de sus habitantes. Benevento y Nápoles tomaron el nombre de Lombardía segunda. Justino se mostraba indiferente á tan grandes pérdidas: apenas estos sucesos lejanos llegaban al círculo estrecho de sus afectos: la avaricia le poseía mas que la ambicion: negarle dinero le irritaba mas que perder una provincia. Echó de Antioquía al patriarca Anastasio, que no queriendo venderle su conciencia, le recordaba las leyes contra la simonía.

Alianza de Justino con los turcos. (571.) En este estado de decadencia del imperio, se iban reuniendo al rededor de él los elementos de las potencias que habian de elevarse algun dia sobre sus ruinas. Los turcos invadieron el Turkestan, la gran Bucaria y la Sogdiana. Los de esta provincia imploraron la proteccion del rey de Persia: el kan de los

turcos le envió embajadores; pero Cosdroas los hizo envenenar. El kan, deseoso de vengarse, buscó la alianza de Justino. Zemarco, conde de oriente, enviado por el emperador al campo de los turcos, dió á conocer, en la relacion que hizo de su viage, la mezcla singular de barbarie y magnificencia que reinaba entonces en las costumbres de estos guerreros orgullosos y selváticos. Cuando llegó el embajador se le echó incienso antes de presentarle al príncipe, no para honrarlo, sino para purificarlo. El kan Isabulo recibió al general romano bajo una tienda vastísima de seda, sentado en un trono de oro, que estaba como un carro sobre dos ruedas, con un soberbio caballo uncido á él: trono conveniente á una nacion errante y á un príncipe conquistador. Zemarco recibió por regalo una hermosa circasiana: Isabulo peleó contra los hunnos, los venció, y marchó á Samarcanda; pero Cosdroas le salió al encuentro con su ejército, le propuso la paz, la consiguió, y casó con una de sus hijas. Los turcos se retiraron á la pequeña Bucaria.

El emperador, abandonado por Isabulo, tuvo que sostener solo la guerra contra Persia. La Armenia pedia so-

corro á los romanos. Justino, siempre arrogante cuando declaraba la guerra; siempre tímido cuando era menester sostenerla, se jactó de que humillaria el orgullo de Cosdroas, y libertaria el Asia de un tirano; pero el efecto no correspondió á sus amenazas. Marciano, pariente suyo, tomó el mando del ejército; y sus hazañas se limitaron á algunas incursiones en las fronteras de Persia.

Muerte de Alboino y república feudal de los lombardos. (573.) Mientras que hacia un uso tan mezquino de las fuerzas de oriente, Alboino afirmaba en Italia su dominacion, y reparaba por la dulzura de su gobierno los males que la conquista habia causado á los pueblos. Su política se mostraba clemente y sábia; pero sus costumbres eran bárbaras, y no se venció á sí mismo tan fácilmente como á sus enemigos. El conquistador de Italia pereció víctima de una venganza infame, pero provocada por su ferocidad. Enmedio de un gran convite que dió en Verona, mandó traer la copa funesta en que el cráneo del rey de los gépidos, adornado de oro, daba al vino que se le echaba, la apariencia de sangre vertida mucho tiempo antes. Turbada su razon con la embriaguez, manda á Rosamunda

que beba en aquel vaso horrible: esto era mandarle un parricidio. Ella, cediendo al terror, obedece; mas juró en su corazon vengar á su padre inmolando á su esposo. Elmigio, su escudero, gozaba de su favor y confianza; consultale sobre el medio de cumplir su bárbaro designio. Elmigio le aconseja que se valga para dar el golpe, de Peridéo, el mas fuerte y valiente de los guerreros lombardos. Este se negó á cometer el crímen; pero el artificio recabó de él lo que no alcanzaron las súplicas. Amaba á una criada de la reina, Rosamunda persuadió á esta á que diese una cita nocturna á su amante, y al favor de las tinieblas ocupó su lugar; y cuando Peridéo, engañado por la oscuridad, hubo ultrajado involuntariamente el honor de su rey, la atrevida reina se declaró por quién era, y le dijo: «Elige ahora entre el cetro y el dogal: ya es fuerza que mueras ó mates á Alboino.» Peridéo prometió satisfacerla. Al dia siguiente cuando el rey fatigado del calor se echó sobre su lecho, Rosamunda se acerca á él, ata la espada á la vaina, aleja los criados que hubieran podido defenderle, é introduce en el aposento á Peridéo, el cual hunde su acero en el pecho de Alboino. Este toma su espada,

hace vanos esfuerzos para sacarla, coge un banquillo, se defiende intrépidamente contra su asesino, y al fin cae bañado en su sangre á los pies de su implacable esposa. Habia reinado en Italia cerca de 4 años. Los vencedores ensalzaron su gloria con sus cantos, y los vencidos con sus lágrimas.

Elmigio y Peridéo creian que el poder supremo seria la recompensa de su delito; pero todos los lombardos pidieron su castigo con gritos de indignacion. Perseguidos por el odio público, se libraron de la muerte con una pronta huida, y se escaparon á Ravena con Rosamunda y su hija Alsuinda, llevando consigo los tesoros del rey. Peridéo no habia sacado otro fruto de su maldad que el oprobio y los ruines placeres de una noche de error. Rosamunda casó con Elmigio, el cual á su vez fue tambien víctima de esta muger atroz; pero á lo menos supo castigarla y precipitarla en el abismo abierto por ella. El exarca Longino, seducido por la hermosura de la reina, y aun mas quizá por sus inmensas riquezas, le habia prometido casarse con ella, si rompia los lazos de su segundo matrimonio. La infame Rosamunda, habituada al crimen, presenta á Elmigio

una copa emponzoñada: apenas bebió un poco, el violento dolor que destroza sus entrañas, no le deja duda del crimen ni de su autor: enfurecido saca la espada y obliga á la reina á agotar la copa funesta; y poco despues mueren entrambos espiando la muerte de Alboino. Los tesoros de Rosamunda consolaron á Longino de su pérdida. El exarca hizo que pasasen á Constantinopla Alsuinda y Perideo. Este, creyendo ganar el aprecio de la corte de Constantinopla mostrando sus grandes fuerzas, peleó en presencia del emperador con un leon enorme: salió victorioso de esta lid, y mató á la fiera. Justino admiró su fuerza, pero castigó al regicida, mandándole sacar los ojos. Perideo juró vengarse. Apenas estuvo sana la herida, va á palacio con el pretesto de revelar al príncipe secretos importantes, llevando ocultos bajo su ropa dos puñales. Justino, sospechando su perfidia, mandó que le introdujesen dos patricios encargados de examinar sus acciones: esta precaucion quitó á Perideo todos los medios de lograr su venganza. Entregado á su furia, da de puñaladas á los dos patricios, y cae con ellos muerto por la guardia que los seguia.

Despues de la muerte de Alboino, los

lombardos elevaron al trono un guerrero valiente, llamado Clefis. Era pagano, avaro y sanguinario. Conquistó á Rimini y edificó á Imola. Despues de 18 meses de reinado, le asesinó uno de sus sirvientes. Clefis hizo odioso á sus súbditos no solo el rey, sino el trono. Los lombardos escogieron para gobernarlos 36 duques, soberano cada uno en su estado. Estos confiaron á condes el gobierno de las grandes ciudades, y á alcaides el de las villas. Se puede juzgar por el ejemplo de esta singular república, de la suerte que hubieran tenido los demas pueblos, si no hubiesen hallado en el trono un asilo contra esta tiranía de muchas cabezas, contra esta oligarquía feudal tan cruel como anárquica. Alboino habia reprimido á los vencedores y protegido á los vencidos: la oligarquía se entregó desenfrenadamente á la mas destructora rapacidad: despojó á los ricos, esclavizó á los pobres: ciudades, fortalezas, monasterios, villas, aldeas, todo fue víctima de esta hidra; todo fue arruinado y despoblado. «La Italia, dice san Gregorio, parecia entonces una guarida de fieras.»

Victorias del papa Benedicto I contra los lombardos. (575.) Este gobierno anárquico duró 10 años. Los duques des-

pues de haberse destrozado unos á otros, reunieron sus armas para engrandecerse á costa de los estados vecinos. Invadieron la Saboya, el Delfinado y la Borgoña, y derrotaron un ejército frances mandado por Ameo, á quien el emperador de oriente habia dado el título de patricio. Mas no pudieron fijar la fortuna de que abusaron. Entregándose á la crápula y á la licencia, se retiraban cargados de un inmenso botin, cuando Mummol, general del rey Gontran, los sorprendió y destrozó cerca de Embrun. En esta batalla Salon y Sagitario, obispos, el uno de Embrun y el otro de Gap, mas dignos de llevar la espada que la cruz, pelearon en las primeras filas de los franceses, y se hicieron célebres con hazañas mas honoríficas para su valor que para su piedad. Despues de esta derrota, los lombardos, debilitados por la partida de los sajones sus aliados, volvieron á pasar los Alpes. Gramne, príncipe frances, los persiguió y devastó la Lombardía. En este tiempo los duques de Espoleto y Benevento estendian su dominacion á costa del territorio romano. El papa Benedicto, no limitándose, como sus predecesores, á proteger á Roma con preces y negociaciones, obró como príncipe cuan-

do los emperadores habian renunciado á serlo. Peleó contra los lombardos, los venció; pero sobrevivió poco á sus victorias. Tuvo por sucesor á Pelagio II.

Los vicios y la debilidad del carácter de Justino conducian al imperio á su perdicion: felizmente el esceso del mal produjo el remedio. Ya Cosdroas, habiendo pasado el Tigris, corria la Siria como vencedor. Acacio y Magno, generales sin talento, nombrados por validos, se habian presentado en los campos de batalla solo para huir. Abandonando las ciudades de Dara y Apamea á las armas de los persas, se habian refugiado á Antioquía. Por otra parte, los ávaros invadian la Grecia. Tiberio, única esperanza entonces de los ejércitos romanos, se vió obligado á retirarse por la cobardia de sus tropas, y á pedir la paz á los bárbaros. El emperador compró de los persas en 45.000 monedas de oro una tregua corta y vergonzosa. Tal era la situacion del imperio, cuando se salvó por el accidente mas imprevisto. Justino, atormentado por la gota, se vuelve loco; llena las cárceles de inocentes, jura que no perdonará á ningun acusado, manda azotar á su hermano Baduario, y no sale del estado de demencia, sino para

caer en el de temor y abatimiento.

Tiberio, césar: batalla de Melitene. (576.) La emperatriz Sofía, aprovechándose de un intervalo de razon, persuadió á su esposo á dar el título de césar á Tiberio. Este general, tracio de orígen, era universalmente respetado, á un mismo tiempo valeroso y prudente, suave y firme, justo y liberal, religioso y tolerante. Mandaba la guardia, y su mérito bastaba para grangearle los votos del pueblo y del ejército; pero prendas mas frívolas le ganaron la eleccion de Sofía. Hechizada de su belleza, esperaba, muerto el emperador, dividir el trono con Tiberio. Justino obedeció á su esposa, convocó el senado y el clero, revistió en su presencia á Tiberio de la púrpura, añadió á su nombre el de Constantino, y le dijo asi: «No me debes la corona á mí, sino á Dios: honra á la emperatriz: si hasta aquí fue tu soberana, ya es tu madre. Ahorra la sangre de tus súbditos: me aborrecen, no me imites; pues he sido débil, y sufro mi pena. Jesucristo dará mayor castigo á los consejeros que me han engañado. Cuida de los soldados: cierra tu oido á los delatores: desconfía de los cortesanos: deja á los ricos que gocen de sus bienes, y socorre con los

tuyos á los pobres.» Estas palabras de un mal príncipe moribundo daban escelentes lecciones á su heredero : el arrepentimiento tardio mostraba y dictaba la verdad. Desde este momento reinó Tiberio con el nombre de Justino, y el imperio, que caia, se levantó, apoyado en su fuerte mano. La economía llenó el tesoro : el ejército recobró su fuerza por medio de la disciplina. Tiberio logró con sus negociaciones una paz momentánea con los persas, y se aprovechó de ella para enviar socorros á Roma contra los lombardos.

Cosdroas no tardó en volver á las armas; pero el nuevo césar se habia preparado ya para la guerra. Justiniano, general esperimentado, marchó al frente de 150.000 hombres contra el rey de Persia, y le dió batalla cerca de Melitene. Cosdroas rompió al principio el ala derecha de los romanos; pero Justiniano, habiendo penetrado al mismo tiempo el centro de los persas, y vencido su caballería, llegó hasta los reales enemigos, y se apoderó de la tienda del rey. Cosdroas, que se habia creido victorioso, viendo este desastre, se desanima y huye : una parte de su ejército pereció al hierro de los romanos : otra se ahogó en

el Eufrates. El rey, desesperado, inmortalizó su oprobio y la victoria de Justiniano por medio de un edicto que prohibia á los reyes de Persia marchar al frente de sus ejércitos cuando hiciesen guerra á los romanos. La capital, condenada antes á pagar tributo á los persas, turcos y ávaros, se convirtió repentinamente en un teatro de triunfo. Tiberio, renovando las antiguas solemnidades, mostró á los ojos del pueblo 24 elefantes cogidos en Melitene, y los numerosos trofeos del campamento de los persas.

El nuevo césar unia la moderacion al vigor: apenas Justiniano victorioso pasó el Eufrates y el Tigris, satisfecho con haber vuelto á presentar con felicidad las águilas romanas en el territorio de Persia, concedió la paz á Cosdroas. Se devolvieron recíprocamente los paises conquistados y los prisioneros; pero la mala fe de Cosdroas rompió con prontitud el tratado. Uno de sus generales, valiéndose de un descuido de Justiniano, sorprendió un cuerpo imperial en Armenia: esta corta ventaja dió esperanza al rey de Persia de reparar su última derrota. Justiniano fue destituido, y Mauricio le sucedió. Este general, natural de Capadocia, era de familia romana: distinguia-

se por la presencia de ánimo, la exactitud de su juicio, la firmeza de su carácter, y la austeridad de sus costumbres. Partidario celoso de la antigua disciplina, la restableció en el ejército, le debió grandes triunfos, venció en muchos combates á los persas, y pobló con 10.000 prisioneros que les hizo, la isla de Chipre, casi desierta. Enmedio de las tempestades de la guerra, el imperio de oriente comenzaba á gozar de sosiego y prosperidad, desde mucho tiempo no conocidas. No se temian ya, ni la invasion de los estrangeros, ni las rapiñas de los gobernadores, ni la voracidad del fisco. Tiberio gobernaba el pueblo como un padre de familia, derramando en todas partes beneficios, consuelos y socorros. Sofía censuraba su liberalidad; pero el órden y economía llenaban tan pronto el vacío aparente, formado en el erario por la generosidad del príncipe, que se le atribuyó generalmente haberse hallado un tesoro. Justino acababa entonces su triste carrera. Sintiéndose cercano á su fin, proclamó á Tiberio emperador en presencia del senado y del clero, é hizo que le coronase el patriarca Eutiquio. Poco despues murió, habiendo reinado 13 años. Ni hizo ninguna accion loa-

ble, sino haber adoptado á Tiberio.

Tiberio II, emperador. La muerte de Justino hizo renacer la esperanza en el imperio, y llenó principalmente de contento á la ambiciosa Sofía, su viuda; porque se creia segura de conservar el trono y dividirlo con el príncipe que le debia su elevacion; pero Tiberio no habia fingido condescender á sus votos sino para llegar al poder supremo; y engañó sin escrúpulo á esta muger pérfida y altanera, causa de los yerros de Justino, de la caida de Nárses y de la pérdida de Italia. El nuevo emperador se presenta en el circo: el pueblo le saluda con grandes aclamaciones, y pide á gritos que le muestre la emperatriz. Ya Sofía se presentaba llena de orgullo para recibir á un mismo tiempo la corona del imperio y la del himeneo, cuando ve acercarse una griega jóven y bella, seguida de dos hijos, frutos de un matrimonio secreto: su nombre era Anastasia. Tiberio la abraza y la corona: arroja dinero á la plebe, que prorrumpe en vivas de júbilo. Sofía se retira enfurecida y consternada: en vano Tiberio para suavizarla y hacerle olvidar el desaire, le conserva la dignidad imperial, le da un magnífico palacio, y le prodiga los

mas grandes honores: el amor y la ambicion engañados se ofenden del respeto, y miran la gratitud como un ultrage. Sofía jura su ruina, y seduce al general Justiniano, prometiéndole su favor para elevarle al trono. Tiberio se aleja algunos dias de Constantinopla. Justiniano, Sofía y sus cómplices procuran corromper la guardia: el emperador descubre la conspiracion, vuelve á la capital, manda prender á Sofía, la encierra, se apodera de sus tesoros, y deja á los conjurados tiempo para que huyan; porque tan humano como valiente, aborrecia la efusion de sangre, aunque fuese de sus mas peligrosos enemigos. Justiniano, sorprendido de su grandeza de alma y movido por el arrepentimiento, se presenta al emperador, le confiesa el delito y espera la sentencia. Tiberio limita su venganza á una reprension, y luego le dijo: «Mas bien quiero conservar á la patria un hábil general, que arruinar á un enemigo. Te devuelvo tus empleos y bienes; y solo pido por recompensa tu amistad.» Todo se esperó de un reinado que empezaba por acciones tan heróicas. Tiberio sin duda se hubiera igualado á los mejores príncipes, á no estar el pueblo depravado, el imperio tan decaido y el

ejército tan débil. Su habilidad suplió en cuanto era posible á la fuerza que le faltaba. No pudiendo enviar muchas tropas á Italia, opuso los franceses á los lombardos: Chilperico solicitó su alianza, y le envió embajadores con magníficos presentes, entre los cuales se distinguia un plato de oro de cincuenta libras.

Los patriarcas de Constantinopla causaban division en la Iglesia, solicitando que su silla fuese superior á la de Roma, y la nueva capital del imperio metrópoli de la religion. Tiberio terminó por entonces estas pretensiones, y se declaró á favor del papa contra el patriarca. Durante su reinado hubo paz en la Iglesia.

Muerte de Cosdroas. (579.) Como todas las fuerzas romanas estaban empleadas contra los persas, los esclavones invadieron la Tracia: Tiberio se valió del influjo que tenia sobre el ánimo de Bogan, rey de los ávaros, para alejar de las fronteras aquellos feroces guerreros.

Cosdroas no podia consolarse de su derrota, y murió del sentimiento de haber sido vencido en Melitene: revés que eclipsaba el esplendor de un reinado de cuarenta y ocho años. Hormisdas le sucedió: el orgullo y la pereza de este jó-

ven monarca le hicieron cometer muchos errores, y le grangearon un grande número de enemigos. Se cuenta que habiéndole reprendido varias veces su ayo por su indolencia, el príncipe pagó unos hombres que le asaltaron al rayar el dia, y le robaron en el camino de palacio. El rey le dijo cuando llegó: «Mira de lo que sirve la actividad: no hubieras tenido ese mal encuentro si hubieses tardado mas en levantarte.» «Te engañas, respondió Busurges: no hubiera encontrado esos ladrones si me hubiese levantado antes que ellos.» Hormisdas, soberbio é incapaz, rehusó la paz que le ofrecia Tiberio, y juró no restituir á los romanos las ciudades de Nisibis y Dara.

Mauricio, tan hábil como valiente, marchó contra él, devastó la Media, consiguió una completa victoria cerca de Calinico, y se apoderó de la Mesopotamia. Gennadio, exarca de Africa, peleó con los moros y los derrotó. Los triunfos y prosperidades del reinado de Tiberio solo fueron turbados por una invasion de los turcos, que se apoderaron del Quersoneso Táurico, y por una sublevacion de los ávaros, que tomaron á Sirmio. El vigor del emperador no podia rejuvenecer un estado acometido en todas sus

fronteras por los bárbaros, y con pocas tropas para la defensa; ni le era fácil regenerar una nacion corrompida, mas interesada en las facciones del circo que en los trofeos militares. El espíritu tolerante de Tiberio no podia traer á la razon un pueblo fanático; y bajo el mas piadoso de los príncipes, los habitantes de Antioquía dieron tormento y quemaron vivo á uno de sus magistrados, á quien acusaban de profesar en secreto el paganismo.

Batalla de Constantina. (581.) Los persas, reunidas todas sus fuerzas, presentaron la batalla á los romanos junto á los muros de Constantina. La victoria del ejército romano fue grande y completa. Tamcosdroas, general del ejército persiano, no queriendo sobrevivir á su derrota, se arrojó entre las filas de las legiones, é ilustró su muerte con gloriosas hazañas.

El emperador y el senado decretaron á Mauricio los honores del triunfo.

Mauricio, césar. (582.) Parecia que el cielo, indignado contra los romanos, no queria dejar en el trono de oriente á un príncipe capaz de restaurarlo. La salud de Tiberio se debilitaba de dia en dia: una lenta tísis consumia sus fuerzas;

no tenia hijos, y temiendo las turbulencias que habria en el estado despues de su muerte, nombró césar á Mauricio, y le casó con su hija mayor. La segunda, llamada Carito, fue esposa del patricio Germano, el mas distinguido de los senadores.

Las últimas palabras de Tiberio correspondieron á la prudencia de sus acciones. Habiendo reunido el senado y el clero, les habló así: «Me parece oir al pueblo romano que me dice: *has cuidado de mi prosperidad mientras reinaste: es tu deber asegurarla para cuando no existas*. Obedezco su voz cuando voy á presentarme al tribunal divino, ante el cual son iguales los monarcas y los vasallos. Si no elijo por sucesor al ciudadano mas virtuoso, yo seré responsable de sus acciones, y los crímenes de mi heredero me serán imputados. Prefiero el imperio á mi familia, y así no elegiré el príncipe entre los individuos de ella. He buscado entre vosotros un hombre de mérito superior al mio. La sabiduría divina me le ha mostrado: está enmedio de vosotros: es el vencedor de vuestros enemigos, el que ha ensalzado la gloria romana y humillado la altivez de los persas: es á un mismo tiempo la espada y el

escudo del imperio. Reina, Mauricio, y no engañes mi esperanza: abranse tus oidos á la verdad, niéguense á la lisonja. Coloca á la justicia en el trono cerca de ti. Piensa que la púrpura pierde su esplendor cuando no cubre mas que vicios: tiene en su color mismo cierta vislumbre de tristeza y austeridad, sin duda para advertir que los placeres huyen del trono; y que un príncipe asaltado de pesares no puede gozar del sosiego que da á sus vasallos. La fuerza del cetro solo es dada para servir de apoyo á los pueblos: conságrate á su felicidad: para un buen príncipe el poder soberano no es mas que una brillante esclavitud. Sé á un mismo tiempo rígido y manso, confiado y circunspecto: no tengas mas medida en los castigos que la utilidad pública, y en los premios que el mérito. Te hablo como un padre á su hijo. No serás responsable á mí de tu gobierno, sino á un juez incorruptible, ante el cual se disipa el brillo de todas las grandezas. Sube al trono, Mauricio: sean tus trofeos ornamento de mi sepulcro, y tus virtudes mi elogio fúnebre.» Estas palabras enternecieron á todos los circunstantes: apenas el emperador pudo reunir bastantes fuerzas para concluir el

último acto de su poder, y poner la corona en las sienes de su heredero. Al dia siguiente murió: este reinado cortísimo dejó un largo pesar. Desde Teodosio el grande ningun príncipe fue honrado con tantas lágrimas, ni acompañado á la tumba con un duelo mas general ni mas sincero.

Mauricio, emperador. Mauricio, al subir al trono, añadió por agradecimiento el nombre de Tiberio al suyo. Este príncipe parecia nacido para mandar: era valiente con prudencia, sabio sin vanidad, grave sin altanería, justo y clemente, sóbrio y laborioso. Escribió un tratado sobre el arte militar, que ha llegado hasta nuestro tiempo. Su economía mantuvo el órden en la hacienda; pero esta virtud, como todas, cuando se lleva al esceso, se convierte en vicio. El emperador pasó de económico á avaro, y este defecto mancilló su gloria, y fue causa de su ruina. La justicia, la sabiduría y la clemencia le acompañaron en el trono en los primeros actos de su administracion, y libertó á los pueblos de algunos tributos. Paulo, su padre, era un hombre virtuoso, pero sin capacidad: le hizo venir á palacio, le trató con respeto, mas no le dió parte en el gobierno.

Alamundar, general ambicioso, habia hecho traicion á Mauricio en la batalla de Calinico, con la esperanza de arruinarle y sucederle: esperaba temblando su sentencia, y recibió su perdon. Pedro, hermano del emperador, tenia talento, y se hallaba elevado á la dignidad de curopalato. Mauricio le nombró maestre de la milicia y duque de Tracia, concediendo estas dignidades mas bien á su mérito que á su nacimiento.

El imperio estaba en guerra permanente contra la Persia. Mistacon, general del ejército romano, dió batalla al enemigo y lo desbarató al primer choque; pero una traicion le robó la victoria. Curso, oficial griego, que mandaba el ala derecha, no ejecutó las órdenes del gefe: los persas, favorecidos por su inaccion, vencieron. Filipico, enviado por Mauricio para restaurar esta derrota, reanimó el valor de los romanos. Favorecidos por Heraclio, general hábil, y padre del que subió despues al trono de oriente, encontró á los persas cerca de Solacon, los derrotó completamente, y esterminó la mitad del ejército enemigo. Este héroe reunia las virtudes cristianas á las militares. Dícese que llevaba la imágen del Salvador como bandera de

su lanza, y que antes de vencer en Solacon, lloró contemplando cuánta sangre se iba á derramar. En esta batalla decidió la victoria la infantería, poco apreciada en aquellos siglos, y la caballería sirvió solamente para completar la ruina del enemigo. El mismo Filipico, cuyo intrépido valor acababa de aniquilar á los persas, poco tiempo despues, aterrado á la vista de un cuerpo numeroso de paisanos armados, huye y deja sus reales abiertos al saqueo del enemigo; pero no tardó en reparar esta vergüenza, tomando la ofensiva, y entrando en Persia á sangre y fuego. Sin embargo, Mauricio no le restituyó su confianza, y envió por sucesor á Prisco, el cual justificó su nombramiento con algunos triunfos, y pasó despues á pelear contra los ávaros. Su sucesor Commenciolo venció á los persas cerca de Nisibis, y debió en parte esta victoria al valor de Germano y á la habilidad de su lugarteniente Heraclio.

Los romanos y turcos atacaban á un mismo tiempo la Persia; y el rey Hormisdas era aborrecido de sus vasallos, y despreciado de sus enemigos. Perdió el trono por el mismo yerro que costó la Italia á Justino; por una injuria, mas sensible siempre que la opresion. Sofía, in-

sultando á Nárses, habia fundado el poder de los lombardos. Hormisdas, envidioso de Varánes, el mejor de sus generales, que acababa de conseguir grandes victorias de los turcos, se valió de un pequeño revés para destituirle, le escribió una carta injuriosa, y le envió un vestido de muger. Varánes exhala su ira en amenazas: el rey encarga á un oficial que le prenda; pero Varanes manda encadenar al oficial y echarlo á los elefantes para que lo pisoteen. Su ejército se subleva en su favor: el que peleaba contra los romanos abraza su partido: la sedicion se estiende. El rey, odioso ya por sus crueldades, reconoce la flaqueza de un poder, fundado solo en el temor, y no halla defensores: los rebeldes se acercan á la capital. Bindoes, príncipe de la sangre real, gemia en un calabozo: el pueblo rompe sus cadenas, y entra en palacio al frente de la guardia. Hormisdas, sin amigos, vasallos ni soldados, cree reinar todavía, porque estaba sentado en el trono, rodeado de algunos cortesanos: mándales prender al rebelde; pero todos se pasan sin vergüenza á Bindoes, insultado por ellos el dia antes: se arrojan sobre el monarca, le derriban del trono, y lo encierran en una oscura pri-

sion. Cosdroas, hijo del rey, quiere huir. Bindoes lo detiene, lo anima, y le da el cetro. Entretanto Hormisdas, honrando su infortunio con la osadía, convoca á su calabozo á los grandes del imperio: sorprendidos de esta órden, le obedecen: el rey les habla con elocuencia, no para recobrar su poder, sino para transmitirlo al menor de sus hijos, cuyas virtudes ensalza. «Mi suerte está ya decidida, les dijo: solo me interesa la vuestra. He engendrado un mónstruo, que es el que los sediciosos coronaron. Si reina en Persia, todos sereis sus víctimas.» Este discurso conmueve á una parte de los concurrentes: ya iba ganando los votos; pero Bindoes le replica con fuego, despierta los resentimientos, resucita el odio, é inflama el furor, y fue degollado á los pies del padre el jóven príncipe que designaba por sucesor. Este horrible espectáculo fue el último que vió aquel desgraciado monarca; porque los rebeldes le sacaron los ojos. Cosdroas, justificando la prediccion de Hormisdas, comenzó su reinado con un parricidio. Añadiendo la hipocresía á la crueldad, mandó primero tratar á su padre como rey, y servirle en vagilla de oro, y despues le entregó á los verdugos, que le

asesinaron. Varánes no quiso someterse al nuevo rey, y recibió con desprecio sus cartas: en vez de usar los títulos debidos á la magestad real, se servia de estas palabras insolentes: *tu necedad, tu desvergüenza*. Cosdroas marcha contra él: es vencido y huye: abandonado de todos sus soldados, se escapó al territorio romano, é imploró el socorro de Mauricio. La justicia y la humanidad hubieran desechado sus ruegos, y entregado este mónstruo á sus enemigos; pero la política, separada casi siempre de la moral, sacrificó los intereses permanentes de la virtud á un cálculo de circunstancias. El emperador dió tropas á Cosdroas, el cual pasó con ellas el Eufrates, y volvió á presentarse en Persia: Bindoes y la mayor parte de los grandes vinieron á reunírsele. No tardó en dar vista al ejército enemigo: sus tropas eran 60.000 hombres, y las de Varánes 40.000. La batalla se dió cerca de Balarath: el impetuoso Varánes derrotó al principio las tropas del rey de Persia; pero Nárses, que mandaba á los romanos auxiliares, restableció el combate, derrotó á los persas, y se apoderó de su campamento. Varánes desapareció, y no se volvió á hablar de él despues de su derrota. Nárses resta-

bleció á Cosdroas en el trono, y le aconsejó al dejarle, que no olvidase que debia á los romanos la vida y el imperio. Cosdroas prometió abrazar la religion cristiana; mas no quiso ó no osó abandonar la de los magos: sin embargo, á despecho de sus leyes, casó con una romana, llamada Sira. Esta revolucion del oriente proporcionó al imperio un largo reposo; y los romanos, vencidos tantas veces por los persas, volviendo á ganar entonces todas las provincias que habian perdido, recobraron la antigua frontera, y fueron árbitros, protectores y casi los dueños de esta potencia enemiga, objeto continuo de su envidia y de su temor.

Cléfis II, rey de los lombardos. (583.) Casi en el mismo tiempo estalló otra revolucion en Italia. Los lombardos, fatigados de la anarquía republicana, eligieron por rey á Cléfis II: revestido del poder supremo, dejó á sus duques sus gobiernos y una grande autoridad sobre sus vasallos. En sus leyes debe buscarse el orígen de la jurisdiccion feudal, tan amable á los poderosos, tan temible á los príncipes, y opresiva para los pueblos: este sistema prolongó la tiranía constituyéndola, y regularizó el caos. Todo occidente adoptó esta legislacion

bárbara, cuyos vestigios se conservan todavía despues de 15 siglos.

Autáris, rey de los lombardos. (585.) Autáris, sucesor de Cléfis, mantuvo con bastante firmeza durante su reinado, que fue de seis años, el imperio de la justicia, restableció la seguridad pública, y suavizó la ferocidad de los lombardos; mas no impidió los progresos de la ignorancia, que continuaba esparciendo en Europa sus densas tinieblas.

El imperio de oriente era mas opulento que belicoso. Mauricio, no teniendo ejércitos con que defender las posesiones que le quedaban en Italia, compró la alianza de los franceses en 50.000 monedas de oro que incitaron á Childeberto á pasar los Alpes. Autáris le dió despues 30.000 para que se volviese, y venció las tropas del exarca de Ravena.

Paz entre los lombardos y franceses. (590.) Habiendo muerto el papa Pelagio, Roma, destinada á ser la capital del orbe cristiano, despues de haberlo sido del pueblo rey, colocó en la silla pontifical á un grande hombre: Gregorio, que habia de ilustrarla tanto, luchando al principio contra su elevacion, resistió al clero, se opuso á los votos del pueblo, suplicó á Mauricio que no con-

firmase su eleccion, y buscó en el centro de las cavernas un asilo contra las grandezas que le perseguian. Cuanto mas temia el poder, tanto mas digno pareció de obtenerlo: el emperador, los grandes, el clero y el pueblo persistieron en su eleccion: se le trajo á Roma á su pesar, se venció su resistencia, y fue instalado en la silla del príncipe de los apóstoles. La actividad, la prevision y la firmeza hicieron insigne su pontificado. Mantuvo la fe, exaltó el celo, socorrió á los pobres, preservó al pueblo del hambre, y fue muy respetado de los bárbaros. Impugnó á los cismáticos con tan grande ardor, que Mauricio creyó conveniente exhortarle á la moderacion: el papa por su parte reprendia á Mauricio porque no reprimia con la debida severidad las rapiñas de los exarcas de Italia y Africa. Deciase entonces que Mauricio mostraba la suavidad de un pontífice, y Gregorio la entereza de un emperador. Los franceses, reunidos de nuevo á los romanos, atacaron con buen suceso á los lombardos. Regio, Parma, Plasencia y el duque de Friul se sometieron momentáneamente al emperador. Pero la política de los sucesores de Clodoveo no era establecer el órden en Italia, sino prolon-

gar la guerra, atizar la discordia y aprovecharse de ella. Childeberto, por la mediacion de Gontran, hizo paces con Autáris, y por su defeccion perdieron los romanos cuanto habian adquirido. El rey de los lombardos murió, y le sucedió Agilulfo, que continuó la guerra con buen éxito. En vano Gregorio aconsejaba al exarca Calinico que hiciese paz con un enemigo poderoso al cual no podia vencer: solo consiguió una corta tregua, despues de la cual se volvió á las armas. Padua fue arruinada por los romanos, y sus habitantes aumentaron la poblacion de Venecia. Esta república, fuerte por su posicion, acrecentaba su poder por una hábil política. Las desgracias de sus vecinos le daban contínuamente mas fuerzas, y las ruinas de Roma sirvieron para levantar y consolidar este noble edificio. A escepcion del oriente, no conservaba el imperio provincias, sino reliquias. Los romanos poseian aun una parte de las costas meridionales de España, donde se mantenian á favor de las disensiones de los godos. Defendieron á Hermenegildo contra su padre; pero despues le entregaron por 30.000 monedas de oro. Muy diversos de sus antepasados, temian el hierro y se dejaban corromper por el di-

nero. Ingundis, esposa del príncipe vendido y hermana de Childeberto, murió yendo á Constantinopla con su hijo Atanagildo á buscar un asilo en aquella corte. El rey de los lombardos, no contento con sus victorias contra el exarca, hizo alianza con los ávaros para saquear la Istria. Mauricio declaró entonces que iba á ponerse al frente de su ejército; y ya porque la fortuna hubiese debilitado su valor, ó la edad agotado sus fuerzas, no se vió en él aquella firmeza de carácter con que en otro tiempo habia restablecido la disciplina, ni aquel denuedo que le guió en su juventud á la victoria y al trono. Supersticioso y débil antes de salir pasó una noche en la iglesia de santa Sofía para lograr una revelacion; parte lleno de miedo y se desamina á la vista de algunos agüeros infaustos: un eclipse le turba, una tropa de mendigos le detiene, una tempestad le amedrenta, pierde el tiempo en escuchar la relacion de tres viageros de estatura gigantesca, que llevaban harpas de oro, y que venian, segun se dijo, de un pais septentrional, donde la música era el único estudio y ocupacion de los habitantes. Algunos cobardes senadores le exhortan á volver á la capital, y cede á sus instan-

cias. Conservando su orgullo aun cuando mostraba tanta flaqueza, rehusa la proposicion de Gontran que le ofrecia tropas á condicion de un tributo. Pedro, hermano del emperador, y los generales Prisco y Commenciolo mandan los ejércitos: al principio triunfan en las riberas del Danubio, y despues se dejan sorprender y son derrotados. Mauricio, indulgente con los gefes y rigoroso con los soldados, se grangea el odio del ejército; el hambre se añade á las calamidades de la guerra, é incita el pueblo á la sedicion. El emperador cree aplacar al cielo, ofreciendo á la Iglesia una corona de oro que habia recibido de las emperatrices Sofia y Constantina. Este uso del oro cuando no habia granos, irrita á las princesas y descontenta al pueblo. En la fiesta de Navidad se subleva la plebe, insulta á Mauricio en el templo y le persigue á pedradas. Entretanto continuaba la guerra con vario suceso. Prisco habia destruido un gran número de enemigos en cinco batallas gloriosas. La avaricia del emperador le fue mas dañosa que el valor de los bárbaros. Los soldados piden un aumento de sueldo, y Mauricio lo niega: el ejército que mandaba Pedro se subleva, no hace caso de las órdenes

de su general, marcha á Constantinopla y envia á palacio una diputacion encargada de decir sus peticiones, ó mas bien sus amenazas. El mas atrevido de los diputados era Fócas, oficial de poca graduacion, hijo de una familia oscura de Capadocia, escudero anteriormente de Prisco, y entonces centurion. Su fuerza, brutalidad y pasion á la crápula, le habian ganado el amor de la soldadesca. Un adivino habia dicho á Mauricio que desconfiase de la espada de aquel cuyo nombre comenzase por la letra F. El crédulo príncipe, turbado por esta prediccion, pensó al principio que hablaba de Filipico y llamó á este general, que disipó sus sospechas, y le dijo que si merecia alguna fe el pronóstico del adivino, debia guardarse de Fócas. «Ya le conoces, añadió, es un soldado sedicioso, y tan insolente como cobarde.» Mauricio replicó: «Si es cobarde, será sanguinario.» Entretanto la sedicion crecia: los soldados eligen á Fócas por general. El emperador hablando al pueblo reunido en el circo de esta sublevacion, manifestó despreciarla. La faccion azul le aplaudió, y la verde observó silencio: los rebeldes se acercaron á la capital y ofrecieron la corona á Germano, suegro de

Teodosio, hijo mayor del príncipe. Mauricio mandó matarle, pero Teodosio favoreció su fuga. Al mismo tiempo estalla la revolucion en la ciudad, y la guardia se niega á marchar contra los rebeldes. Mauricio se escapa disfrazado con su muger y sus hijos, y envia el mayor de ellos á Cosdroas, pidiéndole el mismo favor que recibió de él en otro tiempo. Germano no tardó en desengañarse del error á que le habian inducido las proposiciones artificiosas de los sublevados. Sabiendo que la faccion verde se oponia á su elevacion, siguió cobardemente el carro de la fortuna, y se pasó á los reales de Fócas. Este convoca al pueblo y al senado, y finge todavía ofrecer la corona á Germano, que se la devuelve: el rebelde es proclamado emperador por la muchedumbre, y coronado por el patriarca. Entra en la capital, la atraviesa en un carro tirado de cuatro caballos blancos, va al circo, arroja al pueblo grande cantidad de oro y plata, hace celebrar con juegos su coronacion, divide el trono con Leontina su muger, consuma tranquilamente el triunfo del crimen, y este dia deplorable pareció festivo. Los soldados de Fócas persiguen al emperador destronado y le alcanzan en Calcedonia,

adonde habia vuelto su hijo mayor. El desgraciado monarca vió cortar la cabeza á sus cinco hijos, cuya sangre saltó sobre él. Sometióse cristiano resignado al juicio celestial, y bendijo el nombre de Dios á cada hachazo que recibian sus hijos. Despues presentó intrépidamente su cabeza al verdugo, y sufrió sin temor la muerte. Hubiérala evitado á tener en el trono los mismos brios que en el campo de batalla. Mandó los ejércitos con habilidad, comenzó su reinado con sabiduría, le concluyó con debilidad y murió como mártir. Fue llevada su cabeza al tirano: degollaron á Pedro, y Teodosio buscó en vano un asilo en la iglesia: le sacaron de ella y le mataron: Mauricio perdió la vida y el trono el 27 de noviembre de 602, á los 63 años de edad y 20 de reinado. Los cadáveres de las víctimas fueron arrojados al mar, y se espusieron sus cabezas en escarpias á la vista del pueblo y al ludibrio de los soldados.

Fócas, emperador. (602.) La corona cubria los vicios groseros de un soldado feroz: el ejército habia entregado el imperio á un mónstruo, cuyo rostro bastaba mirar para conocer la atrocidad de su alma: sus ojos eran sombríos, su cabello rojo, sus cejas espesas y juntas. La ca-

de la herida, da una batalla á los persas y es derrotado. Al mismo tiempo corrió la voz en Siria de que Teodosio, hijo de Mauricio, vivia aun, y que habian engañado al tirano, entregándole otra víctima. Fácilmente se creyó lo que se deseaba, el descontento acreditó la mentira: Nárses finge estar persuadido de la existencia de Teodosio, subleva sus soldados y se apodera de Edesa. El obispo de esta ciudad, que se oponia á la sedicion, fue apedreado por el pueblo. En todas partes se fomentaban sublevaciones contra el usurpador; y en todas sus vigilantes satélites castigaban la rebelion con numerosos suplicios. Toda virtud, todo mérito eran sospechosos á Fócas. Desechando á los hombres de talento, dió el mando del ejército á Leoncio, gefe de sus eunucos. Cosdroas le venció en una sangrienta batalla, y degolló todos los prisioneros que hizo.

El Asia semejaba un mar de sangre en que se bañaban á porfia Cosdroas y Fócas. Domenciolo, hermano del emperador, no pudiendo vencer á Nárses, le engañó convidándole á una entrevista: el general, sobradamente confiado, creyó en la fe de su juramento, y fue preso y quemado vivo. A pesar del espanto

que inspiraba la tiranía, la indignacion pública multiplicó las conjuraciones. El tirano habia perdonado á Constantina, viuda de Mauricio, y á sus hijas, contentándose con recluirlas en una prision perpétua. Germano, que aspiraba en secreto al trono, quiso valerse del nombre de estas princesas y del respeto que se les tenia: dió órden al eunuco Escolástico para sacarlas de la prision y llevarlas á santa Sofía: el pueblo se subleva en su favor y prende fuego al pretorio. Se creyó que la faccion verde auxiliaria este movimiento; y á haber sido asi, la revolucion se habria logrado. Juan de la Cruz, gefe de dicha faccion, no quiso seguir á los conjurados, y fue muerto por ellos: violencia que irritó á sus numerosos partidarios; arrójanse sobre los rebeldes y los matan. Fócas queria esterminar á los que se libertaron; pero hallaron asilo en la iglesia, y el patriarca de Constantinopla no los dejó salir hasta que el emperador juró sobre los Evangelios perdonarles la vida. Solo Escolástico pereció: las princesas fueron encerradas en un monasterio: á Germano se le obligó á recibir las órdenes sacras, y á Filípico á entrar monge.

Muerte del papa san Gregorio el

grande. (604.) Italia continuaba siendo teatro de una guerra cruel entre el exarca y los lombardos. En 604 la muerte arrebató á los romanos su amado pontífice. Su sucesor Sabiniano no le heredó en las virtudes. Avaro y duro para el pueblo, decia en una ocasion en que la hambre affigia la capital, «que no captaria, como su predecesor, con pan y socorros muy costosos los elogios de la inconstante muchedumbre.»

Fócas habia casado su hija con Crispo, su confidente y cómplice; pero envidioso del poder que él mismo le habia dado, vió con disgusto la imágen de su yerno colocada por el pueblo junto á la suya. El favor del tirano fue pues un gran peligro. Crispo, desfavorecido y muchas veces amenazado con la muerte, escitó los grandes á conspirar contra Fócas: el patricio Teodosio, prefecto de oriente, se unió á él. Constantina los favorecia desde el retiro de su monasterio: su mensagera Petronia, á la cual habia dado una carta para Germano, descubrió el secreto. El patricio, vencido por los tormentos, nombró la mayor parte de sus cómplices, y fueron mutilados antes de recibir la muerte. Germano, la emperatriz Constantina y sus tres hijas sufrieron el

último suplicio. Entretanto los persas estendian sus devastaciones hasta la Fenicia y Palestina: los ávaros hasta la Iliria y la Tracia. Focas, insensible á las calamidades del imperio, solo pensaba en perseguir y esterminar á los partidarios de Mauricio. Crispo, que en la última conjuracion tuvo la habilidad de sustraerse á las sospechas del tirano, buscaba y reunia en África las armas que debian librar el mundo de un mónstruo.

El valiente Heraclio, exarca de aquella provincia, teniendo por lugarteniente al patricio Gregorio, su hermano, juró con él la ruina de Fócas. Su primer paso fue no enviar trigo á las provincias de oriente; y por medio de la carestia prepararon á la rebelion los pueblos de Grecia y de Asia. Crispo les instaba á que apresurasen la ejecucion de su designio; pero mas prudentes que él, aseguraron el éxito con la lentitud. Cada dia aumentaba la demencia de Fócas el odio universal. Para escitar el valor de las tropas contra los persas, que amenazaban entonces el Asia menor, mandó por un edicto insensato poner en el número de los mártires á todos los que pereciesen en los combates. El patriarca de Constantinopla se opuso á semejante es-

travagancia. Los persas vencieron á Domenciolo, y llegaron hasta Calcedonia. El pueblo de la capital, fatigado de un yugo tan despreciable, insultó á Fócas en el circo: el tirano enfurecido hizo matar á muchos, encerrar sus cabezas en sacos, y echarlas al mar. La rabia de la plebe se aumentó con esta crueldad. El senado pareció valiente por desesperacion, é imploró en secreto el auxilio de Heraclio y de Gregorio. Sus preparativos estaban concluidos; pero demasiado viejos para combatir por sí mismos, encargaron al hijo del primero la venganza pública. El jóven Heraclio se embarcó en el puerto de Cartago con muchas legiones, y dió la vela para Grecia. Nicetas, hijo de Gregorio, que debia reemplazar á Heraclio, si este sucumbia, tomó el camino de Egipto con un gran número de ginetes. La impaciencia de Crispo le espuso á los mayores riesgos: habia formado con Elpidio, director del arsenal, y Anastasio, ministro de hacienda, el proyecto de asesinar á Fócas, y proclamar emperador á Teodosio. Anastasio vendió á sus cómplices; pero su infamia no le salvó: su cabeza y la de los conjurados fueron derribadas á los pies del tirano. Crispo solo halló medios para justificarse. Los

vientos favorables no tardaron en conducir á Heraclio á la vista de Constantinopla. Este ilustre conjurado tenia por cómplice á todo el imperio; pero el emperador tenia en su poder rehenes sagrados, como eran su madre Epifania, y Fabia, su prometida esposa. El patriotismo triunfó del amor y de la naturaleza. Continua animosamente su marcha: gran número de senadores se le reunen en Abido: el obispo de Cicico le da una corona de oro: acéptala, atraviesa la Propóntide, llega á Heraclea de Tracia, y su escuadra echa el ancla en la punta de Constantinopla al pie del castillo, que tenia ya el nombre de las Siete Torres. Domenciolo, que mandaba los bajeles de Fócas, se acerca; y el mar agitado es el teatro sangriento, en el cual la fortuna va á decidir la suerte de la tierra. Unos y otros pelearon con encarnizamiento: Domenciolo por no caer en manos del pueblo que le aborrecia: Heraclio por libertar á su madre, á su esposa y al imperio. La victoria del ejército de Africa fue completa. Domenciolo murió: Crispo, prefecto de la ciudad, levantó el estandarte de la rebelion, y al frente de un gran número de ciudadanos vino á ponerse bajo las banderas del vencedor. Al

mismo tiempo un senador, llamado Focio, cuya muger habia ultrajado el tirano, se pone con el patricio Probo al frente de la faccion verde: marchan contra la guardia imperial, ahuyéntanla; y Fócas, abandonado al pie de su sangriento trono, empieza á sentir el terror que tantas veces habia inspirado. Focio coge al mónstruo, le arranca la púrpura que mancillaba, le manda poner una casaca negra, y le conduce á la playa, á vista de la armada, á los pies de Heraclio. Este le dijo: «Malvado, ¿es asi como debiste gobernar el imperio?» «Gobiérnalo tú mejor,» respondió Fócas. A estas palabras olvida Heraclio su dignidad, cede al furor, derriba al tirano, le pisotea, le hace cortar las manos y los pies, y mutilar vergonzosamente; y en fin, cortar la cabeza sobre el puente de uno de los bajeles. Su cadáver, hecho pedazos, fue puesto en las puntas de las lanzas, y entregado á los ultrages del pueblo, con una atrocidad, que todos los crímenes de este mónstruo no justifican. Habia asolado el imperio ocho años. Heraclio entra en Constantinopla, aplaudiendo su triunfo las aclamaciones mas vivas y sinceras. Ofrece el cetro á Crispo, y este lo rehusa diciendo: «He peleado contra mi sue-

gro, no por reinar, sino por vengar á Mauricio y á su familia.» Heraclio, cediendo á los votos del pueblo y del senado, fue coronado al dia siguiente por el patriarca Sergio. Nada faltaba á su felicidad: los objetos de su cariño se habian libertado del furor del tirano. Heraclio vió á su madre en sus brazos, y al subir al trono lo dividió con Fabia, y le dió el nombre de Eudoxia.

CAPITULO X.

Heraclio.

Heraclio, emperador. Victoria de Heraclio en Armenia. Batalla de Ganza. Batalla de Zab. Batalla de Ainadin: Omar, califa. Batalla de Yarmuza. Toma de Jerusalen y Antioquia por los árabes.

HERACLIO, *emperador.* (610.) El imperio, libre de la mas odiosa tiranía, pareció salir de un letargo y recobrar su antiguo amor á la gloria, y á la independencia. Heraclio, semejante á los héroes de Roma, debia ilustrar el trono que acababa de conquistar: sin embargo, ya porque quisiese afirmar su poder antes de estenderlo, ya porque era necesario para desplegar sus fuerzas, tomar disposiciones, y curar abusos, se mantuvo mucho tiempo en un sosiego que la historia

le reprende, y dejó el oriente bajo el yugo de Cosdroas. Al fin reunió las tropas de Africa, Grecia y Asia, con el designio de vengarse de los persas, cuyos ejércitos habian llegado poco antes hasta Calcedonia, y que durante 700 años fueron los enemigos mas formidables de los romanos. El emperador, por deferencia á Crispo, yerno de Fócas, le confió el mando del ejército; y este general, ó traidor ó cobarde, dejó al enemigo saquear á Cesaréa, y talar la Capadocia; pero si huia ante los persas, tenia la vanidad de insultar á Heraclio, diciendo que le debia la corona. El príncipe, con la esperanza de reducirle, pasó á Cesaréa. El altivo general ni aun se levantó para recibirle, le habló como un superior, y se burló de sus proyectos de conquista. Heraclio disimula su resentimiento, vuelve á Constantinopla, y convida á Crispo á venir á la capital para ser padrino de un niño que la emperatriz habia dado á luz. Apenas llega, convoca el emperador el senado, y le pregunta si una ofensa hecha á la magestad imperial merecia mayor castigo que la de un particular. No era dificil prever la respuesta. «¿Y cuál es tu opinion, Crispo?» le dijo Heraclio. Crispo, harto

vano para sospechar que se tratase de él, respondió que semejante crimen no era digno de perdon. Entonces el príncipe, refiriendo sus detracciones é insolencias, y descubriendo sus actos de traicion, probados con testimonios auténticos, dijo: «Yo soy el delincuente; pues creí que un yerno pérfido pudiera ser amigo leal.» Despues de estas palabras condenó á Crispo á cortarse el cabello y entrar en un claustro, donde acabó sus dias. Sus soldados murmuraron: un príncipe débil habria aumentado el descontento con las medidas de rigor que siempre dicta el miedo: Heraclio, hábil y animoso, los llamó á su lado, les confió la guardia de su persona, y de este modo aseguró su fidelidad. Filipico salió del monasterio donde Fócas le habia confinado, y obtuvo el gobierno de Capadocia juntamente con Teodoro, curopalato, y hermano del emperador.

Victoria de Heraclio en Armenia. (613.) Heraclio, antes de salir para la espedicion de Persia, compró en tres millones la alianza del kan de los ávaros, suplicándole que sirviese de tutor á su hijo mayor Heraclio Constantino, al cual dejó la regencia del imperio aunque solo tenia diez años. Recomendó tambien

al principe bárbaro su hijo menor Heracleonas. Al salir de Constantinopla se postró ante el altar de santa Sofía, y dijo al patriarca que ponia la capital bajo la proteccion de la vírgen y la suya.

El ejército de Heraclio, aunque numeroso, no era mas que una mezcla estravagante de africanos, griegos, romanos y bárbaros de todos los paises de Europa. Unos estaban abatidos por los reveses anteriores: otros no inspiraban confianza. El emperador gastó un año entero en ordenar, conocer, ejercitar y disciplinar esta masa informe. Su severidad produjo el arreglo, y su ejemplo resucitó el honor. Las tropas ligeras consiguieron al principio algunas ventajas, y renació la confianza perdida tanto tiempo habia. Sin embargo Heraclio, aun no bien seguro del ejército, tomó una posicion fuerte en el Ponto y se atrincheró en ella. Sárbar, general de los persas, invadió la Cilicia para obligarle á salir de sus fortificaciones. El emperador, sin hacer caso de esta diversion, atravesó la Armenia para entrar en Persia: Sárbar le siguió y le presentó la batalla. Heraclio, habiendo ordenado su ejército como hábil general, acometió al enemigo como soldado valeroso. Su victoria fue

completa; y terminada gloriosamente la campaña, tomó en Armenia sus cuarteles de invierno.

Batalla de Ganza. (614.) Antes de comenzar á pelear en la primavera siguiente, envió embajadores á Cosdroas, y este bárbaro los asesinó. «Ya lo veis, dijo Heraclio á sus soldados: peleamos no con hombres sino con fieras. Atravesando la fértil Asia, talada por estos bárbaros, solo habeis hallado las cenizas de vuestros pueblos y los huesos de vuestros padres. Estos bandidos no respetan ni á los hombres ni á Dios. Armémonos, pues, en defensa de la religion y de la humanidad: venguemos á un mismo tiempo nuestro culto y nuestra patria. Sea la Persia á su vez el sepulcro de sus habitantes. Pero al entrar en sus vastas provincias os vereis rodeados de una multitud innumerable de enemigos, y no tendreis mas camino de salvacion que la victoria. Marchad, persuadidos á que la fuga no puede terminarse sino en la muerte.» Una aclamacion universal respondió á estas palabras. El ejército llegó en pocos dias á Ganza, hoy llamada Tauris, donde estaba el tesoro del rey. Cosdroas cubria la plaza con su numeroso ejército. Heraclio lo atacó impetuosamente y

lo puso en huida, se apoderó de la ciudad y pasó el invierno en Albania. Pero mientras estendia sus conquistas en oriente, Suintila, rey de los visigodos, le quitó las ciudades que aun poseian los romanos en España.

La Persia era un semillero de guerreros, que semejantes á los antiguos partos, se mostraban mas formidables despues de sus derrotas, y parecian renacer de sus cenizas. Sárbar y Sais, reuniendo las reliquias de sus ejércitos, acometieron de nuevo á los romanos. Heraclio, debilitado por la defeccion de los lacios, que habian abandonado sus banderas, evitó muchos dias la batalla, y retirándose, inspiró á los enemigos una confianza imprudente. Los dos generales se separan: el emperador se aprovecha de este yerro: marcha rápidamente por la noche y sorprende á Sárbar en sus reales. Gran parte de la nobleza persiana pereció en este combate. Despues de esta tercer campaña, Heraclio tuvo por conveniente traer al Asia menor su ejército, fatigado por tantas marchas y combates. Atravesó el monte Tauro, el Tigris, la ciudad de Martirópolis, y se detuvo algunos dias en Amida. Allí encontró á Sárbar, que se habia adelantado

para disputarle el paso del Eufrates. Heraclio le engaña con un falso ataque, pasó el rio por un vado y entró en Cilicia: Sárbar le sigue, y le alcanza en las orillas del Saco: allí se dan los dos ejércitos un sangriento combate. Distinguíase entre los persas un guerrero de estatura colosal, que llevaba á las legiones el terror, el desórden y la muerte. Derribando todos los que se le oponian, acomete al emperador. El intrépido Heraclio recibe el choque sin conmoverse, atraviesa al gigante de una lanzada, le mata, pasa el rio, desordena el ejército persa, y lo derrota completamente. Sárbar, que huia sin mas escolta que un desertor romano, dice á este: «¿Ves aquel terrible guerrero, cuyas botas son de color de púrpura, y cuyo brazo aniquila tantos persianos? Ese es Heraclio, tu príncipe: él solo es quien derrota nuestro ejército, y me arrebata la victoria.» Sárbar no se detuvo, ni se creyó en seguridad hasta haber pasado el Eufrates. Los triunfos del emperador no inspiraban al pueblo de Constantinopla ni gratitud ni docilidad; y se rebeló, porque un edicto habia disminuido las distribuciones de víveres, muy prodigadas por el cobarde Fócas. Esta sedicion se disipó por la fir-

meza de la guardia. Cosdroas desesperado queria vengarse ó morir: arma todo su pueblo: hace marchar sus mejores tropas, y entre otras 50.000 hombres que componian *los batallones de oro*, llamados así, porque las puntas de sus dardos eran de este metal. Sárbar, al frente de otro ejército, marchó hácia Constantinopla, amenazada á la sazon por los búlgaros y esclavones; y Razates con otra division quedó encargado de defender la frontera. El emperador, cuya prudencia no se desmentia nunca, opuso tres ejércitos á los del enemigo. Teodoro, uno de sus generales, dió batalla á Sais: una granizada violenta y repentina, que daba de cara á los persas, favoreció el ataque de los romanos. Teodoro consiguió la victoria, y los romanos la atribuyeron al favor del cielo. Sais, derrotado, murió de pesar.

En esta época halló el emperador entre los bárbaros nuevos socorros y nuevos peligros: los cosares, que se decian hijos de Jafet, acababan de presentarse en la escena del mundo, y se hacian temibles por su valor. Bajando de las montañas del Cáucaso, invadieron la Circasia y Crimea. Llamábanse tambien *turcos orientales*, *tauro-escitas* y *cabar-*

dianos. Todavía existen con este último nombre cerca del mar Caspio. Heraclio hizo alianza con ellos, y prometió en casamiento su hija á Ziebel, príncipe de aquella nacion. Sus tribus guerreras marcharon en favor de los romanos, y entraron en Persia por los desfiladeros de Derbent. Pero al mismo tiempo los ávaros, inconstantes como todos los pueblos selváticos, cediendo al oro de Cosdroas, se unieron á los persas, y vinieron con ejército numeroso contra Constantinopla. El kan, que los mandaba, se creia tan seguro de entrar triunfando en la capital, que respondió con desprecio á los senadores encargados de tratar la paz con él: «Rendios á discrecion, ó vuestra ruina es cierta; porque no os escapareis, si no os convertis en pájaros ó en peces.» El valor de Heraclio parecia haberse comunicado á todos sus súbditos: el senado respondió á las amenazas del bárbaro con la antigua altivez romana: todos los habitantes tomaron las armas: cada dia se daban combates sangrientos por tierra y mar; hasta que al fin, viendo los ávaros que todos sus ataques eran infructuosos, y que sus mas valientes guerreros perecian por las máquinas de guerra ó en las salidas continuas de los sitiados, desis-

tieron de su empresa. Los romanos mataron á muchos en la retirada, y sus buques ligeros fueron dispersados ó destruidos por la armada imperial.

Batalla de Zab. (628.) Mientras la capital de oriente se libraba de tan grande peligro, Heraclio penetraba en Asiria y se apoderaba de muchas ciudades; pero cuando mas seguro estaba de continuar sin ostáculos sus conquistas, los cosares, que formaban una parte considerable de su ejército, le abandonaron repentinamente. Los demas soldados, viendo las fuerzas tan disminuidas enmedio de un pais enemigo, desmayaron algo. «No temais, les dijo Heraclio: Dios ha querido alejar á nuestros pérfidos aliados, para que debamos la victoria solamente á él y á nuestro valor.» Continúa atrevidamente su marcha, y llega á la llanura de Zab, cercana á las ruinas de Ninive, donde encontró al ejército de los persas. La batalla fue larga, la resistencia ostinada, la mortandad terrible: de ambas partes se empeñaron todas las fuerzas en una jornada que iba á decidir la suerte de los dos imperios. Las flechas oscurecian el aire, y densos torbellinos de polvo ocultaban entre su sombra los estragos de la muerte. Los odios acumu-

lados en siete siglos parecian exhalar en aquella fatal llanura sus últimos furores. Heraclio, cansado de ver incierta la fortuna durante tantas horas, resuelve fijarla. Animando sus tropas con el ademan y la voz, se precipita como un leon en las filas persianas: derriba con la lanza dos sátrapas valerosos: ve á Razátes, gefe del egército, le acomete, y halla un adversario digno de su valor. El persa hiere con su formidable cimitarra el yelmo del emperador, la sangre corre, y de otro tajo le hace en la pierna una herida profunda. Heraclio termina esta lucha con un golpe mas decisivo, y sepulta su espada en el pecho de Razátes.

La caida de este guerrero es la señal de la derrota de los persas: la mitad de su ejército perece, y los demas huyen, abandonando los reales. Toda Asiria se somete al vencedor. Heraclio marcha á Ctesifonte, reduce á cenizas el palacio del rey, y llega á Dáscara, llamada hoy Dijala, residencia entonces de los reyes de Persia. Cosdroas sorprendido solo debió su salvacion á la rapidez de su caballo. El palacio de Dáscara contenia tantas riquezas, frutos de las conquistas de muchos siglos, que segun dicen los historiadores del tiempo, indudablemente

con exageracion, el botin que hizo Heraclio ascendió á 5.000 millones. El rey de Persia, errante, llega á una cabaña: habia perdido el trono, mas no la crueldad: enfurecido por su derrota, sin fuerzas para restaurar lo perdido, se entrega á la desesperacion, y no pudiendo vengarse de sus enemigos, descarga el enojo sobre sus vasallos. Despacha muchos correos con órdenes para dar muerte á Sárbar y á otros oficiales: estos, indignados de semejante injusticia, se rebelan y pasan á las banderas del emperador. Heraclio, tan moderado en la prosperidad, como el rey de Persia era cruel en el infortunio, le escribió: «Aunque te he vencido y te persigo, no es para destruirte, sino para obligarte á hacer la paz. En otro tiempo la pedí: ahora la ofrezco.» Cosdroas la rehusó con orgullo: vencido, detestado, despreciado, conociendo que el pesar le aproximaba á las puertas del sepulcro, declaró que queria ceder las ruinas de su trono á su hijo segundo Medárses. Pero Siroes, el mayor de todos, que estaba preso en Seleucia de órden de su padre, rompe sus cadenas, arma sus partidarios, reune los restos del ejército, degüella á 24 de sus hermanos, y prende y encadena á su padre. En lugar

de alimento, solo se le servian en la mesa barras de oro, y le condena á morir de hambre, diciéndole estas palabras dignas de un parricida: «Alimentate de ese oro, por el cual has asolado tanto tiempo la Persia y el mundo.» Este mónstruo, elevado al trono por un crimen tan atroz, hizo la paz con los romanos. Diéronse á ambos imperios sus antiguos límites, y se restituyó á Heraclio la cruz en que murió el Salvador, robada por Sárbar del templo de Jerusalen. Siroes murió de allí á poco, arrebatado por la peste, azote quizá menos terrible que un rey tan perverso. El reinado de Cosdroas y el suyo habian destruido el prestigio del respeto que se tributaba en oriente á los soberanos. La Persia fue víctima de la anarquía: en 4 años hubo ocho reyes efímeros. Uno de ellos fue Sárbar. Isdisgerdes, uno de sus hijos, subió al trono y terminó las divisiones intestinas; pero en su reinado cayó la Persia bajo el poder de los musulmanes. Heraclio volvió á su capital á gozar del triunfo mas glorioso que habian visto en muchos siglos Roma y Constantinopla. Entró en un carro tirado por cuatro elefantes: los tesoros de Persia, espuestos á la vista del pueblo, escitaban su entusiasmo, y la cruz su ve-

neracion. Despues pasó á Jerusalen: arrojó de ella á los judios, y llevó sobre sus espaldas el instrumento de nuestra redencion hasta el monte Calvario. En esta ciudad tuvo la noticia del nacimiento de su hijo tercero, y dió audiencia á los embajadores de Dagoberto, rey de Francia, que le felicitaron por sus victorias. Esta época brillante debiera haber terminado la vida de Heraclio. Por desgracia sobrevivió á su gloria, y siguiéndole en la segunda mitad de su carrera, solo tendremos que pintar flaqueza, molicie, y un reinado vergonzoso y funesto. Antes ascendimos con él hasta los tiempos gloriosos de Roma: ahora volveremos á descender á las miserias de Bizancio. Fatigado de combates y harto de gloria, dejó los campamentos y se retiró á palacio: olvidó los soldados y se entregó á los cortesanos, eunucos y monges; y apartando su vista de los peligros que amenazaban al imperio, se dedicó esclusivamente á resolver cuestiones teológicas, y de héroe se convirtió en sectario. Los antiguos señores del mundo, amenazados de los bárbaros por todas partes, jugaban como niños estúpidos en la pendiente rápida que conducia al abismo. Sordos al estruendo de las armas, solo

oian los gritos del circo y las disputas de los heresiarcas, y miraban con tranquilidad que los visigodos los arrojasen de España y los lombardos de Italia. Los francos, tributarios en otro tiempo, estendian en el occidente sus conquistas y afirmaban su poder: los ávaros, esclavones y tauroescitas insultaban y amenazaban á la capital del oriente. Los persas, aunque vencidos, volvian á tomar su actitud formidable: una gran tempestad se formaba en los desiertos de Arabia; y enmedio de todos estos peligros, el emperador solo trataba de conciliar las opiniones de Apolinar, que confundia las dos naturalezas en Jesucristo: de Nestorio, que admitia dos personas: de Eutiques, que solo reconocia una naturaleza; y de los monotelitas, que creyendo dos naturalezas, les daban una sola voluntad. El emperador aumentó la animosidad de estas sectas, queriendo terminar sus disputas con el famoso edicto que publicó en 639 á favor de los monotelitas, y que fue llamado la *Ectesis*. Roma y Africa no le recibieron: la Iglesia se quejó de la usurpacion del trono: las disputas continuaron, y el vencedor de los persas hubo de abrogar su edicto. El furor anárquico de los bárbaros del norte destruia

y dispersaba las últimas ruinas del imperio romano: el oriente, degradado por la servidumbre y enervado por la molicie, aceleraba su decadencia, sometiéndose á la codicia de los cortesanos, á los caprichos de los eunucos, á las locuras del circo, á la demencia de las heregías. En esta época de desórden y debilidad, nacieron y crecieron con rapidez en las arenas del mediodia bajo un cielo abrasador, y enmedio de tribus feroces, selváticas y belicosas, una nueva religion y un nuevo poder, que mudaron la faz de una gran parte del mundo, y que amenazaron subyugarlo todo entero.

Los tronos de la tierra ó cayeron ó se conmovieron peligrosamente á la aparicion de un árabe, á la voz de un falso profeta, á la espada de Mahoma y al grito de sus fanáticos sucesores. La Arabia habia sido independiente desde tiempo inmemorial, y á sus desiertos se habia refugiado la libertad, huyendo de las monarquias despóticas de oriente. Muchas veces invadida y nunca subyugada, resistió á todos los conquistadores y devastadores del mundo. Contra sus rocas se habian embotado las espadas de persas, griegos y romanos: en sus arenas se habian sepultado los ejércitos invasores; y

á pesar de los esfuerzos de Sesostris, Ciro, Alejandro, Pompeyo y Trajano, los árabes, monumento único de los tiempos primitivos, conservaban como un depósito sagrado su libertad y sus costumbres, su valor indomable y sus habitudes pastorales. Mientras al rededor de ellos las repúblicas, los reyes, las naciones y los imperios se levantaban, peleaban, se corrompian, mudaban de costumbres, de leyes y aun de territorio, y caian sucesivamente con célebres ruinas, se veian en las llanuras de Arabia la sencillez patriarcal, los rebaños de Jacob, los camellos de su hermano Esaú y la tienda de Abrahan. La historia habla muchas veces de los árabes en los largos periodos que hemos recorrido; pero casi nunca los describe: todas las revoluciones que refiere parecen detenerse al llegar á esta linde *antigua*; pero su tiempo de felicidad y de ignorancia ha concluido: su inmovilidad cesa: ábreseles el camino de las tempestades, de la gloria y de la dominacion: el fanatismo derriba la antigua muralla que defendia su libertad. Los árabes van á ser sometidos y conquistadores: Dios en su ira les ha dado un señor: enmedio de ellos ha aparecido Mahoma. Volvamos, pues, nues-

tra vista á la Arabia; pues que la historia de este pais va á ligarse inseparablemente durante muchos siglos con la de los otros pueblos, de los cuales estuvo antes separada. La Arabia, colocada entre Persia, Siria, Egipto y Etiopía, es un triángulo de 1500 millas de altura y 700 de base. Este pais, diez veces mas grande que la Francia, alimenta siempre menor número de habitantes que la Borgoña ó la Bretaña. El suelo es árido en la mayor parte, abrasado por un sol ardiente, talado por vientos impetuosos que aterran al viagero, le secan el pecho siempre acongojado por la sed, y lo sepultan entre torbellinos de arena. Las costas del mar son mas felices: gozan de ambiente mas fresco, y presentan aspecto mas risueño. En ellas se ven numerosos rebaños, viñas fértiles y las benéficas palmeras que al árabe fatigado ofrecen sombra, reposo y alimento. Este contraste de aridez y abundancia ha dado origen á la division de la Arabia en Desierta, Petréa y Feliz; y al mismo tiempo produce la estraña union de costumbres hospitalarias y feroces, del espíritu mercantil y guerrero que se observa en sus habitantes. Los usos se han conservado en la misma inmovilidad que las estaciones;

y si los hijos de Jacob pudiesen volver á Arabia, reconocerian aun bajo las tiendas de los beduinos los hábitos, caractéres y fisonomías de los sirvientes y pastores de Abrahan. En sus largas correrías por el desierto, fatigados del cansancio y de la sed, se acuerdan aun de los padecimientos de Agar; y sus irrupciones continuas en los paises vecinos, y su ardor constante para robar á los demas pueblos, parecen venganza de Ismael desheredado. Como la actividad del hombre triunfa en todas partes de los climas y de los elementos, el árabe, condenado á la pobreza, supo encontrar tesoros en su árido pais. El camello, nacido para llevar pesos, organizado para sufrir por mucho tiempo la hambre y la sed, fue por decirlo asi el navio del desierto. El caballo, mas ardiente y vigoroso en estos paises que en el resto del mundo, parece que tiene alas para conducir al hijo de Ismael á la victoria, ó para libertarle cuando le persiguen sus enemigos. Un gran número de cisternas, formadas en medio de los arenales, reunen las aguas del cielo, y hacen el oficio de fuentes y rios que la naturaleza negó á este abrasado clima. En fin, el incienso y el café, buscados tan ansiosamente por el lujo de

las naciones civilizadas, trajeron á Arabia mucha parte del oro de los pueblos ricos; y mientras sus desiertos se cubrian de campamentos numerosos, sus costas se llenaban de ciudades opulentas por el comercio. El puerto de Gidda servia de comunicacion con la Abisinia, y de la roca de Katis salian para comerciar en el golfo pérsico y en las orillas del Eufrates. La famosa ciudad de Meca estaba situada enmedio del camino que va del Yemen á la Siria; y los camellos de Arabia concurrian en gran número á las ferias de Bostra y de Damasco. Las tribus que habitaban en las fronteras de Persia y del imperio, intervenian en las desavenencias de estos dos estados, y aumentaban por medio de guerras estrangeras su influencia, sus bienes y su gloria. Perseguian y robaban sin piedad á los vencidos, y no temian á los vencedores; porque el desierto les servia de asilo, y les bastaba desaguar las cisternas para oponer una barrera invencible á la persecucion de los enemigos.

Los romanos y griegos llamaron á los árabes *sarracenos*, que quiere decir orientales: solo la ignorancia ha podido atribuir á Sara el origen de este nombre: origen que ciertamente no convie-

ne á los descendientes de Agar. Las mugeres, esclavas hoy en este pais, no lo fueron en otro tiempo: al contrario, tenian grande influencia en el ánimo de este pueblo altivo, ardiente y voluptuoso; y aun subieron tal vez al poder supremo. Zenobia, viuda de un príncipe sarraceno, fue reina, emperatriz y conquistadora; dividió el cetro del mundo con Galieno, y disputó valerosamente al célebre Aureliano el imperio y la victoria. María, otra reina sarracena, venció á los romanos, y obligó al emperador de oriente á pedirle la paz. El nombre de rey, que dan los historiadores á los príncipes árabes, puede inducir en error acerca de la forma de su gobierno. La division de estos pueblos en tribus fue causa de que siempre conservasen su independencia, porque esta exige límites estrechos y territorios cortos. En Arabia cada ciudad y tribu tenia sus gefes, llamados *emires* ó *jeques*. Su poder era poco estenso: nada importante decidian sin consultar la junta de los padres de familia; y si por un uso antiguo el mando permanecia en una sola casa, era electivo, y se daba al mas digno. Los fieros árabes, siempre armados, tenian príncipes, mas no señores. Ni aun presenta-

ban á su decision las querellas particulares: estas se resolvian con la espada, y en ningun pueblo se ha mostrado la venganza tan feroz y durable; pues pasaba de una á otras generaciones. Solo las guerras estrangeras, y algunos dias consagrados á fiestas solemnes, suspendian con breves treguas sus eternas hostilidades. Los árabes profesaron primero la religion natural, que heredaron de Abrahan; y aun dicen que el templo famoso de la Meca, llamado *la Caaba*, fue edificado por aquel patriarca en el mismo sitio donde se resignó á sacrificar á Isaac. En este templo, por una supersticion ciega, sacrificaron despues víctimas humanas. Cerca de él muestran el pozo de Agar. Pasados algunos siglos, el sabeismo, es decir, el culto de los astros, de la naturaleza divinizada, y aun de los animales, esparció sus errores en esta antigua cuna de los patriarcas. Siria, Grecia y Egipto poblaron despues con sus dioses la Caaba. Cuando los judíos fueron vencidos por Tito, y dispersados últimamente por Adriano, inundaron la Arabia; y de allí á poco los abisinios, conquistando algunas provincias árabes, introdujeron en ellas la luz del Evangelio. Desde el reinado de Constantino las

sectas perseguidas, como los arrianos, gnósticos, nestorianos, maniqueos y monotelitas, se refugiaron á Arabia: la imaginacion ardiente de sus habitantes, apasionados á la elocuencia, á la poesía, á la fábula y á las armas, acogia favorablemente á todos los que hablaban con entusiasmo, contaban prodigios y sufrian con firmeza grandes infortunios. Así llegó á ser la Arabia en el VI siglo el centro, el refugio, y por decirlo así, el museo de todos los dioses, de todos los cultos, y de todo el entusiasmo del universo. No era posible que durase esta anarquía de tantas opiniones, que se combatian mútuamente. Mahoma nació y la terminó. Los enemigos de este hombre célebre, obligados á ceder á la fuerza de su espada y al ascendiente de su genio, emplearon para saciar su odio el arma de los débiles, que es la calumnia, y le atribuyeron un orígen ruin, sin considerar que con eso añadian nuevo esplendor á su nombre, pues que le señalaban un camino mas largo y difícil, y aumentaban su gloria diciendo que desde el seno de la mas profunda oscuridad se habia elevado á tan alto poder. La verdad es que Mahoma, de la tribu de los koreishitas, nació de la familia de los ha-

cemitas, casa ilustre, cuyos gefes desde muchos siglos habian tenido el honor de mandar los pueblos valientes de Meca, y llevado el título respetable entre los árabes, de *custodios de la Caaba*. Su abuelo Abdul Motaleb se hizo célebre por su valor y generosidad: posecdor de una grande fortuna, usó de ella noblemente, y la empleó en alimentar á los habitantes de la Meca en tiempo de una hambre horrorosa. Los árabes del Yemen estaban sometidos entonces á pagar un tributo al rey de Abisinia. Los koreishitas, despreciando su cobardía, los insultaron, entraron en su pais y lo entregaron al saqueo. Los abisinios vinieron á socorrer á sus vasallos, cercaron la Meca, y pidieron con arrogancia que se les diesen por tributo muchos rebaños, y se les confiase la custodia del templo. «Estos rebaños son nuestros, respondió Motaleb, y sabremos defenderlos: la Caaba es de los dioses, que sabrán castigar á los sacrílegos.» Su valor sostuvo y justificó la entereza de esta respuesta. La victoria se declaró por él: los abisinios huyeron, y los supersticiosos habitantes de la Meca creyeron que los pájaros del cielo habian arrojado sobre el enemigo una lluvia de piedras; porque

naturaleza una organizacion á propósito para el papel que iba á representar: temperamento vigoroso, estatura mediana, cabeza fuerte y hermosa, frente ancha, ojos negros, nariz aguileña, tez encendida, ademan magestuoso, sonrisa agradable, mirar suave pero varonil, fisonomía despejada y bien parecida. Su gravedad imponia respeto, y sus palabras afectuosas inspiraban amistad. Hablaba á sus superiores sin temor, á sus inferiores sin orgullo: tenia gran talento, fantasía fogosa, valor intrépido, espíritu astuto y lleno de artificio, y voluntad inflexible. Fijo siempre en el objeto de su política, jamas se le vió separarse de él ni en palabras, ni en acciones, ni en los negocios, ni en los placeres. Sus meditaciones, ardides, discursos, instituciones y combates se dirigieron siempre á formar de todas las tribus árabes un solo pueblo, reuniéndolas bajo un solo gefe y un solo culto: juntar en sus manos el cetro, el incensario y la espada: mandar sobre la inteligencia de los hombres como sobre sus cuerpos; y en fin, dominar á los sabios por el dogma de la unidad de Dios; á los supersticiosos por revelaciones milagrosas, y al vulgo por la esperanza de los deleites corporales en la otra vida. Mostra-

ba la verdad á los filósofos; prometia la gloria á los grandes y á los valientes, el saqueo á los pobres, y delicias sin fin á los sensuales: en fin, hacia arrostrar á sus numerosos discípulos las austeridades, peligros y privaciones en este mundo, por la perspectiva de los tesoros y placeres de un serrallo celeste. En nombre del cielo condujo sus soldados á la conquista de la tierra. En sus largos viages meditaba tan vastos designios, y se retiraba muchas veces á lo profundo de una gruta, donde decia que Dios le comunicaba sus órdenes por medio del ángel Gabriel.

En el año de 614, á los 40 de su edad, este conquistador hábil, atrevido y entusiasta declaró haber recibido el don de la profecía. «Dios me ha enviado, dijo, para restablecer el culto antiguo en toda su pureza. Abrahan é Ismael, de quienes descendemos, no eran judíos ni cristianos, sino verdaderos creyentes: solo adoraban al verdadero Dios, y no cometieron la impiedad sacrílega de asociarle otras divinidades.» La profesion de fe del mentido profeta era sencilla, como todas las ideas cuyos resultados son grandes, y se reducia á estas pocas palabras: «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma

naturaleza una organizacion á propósito para el papel que iba á representar: temperamento vigoroso, estatura mediana, cabeza fuerte y hermosa, frente ancha, ojos negros, nariz aguileña, tez encendida, ademan magestuoso, sonrisa agradable, mirar suave pero varonil, fisonomía despejada y bien parecida. Su gravedad imponia respeto, y sus palabras afectuosas inspiraban amistad. Hablaba á sus superiores sin temor, á sus inferiores sin orgullo: tenia gran talento, fantasía fogosa, valor intrépido, espíritu astuto y lleno de artificio, y voluntad inflexible. Fijo siempre en el objeto de su política, jamas se le vió separarse de él ni en palabras, ni en acciones, ni en los negocios, ni en los placeres. Sus meditaciones, ardides, discursos, instituciones y combates se dirigieron siempre á formar de todas las tribus árabes un solo pueblo, reuniéndolas bajo un solo gefe y un solo culto: juntar en sus manos el cetro, el incensario y la espada: mandar sobre la inteligencia de los hombres como sobre sus cuerpos; y en fin, dominar á los sabios por el dogma de la unidad de Dios; á los supersticiosos por revelaciones milagrosas, y al vulgo por la esperanza de los deleites corporales en la otra vida. Mostra-

ba la verdad á los filósofos; prometia la gloria á los grandes y á los valientes, el saqueo á los pobres, y delicias sin fin á los sensuales: en fin, hacia arrostrar á sus numerosos discípulos las austeridades, peligros y privaciones en este mundo, por la perspectiva de los tesoros y placeres de un serrallo celeste. En nombre del cielo condujo sus soldados á la conquista de la tierra. En sus largos viages meditaba tan vastos designios, y se retiraba muchas veces á lo profundo de una gruta, donde decia que Dios le comunicaba sus órdenes por medio del ángel Gabriel.

En el año de 614, á los 40 de su edad, este conquistador hábil, atrevido y entusiasta declaró haber recibido el don de la profecía. «Dios me ha enviado, dijo, para restablecer el culto antiguo en toda su pureza. Abrahan é Ismael, de quienes descendemos, no eran judíos ni cristianos, sino verdaderos creyentes: solo adoraban al verdadero Dios, y no cometieron la impiedad sacrílega de asociarle otras divinidades.» La profesion de fe del mentido profeta era sencilla, como todas las ideas cuyos resultados son grandes, y se reducia á estas pocas palabras: «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma

es su enviado.» Las prácticas, á que despues sometió los musulmanes, eran minuciosas é inventadas para el vulgo. Pero el dogma de la unidad de Dios hacia respetable su doctrina á los hombres de juicio. En fin, su paraiso sensual, y la idea del fatalismo, que grabó profundamente en los ánimos de sus discípulos, los convirtieron en entusiastas invencibles. Mientras que Asia y Africa solo presentaban á las miradas del mundo príncipes afeminados, magnates corrompidos, soldados sin vigor, pueblos cargados de tributos y entregados casi sin defensa á las tribus bárbaras y anárquicas del norte, Mahoma establecia y armaba contra ellos un pueblo fuerte, enardecido y belicoso, cuyo valor se fortificaba con toda la aspereza de un clima abrasador, con todo el vigor que inspira el menosprecio del reposo, de las riquezas y de la muerte; y en fin, con toda la violencia del fanatismo. Jamas hubo circunstancias que favoreciesen tanto una grande revolucion. La idolatría era despreciada en todas partes, y la multiplicidad de los dioses de la Caaba habia hecho ridículo su culto. La confusion de las heregías fatigaban el Asia y el Africa: los persas y los romanos solo entendian en

destruirse mùtuamente, y en rechazar á los bárbaros del norte. El entendimiento penetrante de Mahoma midió su siglo, y vió que era llegado el tiempo de los árabes, y que á su vez podian brillar entre los grandes imperios que sucesivamente se habian elevado y destruido. El *islamismo*, ó ley de Mahoma, se comprende toda entera en el libro llamado Alcoran. Dicese que Sergio, monge nestoriano, le ayudó á componerle; y asi se esplica la mezcla que se halla en él de doctrinas judías y cristianas. Segun este libro, «solo hay seis grandes profetas, y son: Adan, Noé, Abrahan, Moisés, Jesus y Mahoma.» El último se llama á sí mismo el mayor de todos. El legislador de los musulmanes, por miramiento á los cristianos, á quienes esperaba seducir, mostró mucho respeto á Jesucristo; y aunque no le reconoció como Dios, declaró que ninguno estaba mas cercano que él á la divinidad. En su libro dice, que los judíos, creyendo darle la muerte, solo hirieron un fantasma, y que su cuerpo subió á los cielos. El arma de Jesucristo para someter los ánimos fue la dulzura: Mahoma se valió de la fuerza. Sin embargo, este impostor era demasiado astuto para emplear al principio este me-

dio violento: mostróse tolerante mientras fue débil, asi como un breve arroyo halaga los muros, y los derriba despues cuando crece. El falso profeta, en sus primeros sermones, decia que solo era enviado para persuadir: cuando sus discípulos formaron un ejército, habló como dueño de las conciencias. Su ley era severa, pero política: segun ella, todo infiel, todo idólatra, participa de los honores, dignidades y privilegios de los árabes, si abraza el culto mahometano: debe morir si quiere defender á un mismo tiempo su religion y su independencia; pero si quiere conservar su fe, sometiéndose al poder temporal de Mahoma, conserva su vida y sus bienes, ejerce libremente su religion, y solo está obligado á pagar un ligero tributo. A la habilidad de este sistema debió el islamismo sus rápidas y fáciles conquistas: el deseo de participar del poder y fortuna de los árabes victoriosos, produjo innumerables conversiones. Los pueblos, oprimidos con impuestos por sus soberanos, se sometieron sin pesar á un corto tributo que les aseguraba la paz, la libertad de conciencia y un protector poderoso. En cuanto á la servidumbre, no hacian mas que mudar de dueño: asi, donde quiera

que reinaba el despotismo oriental, hubo pocos hombres valientes y ostinados que se opusiesen al cetro y á la espada de Mahoma. «Los tributos escesivos, dice con este motivo el célebre Montesquieu, dieron lugar á la estraña facilidad que hallaron los mahometanos en sus conquistas. Los pueblos, en lugar de la serie continua de vejaciones que habia imaginado la avaricia sutil de los príncipes, se vieron sometidos á un tributo sencillo, pagado y percibido fácilmente, y mas felices en obedecer á una nacion bárbara que á un gobierno corrompido, bajo el cual sufrian todos los inconvenientes de la libertad, que solo era un nombre, con todos los horrores de la servidumbre verdadera.» Mahoma fingió que recibia sucesivamente en su caverna las hojas del Alcoran, y que estas descendian del cielo. Encerrólas en una rica cartera de seda. Despues de su muerte publicó Abubecre esta coleccion, de la cual es un milagro para los mahometanos cada versículo. Enmedio de las estravagancias del Alcoran que ofenden la razon de los europeos, y halagan tanto la fantasía ardiente de los árabes, se hallan los preceptos de moral, caridad y justicia que usurpó Mahoma de las doctrinas del cris-

tianismo. Lo que mas debe admirarse en este hombre estraordinario, es la profunda habilidad con que grabó sus leyes, no solo en los entendimientos, sino tambien en los corazones: este es el sello del genio. Confucio, Licurgo, Zoroastres, Numá y Mahoma han sido los únicos legisladores humanos, cuyas instituciones se hayan convertido en costumbres. Los pueblos á quienes dieron leyes, perecian antes que renunciar á ellas, como los judíos y los cristianos. Por desgracia, el culto de Mahoma que inspiraba tanto fanatismo, y al cual estaban reservadas tantas conquistas, tenia un carácter funesto á los progresos de la civilizacion. El cristianismo ilustra y fecunda, el mahometismo abrasa y seca: incita al valor para merecer el cielo, no atiende á la tierra sino para asolarla, y desprecia las letras y las artes; porque adoptado el dogma del fatalismo, ¿de qué sirve aprender y prever, pues nada se ha de evitar? Mahoma decia, que «el Alcoran era increado, eterno, dictado por el mismo Dios; y desafiaba á los ángeles á que imitasen una sola de sus espresiones.» Al principio de su carrera profética, cuando se anunció como apóstol de Dios, se le dijo que probase su mision con prodigios.

«Una religion sin misterios, respondió, no tiene necesidad de milagros: la verdad es su fuerza; pero yo os probaré que la espada de Mahoma tiene tanto poderío como la vara de Moisés.»

El nuevo profeta no tardó en conocer cuan engañado estaba, y cuan en vano pretendia seducir á los árabes sin emplear el prestigio. Aparentó, pues, hacer muchos milagros: sus discípulos creyeron, y aun creen, que sanó enfermos y resucitó muertos: vieron salir agua de entre sus dedos: los camellos le hablaron: una espalda de carnero le rebeló que estaba envenenada por mano de un judío; pero esta revelacion llegó tarde, porque ya habia comido de aquella vianda, y desde entonces sintió siempre los efectos del veneno, que probablemente abrevió su vida. Lo que inspiró á los árabes mas respeto y admiracion hácia él, fue el sueño que tuvo en el monte Zara. El ángel Gabriel le abrió el corazon, sacó de él una gota negra, principio del pecado, y lo llenó de fe y de ciencia. Despues le trajo á *Alborak*, animal misterioso y cabalgadura de los profetas: era una mezcla de asno y mulo, con rostro humano, quijada de caballo y alas de águila. Esta fiera celeste le habla, se ba-

ja para recibirle en su espalda, y le lleva al templo de Jerusalen, donde le reciben Abrahan y Jesus, y halla una escala de luz, por la cual sube al cielo, pasa entre las estrellas, que son unos globos inmensos colgados del firmamento con cadenas de oro, encuentra á Adan y á los ángeles, y ve al grande gallo azul, cuya cabeza está tan lejos de la cola, que se necesitan 500 años para correr la distancia. Los gallos de la tierra repiten sus cantos. Atraviesa despues siete cielos de diamantes, esmeraldas, topacios, záfiros, bronce, oro y jacintos: las legiones de los ángeles, los coros de los profetas hacen cortesía á Mahoma y le presentan tres copas, una de leche, otra de vino y la última de miel: él toma la de leche, y una voz altísima le dijo: «A haber escogido el vino, no hubieras logrado tu grande empresa.» Llega en fin al trono del Altísimo y lee en él esta inscripcion: «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» El Ser supremo le toca con su potente mano; le infundió al principio un frio muy agudo: despues le llenó de una fuerza invencible, y le enseñó todo lo que debia predicar á los hombres. Este largo viage se acabó en una sola noche. Estas son las fábulas que en opro-

bio de la razon humana creyeron las tres cuartas partes del mundo, y que reverencian todavia muchas naciones. Los primeros discípulos de Mahoma fueron su muger y uno de sus parientes. Al fin de dos años su número no llegaba á 50: los koreishitas le escuchaban con desprecio: cuéntase que para confundir su incredulidad, á vista de ellos dividió la luna en dos partes, que fue saludado un árabe por este planeta, el cual giró despues al rededor de la Caaba, entró por el cuello de la camisa de Mahoma y salió por la manga. Recomendó al pueblo largos ayunos, frecuentes abluciones, le anunció la resurreccion de los muertos, le aterró con el espantoso cuadro de su infierno, y halagó su imaginacion con la pintura de su delicioso paraiso. Habiendo reunido un gran número de sectarios en un banquete, Ali, jóven entonces, y el mas ardiente de sus discípulos, declaró que cortaria la cabeza y atravesaria el vientre con su cimitarra al que dudase de la mision de Mahoma y se opusiese á sus designios: el profeta, cuyo reinado debia ser el del terror y del fanatismo, le escogió por su lugarteniente. Sin embargo, Abutaleb, tio del impostor, procuraba con gran solicitud libertar su tri-

bu de los artificios y prestigios de Mahoma; pero como le habia amado, templaba la severidad de los que querian condenarle á muerte como infractor de la ley del pais, y desertor del culto de los dioses. Mas la animosidad de los idólatras fue tan ardiente, que Mahoma tuvo por oportuno sustraerse á sus iras, y huyó: sus discípulos se escaparon á Etiopía. Volvió á su casa por haber recibido la falsa noticia de la reconciliacion de sus enemigos. Abutaleb y Cadija habian ya muerto: él quedaba sin protector, y sus contrarios resolvieron matarle. Advertido de sus designios, segun los historiadores mahometanos, por un ángel, huyó con sus amigos Abubecre y Alí. Le persiguen, le alcanzan: la lanza de un árabe iba á mudar la historia del mundo; pero al son del oro se aleja el hierro: Mahoma le soborna y desarma, y se refugia á Medina. Esta fuga de Mahoma, que se verificó el año 622, es la era religiosa de los musulmanes: llámanla *egira*. Medina da su asilo al profeta. Esta ciudad estaba entonces en guerra civil por las discordias de dos tribus, las de los charegitas y los avesitas, enemigas entrambas de los koreishitas. Reúnense á favor de Mahoma, le juran fidelidad, y le reconocen

por su príncipe y apóstol. Con este auxilio marcha á Koba, y entra triunfante en ella: reúnensele allí 500 fugitivos de la Meca: es proclamado rey y pontífice máximo: permite á los musulmanes cuatro mugeres, y toma doce para sí, declarando haber recibido para ello un privilegio celestial; en fin, denuncia guerra perpétua á los infieles, é inflama el valor de sus guerreros con leyes militares á un tiempo y religiosas. Una de ellas arregla el repartimiento del botin: otra dice que la espada es la llave del cielo, y que una noche pasada sobre las armas vale por dos meses de oracion. El que muera en la batalla queda absuelto y tiene el cielo patente: sus heridas resplandecen como el bermellon, y exhalan el perfume del ámbar.

En el espacio de 10 años sitió 9 ciudades y dió otras tantas batallas. En un combate sangriento contra los koreishitas, enojado de ver indecisa la victoria, invocó el auxilio de los ángeles, tomó en sus manos un puñado de arena y la arrojó á sus enemigos; y al punto, heridos del terror, huyeron desordenados. En otra batalla, Kaleb, que fue despues uno de sus mas celosos discípulos, y que entonces era uno de sus mas ostinados adver-

sarios, hizo retroceder la fortuna del profeta. Al frente de un cuerpo escogido rodeó el ejército musulman, penetró en sus escuadrones y fijó la victoria: Mahoma fue herido y hubo de retirarse. Las mugeres de la Meca, enfurecidas como bacantes, vinieron rabiosas al campo de batalla, y destrozaron ferozmente los cadáveres de los musulmanes. Mahoma animó sus tropas, y honró los muertos colocándolos en el número de los mártires. Acompañado del intrépido Alí, consigue una gran victoria y ahuyenta á 10.000 árabes. Despues llevó su ejército contra los judíos, y logró vencerlos, mas no convertirlos, por lo cual les juró eterno aborrecimiento. La fortuna y el entusiasmo aumentaban todos los dias sus fuerzas: solo la Meca le resistia con ostinacion. Fiando mas, para reducirla, del artificio que de la violencia, propone una tregua, y consigue el permiso de entrar como peregrino para adorar la divinidad en el templo de la Caaba. Su fingida humildad, su elocuencia suave y su ardiente devocion edifican al pueblo: una parte de la muchedumbre se declara en su favor. Kaleb y Amrú abandonan la idolatria: sale con ellos y vuelve al pie de las murallas con 10.00 soldados: to-

dos los votos le llaman, escepto un pequeño número de incrédulos, que proponen en vano la resistencia y el combate; y Aba Sofian, gobernador de la plaza, se ve obligado á presentar las llaves al vencedor. Despues de tan largos odios se esperaban crueles venganzas: Mahoma probó que sabia reinar, y perdonó: solo 40 víctimas fueron inmoladas. Derribó 360 ídolos de la Caaba, y la Meca abrazó el islamismo. No permitió á sus guerreros afeminarse en el reposo, y concluyó la conquista de Arabia. Las reliquias de sus enemigos se reunieron y le tendieron un lazo: cayó en la emboscada, y se vió rodeado de espadas amenazadoras. Sus tropas desanimadas iban á desmandarse: el intrépido Mahoma hace prodigios de valor, alienta su celo, se escapa de un peligro tan cierto, restablece el combate, recobra la victoria, y vuelve triunfante á su capital con 6.000 cautivos y un botin de 24.000 camellos, 40.000 cabezas de ganado lanar y 4.000 onzas de plata. La conquista de Arabia, la reunion de todas las tribus en un solo pueblo, y la dominacion pacífica de los desiertos no bastaban á la ambicion de Mahoma. Meditando la conquista del mundo, escribió á todos los príncipes de

oriente, invitándoles á reconocer su mision, su culto y su ley. Cosdroas despidió con desprecio á su embajador. El profeta le escribió una carta amenazadora, en la cual le anunció la próxima ruina del imperio, y las victorias de Heraclio parecieron el cumplimiento de esta prediccion. Mahoma, habiendo recibido aviso secreto de la muerte del rey de Persia, la anunció á su pueblo, diciendo que un ángel se la habia revelado; y cuando el suceso confirmó la prediccion, ningun incrédulo se atrevió ya á dudar de sus revelaciones. El emperador de oriente recibió con honor al embajador de Mahoma; y los árabes añaden que Heraclio creyó en la mision del profeta é hizo alianza con él. Pero esta buena armonía duró poco: el gobernador de Bostra, lugarteniente del emperador, hizo asesinar á un enviado de Mahoma: este declaró la guerra á los romanos, y fueron vencidos en una batalla cerca de Muta. Se puede juzgar por el principio de esta lid, que duró ocho siglos, del fanatismo heróico que Mahoma sabia inspirar. Enmedio de la batalla Janfar pierde la mano derecha en que llevaba el estandarte sagrado: cógelo con la izquierda: la pierde tambien, y entonces lo estrecha entre sus brazos

hasta que perdió toda su sangre por 50 heridas. El ardiente Kaleb levanta del suelo el estandarte, derriba á los que se oponen á sus golpes, desbarata á los romanos, los persigue, hace en ellos gran matanza, y los árabes vencedores le proclaman unánimemente por su general.

Muerte de Mahoma. (632.) Mahoma, soberano absoluto de todos los paises que se estienden desde el Eufrates al mar Rojo, conservó hasta la edad de 63 años, á pesar de los frecuentes ataques de epilepsia y los efectos del veneno que le habian dado, la fuerza de su cuerpo y el vigor de su genio. Una fiebre que duró 14 dias, terminó su vida el 7 de junio de 632. Pocas horas antes de morir se presentó en la tribuna, que era á un mismo tiempo su cátedra y su trono. «Si he castigado injustamente á alguno, esclamó, me ofrezco á ser azotado por represalias: si he manchado el honor de un musulman, declare mi pecado: si le he robado, cobre de lo mio capital é intereses.» Dió libertad á sus esclavos, dispuso sus exequias y señaló por sucesor, segun unos á Alí, y segun otros á Abubecre. Recomendó tres cosas principales á sus discípulos: «Orar, echar de Arabia á todos los idólatras, y conceder los privilegios de

verdaderos creyentes á todos los hombres de cualquier pais que fuesen, que abrazasen el islamismo.» En fin, declaró que el ángel Gabriel habia venido á despedirse de él, y dió el último suspiro en el seno de Aischa, la mas querida de sus mugeres. Sus últimas palabras fueron estas: «¡Oh Dios! perdona mis pecados: voy á reunirme con mis conciudadanos que están en el cielo.»

Asi terminó su carrera este hombre estraordinario, que con sable en mano al frente de un corto número de árabes, obligando á los hombres á obedecer á un solo dueño y á un solo profeta, recomendando la limosna, profesando la pobreza, tratando como hermanos á los que adoraban sus dogmas, y como tributarios á los que se negaban á creerlos, fundó en pocos años, al resplandor sombrío de las antorchas del fanatismo, el mas grande y formidable imperio del mundo. El poder de sus sucesores hizo progresos, cada vez mayores, mientras reunieron en sus manos los poderes espiritual y temporal: conservaron esta doble mágia hasta mediados del siglo X; pero en esta época, habiendo usurpado el cetro algunos guerreros audaces, los califas, vicarios de Mahoma, no poseyeron mas que la auto-

ridad pontifical, reducida á decidir las cuestiones relativas al dogma, y al estéril honor de ser nombrados los primeros en las preces públicas. En fin, á mediados del siglo XIII, cuando los tártaros tomaron á Bagdad, abolieron el soberano califado. El muftí, que se puso en su lugar, no fue mas que un ministro del culto; y se puede considerar esta época como la decadencia del islamismo, pues entonces se separó del principio que le habia dado fuerza y poder.

El profeta no dejaba hijos varones. Alí, su pariente y yerno, el mas entusiasta de sus discípulos, el mas fogoso de sus guerreros, parecia digno de sucederle; pero Abubecre, suegro de Mahoma, y su primer discípulo, logró por su ancianidad los votos de Omar y de Osman, los mas poderosos de los árabes, y que esperaban reinar despues de él, y fue elegido califa. Esta primer disputa acerca del trono fue despues la causa de un gran cisma y de guerras sangrientas entre persas y turcos. Aquellos sostienen todavia que Alí, marido de Fátima, hija de Mahoma, era el soberano legítimo, y que los tres primeros califas y los príncipes de la dinastía de los Omniades han reinado contra la ley divina y los de-

rechos de los fatimitas. Abubecre justificó la eleccion que en él se hizo, por su actividad, su celo fanático y la rapidez de sus victorias. Reuniéronse bajo su bandera 124.000 musulmanes. Despues de haber hecho que se reconociese su autoridad en toda la Arabia, queriendo aprovecharse de las turbulencias que agitaban la Persia despues de la muerte de Siroes, penetró en el Irak, que es la antigua Caldéa. Algunos príncipes árabes habian fundado allí un pequeño reino, feudatario de Persia. Arzunidoc, hija de Cosdroas, reinaba entonces, y envió un poderoso ejército contra los mahometanos, mandado por Maran. Este general dió la batalla, y fue vencido y muerto: los persas, atribuyendo su desgracia á la reina, la depusieron. Ildigerdes, elevado al trono de Persia, peleó con valor, pero siempre desgraciadamente, contra Kaled y los mahometanos. El califa envió á Siria otro ejército á las órdenes de Obeida. Heraclio encargó á Sergio, uno de sus lugartenientes, la defensa del pais; pero sus esfuerzos fueron vanos, y la táctica de sus tropas no resistió al valor invencible de los árabes. Aischa, viuda de Mahoma, tenia mucho ascendiente sobre el ánimo de su padre, é hizo que se diese

el mando de Siria al famoso Amrú, el cual se hizo dueño de Gaza. Kaled tomó á Bostra y marchó contra Damasco. El genio de Heraclio se eclipsó ante el de Mahoma. Este príncipe, tan belicoso en otro tiempo, en lugar de defender sus estados, dió el ejemplo de la cobardía, y se retiró de Damasco á Antioquía. Su hermano Teodoro, reuniendo todas sus tropas, dió batalla á Kaled cerca de Gabata, y el estandarte del profeta ahuyentó las águilas romanas.

Batalla de Ainadin: Omar, califa. (634.) Heraclio envió otro ejército para oponerse á la marcha de los vencedores. La guarnicion de Damasco, alentada con este socorro, hizo una salida, destrozó un cuerpo enemigo, robó en sus reales un gran número de mugeres sarracenas, y volvió á la ciudad con estos trofeos. El general romano Pedro, que mandaba esta tropa, quiso violar á Kaula, su prisionera y muger de un gefe árabe; pero no tardó en conocer que las musulmanas eran tan fieras y valientes como sus maridos. La intrépida heroina se defiende, coge una cimitarra, las demas mugeres siguen su ejemplo, toman lanzas, se estrechan espalda con espalda, resisten valerosamente á las espadas de los romanos que

las cercan. Esta resistencia ostinada hizo tan duradero el combate, que Kaled llega á tiempo de socorrerlas, desbarata á los romanos, y da la muerte á su general. Poco tiempo despues Teodoro dió á los sarracenos, junto á Ainadin, una batalla que duró dos dias: al fin del primero, estando indecisa la victoria, propuso Teodoro una tregua, durante la cual tendió asechanzas á Kaled para asesinarle. Descubrióse la perfidia, y los sarracenos enfurecidos penetran en el ejército romano, lo obligan á la retirada, lo persiguen y hacen en él grande destrozo. Teodoro reuniendo sus reliquias, quiere probar otra vez la suerte del combate cerca de Emesa; pero los soldados romanos desprecian sus órdenes, se niegan á servir bajo su mando, se sublevan y proclaman emperador á un oficial llamado Baánes; algunas tropas fieles, que acompañaron á Teodoro en su retirada, hicieron falta en el ejército romano. Los sarracenos se aprovechan de la victoria, atacan impetuosamente á Baánes y lo derrotan. Este emperador efímero huyó á ocultar su oprobio al desierto de Sinaí, donde tomó el hábito de monge. El sitio de Damasco continuaba: Tomás, yerno de Heraclio, defendia la ciudad con valor; pe-

ro la traicion de un sacerdote, llamado Jónas, abrió de noche las puertas á Kaled. El general árabe echó de la ciudad á todos los que se negaron á abrazar el mahometismo y á pagar tributo. Implacable en su triunfo, persiguió y dió muerte á todos los fugitivos, incluso el gobernador Tomás. Cuando el débil Heraclio supo la pérdida de esta plaza, esclamó: «La Siria es perdida;» y no sabiendo ni reinar como emperador, ni morir como soldado, salió de Antioquía para Constantinopla.

El dia mismo en que la toma de Damasco añadia tanto esplendor á la potencia árabe, murió Abubecre. Engañado antes que todos por Mahoma, fue sincero apóstol del islamismo. Los musulmanes le lloraron: admiraban su piedad, justicia y humilde sencillez, tanto como su intrépido valor. Los sarracenos conquistaron en su reinado cuatro provincias opulentas, y solo dejó en su tesoro 40 escudos. Los árabes respetaban entonces la pobreza, á imitacion de los antiguos romanos, como el origen de la áspera ferocidad que triunfa de los pueblos afeminados. El oro de Asia fue presa del hierro de Roma; y la púrpura romana se humilló ante las pieles con que

se cubrian los selváticos habitantes del norte. Abubecre, en sus últimos momentos, designó por sucesor á Omar. Este rehusaba el mando, diciendo: «Me basta la gloria, y no necesito del cetro.» «Así será, replicó el califa; pero el cetro tiene necesidad de tí.» Omar obedeció; y subiendo al trono del gefe de los creyentes, tomó el título de príncipe de los fieles, ó *Emir Almumenin*, que los cristianos han desfigurado llamándole *Miramamolin*. Kaled, émulo de Omar, previó su desgracia, y se resignó á ella. Quitósele el mando; y este feroz guerrero, á quien se daba el nombre de Átila musulman, demasiado religioso para resistir á las órdenes del pontifice rey, descendió sin murmurar desde la dignidad de gefe á los empleos mas subalternos; bien que estaba seguro de honrarlos por su terrible cimitarra y su valor fanático.

Entretanto Heraclio, previendo la próxima caida de Jerusalen, y no habiéndose debilitado su celo, fue á la ciudad santa, sacó de ella la cruz del Salvador, y para sustraerla á los ultrages de los sarracenos, la envió á Constantinopla. Los recuerdos de su antigua gloria le hacian mas amarga su presente ignominia. Al llegar cerca de la capital, se detuvo

mucho tiempo en una casa de placer, no atreviéndose á presentarse vencido en el teatro de sus triunfos. Allí recibió aviso de una conjuracion tramada contra su vida. Desde que fue débil, no tardó en ser cruel: creyendo delincuentes por solo sospechas á su sobrino y á su hermano, los condenó á la mutilacion y al destierro. A instancias del senado para que volviese á la capital, mandó hacer un puente de barcas en el Bósforo, atravesó furtivamente la ciudad, y entró en su palacio como un fugitivo enmedio de las tinieblas de la noche. Su fama, muerta en el oriente, vivia aun en el norte. Cuprato, rey de los búlgaros, hizo con él un tratado de alianza. Venció á los ávaros que infestaban la frontera del imperio. Pero nada contenia los progresos de los sarracenos, que devastaban la Siria y la Francia; y como el saqueo podia afeminar sus costumbres que eran su principal fuerza, Omar afirmó su fe, disciplina y valor por medio de la severidad, y castigó rigorosamente á algunos musulmanes que habian bebido vino en Damasco. Abu Obeida, lugarteniente del califa, habia concedido treguas á los romanos, mediante un tributo: Omar le reprendió públicamente esta condescendencia.

Batalla de Yarmuza. (635.) Muchas ciudades de Siria, entre ellas Balbek y Emesa, cayeron en poder de los árabes. Este torrente devastador amenazaba al imperio su próxima ruina. Heraclio, despertado por la inminencia del peligro, junta todas sus tropas de Asia y Europa, y da el mando de ellas á Manuel, general estimado. Omar, sabiendo que 120.000 romanos marchan contra los musulmanes, sube á la cátedra, convoca á las armas todos sus fieles, y envia á Siria numerosos refuerzos. Bien pronto se encontraron los ejércitos: Manuel, antes de confiar el destino del imperio al trance de una lid, quiso entablar negociaciones. En la conferencia que hubo entre los generales, Manuel se admiró de ver á los musulmanes sentados en el suelo, sin querer aceptar las sillas que se les daban. «¿De qué te admiras? le dijo Kaled: este cesped esmaltado de flores es el asiento que Dios nos ha dado, y los tronos mas soberbios no le son comparables en riqueza.»

Los sarracenos querian conquistar, mandar y convertir: los romanos ni podian ni querian someterse: la conferencia fue inútil, y de ambas partes tomaron las armas para decidir con el hierro en

la llanura de Yarmuza esta grande querella. Los sarracenos eran entonces una nacion heróica, y el interes privado desapareció ante el público. Abu Obeida, general de los musulmanes, sabia que Kaled le era superior en talento: sacrificando su amor propio al de la patria, le entregó el mando del ejército, y se puso al frente de la reserva con el estandarte amarillo de Mahoma; y allí, rodeado de las mugeres sarracenas, se empleó en escitar los ánimos de los valientes, y en impedir la fuga de los cobardes. La batalla fue larga y espantosa: el deseo de sostener su gloria antigua alentaba á los romanos: á los árabes, el furor del fanatismo. La victoria estuvo incierta durante dos dias, aunque la habilidad de los flecheros romanos daba á estos alguna ventaja: sus saetas habian muerto á 700 de los musulmanes mas valientes. Los árabes desanimados comenzaban á cejar, cuando repentinamente se arrojan las mugeres sarracenas bajo las órdenes de Kaula, enmedio de los peligros, se ponen al frente de los musulmanes, les echan en cara su cobardia, y les dan valor con su ejemplo. La intrépida Kaula cae herida: Oseira, otra de las mugeres, la libra de la muerte cortando la cabeza al romano que iba

á matarla. El combate vuelve á comenzar en todos los puntos con encarnizamiento. Cuando el éxito era todavía dudoso, un soldado romano, cuya muger habia ofendido un oficial, se entiende con los sarracenos, engaña á Manuel con una falsa noticia, y le indica un vado, «por el cual, decia, puedes rodear al enemigo.» El general cae en el lazo, es atacado de improviso: los mas valientes de sus guerreros se ahogan en el rio: este reves decide la victoria: los romanos, desbaratados en toda la línea, huyen dejando 100.000 hombres en el campo de batalla: la pérdida de los musulmanes fue de 5.000. Manuel fue hecho prisionero, conducido á Damasco y degollado.

Toma de Jerusalen y Antioquia por los árabes. (638.) Los vencedores marcharon á Jerusalen y la cercaron, gritando llenos de fanatismo: «Entremos en la tierra santa que Dios nos ha destinado.» En vano el patriarca Sofronio procuró apartarlos de su intento, diciéndoles que no debian acometer á la ciudad santa. «Por lo mismo que es santa, dijo Kaled, y sepulcro de los profetas, somos mas dignos que vosotros de poseerla.» Sofronio consintió en capitular; pero sola-

mente con el califa. Omar vino al ejército: este altivo conquistador del Asia aumentaba su gloria cubriéndola con la sencillez de un humilde peregrino. Viajaba montado en un camello cargado de dos sacos en que habia cebada, arroz y fruta, con un odre lleno de agua delante y un gran plato detras. Seguíanle dos ó tres criados, con los cuales comia frugalmente. Encontró en el camino algunos sarracenos vestidos con ropas de seda, y los mandó arrastrar por el lodo. Su tienda estaba cubierta con solo pieles de camello como las de un árabe vulgar, sin mas asientos que el suelo. El califa prometió á los habitantes de Jerusalen la vida, la libertad de religion, y la conservacion de sus iglesias; pero les prohibió todas las señales esteriores del cristianismo, como cruces y campanas, y hacer conversiones: los obligó á distinguirse por el trage, y les vedó hablar árabe y llevar armas, les impuso un tributo é hizo que reconociesen su autoridad soberana.

Omar entró en Jerusalen el mes de mayo de 638, acompañado del patriarca, y despues de este triunfo se apoderó de Alepo y sitió á Antioquía. Nestorio, general romano, defendió valerosamente la capital de Siria; pero habiendo sido

derrotado en una salida, cayó la ciudad en poder de los árabes. Al mismo tiempo acometió Amrú á Cesaréa: el jóven príncipe Constantino, despues de haber pedido inútilmente la paz, dió una batalla y la perdió. Los árabes se hicieron dueños de Cesaréa, Tiro y Trípoli, y asi cayó en su poder toda la Siria. La sumision de esta estendida provincia no trajo á ella el sosiego que se esperaba: el azote de la peste sucedió al de la guerra, y causó espantosos estragos: murieron 25.000 musulmanes, á los cuales sobrevivió poco el famoso Kaled. Los sarracenos conquistaron despues la Mesopotamia: el aumento de su poder acrecentaba sus fuerzas, y con ellas su ambicion: el proselitismo reclutaba sin cesar sus ejércitos. Su religion se propagó rápidamente por la espada y las victorias. Omar buscaba un pretesto para llevar á Egipto el alcoran y sus armas. El miedo, que es el peor de los consejeros, movió al patriarca Ciro á presentarle la ocasion que deseaba: con la esperanza de evitar la invasion, prometió al califa una gran suma de dinero que no pudo juntar. Amrú, para vengarse de este quebrantamiento de la promesa, entró en Egipto; y aunque solo tenia 4.000 árabes, ahuyentó

dos ejércitos romanos. Ciro, delirando con el miedo, comprometió la dignidad imperial, ofreciendo por muger al califa una hija del emperador: Omar la rehusó con altanería, y no le dejó mas fruto de su ridícula proposicion que la ignominia. Pelusio y otras muchas ciudades se rinden: Alejandría sufre un sitio: el patriarca amenaza á Amrú con el enojo del cielo y la venganza de los romanos. El orgulloso árabe, estendiendo su mano hácia la columna de Pompeyo, le responde: «Hasta que te la hayas tragado no saldremos de Egipto.» El cerco de Alejandría duró 14 meses.

Heraclio veia con desesperacion que un pueblo nómade, en otro tiempo oscuro y casi ignorado, destruia su gloria y poder, y destrozaba el imperio. No era mas feliz en occidente: la juventud de Aladoaldo, rey de los lombardos, le daba alguna esperanza de acometerle con buen éxito; pero Teodolinda, su madre, sostuvo con firmeza su autoridad. Cuando murió, su hijo, depuesto por los grandes, se refugió á la corte del exarca. Arialdo se apoderó del trono. El exarca, en lugar de aprovecharse de estas discordias, dejó sin auxilio al rey destronado; y corrompido ademas por el dinero de

Arialdo, hizo asesinar al duque de Friul, que se habia armado contra el usurpador. Heraclio, viendo la España perdida para siempre, casi toda la Italia bajo el poder de los lombardos, la Siria, la Palestina y la Fenicia conquistadas por los musulmanes, y Alejandria próxima á caer en sus manos, murió oprimido de remordimientos y pesares. Habia reinado 30 años: sus primeras hazañas resucitaron la gloria del imperio; pero sus brillantes cualidades fueron inútiles por la debilidad de su carácter. Heraclio brilló mientras le favoreció la fortuna; mas no supo luchar contra el infortunio; y este conquistador, cuyo cetro pareció al principio tan poderoso como temible su espada, abatido por la desgracia, cayó sin gloria, dejando un nombre mancillado y un trono vacilante. Su primer hijo Heraclio Constantino, hijo de Eudoxia, tenia á la sazon 28 años; y Heracleónas, hijo de Martina, solo 19. El emperador, antes de morir, mandó que reinasen entrambos bajo la tutela de Martina.

CAPITULO XI.

Constantino tercero. Heracleonas y Constante segundo. Constantino cuarto Pogonato. Justiniano segundo.

Constantino III y Heracleónas, emperadores. Heracleónas y Constante II, emperadores. Incendio de la biblioteca de Alejandría. Conquista de la Liguria por los lombardos: código de Rotáris. Otman, califa. Batallas de Cadesia y Nahavend. Muerte de Ildigerdes y ruina de la segunda monarquia de los persas. Persecucion y muerte del papa Martino. Califado de Ali. Guerra civil entre Moavia y Ali. Califado de Moavia, fundador de la dinastia de los Omniades: usurpacion de Grimoaldo. Espedicion de Constan-

te á Italia. Derrotas de Constante en Italia. Constantino IV Pogonato, emperador. Conquista de Siracusa por los sarracenos. Conquista del Africa por los sarracenos. Batalla del campo de Oucba. Sitio de Constantinopla por los árabes. Derrota de los árabes y paz con Moavia. Yezid, califa. Moavia II, califa. Justiniano II, emperador. Victorias de Leoncio. Justiniano vencido por los búlgaros. Ultima invasion de los sarracenos en Africa. Jusținiano vencido por los árabes. Conquista de la Armenia por los árabes. Usurpacion de Leoncio. Primer dogo en Venecia. Usurpacion de Tiberio Absimaro. Canjuracion de Bardánes. Justiniano II restituido al trono.

CONSTANTINO III y HERACLEÓNAS, *emperadores*. (641.) Los límites del imperio se estrechaban continuamente en la misma proporcion que se aumentaba la autoridad del principe. Para dar el ce-

tró, no se consultaba ya ni al senado ni al ejército: bastaba para la formalidad reunir la plebe, hacerle algunas promesas, leerle el testamento del emperador difunto y mostrarle su nuevo señor. Pero destruidas las bases del imperio, no se apoyaba el poder sino en la rueda móvil de la fortuna, cuya vuelta, tan segura como incierta, le derribó. Despues de la muerte de Heraclio la emperatriz Martina convocó al pueblo, mandó leer el testamento de su esposo, y declaró que en virtud de este acto los dos príncipes reinaban bajo su proteccion. Esperaba aclamaciones, y solo oyó quejas: gritaron de todas partes que para resistir á los terribles árabes, era menester algo mas que una emperatriz y un niño; si se habian de evitar las desgracias de Persia, donde una reina débil no habia podido oponerse á la invasion de los musulmanes; y que los romanos, acostumbrados á saludar con el nombre de emperador á un general victorioso, se envilecerian dejándose gobernar por una muger. Asi la plebe, sumisa en tiempos de prosperidad, fue sediciosa en la época de los reveses. Martina, que al principio pensó reinar sola, segun dicen algunos historiadores, se vió obligada á llamar á los

príncipes: deseaba á lo menos que se eligiese por emperador á su hijo Heracleónas, al cual estaba segura de gobernar; pero el pueblo prefirió y proclamó al hijo de Eudoxia, que habia mostrado mucho valor al frente de los ejércitos.

Las fatigas de la guerra habian debilitado el ánimo y el cuerpo de este príncipe: entregó su confianza á Filagro, tesorero del imperio, hombre codicioso que le estravió con funestos consejos. Mandó desenterrar á su padre Heraclio para tomar una corona de oro que se habia puesto en su sepulcro: obligó al patriarca Pirro á entregar una gran suma de dinero, confiada á sus manos para la subsistencia de la emperatriz. Estos primeros actos de su reinado le hicieron temible y despreciable. Tenia dos hijos, Constante y Teodosio. Filagro le aconsejó recomendarlos á la benevolencia del ejército, y se encargó esta comision á Valentino, escudero de Filagro. En todos estos pasos se descubria la flaqueza, que es precursora de la tiranía y de grandes infortunios. Pero Constantino no tuvo tiempo ni para justificar estos temores ni reparar sus yerros, porque murió despues de tres meses de reinado, segun se creyó, de yerbas que le dieron Pirro y Martina.

Heracleónas y Constante II, emperadores. Heracleónas, dirigido por su madre, se apodera del trono, gana con liberalidades á la guardia, despide á Alejandria al patriarca Ciro, depuesto por Heraclio á causa de su mala conducta con los árabes, y destierra á Filagro á Ceuta, ciudad de la última Mauritania. Sin embargo, Valentino recordaba á las tropas los derechos de los hijos de Constantino. Sublevaronse, pues, á favor de ellos, el pueblo se les unió y pidió á gritos que se diese el cetro á Constante. La guardia resiste en vano: la multitud armada se esparce por las calles, corre enfurecida la ciudad, amenaza el palacio, y saquea la basilica. La emperatriz tiembla, consiente en coronar á Constante, y el patriarca Pirro huye al Africa. Valentino llega al frente de las tropas, se quita la máscara y manifiesta su ambicioso proyecto. Pareció al principio que solo habia tomado las armas para coronar á Constante: ahora exige el título de césar y el mando de la guardia: Martina y su hijo hubieron de consentir en ello. Esta debilidad hizo su ruina mas pronta y segura. Valentino (porque Constante, de once años á la sazon, solo tenia el título de emperador) mandó prender á Mar-

tina y á Heracleónas, y los acusó de envenenamiento. Madre é hijo fueron horriblemente mutilados, y terminaron sus dias en el destierro y en la oscuridad. La regencia de Valentino fue para el imperio una época de oprobio y de infortunios. No gozó por mucho tiempo el titulo de césar: aspirando al de emperador, escitó tres años despues una conmocion popular, y fue degollado por la guardia de Constante.

Un gran desastre hizo célebre el primer año del reinado de este emperador. Amrú, lugarteniente del califa Omar, se apoderó de Alejandría y conquistó todo el Egipto. En aquella ciudad halló tesoros inmensos, 4.000 palacios, otros tantos baños públicos, 400 circos y 12.000 jardines. En su numerosa poblacion se contaban 40.000 judíos que enriquecian el fisco con tributos cuantiosos: los árabes, por conservar la vida, los bienes y la libertad de su culto, les impusieron una contribucion de dos ducados por cabeza. Estas inmensas riquezas hicieron mas rápidas las conquistas de los musulmanes, que solo empleaban el dinero en aumentar sus ejércitos y adornar sus mezquitas. Su religion los obligaba á la pobreza, y no conocian mas lujo que el pu-

blico: todo lo prodigaban por su creencia, su gloria y su patria, y nada quedaba para los individuos.

Incendio de la biblioteca de Alejandría. (642.) Amrú queria proteger las letras y salvar la biblioteca de Alejandría, compuesta de 500.000 volúmenes. Consultado el califa, recibió esta órden feroz: «Si los libros no contienen mas que lo que se halla en el alcoran, son inútiles: si contienen cosas que le son contrarias, son peligrosos. Quémalos, pues.» Amrú obedeció á su pesar: este tesoro de las ciencias antiguas sirvió durante muchos meses para calentar los baños de Alejandría; y asi fue como el fanatismo de un árabe sepultó las luces del antiguo mundo.

Amrú hizo limpiar el canal de Adriano, y lo puso en estado de poderse navegar. La pérdida de Egipto, Siria y Palestina causó en el imperio la mayor consternacion. Constante imploró en vano los consejos de los senadores. Cuando Marco Aurelio, coronado por la victoria, restituyó al senado la libertad de las discusiones, inspiraba un respeto merecido; pero un débil príncipe, despojado, pidiendo consejos tardíos, inspiró solamente una compasion muy semejante al desprecio.

Conquista de la Liguria por los lombardos: código de Rotáris. (643.) Por otra parte, los lombardos hacian contínuos progresos, se apoderaron de Génova, vencieron al exarca Platon, tomaron á Savona, y se hicieron dueños de la Italia septentrional hasta los Alpes. Rotáris, su rey, famoso por sus hazañas, lo fue mucho mas por la abolicion del derecho romano y el establecimiento del código lombardo. Esta legislacion se estendió por el occidente, y los normandos la adoptaron despues. En nuestros dias han estado vigentes muchas de sus disposiciones en el reino de Nápoles.

Hasta Rotáris los lombardos se habian regido solo por costumbres y tradiciones: este rey publicó su código en 643, imitando á Dagoberto que habia reunido para Francia las leyes de los alemanes, francos y bávaros. El derecho feudal europeo tuvo su origen en el derecho lombardo. Los nobles, magistrados y sacerdotes discutian las leyes propuestas por el rey; y segun algunos autores, los diputados del pueblo eran admitidos entonces á esta deliberacion. Despues de la muerte de Ayon, duque de Benevento, su sucesor Rodoaldo estendió las posesiones de los lombardos. Po-

co despues le sucedió su hermano Grimoaldo: este se apoderó del cetro de Milan, despojando de él á Pertarito.

Otman, califa. (644.) El célebre Omar, héroe de los musulmanes, el conquistador de Siria, Egipto, Mesopotamia y parte de la Persia, murió en 644, asesinado por un esclavo. Conquistó, segun Cantemur, 36.000 ciudades ó castillos, destruyó 4.000 templos entre cristianos y gentílicos, y fundó ó reedificó 1.400 mezquitas. El baston de Omar fue mas terrible que la espada de sus sucesores. No quiso dejar el trono á sus hijos, diciendo: «Basta que uno de mi familia tenga que dar á Dios una cuenta tan larga.»

Seis comisarios con poderes suyos eligieron por califa á Otman, guerrero célebre; y que Mahoma alejó del trono, porque preferia los intereses de su familia á los del estado. En su reinado concluyeron los musulmanes la conquista de Persia.

Batallas de Cadesia y Navend. (646.) Saad, héroe sarraceno, ganó á 20 leguas de Babilonia la famosa batalla de Cadesia contra Rustan, general de Ildisgérdes, que le disputó tres dias la victoria. El rey de Persia, vencido, se retiró al pais de Korasan: los árabes cogieron en

Modin sus tesoros. Saad persiguió al desgraciado Ildisgérdes, y le obligó á refugiarse al Turkestan.

Sin embargo, el valiente Rustan, haciendo ilustre su desgracia, convoca á las armas á todos los persas, y al frente de un ejército innumerable, pero que no tuvo tiempo de disciplinar, hace el último esfuerzo para salvar la monarquía. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Nahaven. Los árabes llamaron á esta batalla *la victoria de las victorias*: en el primer choque fueron desbaratados los sarracenos y muerto su general Nooman; pero Godaifa, su lugarteniente, restableció el combate; y despues de una larga resistencia quedaron los persas enteramente destrozados.

Muerte de Ildisgérdes y ruina de la segunda monarquia de los persas. (651.) Ildisgérdes estuvo oculto cinco años en un desierto: un príncipe turco, llamado Turkan, que mandaba 6.000 hombres, le prometió restituirle al trono. Ildisgérdes, cuya soberbia habia sobrevivido á su autoridad, recibió con desprecio las ofertas del gefe de una tribu bárbara. Turkan irritado se liga con los enemigos del persa, abraza el islamismo, y manda cortar la cabeza al rey: con ella

cayó el antiguo imperio de los persas que en lo sucesivo fue una provincia de los califas. Peroso, hijo de Ildisgérdes, se refugió á la China: el emperador le recibió con bondad y le prometió tropas para restablecerle en el trono; pero ó no pudo ó no se atrevió á cumplir su promesa. En Peroso y su hijo se estinguió la familia de los reyes de Persia. Otman justificó por sus yerros las reprensiones de Mahoma. Cuando los generales árabes conseguian victorias, daban sus gobiernos á Abdalá, hermano suyo, que de este modo recogia el honor y la utilidad de todos los triunfos. Despues de la huida de Ildisgérdes, Abdalá mandó en Persia: poco despues le envió á Egipto el califa, y no tardó en arrepentirse. Manuel, general romano, engañando su vigilancia, se apoderó por sorpresa de Alejandría. El invencible Amrú reparó esta desgracia, y recobró aquella capital; pero el injusto Otman dejó á Abdalá el gobierno de la provincia, y por esto se hizo odioso á los sarracenos.

Poco despues se supo que el patricio Gregorio, despreciando la debilidad del emperador de oriente, se habia hecho soberano del Africa. Esta defeccion dió al califa esperanza de recobrar á Carta-

go, y envió contra ella á Abdalá al frente de 40.000 árabes. Gregorio, que tenia 120.000 romanos, le dió batalla cerca de Yacubea: el combate duró todo un dia sin resultado decisivo. La hija de Gregorio, mostrando el mismo valor que antiguamente Clelia, peleaba en la primer fila de las legiones. El cobarde Abdalá se habia quedado en su tienda lejos del estruendo militar, porque se le habia dicho que Gregorio prometia millon y medio y la mano de su hija al que le llevase la cabeza del general enemigo. Al fin tomó el partido de poner en precio la de Gregorio. La batalla se renovó con furor muchos dias; pero en el último choque fue muerto Gregorio de un bote de lanza: los africanos desanimados cedieron la victoria y huyeron, y la belicosa hija del patricio quedó cautiva de Zofeir, lugarteniente de Abdalá. (648.) El emperador Constante, en lugar de despertar con estos reveses y con la pérdida del Africa, solo pensaba en proteger la heregía de los monotelitas, en cuyo favor publicó un edicto que se llamó el *tipo de Constante*. El patriarca Pirro fue á Roma á abjurar la heregía; pero el exarca de Ravena le obligó á retractarse. El papa Teodoro escomulgó al patriarca:

su sucesor Martino reunió en Roma un concilio de 105 obispos, que condenaron la heregía y el edicto del emperador. Entretanto los sarracenos, que aun no disputaban sobre los puntos de su creencia, continuaban propagándola con la espada. Abdalá se hizo dueño de toda la Nubia: otro ejército sarraceno desembarcó en Sicilia: el patricio de Armenia hizo alianza con el califa, y el terrible Moavia se apoderó de Rodas. Dícese que el coloso que cerraba el puerto, escitó el respeto y admiracion de aquel coloso musulman.

Persecucion y muerte del papa Martino. (655.) El emperador Constante, mas irritado por la resistencia del papa Martino que por las victorias de los árabes, encargó al exarca Olimpio que le asesinase; y en castigo de no haber podido ejecutar la maldad, le quitó su destino y le envió á Sicilia á pelear contra los sarracenos. Olimpio fue vencido, y murió del pesar que le causaron sus desgracias y su derrota. Caliópas, su sucesor, fue á Roma, arrestró el furor del pueblo y las amenazas del clero, sacó violentamente al papa de la iglesia en que se habia refugiado, y lo envió á Constantinopla, donde fue juzgado y condenado por sus

enemigos. Se le arrastró por las calles, escoltado por dos verdugos, con una argolla á la garganta, y se le echó en un calabozo. El emperador queria que muriese allí de hambre: el carcelero, mas humano, le dió sustento. El patriarca Paulo, aunque enemigo del papa, consiguió que se le perdonase la vida, y Martino fue desterrado á la playa estéril de Querson, donde acabó sus dias. El clero de Roma le dió por sucesor, primero á Eugenio, y despues á san Máximo, que merecieron tambien la persecucion peleando contra la heregía. Nada podia impedir la caida de un imperio atacado por enemigos tan temibles, y gobernado por un príncipe estravagante, que no oponia ostáculos á los califas, y solo peleaba contra los papas.

El ejército sarraceno atraviesa la Siria y se acerca á Constantinopla. El emperador se ve en fin obligado á defender su corona, religion y libertad: se embarca en la armada, y deja en la capital á su hijo Constantino, su colega en el imperio: las dos escuadras se encuentran en las costas de Licia y se dan batalla: al primer choque se declara la victoria por los mahometanos: sus buques rodean el navio imperial, y lo toman al abordage.

Un soldado napolitano, cuya heróica accion debió haber inmortalizado su nombre, se cubre con los vestidos y ornamentos imperiales, y es cogido y muerto por los árabes, al mismo tiempo que el emperador, disfrazado en trage humilde, se arroja al mar y se escapa en una chalupa.

Califado de Alí. (656.) Parecia que el imperio de los mahometanos iba á elevarse sin rivales sobre las ruinas de Grecia, Roma y Persia. Hasta entonces la reunion de los sarracenos bajo un solo gefe y una sola ley les habia dado una fuerza invencible: su discordia salvó la tierra. Otman justificó por su egoismo las predicciones de Mahoma, y prefirió su familia al estado. Los principales emires, que se hallaban á la sazon en Medina, indignados de ver á Abdalá, hermano del califa, acumular tesoros, honores y mandos, y gozar solo él el fruto de las hazañas de todos, se sublevaron: pidieron su destitucion, y que se diese el mando de los ejércitos al valiente Mahomet, hijo de Abubecre. Para sosegarlos, promete el califa condescender con sus deseos; pero se interceptó una de sus cartas, de la cual constaba que habia enviado un emisario para asesinar á Mahomet.

Entonces no conoció freno su furor: reunen sus partidarios y vuelan á las armas: los del califa se defienden un mes con valor; pero al fin los emires escalan las murallas de la Meca. Mahomet, al frente de ellos, entra en el palacio de Otman y le atraviesa con la cimitarra. En este momento el califa leia con devocion el alcoran; y ni el tumulto del asalto, ni el rumor de las armas, ni la cercanía del peligro pudieron separar su vista del libro sagrado: solo la muerte puso fin á su lectura.

Los homicidas elevaron al califado á Alí, yerno del profeta; pero la célebre Aischa, viuda de Mahoma, siempre ambiciosa y siempre dominante, se declaró á favor de Moavia, y le sostuvo con su numeroso partido.

Guerra civil entre Moavia y Alí. (658.) Las dos facciones se dieron un sangriento combate. Aischa estaba en las primeras filas sobre un camello. En esta batalla perecieron 17.000 árabes: la victoria quedó por Alí. Aischa fue prisionera; pero el respeto de los musulmanes á la esposa preferida del profeta, no se desmintió: acabó sus dias en Medina, tan venerada que aunque prisionera, parecia señora de los vencedores.

Moavia, resuelto á sostener sus derechos y á vengar la muerte de Otman, volvió con 15.000 guerreros á pelear con Alí, que tenia 25.000 bajo sus banderas. Estos dos ejércitos estaban animados con el doble furor de la ambicion y del fanatismo. Hombres tan intrépidos hubieran conquistado la Europa: felizmente se destrozaron entre sí. Dase por seguro que en el espacio de tres meses se dieron 90 batallas. El último combate, dado entre las tinieblas de la noche, terminó la querella: de entrambas partes era igual el encarnizamiento: peleaban cuerpo á cuerpo y en un silencio profundo que aumentaba el horror de la mortandad: daban ó recibian la muerte sin proferir un grito ó un gemido. En fin, cuando los primeros rayos del sol ilustraron aquel campo espantoso, donde solo se pensaba en esterminar ó en vencer, Moavia manda levantar el alcoran sobre cuatro picás, y clama en alta voz: «Sea juez de nuestrà disputa este libro sagrado.»

A estas palabras el furor se estingue, la piedad renace, las cimitarras se detienen y el combate cesa. Los dos partidos nombran árbitros, y buscan en el alcoran el juicio de Dios. La influencia de Amrú decide la interpretacion: los ár-

bitros sentencian en favor de Moavia. El soberbio Alí no reconoce la sentencia, apela á su espada, y desafia á Moavia á una batalla singular. «El brazo de Alí, respondió Moavia, es mas fuerte que el mio, y nunca ha dejado vivo al enemigo con quien ha peleado; pero la cabeza mas fuerte es la que ha de reinar. Soy califa por un juicio irrevocable.»

Califado de Moavia, fundador de la dinastía de los Omniades: usurpacion de Grimoaldo. (661.) La guerra volvió: Moavia se apoderó de Medina y de la Meca: esta discordia civil dejaba respirar á los enemigos del islamismo, y esterminaba sus mas valerosos defensores. Tres musulmanes, indignados de aquellas desavenencias que destruian el estado, se resuelven á ponerles fin con la muerte de los tres gefes principales, cuya ostinacion era causa de las desgracias públicas: el yerro de uno de los homicidas salvó de la muerte al intrépido Amrú: Moavia recibió una herida, de la cual quedó eunuco: solamente Alí cayó bajo el puñal de los conjurados, muerto en la mezquita de Cufa. La Arabia reconoció por califa á su hijo Hasan; pero este, menos ambicioso que su padre, cedió el trono á Moavia, que le prometió

grandes honores, vastas posesiones, y una gran suma de dinero. Firmado el convenio, Moavia, siguiendo la moral de los tiranos, dijo: «Ahora que soy dueño absoluto, revoco las condiciones del tratado: concluido el edificio, se echan abajo los andamios.» Hasan murió envenenado. Moavia, pacífico poseedor del cetro y del incensario, estableció la silla del imperio en Damasco, y fue gefe de la dinastía de los Omniades, que duró cerca de un siglo, hasta que le sucedieron los Abasides. Mahoma se habia jactado de reunir todos los ánimos bajo la creencia de un dogma sencillo, y de evitar las disputas contrarias al espíritu de conquista; pero se engañó. Despues de la muerte de Otman, las versiones é interpretaciones del alcoran eran tan numerosas, que segun dicen los musulmanes, podian cargar 200 camellos. Un sínodo, convocado por Moavia, las redujo á seis libros, y mandó echar al rio los demas; pero estos seis libros dieron orígen á las disputas ostinadas de 72 sectas, de las cuales han llegado dos hasta nuestros dias, anatematizándose mútuamente la de Omar, que domina entre los turcos, y la de Alí, que siguen los persas, tártaros é indios.

El emperador Constante se aprovechó del descanso que le permitian las discordias de sus enemigos. Las derrotas pasadas le hicieron mas dócil á la voz de la razon. Se reconcilió con el papa Vitaliano, se puso al frente de un ejército, conquistó la que hoy se llama Esclavonia, nombró césares á sus hijos Heraclio y Tiberio, construyó una nueva armada para pelear contra los sarracenos, y reunió en oriente fuerzas tan considerables, que pusieron en cuidado á Moavia. Este califa, cuyas fuerzas estaban agotadas por la guerra civil, hizo paces con el emperador; y aun los historiadores griegos aseguran que se sometió á pagarle cada dia un esclavo, un caballo y mil monedas de oro; pero los árabes dicen que esta es una fábula forjada por la vanidad griega. Constante, siempre adicto á su heregía, hizo matar á su hermano Teodoro, que era sacerdote y católico. El remordimiento se siguió al crimen, y envenenó el resto de la vida del emperador. En este tiempo usurpó Grimoaldo, duque de Benevento, la corona de Lombardía. Estaba dividida entre Pertárito y Gundeberto, hijos del rey Ariporto: el uno residia en Milan y el otro en Pavia. Gundeberto queria reinar so-

lo : la ambicion le instigó á cometer una de aquellas faltas que arruinan los estados, y solicitó el auxilio de un estrangero, como era Grimoaldo. Este, dejando en Benevento á su hijo Romualdo, marcha á Milan con el pretesto de socorrer á su aliado; pero en la realidad, para destronar á ambos hermanos. Un traidor, apostado por él, inspira sospechas á Gundeberto, y le aconseja que se asegure, y que cuando salga á recibir á Grimoaldo, lleve bajo el vestido una coraza y un puñal. El pérfido duque lo abraza, y conociendo al estrecharle que está armado, afecta creer que se le tiende un lazo, saca la espada y la hunde en la garganta del príncipe. El matador heredó á su víctima: el terror se apoderó de todos los ánimos. Pertárito consternado huyó de Milan, y dejó allí á su esposa Rodelinda y á su hijo Cuniberto, que fueron encerrados en Benevento. El usurpador casó con la hermana de los dos príncipes despojados por él: elevado al trono por un crímen, sorprendió á sus vasallos cuando le vieron gobernar con tanta dulzura que grangeó el afecto público. El mismo Pertárito, que se habia refugiado en la corte del kan de los ávaros, engañado por las promesas de Grimoaldo, deja su

asilo, vuelve á Italia, es recibido con honor, y llega á Pavía. Al verle se manifiesta el amor que le profesaban los habitantes con gritos de júbilo. El artificioso Grimoaldo le abraza y le trata como á un hermano; pero en secreto jura su perdicion, y resuelve prenderle á la noche entre las alegrías de un banquete. Pertárito, sin recelar nada, convidó á todos sus amigos á cenar con él en su palacio. Un criado leal le avisa la trama urdida contra él. Finge estar oprimido del vino y del sueño: deja sus convidados en la mesa, y se entrega á la fidelidad de Hunulfo, uno de sus antiguos cortesanos. Este le disfraza de esclavo, le pone sobre el hombro algunos colchones, le manda ir delante, le regaña, le amenaza, le pega, y le descuelga de los muros de la ciudad con una soga. Al pie de la muralla encuentra un caballo ligero, huye de su enemigo, y vuela á Francia á buscar asilo en la corte de Clotario III. Entretanto el convite cesa ya muy entrada la noche, los comensales duermen, y el silencio reina en el palacio. La guardia de Grimoaldo llega, y solo encuentra un criado que los retarda, pidiéndoles que no perturben el sueño de su amo. Entran en fin, y enfurecidos de ver que se

les habia escapado su víctima, quieren matar al sirviente animoso; pero Grimoaldo los detuvo, y aun recompensó su fidelidad y la de Hunulfo, al cual obligó á aceptar un grande empleo de palacio. Hablando algun tiempo despues con este nuevo favorito, le dijo: «¿No sois mas feliz conmigo que con un miserable fugitivo?» «Príncipe, replicó Hunulfo, yo os agradezco vuestros beneficios; pero si he de responder con franqueza, mas bien querria participar de las desgracias de Pertárito, que de vuestra fortuna.» Grimoaldo, conmovido de aquella lealtad, que le hacia envidiar al príncipe destronado, envió á Pertárito este amigo fiel, y le permitió llevar consigo todas sus riquezas. Un ejército frances entró en Italia para restablecer en el trono al príncipe legítimo. Grimoaldo, que debió todas sus victorias á la astucia, fingió miedo; y huyó abandonando sus reales, y dejándolos llenos de vino y provisiones. Los franceses se apoderan de ellos, se entregan á la crápula, y se sumergen en la embriaguez. Grimoaldo aparece de improviso, cae sobre ellos y los destroza tan completamente, que solo volvieron á Francia algunas reliquias.

Espedicion de Constante á Italia.

(662.) En este tiempo el emperador Constante, atormentado por sus remordimientos, creia ver á todas horas la sombra de su hermano Teodoro, que le presentaba una copa llena de sangre, y le decia: «Bebe, pérfido hermano, ese licor de que tan sediento estabas.» Esperando que las agitaciones de la guerra restituirian la paz á su corazon, quiere, alejándose, huir del remordimiento y del fantasma: arma sus navíos, anuncia su partida, declara que va á reconquistar la Italia y á devolver á Roma la silla del imperio. «Bizancio, añadia, debe su origen á Roma, justo es respetar á la madre mas que á la hija, y restituirle su antiguo esplendor.»

La idea de Constante era grandiosa; mas para ejecutar semejantes designios era menester otro hombre. Constantino, vencedor y cubierto de gloria, pudo trasladar la silla del imperio: un príncipe débil y vencido, emprendiendo una igual revolucion, solo podía inspirar el odio y el desprecio. Al ir á embarcarse, el pueblo de Constantinopla se subleva, le amenaza, y retiene prisioneros á sus tres hijos y á su muger. La guardia salva al emperador de los furores de la plebe; embárcase, y al partir prodiga á la ciu-

dad donde habia nacido, los denuestos y las imprecaciones.

Derrotas de Constante en Italia. (663.) Pasó el invierno en Atenas, y desembarcó en Italia en los primeros dias de la primavera siguiente. Desde muchos tiempos no se habia visto en aquel pais un emperador al frente de su ejército, y asi su llegada causó grande terror. Tomó por asalto á Luceria, y asentó sus reales á la vista de Benevento. Romualdo, que mandaba en esta ciudad, avisó á Grimoaldo, su padre, del peligro que le amenazaba; y mientras llegan los socorros que pide, se defiende con tanto valor, y hace tan dichosas salidas, que Constante se ve obligado á levantar el sitio. El emperador marcha á Nápoles: un cuerpo de su ejército es derrotado por el conde de Cápua. Otra division romana de 20.000 hombres, mandada por Saburso, tuvo óden de observar á Romualdo; pero el príncipe lombardo le presentó la batalla, y lo derrotó completamente. Desde esta derrota perdió Constante toda esperanza de vencer á los lombardos. Entró en Roma, y no pudiendo presentarse en triunfo, afectó una humildad religiosa. Sin embargo, como la conquista de Italia era imposible, satis-

fizo su vanidad con frívolas apariencias en la antigua capital del mundo, se apoderó del tesoro de todas las iglesias, se embarcó en Regio con este vergonzoso botin, pasó á Sicilia, y fijó su residencia en Siracusa. Ya no podia volver á ninguna de sus dos capitales, siendo despreciado en la una, y aborrecido en la otra. Asi esta empresa mal concebida, cuyo objeto fue restablecer el imperio, aceleró su decadencia. Su debilidad afirmó el poder de los lombardos. Romualdo se apoderó de Tarento y Brindis, y conquistó la Calabria: solo quedaron en el mediodia al emperador las plazas de Gaeta y Nápoles, y algunas ciudades de la costa. Durante esta breve guerra se habia sublevado el duque de Friul: Grimoaldo le venció, le obligó á someterse, abrazó el catolicismo, é hizo alianza con una tribu de búlgaros, cuyas irrupciones se estendieron hasta las mismas puertas de Constantinopla. La gloria y fortuna de Grimoaldo obligaron á Childerico II, rey de Francia, á hacer un tratado con él. Pertárito, consternado, temió que le entregasen á su enemigo, y pensaba en refugiarse á Inglaterra, cuando supo la muerte de Grimoaldo. Este dichoso usurpador dejó la Lombardia á

Garibaldo, su hijo legítimo, y el ducado de Benevento á Romualdo, su hijo natural.

Entretanto el emperador Constante, que nunca supo servirse del cetro ni de la espada, sino para aumentar las desgracias de sus pueblos y la gloria de sus enemigos, entregaba la Sicilia al saqueo, y hacia gemir el Africa con el peso de sus exacciones. Cartago, á la cual amenazaba con su visita, le temia mas que á los sarracenos. Habagio, gobernador de la provincia, se sublevó con una parte de sus tropas, y se pasó al partido de los mahometanos. Moavia, general árabe, y pariente del califa, se aprovechó de una circunstancia tan favorable, entró en Africa, y derrotó 30.000 hombres que Constante habia enviado contra él. Pero el ejército sarraceno, siendo muy poco numeroso, no llevó por entonces mas adelante sus oonquistas. Las disputas religiosas y civiles continuaban destrozando el imperio, atacado al mismo tiempo por tantos enemigos esteriores: el peligro comun no podia producir la union bajo un príncipe incapaz de gobernar ni de combatir. Sapor, oficial persa, escitó una sublevacion en Armenia: el jóven césar Constantino encargó al patricio Ni-

céforo que marchase contra él, y atacase á Andrinópoli, declarada en su favor. Una caida del caballo terminó la vida y la rebelion del persa. El emperador Constante vivió seis años en Siracusa como un tirano, deshonrando el trono, y arruinando el imperio. El odio que inspiraba era ya universal. Un dia que se bañaba, el oficial que estaba solo con él, le rompió la cabeza con una cuba de bronce, y huyó: poco despues entraron los criados, y le hallaron ahogado en el agua y en su sangre. Asi murió á los 38 años de edad y 27 de un reinado infeliz que recordó los vicios y no los talentos de los Dionisios y Agatocles.

Constantino IV Pogonato, emperador. (668.) Desde que se supo en Siracusa la muerte de Constante, los principales gefes del ejército, temerosos de que su hijo vengase en ellos el homicidio, dieron la púrpura á un armenio llamado Miris; y lo que es dificil de creer, en un negocio de esta importancia obraron como escultores mas bien que como conjurados, pues los únicos títulos que reunieron los votos en favor de Miris, fueron su ademan magestuoso, la regularidad de sus formas y la hermosura de su rostro.

Constantino, hijo del emperador asesinado, supo en Constantinopla esta eleccion. Era digno del trono, y no perdió el ánimo: asociado por su padre al imperio, tomó con osadía las riendas del gobierno. La mayor parte de las fuerzas romanas se hallaban entonces en Sicilia, en Africa, y bajo las banderas del usurpador. Constantino, con aquella rapidez que crea los recursos y asegura el buen éxito, levanta tropas en Asia, Grecia, Italia, Cerdeña, y hasta en la misma Africa, equipa una armada, se embarca, llega á Siracusa, aterra á los rebeldes, hace que le entreguen á Miris y á los principales conjurados, y envia sus cabezas á Constantinopla. Solo entre ellos fue llorado el patricio Justiniano: este guerrero, estimado por su valor y sus virtudes, se adhirió á los rebeldes, no por ambicion, sino por el odio que le inspiraban los vicios de Constante. Germano, su hijo, quiso vengarle: su trama fue descubierta, y el emperador lo mandó mutilar. Despues fue patriarca de Constantinopla, y se hizo célebre por su resistencia al emperador Leon, cuando este quiso destruir el culto de las imágenes.

Conquista de Siracusa por los sarra-

cenos. (669.) Despues de sometidos los rebeldes, y afirmado su trono, Constantino volvió al oriente, satisfecho con razon del papa Vitaliano, que le habia favorecido mucho en su brillante espedicion. Cuando llegó á Constantinopla, tributó á su padre los últimos deberes.

En cualesquiera otras circunstancias hubieran bastado su valor y actividad para asegurar su reposo; mas el imperio se hallaba entonces en la pendiente del precipicio, y era imposible levantarlo. Todo lo que se podia hacer era retardar su caida. Apenas la armada del emperador dejó los mares de Sicilia, se presentaron los sarracenos, llamados por algunos traidores, y desembarcaron en la isla. Opúsoseles poca resistencia: estos bárbaros asolaron el pais, tomaron á Siracusa, y se llevaron á sus mezquitas todos los modelos de las artes con que tantos siglos y triunfos habian enriquecido aquella antigua ciudad.

Mientras que las armas de los árabes destruian las fronteras del imperio, su interior estaba destrozado con guerras civiles. Heraclio y Tiberio, hermanos del emperador y condecorados por él con el título de augustos, poco satisfechos de un vano nombre, se quejaban

de no tener parte en el gobierno: muchos cuerpos de milicias que ganaron, se sublevaron en su favor, y por una mezcla sacrílega del crímen con la religion, decian que «así como en el cielo reinaba la santísima Trinidad, la tierra debia ser gobernada por tres emperadores.» Constautino, oponiendo la disimulacion á la hipocresía, escucha con serenidad sus atrevidas reclamaciones, y les dice que para un negocio tan importante era fuerza consultar al senado: exhorta á todos los gefes de la rebelion á que dejen sus banderas y se presenten con él en la junta de senadores que va á convocar. Apenas pasaron el estrecho, cae sobre ellos al frente de su guardia y manda ahorcarlos á todos en la playa. La ignorancia, la barbarie y la superstieion que reinaban en oriente, no se acordaban bien con las luces del cristianismo; y esta religion, que civilizó á tantas naciones, no pudo impedir que los griegos cayesen en las tinieblas. La razon histórica de este fenómeno no es otra sino la intervencion de los emperadores, á título de proteccion, en los negocios de la Iglesia: intervencion que coartó al principio religioso la libertad de que necesita para influir de una manera cons-

ximas brutales del feroz Omar. Esta ciudad fue el asilo de las ciencias y las letras, desterradas del resto del mundo. Hubo en ella una academia célebre; y lo que jamas se hubiera creido, solo los árabes conservaron entonces y estendieron el depósito de las luces, que despues apagaron en oriente sus vencedores los turcos. La gloria de Oucba escitó la envidia, y cayó en desgracia del califa; pero las derrotas de Dinar, su sucesor, obligaron á Moavia á devolverle el mando. Llevó sus armas hasta la Numidia, venció dos ejércitos romanos, atravesó la Mauritania, atacó á Tánger, cuyo gobernador se sometió vergonzosamente, forzó los desfiladeros del monte Atlas, llegó triunfante hasta los últimos confines del reino de Marruecos, á donde nunca penetraron los romanos, aterró con su intrepidez los selváticos habitantes de aquellos paises, y no se detuvo hasta que visitó las playas del océano. Al ver aquel inmenso mar, el ardiente guerrero, espoleando su caballo entre las olas, vibrando la cimitarra, y alzando los ojos al cielo, esclamó: «¡Oh Dios omnipotente! á no ser por la barrera que tú me opones, iria á las naciones que no te conocen, y las obligaria á adorar á ti solo ó

á morir.» Oucba esperimentó la suerte de todos los conquistadores: este torrente, rápido como el rayo, tuvo su corta duracion. Sus victorias le hicieron despreciar á los vencidos. Diseminó sus tropas en aquel vasto pais, y conservó á su lado solo 5.000 hombres. Los romanos temerosos no se atrevian á salir de las fronteras en que se habian encerrado. Kucilé, príncipe moro de la nacion de los berberiscos, emprendió libertar el Africa.

Batalla del campo de Oucba. (671.) Las legiones no tenian gefe: él se ofrece á mandarlas, despierta su valor, las reune, y al frente de 100.000 hombres marcha rápidamente á Cairvan.

El mahometano Dinar, esclavo primero y despues general, y últimamente destituido y preso por Oucba, supo desde su prision los proyectos y la marcha de Kucilé, é informó de uno y otro al general. Oucba le hizo venir á su presencia y le dijo: «Generoso esclavo, tu aviso bastaría para salvar á los musulmanes, á no ser por la imprudencia con que he dispersado mis tropas. Ya eres libre: ve á Arabia á buscar nuevas fuerzas que vuelvan á levantar el imperio del islamismo, mientras que yo voy á morir, porque no es lícito á un general musulman huir de

los infieles.» «Yo soy digno, le respondió Dinar, de la libertad que me das. Yo te aborrezco; pero amo la religion y la gloria: incapaz de huir, moriré á tu lado, á pesar de mi odio.»

Estos dos guerreros fanáticos, al frente de 5.000 árabes, tan intrépidos como ellos, salen al encuentro á los 100.000 romanos y moros que mandaba Kucilé. A la vista del enemigo rompen y tiran las vainas de sus sables: los soldados imitan su ejemplo: se arrojan con el furor de la desesperacion sobre el ejército innumerable que los rodea, los estrecha y los oprime: todos procuran dar la muerte, ninguno evitarla: ilustran su fin glorioso con la mas espantosa carnicería: ninguno se rinde; perecen rodeados de víctimas, y no se acaba la batalla hasta el último suspiro del último musulman. El general sarraceno murió sobre un monton de cadáveres inmolados por su cimitarra. El campo que fue su sepulcro, conserva la memoria de su heróico valor; y si los sectarios de Mahoma hubieran tenido historiadores comparables á los griegos, la gloria del campo de Oucba se hubiera igualado con la de las Termópilas. Sin embargo, la justicia, grabada en el corazon de los hombres, habria

dado siempre mayor interés á la suerte de aquellos griegos generosos, inmolados por defender su patria y su independencia, que á la de unos guerreros feroces, muertos por estender entre mares de sangre el fanatismo de un impóstor y el poder de un déspota. En esta época fue Lombardía teatro de una nueva revolucion: Pertárito, su antiguo rey, volvió al trono con el auxilio de los franceses, derribando al débil Gariberto, que no tenia ni los vicios ni las grandes cualidades de Grimoaldo, su padre. Romualdo, duque de Benevento, no defendió á su hermano; antes bien envió al vencedor su muger Rodelinda y su hijo Cuniberto. Pertárito reinó 16 años, siempre en paz con el emperador y con el exarca. Al mismo tiempo el arzobispo de Ravena y su clero solicitaron hacerse independientes de la iglesia de Roma; pero el emperador Constantino los obligó á someterse.

Sitio de Constantinopla por los árabes. (674.) El califa habia resuelto la destruccion total del imperio. Este terrible enemigo de los cristianos equipó una grande armada y juntó un ejército formidable. Despues de conquistar la isla de Creta y muchas ciudades marítimas del Asia menor, cercó á Constantinopla. El

imperio estaba perdido, si el valor de Constantino no lo hubiese salvado. El terror precedia á los musulmanes; pero la intrepidez del emperador infundió en los habitantes de la capital ánimo y esperanza. A su ejemplo todos los ciudadanos se convierten en soldados: el genio de un sirio, llamado Calinico, favoreció el valor de Constantino y salvó la ciudad. Este inventó el fuego griego, que no podia ser apagado con el agua: arrojábase al enemigo, ya en polvos por medio de cerbatanas, ya en líquido en globos que se lanzaban con las catapultas. Despues se perdió el secreto de esta invencion tan destructora, y se volvió á descubrir en Francia en tiempo de Luis XVI. Este monarca, tan humano como desgraciado, prohibió á sus ministros hacer uso de él, y quiso sepultarlo en silencio eterno.

La ignorancia de los sarracenos en el arte de la guerra contribuyó tambien á la salvacion de Constantinopla. Fieles á su costumbre, mas fuerte entre ellos que las leyes, solo peleaban en el estío, y retirándose por el invierno, perdian el fruto de sus sacrificios anteriores. Este cerco fue memorable por la furia de los sitiadores y la ostinacion de los sitiados. Todos los dias se derramaba mucha san-

gre en terribles combates por tierra y mar. Tres antiguos compañeros de Mahoma escitaban con su ejemplo el valor de los musulmanes. Abú Ayub, uno de ellos, el que dió asilo al profeta cuando se refugió en Medina, murió durante el sitio. Aun se conserva su sepulcro, sagrado para los mahometanos, y cerca de este monumento se ciñen los sultanes el alfange con toda solemnidad cuando ascienden al trono de los otomanos. Yecid, hijo de Moavia, indignado de la resistencia de los cristianos, vino á tomar el mando del ejército. Redoblaronse los esfuerzos: los asaltos fueron mas frecuentes, pero sin mejor suceso: Constantinopla, cercada y separada del resto del mundo durante cinco años, ignoraba lo que pasaba en él; y asi los historiadores griegos casi no cuentan ningun suceso de esta época.

Derrota de los árabes y paz con Moavia. (679.) En fin los árabes, cansados de pelear, exhaustos por la fatiga y desalentados por la resistencia del emperador, levantaron el sitio. Una tempestad dispersó sus bajeles. Su ejército de tierra estaba muy disminuido por tantos asaltos inútiles: Floro, Pecionas y Cipriano, generales de Constantino, lo persiguie-

ron en su retirada, lo alcanzaron y derrotaron. El califa, consternado por estos reveses, concluyó la paz y se sometió á pagar un tributo anual de 3.000 libras de oro, 50 esclavos y 50 caballos de raza árabe: asociacion estravagante que pinta las costumbres de la nacion, colocando en una misma línea los hombres y los animales. Este desenlace imprevisto de una guerra tan peligrosa dió mucha gloria á Constantino. El kan de los ávaros, el rey de los lombardos y el duque de Benevento solicitaron su amistad. A este príncipe se dió el nombre de Pogonato ó *barbudo*, porque habiendo salido de Constantinopla jóven imberbe, volvió al año siguiente con la barba muy espesa. Su gloria era justa; pero en ella como en la de todos los héroes, tuvo alguna parte la fortuna. Un nuevo enemigo, que amenazaba entonces á los sarracenos, no contribuyó menos á salvar el imperio que el valor de Constantino.

Enmedio de los bosques casi inaccesibles que cubren las montañas del Libano, se habian hecho independientes los maronitas, pueblo fiero y belicoso. Estos selváticos guerreros hicieron entonces frecuentes invasiones en Persia, Siria y Arabia, llevando á todas partes el estra-

go y la muerte, y volvieron con usura á los sarracenos todos los males que habian hecho en los años anteriores á los romanos. En nuestros dias hay en aquel pais un corto número de maronitas protegidos por el príncipe de los drusos. El temor de sus armas y la necesidad de rechazarlos obligó al califa á hacer la paz con el imperio. Este, rodeado de enemigos, nunca gozaba largo descanso. Sus fronteras fueron invadidas por los búlgaros. Teodorico los habia vencido en otro tiempo junto al Boristenes y pasádolos al Danubio. Estos bárbaros, siempre errantes, se estendieron por la Dacia, las dos Pannonias y las playas del Ponto Euxino. Aliados al principio con los esclavones y ávaros, riñeron con ellos, fueron vencidos y echados del pais, y pidieron asilo á Dagoberto, rey de Francia. Este príncipe los engañó, y les puso una emboscada en que perecieron 9.000 de ellos. Los demas volvieron al oriente: Justiniano reprimió sus correrias, y se sometieron al kan de los ávaros. Al fin del reinado de Heraclio, Cuprato, su rey, se hizo independiente, arrojó á los ávaros del pais, y obtuvo en el imperio la dignidad de patricio. Sus hijos repartieron sus conquistas: el mayor se estable-

ció junto al Volga, el segundo en las orillas del Tanais, el cuarto en Pannonia y el quinto en Italia con los lombardos. El tercero, llamado Asperuch, fue el mas célebre, y fundó el nuevo reino de los búlgaros, que durante tres siglos asolaron el imperio con guerra perpétua. Este príncipe fijó su residencia cerca de las bocas del Danubio. Los búlgaros fueron acusados por los griegos de las mas feroces crueldades y de los vicios mas infames; y asi su nombre, alterándose, ha llegado á ser una injuria grosera, y tan obscena que no es permitido citarla.

El emperador dirigió su ejército contra ellos; mas habiéndole obligado un ataque de gota á alejarse de sus reales, sus soldados creyeron que huia, y el terror pánico se infundió en las legiones. En vano sus gefes solicitan reunirlas: se desmandan y dispersan. Los búlgaros asustados al principio de verlas tan próximas, cobran ánimo, las persiguen, matan mucha gente, se apoderan de la plaza de Varna, inundan y asolan los paises vecinos, y se establecen en fin en una posicion casi inespugnable, defendida al mediodia y al occidente por el monte Hemo, al norte por el Danubio, y al oriente por el Ponto Euxino. Desde allí hicie-

ron incursiones en Francia; aumentaron sus fuerzas incorporándose con los esclavones, y obligaron al emperador, que ya no tenia ejército, á pagarles un tributo anual para comprar la paz.

Yezid, califa. (680.) El estruendo de las armas y los peligros del imperio no suspendian las disputas religiosas. El oriente estaba siempre dividido por la heregía de los monotelitas: los patriarcas de Constantinopla y de Antioquía la sostenian: todo el occidente la desechaba, y reconocia dos naturalezas y dos voluntades en Jesucristo. El emperador quiso aprovecharse del intervalo de paz para restablecer la concordia en la Iglesia. El papa Agaton, con el designio de favorecer su intencion, le envió legados, y le escribió una carta que prueba la rapidez con que á la sazon se estendian por el occidente las tinieblas de la ignorancia. «No esperes, le decia, hallar en nuestros legados la elocuencia del siglo, ni aun la ciencia perfecta de las Escrituras: ¿cómo hubieran podido adquirir y conservar algunas luces enmedio de los horrores del saqueo, de los destrozos, de las invasiones y del ruido perpétuo de las armas, mucho mas viéndose obligados á ganar su alimento con el trabajo de sus manos?

Los bárbaros invaden el patrimonio de las iglesias: nuestros obispos no han podido conservar otra cosa sino el tesoro de la fe: la guardan en la sencillez de su corazon, tal como nos la han trasmitido nuestros padres, sin añadir ni quitar nada (1).» El emperador convocó á su palacio el sesto concilio general, en que 165 obispos condenaron el monotelitismo.

Este mismo año murió el califa Moavia, gefe de la dinastía de los Omniades. Habiendo adquirido el trono por la perfidia, se mantuvo en él por la justicia, se hizo célebre por su habilidad y conquistas, y amable por su clemencia. Siendo jóven todavía, Mahoma adivinó su genio, y le predijo su alta fortuna. Hizo hereditario el trono de los califas, que antes era electivo. Sucedióle su hijo Yezid, incapaz y poco digno del cetro; pero se hizo estremamente despreciable á los mahometanos, porque violando sus leyes y costumbres, se entregó á la embriaguez, amaba la música y vestia de seda. Sus espediciones se limitaron á la conquista de la Bucaria. Siguiendo las pisadas de los tiranos, deshonró á su propia herma-

---

(1) Labbé, *tom. 7 de la Colec. de Conc. edic. de Venecia, pág.* 655 *y* 707.

na, y condenó al suplicio muchos gene- rales ilustres. Un rebelde, llamado Moc- tar, le quitó la Persia: Medina se suble- vó contra él; y aunque Mahoma habia amenazado con la venganza celestial al que llevase sus armas sacrílegas contra la ciudad que fue su asilo, Yezid despre- ció el precepto, y la sitió, tomó y saqueó. La Meca se habia declarado á favor de los rebeldes. Yezid la sitió y no pudo to- marla; pero antes de retirarse arrojó fue- go á la célebre mezquita de Mahoma y la dejó abrasada.

Moavia II, califa. (683.) Este prín- cipe cruel é irreligioso murió despues de tres años de reinado. Su hijo Moa- via II, devoto musulman, debia suce- derle. Consultó á Omar sobre lo que ha- bia de hacer, y este le respondió: «Rei- na con justicia ó renuncia al destino de vicario del profeta.» El escrupuloso ca- lifa, mas asustado con el gravámen de la corona, que satisfecho con su es- plendor, convocó el pueblo, y le dijo: «Mi abuelo Moavia usurpó el trono: mi padre Yezid no se ha mostrado digno de él: yo no quiero responder de vosotros cuando aparezca en la presencia de Dios. Dad el califado á quien querais.» Los príncipes de la familia de los Omniades,

enfurecidos de ver que iba á escapárseles el trono, atribuyeron la abdicacion de Moavia á los consejos de Omar: se arrojaron sobre él, y le quemaron vivo. Querian obligar á Moavia á que reinase; pero la peste terminó esta contienda y su vida. Dos concurrentes disputaron el trono: Mervan, de la familia de los Omniades, se apoderó de Damasco y del Egipto: Abdalá, de otra familia, quedó dueño de Arabia, Irak y Siria. Mervan fue vencido por Abdalá, y poco despues murió de la peste: su hijo Abdelmelic sostuvo sus derechos, y recobró la Meca; pero Abdalá, favorecido por Moctar, le disputó siete años la corona.

Estas discordias, que entretenian y debilitaban á los árabes, dieron algunos años de tranquilidad al imperio. Constantino, cuya salud era cada dia peor, creyó que debia afirmar el poder de Justiniano y Heraclio, sus hijos, poniéndolos bajo la proteccion de la Iglesia. Hízoles cortar los cabellos, que envió al papa Benedicto II, como prenda de su sumision á su padre espiritual. En el año 685 murió Constantino de disenteria. Su reinado duró 17 años, y no careció de gloria; pues impidió la ruina del imperio. Este principe hizo una nueva divi-

sion de sus estados en veinte y nueve *te-*
mas ó porciones : el oriente tenia diez y
siete , y el occidente doce.

Justiniano II, emperador. (685.)
Justiniano , al subir al trono , pudo dar
esperanzas de un reinado tranquilo y
glorioso. Todas las circunstancias le eran
favorables. Los maronitas peleaban con
los sarracenos : el rey de los lombardos,
fatigado de las pasadas tempestades, solo
pensaba en gozar de la paz ; y asi se po-
dian emplear todas las fuerzas del impe-
rio en alejar de las fronteras á los búlga-
ros y ávaros; pero el nuevo príncipe te-
nia 16 años de edad , mucha presuncion,
pocos talentos y ningunas virtudes.

Victorias de Leoncio. (687.) Declaró
la guerra á los árabes : el patricio Leon-
cio , gefe de sus ejércitos , consiguió al-
gunos triunfos , que podrian asegurar la
posesion de la Siria , á haberse sabido
aprovechar de ellos; mas se contentó con
el saqueo de la Armenia y de la Media,
y con la paz que el emperador concedió
al califa. Poco despues cometió un cri-
men , cuyas consecuencias fueron muy
funestas para los romanos. Habia fingido
aproximarse á los maronitas para defen-
derlos ; pero envidioso de las hazañas de
Juan , su príncipe , le convida á un ban-

quete, le asesina, y con esta maldad libra á los musulmanes de su mas cruel enemigo.

Justiniano vencido por los búlgaros. (688.) Justiniano, siempre deseoso de emprender guerras, que no sabia concluir, marcha al frente de sus tropas contra los búlgaros, les gana una batalla, y se vuelve á su capital para gozar en ella de su efímera gloria. Su ejército marchaba descuidado, y fue sorprendido y cercado por otro cuerpo de búlgaros, que esterminaron la mayor parte de las tropas romanas. El emperador habia anunciado que entraria como triunfador en Constantinopla, y entró como fugitivo.

Ultima invasion de los sarracenos en Africa. (691.) Los sarracenos, libres de la guerra con los maronitas, y no temiendo ser atacados por el emperador, á quien los búlgaros acababan de vencer, invadieron por la cuarta vez el Africa. Zobeir, su general, ataca al intrépido Kucilé, le vence y mata, entra en Cairvan, y marcha contra Cartago. Pero cuando creia terminar su conquista con la toma de esta capital, desembarca un ejército numeroso, enviado por Justiniano, pelea con los árabes, y despues de un largo combate logra la victoria. Zobeir no

sobrevivió á su derrota, y pereció en el campo de batalla. Los romanos que habian comprado su triunfo á costa de mucha sangre, menos orgullosos por su victoria, que atemorizados del valor sarraceno, no saben aprovecharse de sus buenos sucesos: se embarcan y retiran vergonzosamente, como si fuesen ellos los vencidos.

Entonces acabó en Arabia la larga guerra civil que la destruia: Abdalá y Moctar murieron peleando el uno contra el otro, y Abdelmelic quedó único dueño del imperio de Mahoma. El emperador le abandonó la isla de Chipre. En el reinado de este califa se acuñó la primer moneda musulmana: su inscripcion era: «Dios es el Señor:» porque hasta entonces no se habian servido los árabes sino de la moneda romana; y esta costumbre lisonjeaba la vanidad de los emperadores, que afectaban ver en ella una señal de dependencia, y un vestigio de sumision.

Justiniano vencido por los árabes. (692.) Apenas supo Justiniano que el califa tenia moneda diferente de la suya, herido en su orgullo, rompió la paz. Habia cedido á Chipre sin resistencia, y declaró la guerra por un motivo frívolo.

Marcha á Cilicia al frente de su ejército: encuentra á los sarracenos, y les da batalla. Los árabes empezaban á cejar, cuando Mahomet, su general, halló medios para regalar una aljaba llena de oro á Nébula, que comandaba 20.000 esclavones auxiliares del ejército imperial. Nébula, sobornado, se pasa á las filas de los árabes: esta desercion aterra á los romanos, y se desmandan: el emperador les da el ejemplo de la fuga, y llega enfurecido á Nicomedia. Este príncipe débil, tan ardiente para la venganza, como desmayado en el combate, reune los padres, mugeres é hijos de los esclavones, y los manda arrojar al mar. La victoria de Mahomet libertó al califa del tributo que pagaba al imperio. Abdelmelic hizo poco despues el censo de sus vasallos, y les impuso un tributo llamado *carat*, que gravitaba principalmente sobre los cristianos, y lo han pagado hasta ahora en oriente.

Conquista de la Armenia por los árabes. (693) El emperador renunció al mando de los ejércitos, y convocó un concilio en Constantinopla. Establecióse en él que los sacerdotes casados conservasen sus mugeres. El papa Sergio se negó á confirmar esta decision, y el empe-

rador irritado dió órden á su escudero Zacarías de prender al pontífice. El ejército de Ravena le defendió, y Zacarías, perseguido por las tropas y el pueblo, no halló asilo sino debajo de la cama del papa, que, digno vicario de Jesucristo, le salvó la vida.

Los sarracenos, no encontrando ya obstáculos para sus conquistas, se apoderaron de la Armenia. El emperador edificaba palacios, y viéndolos se consolaba de la ruina del imperio. La insolencia y crueldad de sus ministros era superior á todo encarecimiento. Estévan, gefe de sus eunucos, amenazó con azotes á Anastasia, emperatriz madre: diariamente perecian los hombres mas virtuosos en los suplicios: en todas partes se manifestaba el odio y el desprecio que se tenia á Justiniano.

Usurpacion de Leoncio. (695.) Este príncipe, tan cruel é insensato como Neron, formó el proyecto de matar á todo el pueblo de Constantinopla, y encargó á Ruscio, comandante de la guardia, la ejecucion de esta órden atroz; pero el patricio Leoncio, que iba á salir á Grecia, cuyo gobierno tenia avisado de que en esta provincia le esperaba el puñal de un asesino, resolvió dar fin á la

tiranía. Dos monges astrólogos le animan para este designio, y le prometen la corona. Arma á sus criados, va por la noche al pretorio, dice que detras viene el emperador, prende al prefecto, abre los calabozos, libra los presos, llama al pueblo á las armas, y manda al patriarca que hable en su favor á la muchedumbre. Toda la ciudad resuena con el grito unánime de *muera Justiniano*. Huyen todos de él: su palacio se convierte en una soledad: su guardia le abandona: es preso, encadenado y conducido al Hipodromo. El pueblo pedia su muerte; pero Leoncio, que debia su fortuna al padre del emperador, le salvó la vida. Se le cortaron las narices, y se le desterró á Querson: tenia entonces 25 años, y habia reinado nueve. Leoncio fue proclamado: á pesar de cuanto hizo para reprimir los furores de la plebe, todos los ministros de Justiniano fueron arrojados á las llamas. Esta revolucion no escitó turbulencias en el imperio: el gobierno era propiedad, no de los ciudadanos, sino de los palaciegos, y la mudanza de tirano era muy indiferente para las provincias siempre esclavizadas.

En estos dias fue Ravena teatro de un espectáculo espantoso. Segun una

antigua costumbre la juventud de esta ciudad, dividida en dos tribus, peleaba los domingos tirándose piedras con hondas; porque siempre las diversiones de los romanos fueron imágenes de la guerra. La tribu vencida dió un convite á sus adversarios segun el uso, y durante la comida los asesinó infamemente. La plebe enfurecida vengó este delito con no menos crueldad, y degolló á todos los culpables.

Primer dogo en Venecia. (697.) Mientras que estas matanzas, las sediciones de Roma, las devastaciones de los lombardos y las conquistas de los árabes alejaban del imperio todo descanso y felicidad, las islas de Venecia eran un asilo á donde se acogian los hombres huyendo de los bárbaros del norte y del mediodia, y de los comandantes imperiales, no menos feroces.

Estas pequeñas repúblicas fueron gobernadas muchos años por tribunos; pero en 697 la necesidad de reunirse para resistir á las invasiones estrangeras, las decidió á formar un solo estado, y á elegir un duque, al cual dieron el nombre de dogo. El primero que ascendió á esta dignidad fue Paulo Lucas Anafesto, llamado por el pueblo Paoluccio: el em-

perador aprobó esta eleccion. Para sostener y reconocer en apariencia la soberanía imperial, obtuvieron por mucho tiempo los dogos grandes empleos en el palacio de Constantinopla.

Usurpacion de Tiberio Absimaro. (698.) La guerra contra los musulmanes continuaba siempre. Alid, general sarraceno, taló el Asia menor. Hasan, gobernador de Egipto, entró en África, y tomó á Cartago á escala vista. Los berberiscos y romanos juntaron un numeroso ejército; pero Hasan los venció, y se hizo dueño de todas las ciudades de la provincia, escepto Hipona, á la cual dieron los árabes el nombre de *Bona.* El emperador encargó al patricio Juan la reparacion y venganza de estas pérdidas. Este general desembarcó en África y recobró á Cartago; pero los sarracenos volvieron con nuevas fuerzas, arrojaron del pais á los romanos, dispersaron su escuadra, entraron por la última vez en aquella ciudad, redujeron todos los habitantes á esclavitud, se llevaron todas las riquezas, y arrasaron todos los edificios. Así desapareció bajo la espada de un árabe la antigua competidora de Roma. El ejército romano despues de su derrota desembarcó en Grecia; y te-

miendo que el emperador castigase su cobardia, cobró atrevimiento con este miedo, se rebeló, degolló al patricio Juan, su general, y proclamó emperador á un oficial llamado Absimaro, que tomó el nombre de Tiberio III. El usurpador, sin perder tiempo, condujo sus buques á Constantinopla, desolada entonces por la peste. Los habitantes de la capital, que amaban á Leoncio, resisten al principio á Tiberio; pero los gefes de la guardia estrangera le abren las puertas. El emperador, llevado delante de su rival, fue encerrado en un monasterio y mutilado. En nuestros dias se reprenden estos actos feroces, estas mutilaciones frecuentes en los príncipes otomanos, y acusamos de ellos al islamismo; cuando no son mas que imitaciones de la barbarie de los emperadores de oriente, y de los antiguos reyes de Persia y Siria. Tres vicios han infestado casi siempre á los pueblos orientales, la molicie, la superstición y la crueldad.

Tiberio III envió contra los sarracenos á su hermano Heraclio, que hizo la guerra con felicidad, pero con barbarie. Desoló la Siria en lugar de libertarla: no perdonó ni á sexo, ni á edad, é hizo morir en la esclavitud ó

en los combates mas de 200.000 árabes.

Conjuracion de Bardánes. (702.) La frecuencia de las revoluciones inspiraba á los ambiciosos el deseo y la esperanza de reinar. Bardánes, hijo del patricio Nicéforo, vió á un águila volar sobre su cabeza, y creyó que este presagio le prometia el imperio, conspiró, fue descubierto, y el emperador le mandó cortar el pelo, azotar con varas é ir desterrado á la isla de Naxos.

El trono de los lombardos no estaba mas tranquilo que el de Constantinopla. Luitperto, nieto de Pertárito, fue destronado por su primo Lamberto y degollado con toda su familia, escepto Luitprando, príncipe jóven, á quien se perdonó por su falta de salud, y que despues reinó con gloria. Roma sufria la autoridad de los emperadores sin ser protegida por ellos. Los exarcas eran tan temidos en aquella ciudad como los lombardos. Teofilacto, uno de estos exarcas, escitado por sola la devocion, queria ir á Roma á visitar el sepulcro de los apóstoles: el pueblo, creyendo que su intento era prender al pontífice, se subleva: todas las tropas, hasta las del exarca, se unen á la plebe: prorumpen en amenazas contra el emperador: llenan

de ultrages á su lugarteniente: este magistrado se justificó, mas no pudo lograr que se castigase á los calumniadores. Poco tiempo despues el duque de Benevento devastó la Campania, sin que las tropas imperiales se atreviesen á impedírselo. Solo el pontífice pudo desarmarle con su firmeza, habilidad y sacrificios pecuniarios. Desde entonces los romanos miraron á los pontífices como sus únicos gefes y protectores; y este fue el origen del poder temporal de la santa Sede; origen mas respetable que el de la mayor parte de las monarquías, fundadas por la conquista ó la usurpacion. En Asia continuaba Heraclio haciendo la guerra á los árabes con vario suceso. Una nueva revolucion que sobrevino en el imperio, cambió su suerte y agravó sus infortunios.

Justiniano II restituido al trono. (706.) Justiniano, desterrado en Querson, solo respiraba venganzas. Lejos de abatirse por su desgracia, hablaba como amo á los habitantes de aquel pueblo: estos, irritados de su orgullo y de sus amenazas, habian resuelto matarle. Justiniano lo sabe y huye á la corte del kan de los cosaros, que habitaban las playas de la laguna Meótides. El kan le recibió

con honor, y le dió en casamiento á su hermana Teodora. Tiberio, sabida la fuga de Justiniano, prometió al kan una gran suma de dinero, si se le entregaba aquel príncipe destronado: el bárbaro consintió en el trato, y encargó á dos oficiales que llevasen su cuñado á Constantinopla; pero Teodora descubre la alevosía, y la revela á su marido. Justiniano ahoga á los dos traidores que iban á prenderle, se embarca, naufraga cerca de la embocadura del Danubio, halla un asilo en la corte de Terbelo, rey de los búlgaros, y le promete su hija con la mitad de los tesoros del imperio, si le socorre en su adversidad. Terbelo le da 15.000 hombres: Justiniano marcha con ellos á grandes jornadas, llega á la vista de Constantinopla, y sorprende á Tiberio, á quien habian engañado con la falsa noticia de la muerte de su rival. Justiniano habla á los ciudadanos que estaban en las murallas: promete reinar con justicia y olvidar lo pasado, y le responden con insultos é injurias. Pero en medio de la noche le introduce un traidor por un acueducto que habian descuidado guardar: penetra en la ciudad: el pueblo inconstante y la guardia infiel abandonan á Tiberio, y le prenden cuando

intentaba huir. Justiniano se presenta en el circo: hace venir á los emperadores Leoncio y Tiberio cargados de cadenas, y les pone los pies sobre las gargantas por todo el tiempo que duraron los juegos. El pueblo, digno de semejante espectáculo, aplaudia á su ferocidad, cantando este versículo de un salmo: «Caminarás sobre el áspid y el basilisco, y hollarás al leon y al dragon.» Despues de haberse gozado en la humillacion de sus víctimas, les mandó cortar la cabeza; como tambien al hijo de Tiberio. Heraclio, que habia peleado con gloria contra los árabes, fue ahorcado de la almena de un castillo.

Nada podria ser mas terrible y calamitoso para el imperio que el restablecimiento de un principe destronado, enviado al destierro y mutilado, porque era entregar el cetro á la venganza. En casos semejantes, solamente los hombres de genio saben vencerse á sí mismos y domar sus resentimientos. La crueldad de Justiniano escedió á la de Neron: la sangre de sus enemigos inundó las plazas públicas: mandó sacar los ojos al patriarca Calinico: añadia el insulto á la crueldad; y como en otro tiempo se adornaban las víctimas para los sacrificios, él

colmaba á las suyas de honores el dia antes de su condenacion, les daba las primeras dignidades del estado, recibia sus hacimientos de gracias, y las enviaba al suplicio. A muchos hizo arrojar al mar, metidos en costales. Terbelo, rey de los búlgaros, preguntaba entonces con mucha razon: ¿cómo los romanos, sometidos á semejante mónstruo, se atrevian á llamar bárbaros á los otros pueblos? Para probar á su vil protegido el justo menosprecio que le inspiraba, despues de haber hecho que le cediese una parte de la Tracia, le llama á una conferencia, pone sobre la tierra un escudo grande, lo rodea con su látigo, manda al emperador que llene de oro aquel círculo insultante y la mano derecha de cada soldado búlgaro, y la izquierda de plata. ¡A tal abatimiento condujo á los romanos la depravacion de sus costumbres! El emperador pidió y obtuvo de los cosaros su muger Teodora. Como era ingrato y cobarde, declaró la guerra á los búlgaros, y huyó apenas se acercaron. El califa Abdelmelic habia muerto: sus cuatro hijos reinaron sucesivamente despues de él. Los sarracenos continuaron sus devastaciones y se apoderaron de Tiana.

La Italia, aunque lejana, no estuvo

libre de los furores de Justiniano. Como los patricios de Ravena habian celebrado su caida del trono, dió órden al exarca Teodoro para que los reuniese en su casa bajo diferentes pretestos, y se los enviase á Constantinopla, donde perecieron en los mas horribles suplicios. El papa recibió tambien órden para pasar á la capital de oriente y llegó á ella á tiempo que el feroz Justiniano daba órden á sus lugartenientes para pasar á cuchillo á todos los habitantes de Querson. El animoso pontífice empleó en vano sus ruegos para impedir esta matanza: ni la humanidad ni la religion tenian poder sobre el corazon endurecido de aquel príncipe feroz; pero en el momento en que comenzaba la ejecucion sanguinaria, Bardánes, enviado á Querson para morir con los demas, se subleva, da de puñaladas á los comisarios del emperador, reune los habitantes del pais, los cosaros abrazan su partido, y es proclamado emperador con el nombre de Filipico. Justiniano, informado de esta rebelion, envia á Querson una armada bajo el mando del patricio Mauro, con órden de arrasar la ciudad y arar su recinto; pero los cosaros le obligan á retirarse. El emperador se pone al frente de los soldados que le quedaban, y de

3.000 ginetes que le envió el rey de los búlgaros, se acampa entre Calcedonia y Nicomedia, y se adelanta hasta las playas del Ponto Euxino para observar los movimientos del ejército de Querson. Allí supo que su armada se habia sublevado, y que Filipico, ocultándole su marcha rápida, era dueño de Constantinopla, donde habia hecho morir á Tiberio, hijo de Justiniano, al pie de los altares, que no le sirvieron de asilo. El furor del tirano se exhala en inútiles quejas: sus mismos soldados proclaman á su rival. El quiere huir: le prenden, le cortan la cabeza, y la llevan á Filipico, que envió á Roma este vergonzoso trofeo, digno de yacer junto á los huesos de Neron. Este horrible reinado, que no puede escribirse sino con letras de sangre, habia durado seis años.

CAPITULO XII.

Filípico. Anastasio segundo. Teodosio tercero. Leon tercero. Isaurio. Constantino quinto Copronimo. Leon cuarto. Constantino sesto Porfirogéneto. Irene.

Filipico, emperador. Anástasio II, emperador. Conquista de España y de la Sogdiana por los árabes. Teodosio III, emperador. Leon III, emperador. Sitio de Constantinopla por el califa Soliman. Levantamiento del cerco de Constantinopla. Conquista de Cerdeña por los sarracenos. Edicto de Leon contra el culto de las imágenes. Conspiracion de Cosme. Victoria de los venecianos

contra los lombardos. Gregorio III, papa. Division primera de la iglesia griega y latina. Conspiracion de un impostor. Constantino V Copronimo, emperador. Rebelion de Artabaso y batalla de Sárdes. Ruina de la dinastía de los Omniades. Ruina de la dinastia de los Merovingios en Francia. Victoria de Pipino contra los lombardos. Desiderio, rey de los lombardos. Muerte del papa Estévan. Victoria de Constantino contra los búlgaros. Embajada de Constantino á Pipino. Carlo-magno, rey de Francia. Muerte de Carlo-magno. Adriano, papa. Guerra de Adriano con Desiderio. Ruina de la monarquía de los lombardos. Leon IV, emperador. Constantino VI Porfirogeneto, emperador. Séptimo concilio general. Prision de Irene. Conjuracion de Irene. Irene, emperatriz. Establecimiento del nuevo imperio de occidente.

FILIPICO, *emperador*. (711.) Apenas Filipico ascendió al trono, se mostró indigno de él por su incapacidad. La paz se habia restablecido en la Iglesia, y la turbó de nuevo, declarándose á favor de la heregía de los monotelitas. Los emperadores confiaban el gobierno de Roma á un duque nombrado por el exarca. El que obtenia entonces esta dignidad, fue destituido; pero el pueblo le sostuvo, y no quiso recibir á su sucesor. Los dos partidos se dieron en Roma una sangrienta batalla. El papa y los sacerdotes, con la cruz y el Evangelio en la mano, se arrojaron entre los combatientes, los separaron, y por su influjo pusieron fin á la sedicion que no hubiera reprimido por sí sola la autoridad imperial. El poder de la tiara, aun en los negocios temporales, era ya mayor que el de la corona; y se debe confesar, que con justísima razon. El emperador se veia amenazado á un mismo tiempo por los árabes que asolaban el Asia, y por el rey de los búlgaros que se habia puesto en campaña con el pretesto de vengar á Justiniano. En ninguna parte se oponia á los enemigos una resistencia honorífica. El príncipe, insensible á los reveses del impe-

rio, se entregaba en su palacio á las mas vergonzosas liviandades, y robaba las mugeres á los maridos, y las religiosas á los conventos.

Los ejércitos carecian de todo: el tesoro público se agotaba en pagar espectáculos y fiestas. Un reinado tan débil y despreciado no podia ser de larga duracion. El patricio Jorge, que mandaba el ejército de Tracia, forma una conjuracion: Rufo, oficial determinado, se encarga de ejecutarla él solo. Entra en la capital el dia que se celebraba el nacimiento del emperador. Despues de los juegos del circo, el príncipe dió un gran banquete á su corte: todos se entregaron á la alegría, y se bebió con esceso. El atrevido Rufo aguarda al momento de la completa embriaguez, se apodera del emperador que estaba dormido, lo cubre con su manto, lo lleva al Hipodromo, le saca los ojos y lo encierra en un monasterio; habia reinado 17 meses. La historia no vuelve á hablar de él, y sepulta en el profundo olvido de que nunca debió salir, á este débil monarca. Despues de esta pacífica y corta revolucion, se juntó el pueblo, y eligió emperador á Autemio, primer secretario de estado, apreciado por su virtud. Cuando ascen-

dió al trono, tomó el nombre de Anastasio II. El primer acto de su poder fue rigoroso y dictado por la justicia y la política. Aprovechándose de la traicion, castigó á los traidores, y condenó al patricio Jorge y á sus cómplices á la misma pena que habian impuesto á Filipico.

Anastasio II, emperador. (713.) El reinado de Anastasio fue corto: no dió mas que esperanzas, y dejó grande sentimiento. Como todos los príncipes prudentes, separó lo espiritual de lo temporal, y en materias de fe no reconoció mas autoridad que la de la Iglesia. Constantinopla se sometió al papa: Roma recibió sin murmurar el duque que le envió el emperador. Anastasio escogió para ministros hombres justos, y para generales guerreros hábiles y esperimentados. Entre estos se distinguia Leon, cuyo nombre fue célebre despues, y que ya se abria un camino para el trono con sus hazañas y talentos.

Habia nacido de una familia pobre de Isauria. En su infancia se le llamaba Conon. Sus padres vinieron á Tracia á hacer el tráfico de ganado. Conon se alistó por soldado y tomó el nombre de Leon. Justiniano estaba á la sazon en guerra con los búlgaros y carecia de víveres: Leon

consiguió de su padre 500 carneros, y los condujo él mismo al emperador. El príncipe, agradecido á este servicio, y admirado de la nobleza que se notaba en las facciones del jóven soldado, le alistó en su guardia y le hizo ascender rápidamente. En la corte de Justiniano la desgracia seguia pronto al favor. El emperador, envidioso del valor de Leon, le envió al pais de los alanos para moverlos á hacer guerra á los ávaros: le encargó que les prometiese cuantiosos subsidios, y le negó los medios de cumplir la promesa. Leon evitó el lazo, y sin comprometer su palabra, logró el objeto de su mision. Al volver supo que el ejército romano estaba en huida: éntrase con 50 alanos por las montañas, reune 400 fugitivos, se pone á su frente, desbarata una division enemiga, toma una fortaleza, se apodera de algunos bajeles, se embarca para Trebisonda, y cuando llegó á Constantinopla, encontró reinando á Anastasio.

Conquista de España y de la Sogdiana por los árabes. (715.) Los sarracenos reunian entonces todas sus fuerzas contra el imperio, y Anastasio las suyas para resistirles. En esta época murió el califa Valid, célebre por la conquista de España, y la de Samarcanda y otros paises

orientales del Asia, donde habia llegado hasta India. Su hermano y sucesor Soliman echó abajo los inmensos bosques del Líbano para construir una escuadra formidable. Anastasio envió á las costas de Fenicia muchos buques ligeros con el fin de apoderarse de aquella madera de construccion ó destruirla. Juan, gefe de la espedicion, era á un mismo tiempo diácono y tesorero general del imperio. Cuando la escuadra se reunió en el puerto de Rodas, las tripulaciones se rebelaron contra el general y lo asesinaron. La sedicion se estendió á las tropas de tierra, cuyo comandante sufrió la misma suerte. Los rebeldes, no esperando perdon despues de tales crímenes, proclamaron emperador á un oficial llamado Teodosio. Este se escapó á las montañas, huyendo del grave peso con que querian gravarle; pero fue perseguido, preso y obligado á aceptar el cetro, sopena de la vida.

Conducido, ó mas bien arrastrado por los rebeldes, en los cuales reinaba á su pesar, se acerca á Constantinopla. Anastasio se retira á Nicea y convoca las tropas del Asia; pero abandonado de su escuadra, los enemigos le sitian en aquella plaza. El emperador hace una salida, da

batalla, la pierde y deja en el campo 7.000 de sus mas valientes soldados, al mismo tiempo que otra division del ejército rebelde entra en Constantinopla. Anastasio, sabedor de este suceso, capitula á condicion de que se respete su vida, la del patriarca y las de sus amigos. Se desnuda de la púrpura, toma el hábito de monge, y se presenta á Teodosio, el cual cumplió fielmente la capitulacion, exigiendo solo que el príncipe depuesto recibiese las órdenes sacras. Anastasio reinó dos años y medio: valeroso, clemente, sabio y virtuoso, era digno del imperio; mas el imperio no lo era de él.

Teodosio III, emperador. (716.) Las cualidades que se estimaban en Teodosio, eran la devocion, la modestia y la bondad, que habrian hecho perfecto á un particular, pero que no bastan á un príncipe. Le faltaban las que son mas necesarias para reinar, el talento y el vigor. Su primer acto fue un tratado vergonzoso con los búlgaros. Bajo este débil monarca se completó la ruina de la disciplina y la corrupcion de las costumbres. Leon, que mandaba entonces las tropas de oriente, no quiso reconocer al emperador. Con el pretesto aparente de vengar á Anastasio, y con la intencion

verdadera de sucederle, ofreció la mano de su hija y un gran destino á Artabazo, general de las tropas de Armenia, el cual prometió favorecerle en su empresa. Muselima, hermano del califa Soliman, ocupaba la Galacia con un ejército sarraceno, y juzgando la ocasion oportuna para debilitar el imperio, sembrando en él la discordia, escribió asi á Leon: «Sé que eres digno del trono: ven á conferenciar conmigo: te ayudaré á subir á él, y despues ajustaremos una paz útil á entrambas naciones.» Leon le respondió que no creeria ni en sus promesas ni en sus intenciones pacíficas, si el califa Soliman, que sitiaba á Amorio, no consentia en suspender sus ataques contra aquella plaza. Soliman le prometió levantar el sitio apenas llegase, y le dió su palabra en prenda de su seguridad. Leon, animado de aquella osadía que es madre de la fortuna, parte intrépidamente con 300 caballeros para presentarse al califa: los sarracenos le salen al encuentro formados en batalla hasta una milla de sus reales, y le saludan augusto: los habitantes de Amorio, desde lo alto de sus murallas prorumpen en las mas alegres aclamaciones por la prosperidad del nuevo emperador.

Sin embargo, á pesar de apariencias tan favorables y en desprecio de la fe jurada, el califa estrecha é los sitiados. Leon rompe las conferencias y quiere partir; pero tres mil ginetes árabes le cortan la retirada, y sabe al mismo tiempo que Muselima se acerca con su ejército. Disimulando, pues, su designio, pide al califa permiso para conferenciar con aquel general. Soliman consiente en ello; pero le da una escolta cuatro veces mas numerosa que el destacamento romano de su guardia. Leon se pone en marcha como un prisionero; pero cuando hubo perdido de vista el campamento árabe, grita á los suyos: «Camaradas, es fuerza acometer á los enemigos y no contarlos. Ataquemos á estos infieles: Dios peleará por nosotros.» A estas palabras se arroja con la rapidez del relámpago sobre la escolta sarracena, la sorprende, desbarata y dispersa, se reune á su ejército, da una parte de él á Nicetas, el cual ataca á Muselima, hace levantar el sitio de Amorio, y obliga á los árabes á retirarse á Capadocia. Pónese Leon al frente de las demas tropas y marcha á Nicomedia, encuentra al hijo de Teodosio que mandaba la guardia imperial, le vence en una sangrienta batalla y le hace

prisionero. Teodosio no era capaz de luchar con un competidor tan terrible. El senado le suplicó que ahorrase al imperio una guerra civil renunciando el cetro; y como reinaba á su pesar, cedió fácilmente á los votos de los senadores, y dejó sin sentimiento un trono en que no podia sostenerse. El patriarca le prometió en nombre de Leon, que se le perdonaria la vida; pero se le exigió que él y sus hijos se hiciesen sacerdotes. Este príncipe, mas bien libertado que privado del cetro, vivió tranquilo en Efeso, entretenido en copiar con letras de oro los Evangelios y rezos de la Iglesia. Su epitafio es mas notable que su reinado: mirando la muerte como el remedio de todos los males mandó que se grabase en su sepulcro esta palabra sola, *Sanidad*. Leon, despues de un triunfo tan fácil, entró pacíficamente en Constantinopla por la puerta Dorada. Los habitantes le recibieron con los trasportes de alegría y de esperanza que escita casi siempre un nuevo reinado. Al dia siguiente fue coronado por el patriarca, en cuyas manos juró mantener los decretos de los concilios y las decisiones de la Iglesia.

Leon III, emperador. (717.) El oriente se veia en fin, despues de tantos reina-

dos miserables, bajo la autoridad de un guerrero capaz de defenderle contra sus enemigos, de retardar su caida y de levantarle de entre sus ruinas: tal era á lo menos la esperanza pública; pero si Leon no desmintió en el trono la idea que habia dado de su valor en los campos de batalla, no correspondió en otros puntos á la espectacion general.

Sus grandes cualidades fueron manchadas con grandes defectos: su pertinacia en materias de religion fue causa de un cisma pernicioso: embriagóse con la copa del poder: quiso gobernar las conciencias como mandaba las tropas, y con los yerros capitales que cometió, separó de sus intereses la Italia, y preparó, aunque de lejos, el nuevo imperio de occidente.

Mientras Constantinopla era toda fiestas por el advenimiento de Leon, gozaba Roma de una tregua con que aliviaba pasageramente los males de tantos años: Ariperto II, que ascendió al trono por medio de un asesinato, gobernó sus pueblos con justicia, y restituyó á la iglesia de Roma las tierras usurpadas por los lombardos. Algunos autores han escrito que en esta época el territorio romano era patrimonio de san Pedro, y que Ari-

perto le agregó una parte del Piamonte. Es verdad que las iglesias poseian en diferentes paises tierras propias, procedentes de donaciones, á las cuales daban el nombre de los santos titulares; pero tambien lo es que poseian estos bienes como simples particulares bajo la soberanía del príncipe, y destinaban una parte de sus rentas á los pobres, y lo demas á la fábrica del templo. Pipino, rey de Francia, fue el primero que dió á los sumos pontífices una soberanía temporal. Y así es que el papa san Gregorio el grande escomulgó á los administradores del patrimonio de san Pedro, porque afectaban ser independientes, y no querian reconocer la autoridad del emperador ni de sus magistrados. Ariperto murió ahogado en el Tesino. Ausprando, que entonces le hacia guerra, pretendió sucederle; pero los pueblos, amantes de su memoria, eligieron á Luitprando, su hijo, que fue el mejor rey de los lombardos. Era justo, virtuoso, clemente, y aunque sin estudios, no menos hábil en las negociaciones que en la guerra. Sus leyes mantuvieron la abundancia y la paz en el reino, y sus armas estendieron sus límites. Gregorio II, su émulo en talentos y virtudes, brillaba enton-

ces en la silla pontifical. Este papa separó la ciudad de Cúmas de los estados del duque de Benevento, y logró por algun tiempo conservar al emperador Leon adicto á la doctrina católica.

Sitio de Constantinopla por el califa Soliman. (718.) Al mismo tiempo descargaba sobre este príncipe una terrible tempestad. El califa, rabioso de haber contribuido á su grandeza sin sacar de ella ninguna utilidad, vino á sitiar á Constantinopla con innumerable ejército. Leon recurrió á las negociaciones, y el orgulloso árabe le respondió: «No se transige con los cautivos, ni se trata con los vencidos. Ya he señalado la guarnicion que ha de quedar en la plaza. No te queda otro arbitrio que el de someterte á mi poder.» Leon respondió á esta insolencia con la victoria. La escuadra sarracena que estaba á la vela, fue dispersada por un huracan. El emperador aprovecha este momento favorable: sale con buques ligeros y brulotes, atraviesa audaz por medio de la escuadra enemiga, y arrojando sobre ella el fuego griego, la reduce á cenizas. Este buen suceso anima á los sitiados: el valor del príncipe se comunica á todos los habitantes: rechazan porfiadamente los asaltos redo-

blados de los árabes, y los obligan á encerrarse en su campamento.

Estos reveses apresuraron la muerte del califa Soliman. Sucedióle su sobrino Omar. El invierno de 718, el mas rigoroso que se habia conocido en aquellos paises, cubrió la tierra de nieve por el espacio de 110 dias. La fuerza del frio reprimió el ardor de los ataques.

Levantamiento del cerco de Constantinopla. (719.) Por la primavera llegaron dos nuevas escuadras, una de Egipto y otra de Africa, para reforzar á los musulmanes; pero los marineros, oficiales y soldados de aquellos paises, cuya conquista y conversion era reciente, se desalentaron apenas vieron la miserable situacion del ejército del califa. Los egipcios dieron el ejemplo de la defeccion, separándose de los árabes y entrando en el puerto de Constantinopla. Leon hace una nueva salida con su escuadra, y coge, quema ó echa á pique el resto de los buques enemigos. Muselima, que no tenia víveres, envió á talar el Asia numerosos destacamentos. Leon envió tropas, que les pusieron emboscadas, y acabaron con ellos.

La abundancia reinaba en Constantinopla, y el hambre en el ejército sitia-

dor. En fin, Muselima, vencido de la escasez y del valor de Leon, levantó el sitio y se retiró. Un ejército de búlgaros le persiguió en su retirada, y le venció matándole 22.000 hombres, y una tempestad destruyó los restos de la marina musulmana. La capital de oriente celebró este triunfo con el mayor júbilo, y comparó su libertador á los héroes mas ilustres de la antigua Roma. El califa, en el primer movimiento de su cólera, mandó matar á todos los cristianos que no abrazasen la ley de Mahoma: sus ministros, menos bárbaros que él, desarmaron su enojo, y revocó tan sanguinario edicto; pero desde esta época los discípulos del Evangelio estuvieron sometidos en el imperio musulman á leyes tan injustas como humillantes, que existen todavía; entre ellas una, que prohibe á los tribunales admitir el testimonio de un cristiano contra un mahometano. El califa, que no habia podido vencer á Leon, solicitó convertirle, y le escribió una larga carta para mostrarle la verdad del alcoran, y moverle á que abrazase un culto, segun decia, mas puro y racional que el que profesaba. Sus predicaciones, como debia esperar, produjeron tan buen efecto como sus armas. El sitio de Constantino-

pla habia esparcido el terror en Grecia y en Italia; y creyendo cierta la ruina del imperio de oriente, se esperaba á cada instante ver el occidente invadido por los sarracenos. Sergio, que mandaba en Sicilia, formó el proyecto de hacerse independiente, y para sondear los ánimos, hizo primero que algunos descontentos proclamasen emperador á Tiberio, uno de sus lugartenientes. Las miradas vigilantes de Leon se estendian hasta las partes mas lejanas del imperio: informado de la conspiracion, envió á Sicilia un oficial llamado Paulo, el cual desacreditó las falsas noticias, alentó á los tímidos, desconcertó á los conjurados, los prendió, y envió sus cabezas al emperador. Solo Sergio, autor de la trama, tuvo la habilidad de justificarse. Otra conjuracion amenazó la vida del príncipe. Anastasio, fastidiado de vivir en el destierro, formó el designio de recobrar el trono, para lo cual le prestó el rey de los búlgaros 5.000 libras de oro. Algunos de sus antiguos cortesanos que habian conservado sus destinos, prometieron favorecerle: el patricio Sisinio, que era uno de ellos, reunia ya buques y tropas búlgaras para egecutar la empresa. Leon se anticipó, envió al supli-

cio los oficiales que le hacian traicion, y ganó á fuerza de dinero al rey de los búlgaros. Este puso en su poder á Sisinio, á Anastasio y al arzobispo de Tesalónica, que fueron degollados en el Hipodromo. Todas estas conspiraciones, que se sucedian unas á otras, hicieron recelar al emperador de la suerte de sus hijos; y con la esperanza de que Constantino, el mayor de ellos, fuese mas respetable á los pueblos y asegurase la herencia del trono, le asoció al imperio, despues de haberle bautizado, siendo sus padrinos los senadores y empleados de mas dignidad. Los judíos, tenaces siempre en su culto y en sus esperanzas, á pesar de su ruina, proclamaron un mesías, y levantaron el estandarte de la rebelion. El emperador reprimió este esceso, cosa justa y fácil; pero despues les mandó, sopena de muerte, recibir el bautismo; órden inicua é insensata. Los miserables aparentaron obedecer, y profanaron un sacramento que detestaban.

Leon, acostumbrado á vencer, no sufria resistencia. Persiguió á los montanistas, y aumentó con la violencia la ostinacion de estos sectarios.

Conquista de Cerdeña por los sarracenos. (723.) La guerra contra los mu-

sulmanes continuaba siempre: los árabes se apoderaron de Cerdeña. Jesid, sucesor de Omar, reinó cuatro años, y dejó el cetro á su hermano Heicham: este peleó con los romanos en las llanuras de Siria, fue vencido, y se encerró en Damasco. Muselima reparó este revés con algunas victorias parciales.

Edicto de Leon contra el culto de las imágenes. (726.) El oriente hizo sin batalla una conquista estraordinaria y nueva: un volcan subterráneo estalló en el Archipiélago, á 27 leguas al norte de la isla de Creta, y sacó del seno del mar la isla de Santorin, hoy famosa por sus vinos esquisitos.

Hasta esta época mereció Leon la admiracion pública como príncipe y como guerrero; pero manchó ambas glorias, queriendo añadir á ellas la de teólogo. Él culto de las imágenes le parecia supersticioso y contrario á la pureza de la fe evangélica, y resuelto á proscribirlo, convocó el senado. «Para mostrar, dijo, mi gratitud al Señor por los beneficios que le debo, quiero abolir la idolatría introducida en la Iglesia por el culto de las imágenes. El pueblo fanático las confunde con la divinidad, y no son mas que ídolos. Como gefe de la religion y del

imperio, debo reformar tan vergonzoso abuso.» Despues leyó un edicto dirigido á destruir lo que él llamaba superstición sacrílega; y en desprecio de las antiguas costumbres, mandó al senado que lo archivase sin deliberar. Esta medida temeraria escitó grandes turbulencias en el imperio. Los que por adhesion, convencimiento ó interes seguian la doctrina del emperador, atacaron con furia, é insultaron y destruyeron sin respeto las santas imágenes. Llamóseles iconoclastas ó *rompedores de efigies*. Solo respetaron la cruz. Los adversarios defendieron con el mayor celo los objetos de su antigua veneracion. Leon conoció muy pronto cuan peligroso es atacar la creencia de los pueblos. El patriarca Germano y el papa Gregorio, indignados de una innovacion tan atrevida, resisten al emperador, y le demuestran que los cristianos veneran las imágenes y no las adoran. Leon responde á sus argumentos con rigores y venganzas: todo el occidente se subleva contra el edicto imperial: Gregorio escribe con vigor al monarca, y le advierte que los príncipes no tienen derecho para decidir en materias de fe; y al mismo tiempo sostenia la causa de los calabreses y sicilianos, que rehusa-

ban someterse á una nueva capitacion impuesta por el emperador. Leon, fatigado de esta resistencia, quiere deponer al papa, y hace tramar en Roma una conspiracion contra él. La plebe se adhiere al partido del pontífice, y da muerte á los conjurados. El duque Paulo llama en su socorro las tropas de Ravena; pero los romanos, toscanos y lombardos toman las armas, é inutilizan sus esfuerzos. Gregorio, no queriendo por entonces llevar mas adelante su triunfo, apaciguó la sedicion: su dependencia fue mas aparente que verdadera, y desde entonces la santa sede fue tan amada de los italianos, como aborrecido el trono imperial.

Conspiracion de Cosme. (727.) El descontento que escitaba en todas partes la tiranía del emperador, obligó á los griegos á salir de su inercia habitual: sublevaronse y eligieron por emperador á un oficial llamado Cosme, que no tardó en presentarse con una escuadra delante de Constantinopla. El valor de Leon y el fuego griego destruyeron las armadas y la esperanza de los rebeldes. Cosme y su lugarteniente Estévan fueron presos y degollados. Una amnistía completa aseguró y desarmó á sus partidarios.

Los musulmanes, al favor de estas turbulencias, cercaron á Nicéa; pero el valor de los habitantes los obligó á levantar el sitio. El emperador persistia siempre en el proyecto de forzar las conciencias. En vano procuró que los venecianos abrazasen su partido: estos respondieron que nunca irian contra la santa Sede. Las ciudades de Rímini, Fano, Pésaro y Ancona se sublevaron contra el exarca, y cada una de ellas eligió un duque. Solo el de Nápoles se mostró dócil á las órdenes de Leon. Púsose al frente del ejército con su hijo, y marchó contra Roma. La noticia de su llegada produce una revolucion: el valor, desterrado por tanto tiempo de la antigua capital del mundo, parece renacer; los romanos, que habian entregado sin resistirse á los bárbaros mas despreciables sus riquezas, su sangre, su gloria y su independencia, se arman ahora para defender su religion: salen de la ciudad, dan batalla á los napolitanos, y los derrotan con muerte del duque y de su hijo.

Victoria de los venecianos contra los lombardos. (729.) El rey de los lombardos, aprovechándose de esta ocasion favorable á sus designios ambiciosos, afec-

tó un celo ardiente por la causa del papa, se apoderó de Ravena, tomó á Narni en el ducado de Roma, entregó esta ciudad á la iglesia romana, y fue aceptada. El exarca, retirado en Como, promovió en Roma una nueva conspiracion contra el pontífice por medio de sus agentes; pero el pueblo salvó segunda vez á su obispo del furor de los conjurados. La amistad del lombardo inspiraba á Gregorio mas temores que esperanzas: el sábio pontífice penetraba su secreta intencion, y miraba la conquista de Ravena como preludio de la de Roma. En esta situacion crítica imploró el socorro de los venecianos: el dogo Orso, accediendo á su ruego, armó una escuadra, desembarcó las tropas, y cayendo de improviso sobre el ejército del rey Luitprando, lo venció, hizo prisionero á su sobrino, echó á los lombardos de Ravena, y no atreviéndose á ofender al emperador, entregó la ciudad al exarca Eutiquio. El rey lombardo, indignado de su derrota, hizo alianza con el exarca, y se acercó á Roma. Este nuevo peligro obligó al papa á implorar el auxilio del famoso Cárlos Martel, que bajo el nombre del rey Tierry IV gobernaba entonces la Francia. Asi los yerros de Leon fueron causa

de que Roma volviese sus miradas hácia el norte, y tomase la costumbre de llamar á Italia los franceses, menos peligrosos para ella por su lejanía, que los imperiales y los lombardos. No obstante, la mediacion de Cárlos fue entonces inútil por una circunstancia imprevista. Cuando ya el ejercito coligado ocupaba las praderas de Neron, y Roma se creia perdida sin remedio, el animoso Gregorio, al frente de su clero, se presenta en el campamento del rey de Lombardía. El espectáculo de la cruz, la pompa de la comitiva, el aspecto venerable del pontífice, revestido como su clero de los ornamentos sacerdotales, sorprende, enternece y desarma á Luitprando. En vano el exarca procura irritarle: el príncipe, rendido y arrebatado por la elocuencia del papa, se arroja á sus pies, le sigue al Vaticano, se despoja de sus ornamentos reales, los pone junto al sepulcro de los apóstoles, y suplica al papa que le perdone, le alce la escomunion fulminada contra él, y le conceda su amistad. El pontífice le levanta y abraza: los temores cesan, el odio se estingue, la paz se firma, y Gregorio queda vencedor de los dos ejércitos, de los cuales el uno se retiró á Pavía, y el otro á Ra-

vena. Demasiado hábil para no conocer que su gloria podia escitar la envidia, y que solo la moderacion consolidaria su triunfo, persuadió él mismo á los romanos que reconociesen la autoridad del exarca; pero solo cedió la sombra de ella, y se reservó la realidad.

Poco tiempo despues los toscanos eligieron por emperador á un hombre desconocido, llamado Tiberio, el cual al frente de los sublevados marchó contra Roma. El exarca, que habia licenciado sus tropas, se consternó: Gregorio le anima, sube al púlpito, llama á los ciudadanos, como los antiguos cónsules, á la defensa de la patria: toman las armas á su voz: el exarca se pone á su frente, ataca al usurpador, le derrota y persigue, le coge prisionero y envia su cabeza al emperador. Los ostáculos que se oponian á las órdenes de Leon, le hicieron fanático en su heregía. El patriarca Germano, próximo ya á la edad de 100 años, se atrevió á reprenderle su injusticia: el emperador le dió un bofeton, y mandó al senado que le depusiese. Entonces el santo patriarca, despojándose del palio, dijo al tirano: «Mi persona está sometida á tus órdenes; pero mi conciencia no se rinde sino á un concilio general.» Los

soldados, dispuestos siempre á servir los caprichos de Leon, rompian en todas partes las imágenes é insultaban á los sacerdotes. Leon hizo quemar la biblioteca pública, porque sus administradores no eran de su opinion. En todas partes la tiranía escitaba rebeliones: quiso quitar un crucifijo de bronce que habia en una puerta de la ciudad: el pueblo le defendió; pero fue disipado por la guardia imperial. Las antiguas persecuciones produjeron quizá menos mártires que la de Leon.

Gregorio III, papa. (731.) Los romanos perdieron un grande hombre en Gregorio II. Sucedióle Gregorio III, y en su pontificado se irritó mas la querella entre la santa Sede y el imperio.

Nuevos ataques de los árabes multiplicaron las desgracias del reinado de Leon; y como las lides religiosas ocupaban entonces su atencion mas que las políticas, dejó á sus lugartenientes el cuidado de rechazarlos. Los sarracenos penetraron en Paflagonia y derrotaron un ejército romano. Los turcos forzaron las puertas Caspias; pero Muselima los arojó al otro lado del Cáucaso.

Division primera de la iglesia griega y latina. (732.) El papa reunió un con-

cilio en Roma, y en presencia de la nobleza y del pueblo declaró separado de la comunion de los fieles á todo el que faltase al respeto debido á las imágenes. Esta decision pareció al príncipe una injuria intolerable; y asi encargó al duque de Sibira que saquease á Ravena, tomase á Roma, destruyese todas las imágenes y trajese encadenado al pontífice á Constantinopla. El general desembarca en Italia al frente de un poderoso ejército. Las mugeres, viejos y niños se cubren de sacos y cilicios: resuenan sus gemidos en todos los templos; mas luego sucede el furor á la consternacion: los ciudadanos toman las armas, fingen huir á la vista del enemigo: ponen una celada á los imperiales, caen sobre ellos, los destrozan y echan á pique sus navios.

Esta derrota llevó al estremo la rabia de Leon. Quitó á la jurisdiccion de la iglesia de Roma las de Grecia, Macedonie é Iliria, y las sometió al patriarcado de Constantinopla. Asi comenzó la division funesta entre la iglesia griega y la latina.

Conspiracion de un impostor. (739.) Desde esta época ningun suceso brillante consoló á Leon de sus infortunios. Durante seis años continuaron impunemen-

te los sarracenos sus correrías en Asia. El califa, protegiendo á un impostor, que se decia hijo de Justiniano II, le coronó en Jerusalen y le socorrió con tropas; pero el ejército imperial le derrotó y dió muerte. Leon dió por muger á su hijo Constantino la hija del kan de los cosaros. Esta princesa, admirable por su talento y hermosura, recibió en el bautismo el nombre de Irene.

Los vínculos que unian á Roma con el imperio, se relajaban cada dia. En 741 hizo el papa un acto de soberanía, sin ejemplo hasta entonces; y fue enviar una solemne embajada á Carlos Martel para obtener su apoyo, enviándole en regalo las llaves del sepulcro de san Pedro, y una parte de las prisiones del santo apóstol. Baronio, hablando de los temores y gemidos de Gregorio III, dice «que este pontífice sembró en lágrimas, y sus sucesores segaron en alegría.» Al mismo tiempo recibió Carlos las diputaciones del senado y pueblo romano, que le confirieron el título de cónsul y patricio. Carlos envió al papa el abad de Corbie y un monge de san Dionisio con ricos presentes; pero rehusó el auxilio que se le pedia, por no desguarnecer la Francia ni descontentar al rey de los lombardos,

que le habia ayudado á vencer á los sarracenos. Aquel mismo año murieron tres hombres célebres, Gregorio III, Carlos Martel y Leon. Este emperador murió de hidropesía, despues de un reinado de 24 años: su fanatismo mancilló su gloria, y los delirios de dogmatizante borraron la memoria de las hazañas de guerrero.

Constantino V Copronimo, emperador. (741.) El trono á que ascendió Constino solo brillaba por la memoria de su antigua grandeza, y estaba rodeado de estragos y ruinas. Los sarracenos, dueños de Siria, Persia, Palestina, Egipto y Africa, despues de conquistada la España se habian adelantado hasta el centro de Francia, y hubieran subyugado este reino, si el valor de Carlos Martel, y la gran batalla que les ganó, no hubiese opuesto al torrente un dique invencible. Sin este héroe la Europa gemiria hoy, como el oriente, bajo el alfange mahometano. La Italia no estaba ligada al imperio sino por los recuerdos y un resto de temor. Gregorio II habia acostumbrado la tiara á oponerse á la corona. Gregorio III hizo mas: ofreció á Carlos Martel la ciudad de Roma; y el no haberla admitido fue la sola causa de que los emperadores conservasen por algun tiempo una apa-

rente soberanía sobre aquella capital.

Leon, rompiendo las imágenes, quebrantando las antiguas costumbres y desmembrando la jurisdiccion espiritual de la santa Sede, se habia hecho odioso á los pueblos de Italia, nunca defendidos y siempre vejados por los emperadores de oriente, despreciados como débiles, temidos como tiranos y aborrecidos como hereges. Zacarías, sucesor de Gregorio III, miraba como enemigos suyos tanto á los griegos como á los lombardos. Para defenderse contra unos y otros se adhirió á los franceses, y preparó, de acuerdo con la opinion pública, la grande revolucion que fundó poco tiempo despues el nuevo imperio de occidente. Ningun príncipe era menos capaz que Constantino de sostener la autoridad imperial en tan críticas circunstancias. Este monarca orgulloso, violento é impio, burlándose de las costumbres en un siglo religioso, despreciaba todos los cultos, insultaba á los santos, prohibia honrar sus reliquias, y ultrajaba con espresiones sacrílegas á la virgen Madre de Dios, comparándola indecentemente á una bolsa, de que no se hacia caso, cuando habia salido de ella el oro que tenia. Al escándalo de sus discursos se añadia el de las mas

bajas deshonestidades. Estravagante y sucio en sus aficiones, se perfumaba con estiércol y orina de caballo, é incitaba á sus cortesanos á que le imitasen. Este estraño capricho hizo que se le diese el sobrenombre de *Coprónimo*. Otros dicen que se le puso el patriarca, porque al recibir el bautismo manchó con su orina el agua bendita. La historia para ser verídica debió descender á estas vergonzosas circunstancias, cuando tuvo que describir los tronos y los pueblos degradados y envilecidos por la servidumbre.

Rebelion de Artabaso y batalla de Sárdes. (743.) Los escesos de Constantino, su odio contra Dios, su pasion á la mágia, sus violencias contra los sacerdotes, le grangeáron muchos enemigos. Artabaso el europalato, que estaba casado con Ana, hermana del emperador, creyó que podria destronar fácilmente á un monarca tan despreciable. El emperador sospechando sus designios, le pidió sus hijos por rehenes. Artabaso, no reparando ya en nada, sublevó el ejército que mandaba, y marchó contra su cuñado. Constantino asustado huyó á la Frigia; pero por desgracia del imperio, Longino y Sisinio, generales valientes, determinaron conservarle el cetro que aban-

donaba y que era indigno de llevar.

Entretanto el patriarca, convocando el pueblo de Constantinopla, declara ante él, que ha oido á Constantino renegar de Jesucristo. La plebe indignada pronuncia la sentencia de deposicion, y proclama emperador á Artabaso, el cual se apoderó de palacio y restableció en la ciudad el culto de las imágenes. Longino y Sisinio, habiendo reunido nuevas tropas, restituyen á Constantino el valor y la esperanza, y vuelve á presentarse al frente de un ejército. Los dos rivales, igualmente indignos del imperio, imploran con bajeza el auxilio del estrangero y los socorros de Valid II, hijo de Hescham. El árabe orgulloso, que los despreciaba, desecha ambas solicitudes, se aprovecha de la discordia y devasta el Asia. Poco tiempo despues Constantino encontró á Artabaso cerca de Sárdes, y le dió batalla. La habilidad de Sisinio decidió la victoria, y Artabaso fue derrotado. Nicétas, su hijo, tuvo igual suerte en Bitinia. Entonces se renovaron todos los horrores de las guerras civiles: la discordia reinaba en las familias, y ni aun la oscuridad aseguraba el sosiego. El imperio, destrozado por la discordia y saqueado por los sarracenos, nada en sangre: los

dos partidos despreciaban igualmente la humanidad, la justicia, la religion, y de ambas partes se combatia con furor por dos príncipes que deshonraban el trono, el uno por sus vicios y el otro por su incapacidad. En fin, despues de muchos combates con vario suceso, Constantino sitió la capital, destruyó la armada enemiga, hizo prisionero á Nicétas, le mandó degollar al pie de las murallas y tomó por asalto la plaza. Artabaso se hizo fuerte en un castillo, se rindió por capitulacion, y se le sacaron los ojos. El emperador no tuvo la menor indulgencia con los partidarios de su enemigo: unos fueron muertos, otros mutilados. Sisinio habia logrado que se conservasen al patriarca su vida y dignidad; pero á pesar de esta promesa, fue paseado en un asno, espuesto á los insultos de la soldadesca y privado de la vista. No faltaba al feroz Constantino, para ser el mas vil de los mónstruos, sino la ingratitud; y dos meses despues de haberle Sisinio restituido al trono, le arrancó los ojos. Esta guerra cruel acabó con la flor del ejército romano, y el triunfo del emperador fue bajo todos aspectos un largo duelo para el imperio.

Ruina de la dinastia de los Omnia-

des. (750.) La Providencia, que aun no habia señalado la hora de la caida del imperio griego, lo salvó en el momento mismo que parecia inevitable su perdicion. La discordia dividió nuevamente á los árabes. Los descendientes de Abbas, tio de Mahoma, se habian rebelado contra los Ommiades algunos años antes. Despues de una lid larga y sangrienta Abul-Abbas, habiendo vencido y muerto á Mervan, hijo de Valid, subió al trono. Su dinastía, que es la de los abbasides, reinó 523 años. Abul-Abbas dejó á Damasco, y puso su corte en Caldea. Su hermano Almanzor, que le sucedió, edificó junto al Tigris la famosa ciudad de Bagdad, residencia en lo sucesivo de los califas abbasides. Como la guerra prolongada que destruyó la estirpe de los ommiades habia debilitado á los sarracenos, Constantino, aprovechándose de esta circunstancia, venció á los árabes, recobró una parte de la Comagene, y los arrojó de Chipre. Pero el Asia parecia entonces condenada á no gozar de ningun sosiego. El azote de la peste se unió á la avaricia y á las concusiones de los magistrados del emperador, para asolarla y despoblarla.

Jamas hubo en los anales del mundo

una época mas cruel para las naciones, ni mas tempestuosa para los príncipes. El alfange mahometano destruia las ciudades, devastaba los campos, arruinaba los tronos, violentaba las conciencias, y derramaba en todas partes el terror y la servidumbre. Los guerreros del norte destruian las últimas reliquias del imperio romano, reducian á esclavitud los antiguos señores del mundo, destrozaban sus monumentos, arrojaban de Europa las artes y las ciencias, y la sumergian en la mas profunda ignorancia: solo brillaban la antorcha del fanatismo y las espadas de un gran número de príncipes y señores, siempre divididos entre sí; pero siempre armados contra los tronos y los pueblos. En este siglo de barbarie la ambicion debia temer el poder supremo mas bien que desearlo, porque no era grande la distancia del palacio á la cárcel, y del trono al cadalso. Casi todos los monarcas perecian violentamente: los califas, por la cimitarra ó el puñal: en Constantinopla, por el puñal ó por la pérdida de la vista. En occidente se cortaba el cabello á los príncipes que sobrevivian á su caida, se les encerraba en monasterios, y muchas veces se les sacaban los ojos. El mundo estaba trastornado con

frecuentes revoluciones, y bajo Constantino y su hijo se consumó la que habian preparado en Italia los yerros de Leon.

Ruina de la dinastía de los Merovingios en Francia. (752.) El papa Zacarías conservó hábilmente su autoridad, manifestándose sumiso á Constantino, y amenazando con las venganzas celestiales á Hildebrando, rey de los lombardos y sucesor de Luitprando. Batchis, que sucedió á Hildebrando, se mostró al principio mas formidable: amenazó á Roma y sitió á Perusa; pero Zacarías vino á su presencia, y le habló con tanta uncion y energía, que el rey lombardo, pasando súbitamente del furor al arrepentimiento, y del orgullo á la humildad, puso su corona á los pies del pontífice, recibió de él el hábito de monge, y se retiró al monasterio de Monte Casino. Aquellos guerreros, feroces y religiosos á un mismo tiempo, mostraban á los papas, ya la áspera altivez de un déspota y de un conquistador, ya la sumisa docilidad de un catecúmeno. Astolfo, que ciñó entonces la corona de Lombardía, pareció menos devoto y mas ambicioso, y como su intencion era someter la ciudad de Roma á su dominio, la santa Sede se vió

obligada á implorar contra él la proteccion de Francia.

En aquel tiempo los franceses, siempre amantes ó de la libertad ó de la gloria, estaban cansados del poder arbitrario que ejercian los gobernadores de palacio con el nombre de los reyes llamados *holgazanes*. Destronaron, pues, esta prosapia degenerada. Pipino, gobernador de palacio, heredando el respeto que las hazañas de su padre Cárlos Martel habian inspirado á la nacion, encerró á su soberano en un convento y se apoderó del trono. Para hacer mas sagrada su nueva autoridad añadiendo al voto del consentimiento nacional el de la religion, solicitó que el papa le reconociese y coronase. Zacarías tenia tambien necesidad de su socorro para asegurar su independencia, y asi declaró que era justo que Pipino tuviese el título de rey, pues ejercia el poder como tal. Asi que, Childerico III, el descendiente de Clodoveo, recibió la tonsura, Pipino la corona, y Zacarías y la Iglesia una soberanía temporal. Entretanto Astolfo, conociendo que esta nueva alianza se dirigia contra él, rompió la paz, y declaró su designio de conquistar y destruir á Roma. Apoderóse primero de Ravena y abolió el exar-

cado que habia durado 185 años, débil y mezquina imágen del antiguo imperio de Roma. Zacarías murió, y tuvo por sucesor á Estévan II, el cual logró por su destreza concluir una paz, que debia durar 40 años, y que fue rota cuatro meses despues.

Victoria de Pipino contra los lombardos. (754.) El rey lombardo pidió que Roma le reconociese francamente por soberano suyo: el papa procuró en vano apaciguarle. El emperador Constantino, orgulloso por algunos triunfos conseguidos contra los sarracenos, creyó que su nombre solo era bastante para detener al rey de Lombardía: sus fuerzas eran muy cortas para defender con un ejército la Italia. Envió pues á Juan, silenciario de su palacio, para que intimase á Astolfo que le restituyese la ciudad de Ravena. El lombardo continuó su marcha, y solo dió al embajador respuestas insignificantes. El terror dominaba en Roma: el clero hizo rogativas, y el pueblo le seguia con los pies descalzos, llevando pendiente de una cruz el tratado violado por Astolfo. Estévan escribió á Pipino y á los magnates de Francia implorando su socorro. Pipino solo le prometió un asilo: el papa fue á Pa-

vía, no pudo convencer al lombardo, y solo consiguió el permiso de pasar á Francia. Cárlos, hijo del rey de los franceses, tan conocido despues con el nombre de Carlo-magno, salió á recibirle, y su padre prometió á los sucesores de san Pedro el exarcado y la Pentápolis. En premio de este servicio Estévan le relevó de sus juramentos, le absolvió y consagró, como tambien á la reina y á sus dos hijos: puso pena de excomunion á todos los señores que pretendiesen destronar la dinastía reinante: concedió á Pipino y á sus hijos el título de patricio de Roma. El rey juntó un parlamento en Querey sobre el Oisa, y á pesar de la oposicion de muchos señores hizo que se resolviese la guerra contra Astolfo en el caso de que este príncipe se opusiese á la ejecucion del último tratado con Roma. Pipino intimó al rey de los lombardos que restituyese las tierras conquistadas; y habiéndose negado á hacerlo, los franceses pasaron los Alpes, derrotaron completamente el ejército de los lombardos, persiguieron á Astolfo, le sitiaron en Pavía, y le obligaron á capitular y á entregar al papa el exarcado y la Pentápolis, á pagar un tributo anual, y á dar 40 rehenes. Mientras que la Italia se

perdia, Constantino se entregaba pacíficamente al cuidado de nombrar un patriarca y convocar un conciliábulo que proscribió el culto de las imágenes.

Apenas el rey de Francia volvió á á sus estados, Astolfo, no respetando su juramento forzado, volvió á tomar las armas y á sitiar á Roma. Estevan envió al rey de Francia una carta que decia escrita por san Pedro, invocando su auxilio contra los enemigos que pretendian robar á la Iglesia sus bienes. Pipino la creyó auténtica ó fingió creerla, y pasó de nuevo los Alpes. Astolfo amedrentado no se atrevió á pelear, levantó el sitio de Roma, se encerró en Pavía y pidió la paz. El abad Fulrade, comisario frances, acompañado de los comisarios lombardos, tomó solemnemente, en presencia de Astolfo y del papa, posesion del exarcado. Despues de esta ceremonia fue á Roma, y depositó el acta de donacion y las llaves de las ciudades sobre el sepulcro de san Pedro. Así fue como la santa silla adquirió el dominio de tres provincias y de 22 ciudades. Otras iglesias obtuvieron principados, algunos monasterios señoríos: el poder espiritual tuvo una existencia política, y el occidente, cansado de ruinas, de-

vastaciones y tiranías, no quiso ser gobernado sino por el principio religioso, que lo habia consolado en sus infortunios, defendido de las agresiones de los bárbaros, y conservado los restos de la sabiduría y de las artes de Grecia y Roma. Muchos autores dicen que Pipino en esta donacion concedió solamente la propiedad de las tierras, reservándose la soberanía: otros, que esta soberanía ilusoria se conservó por algun tiempo al emperador de oriente, y se fundan en que hasta la coronacion de Carlo-magno los pontífices fechaban sus cartas por los años de reinado de los emperadores de Constantinopla; en que el senado y pueblo romano, escribiendo á Pipino, llamaban al papa su pastor y no su señor. Esta cuestion es de nombre: basta saber que el poder verdadero residia en la santa Sede.

Desiderio, rey de los lombardos. (756.) Poco tiempo despues pereció Astolfo, muerto por un jabalí: Ratchis, el rey anterior, fastidiado del claustro, quiso subir al trono; pero Desiderio, duque de Istria, apoyado por las tropas y favorecido por el papa, fue quien obtuvo el cetro de los lombardos.

Muerte del papa Estévan. (757.) Ca-

si al mismo tiempo murió el papa y le sucedió su hermano Paulo. Entonces no poseian los emperadores en Italia mas que las ciudades de Nápoles y Gaeta, y las provincias de Pulla y Calabria.

El poder de Pipino inspiraba tanto respeto, que el emperador, el papa y el rey de los lombardos, en lugar de atreverse contra él, solicitaban á porfia su amistad.

Victoria de Constantino contra los búlgaros. (763.) Constantino, abandonando toda esperanza de reparar sus pérdidas en Italia, reunió contra los sarracenos todas las fuerzas del imperio, y consiguió sobre ellos algunos triunfos. Venció tambien á los esclavones; pero fue derrotado por los búlgaros: bien que algunos años despues vengó su derrota en una gran batalla que duró todo el dia, y los venció completamente; mas afeó su victoria haciendo degollar en el circo á los prisioneros.

Este tirano desconfiado y cruel mandó prender por solo sospechas á 19 oficiales de palacio: se les llevó encadenados al Hipodromo; y antes de degollarles, el mismo Constantino incitaba el pueblo á que los insultase. Entre estos víctimas habia dos patricios

y un comandante de la guardia.

Embajada de Constantino á Pipino. (767.) El emperador, con la esperanza de sembrar la discordia entre franceses y lombardos, envió seis patricios á Pipino como embajadores, á pedirle la mano de su hija Gisela para Leon, hijo de Constantino, y asociado al imperio: pretendia por dote el exarcado. En esta embajada iban muchos sacerdotes iconoclastas, diplomáticos poco diestros y hereges ostinados, que en vez de conciliar los ánimos, suscitaron una nueva cuestion, y con ella el cisma de la iglesia griega. Acusaron á los latinos de heregía porque confesaban la procesion del Espíritu Santo, del Hijo y del Padre: Los legados del papa sostuvieron la fe de la Iglesia, y la disputa giró á un mismo tiempo sobre los intereses políticos y los dogmas religiosos.

La embajada, pues, no surtió efecto alguno: el clero de Francia condenó la heregía de los griegos, y Pipino desechó las propuestas del emperador.

Carlo-magno, rey de Francia. (768.) La nueva grandeza de Roma era todavia dudosa y vacilante. Muerto Paulo, Toton, duque de Toscana, entró con armas en la ciudad, y obligó al pueblo á

una esposa que le trajese algun aliado útil; pero en este matrimonio se guió por su capricho mas bien que por la política, y le dió por muger una doncella de Atenas, llamada Irene, célebre despues por su habilidad, su disimulacion, su talento y sus crímenes.

Muerte de Carlo-magno. (771.) Desiderio no le imitó; antes bien pidió en casamiento á Gizela, hermana de Carlo-magno. El papa que temia esta union, escribió al rey de Francia una carta en que pintaba á los lombardos como un pueblo abominable que esparcia en Europa la lepra y la corrupcion. «Unirlos, decia, á la sangre noble de los franceses, seria mezclar la luz con las tinieblas.»

Berta, viuda de Pipino, favorecia el partido de los lombardos. A pesar de su influjo, Desiderio no consiguió la mano de Gizela; pero su hija Desiderata, llamada tambien Hermengarda, casó con Carlo-magno. Esta princesa, que debia ser un lazo de amistad, fue causa de un odio eterno. Carlos la repudió al cabo de un año: los franceses desaprobaron este divorcio, y se opusieron por algun tiempo al segundo matrimonio del rey con Hildegarda. Carlo-magno murió á la sazon: su hermano Carlos se apoderó de

sus estados; y Desiderio, enfurecido por el agravio de su hija, dió asilo á la viuda é hijos de Carlo-magno, se declaró su defensor, y comenzó la lid, que decidió con prontitud la suerte del occidente.

Adriano, papa. (772.) El papa Estévan III terminaba entonces su carrera tempestuosa. Adriano, su sucesor, siguiendo los vestigios de los papas anteriores, sacudió del todo el yugo de los emperadores de oriente. Resuelto á valerse del genio de Carlo-magno para destruir á los lombardos y afirmar la autoridad de la santa Sede, desechó la alianza que Desiderio le ofrecia. El lombardo se apodera del ducado de Ferrara, bloquea á Ravena, exige que el papa venga á Pavía y que corone á los hijos de Carlo-magno como reyes de Austrasia.

Guerra de Adriano con Desiderio. (773.) Adriano se niega á salir de Roma; Desiderio marcha con su ejército contra esta ciudad: el papa obra como soberano, y le opone tropas levantadas en Toscana, Campania y Pentápolis.

Carlo-magno dudaba si pasaria los Alpes, como en otro tiempo vaciló César en el paso del Rubicon; y asi abrió negociaciones, y ofreció á Desiderio gran suma de oro y plata, si dejaba libre al

pontifice y le restituia sus dominios. Desiderio con aquella ceguedad que precede siempre á la caida de los imperios, no quiso oir sus proposiciones. Entonces Carlos, tan rápido y espantoso como el rayo, baja del montes Cénis, derrota á Adalgiso, hijo del rey lombardo, y despues al mismo Desiderio, le persigue, le arroja de Turin y le encierra y sitia en Pavía.

Ruina de la monarquía de los lombardos. (774.) Espoleto y Ancona se entregan al papa: toda Italia tiembla de la espada de Carlos: aparece á las puertas de Roma, y el sábado santo entra triunfando en la ciudad, se postra al pie de los altares, y confirma la donacion de Pipino con un nuevo acto firmado por todos los obispos y nobles; y aun dicen que añadió los territorios de Espoleto y Benevento y alguna parte de Toscana y Campania. El nuevo Brenno, en lugar de destruir á Roma, venia á librarla. Volvió á Pavía, obligó á Desiderio á rendirse á discrecion, y lo llevó prisionero á Francia con su muger y su hija. Asi pereció la monarquía de los lombardos, á los dos siglos de su fundacion. Mientras el nuevo astro brillaba en el occidente, el Asia era á un mismo tiempo devastada por

los sarracenos y oprimida por el emperador. Lacanodracon, vil cortesano y digno ministro de Coprónimo, abrumaba los pueblos con impuestos, vendia los monasterios, obligaba á los monges á casarse y enviaba al suplicio los sacerdotes ortodoxos. El hijo de Desiderio, que se habia escapado de Verona, se refugió á Constantinopla, donde recibió el título de patricio y tomó el nombre de Teodoro. El emperador, despues de haber peleado sin ventaja alguna con los sarracenos, marchó contra los búlgaros al frente de 80.000 hombres, atravesó todo su pais sin conquistarlo y volvió á la capital mas cargado de botin que de gloria. Al año siguiente, cuando se disponia para una nueva espedicion, una fiebre ardiente y pestilencial terminó su vergonzosa vida, á los 56 años de edad y 34 de reinado. Solo los iconoclastas honraron su memoria: los católicos y la historia, de acuerdo con la justicia y la verdad, han colocado el nombre de Constantino Coprónimo al lado del de los Calígulas, Nerones y demas mónstruos que han deshonrado el cetro con sus vicios. De Irene dejó no mas que un hijo, y cinco de la emperatriz Eudoxia, su segunda muger.

Leon IV, emperador. (775.) Los ro-

manos, perdida su libertad, no supieron nunca lograr el sosiego, que es su resarcimiento. Las tempestades habian pasado desde el foro al palacio, teatro sangriento de tramas, asesinatos y revoluciones: de aqui resultaba una mudanza perpétua en los empleos, clases, caudales y aun en las mismas leyes. El favorito de un dia estaba al siguiente preso, mutilado ó desterrado. Nada era estable sino la servidumbre y la miseria. El único remedio de tantos males era fijar los límites de la autoridad con un órden de sucesion al trono reglado, hereditario é invariable, que comprimiendo la ambicion individual, hubiera sido el apoyo de la tranquilidad pública. Pero una idea tan sencilla fue la que ocurrió con mas tardanza. El universo, gimiendo largo tiempo bajo el yugo de la tiranía, prefirió el despotismo electivo á la monarquía libre y hereditaria, y por mas que hicieron los emperadores para conservar el trono en sus familias, siempre se opusieron los grandes y el pueblo, que sacrificaban gustosos todos los demas derechos por conservar el de elegir sus señores.

Leon, apenas recibió la corona, receloso de la ambicion de sus hermanos, buscó los medios de asegurar la suerte

de su hijo Constantino, que á la sazon tenia solo cinco años. Este débil príncipe no se atrevia á usar de su autoridad para asociar su hijo al trono, y quiso aparentar que se veia forzado á hacerlo. Algunos senadores que le eran afectos, le suplicaron públicamente que concediese el título de augusto á su hijo Constantino. Al principio se negó á ello; pero como los senadores gritaron que no reconocian mas emperador que á su hijo, fingiéndose vencido por sus instancias, á las cuales los príncipes añadieron hipócritamente las suyas: «Hermanos mios, les dijo, ya veis que cedo á los votos públicos y al vuestro: no olvideis que Dios mismo es el que confia mi hijo á vuestras manos.» Sus recelos no tardaron en verificarse. Nicéforo, su hermano, conspiró contra él, y descubierta la conjuracion, los cortesanos instaban al emperador que le enviase al suplicio, y aun pedian la muerte de otro hermano suyo llamado Cristóval, que amaba mucho á Nicéforo. Yo pienso al contrario, respondió el generoso Leon, y perdonó al criminal Nicéforo en favor del inocente Cristóval. Leon era justo y clemente. Telerico, rey de los búlgaros, que habia hecho al imperio una guerra ostinada, fue destronado por los

suyos y buscó un asilo en Constantinopla. El emperador, olvidando las anteriores ofensas, no hizo caso sino de su desgracia; le recibió honrosamente y le dió el título de patricio. El ejército imperial, mandado por Lacanodracon, consiguió en 780 una gran victoria de los sarracenos y de Otman, hijo del califa, que los mandaba. El general romano, mejor guerrero que ministro, dió muerte con su misma espada á Otman. Leon no gozó de este triunfo: murió de edad de 30 años, habiendo reinado cinco. No se sabe si hubiera justificado las esperanzas que dió en su juventud; porque su carácter era débil é inconstante. A los principios de su reinado toleró el culto de las imágenes, y en sus últimos dias se declaró por iconoclasta, y aun se indispuso con la emperatriz porque conservó en su aposento algunas de las efigies proscritas.

Constantino VI Porfirogeneto, emperador. (780.) Constantino, llamado *Porfirogeneto*, porque habia nacido en el palacio, tenia solo diez años cuando subió al trono, sin mas auxilio contra la turbulencia del pueblo y la ambicion de sus tios, que su madre Irene. Esta muger altanera le protegió mientras fue

obediente, y lo sacrificó cuando quiso reinar.

Su tio Nicéforo conspiró de nuevo; pero sus cómplices le hicieron traicion: todos los conjurados fueron presos, heridos con varas y obligados á recibir el sacerdocio. Irene supo mantener la tranquilidad en el imperio, contemplando á los iconoclastas y tolerando á los ortodoxos. Envió agentes suyos á Calabria con el designio de restablecer el poder de los emperadores en Italia. El papa, desembarazado ya de los lombardos, quiso librarse de los griegos, y á sus súplicas volvió á Roma el invencible Carlos. Irene no atreviéndose á pelear contra él, intentó seducirle y le envió embajadores pidiéndole su hija Rotrúdis para esposa del jóven emperador. Carlo-magno recibió favorablemente esta embajada, se hicieron los esponsales, y el eunuco Eliséo pasó á la corte de Francia para enseñarle á la princesa el idioma griego. El imperio romano estaba gobernado entonces por una muger, un niño y eunucos, y sin embargo este reinado no careció de gloria. El eunuco Juan dió batalla á los sarracenos cerca del castillo de Milo, los venció y los obligó á retirarse á Siria. Otro eunuco llamado Teodoro desembarcó en Sicilia con un cuerpo de ejérci-

to y arrojó de la isla al gobernador Elipides que se habia rebelado. Los esclavones invadieron y conquistaron la Grecia, y el eunuco Estoracio, patricio y valido de Irene, destruyó el ejército de aquellos bárbaros, y recibió en Constantinopla los honores del triunfo.

Irene, para gozar de su victoria, llevó su hijo á Atenas, y visitó con él la Grecia. Entonces emprendia su carrera victoriosa un formidable enemigo de los cristianos. Harun, hijo del califa, al frente de 100.000 sarracenos, atravesó la Bitinia, encontró cerca del Bósforo á Lacanodracon, le dió batalla, y lo derrotó tan completamente que llenó de terror á Constantinopla. A este desastre se siguió una paz vergonzosa para el imperio, pues se sometió para obtenerla á un tributo anual de 70.000 monedas de oro.

Séptimo concilio general. (787.) Ilustraron este siglo tres personages célebres: Carlo-magno, Irene y Harun al Raschid. Por mas cuidado que pusiese la emperatriz en sosegar las disputas religiosas, no pudo evitarlas enteramente. Tarasio, á quien nombró patriarca, no aceptó esta dignidad, sino á condicion de que reuniese un concilio. Los obispos iconoclastas emplearon la violencia para oponerse á la reunion del sínodo, y la guardia im-

perial los favoreció en esta rebelion. Irene, disimulando su enojo, fingió enviar esta tropa contra los sarracenos, la licenció apenas hubo pasado el Bósforo, y el séptimo concilio general se reunió en Nicéa. El triunfo de la doctrina católica fue completo: se restableció el culto de las imágenes, y se fulminó anatema contra los iconoclastas. Los ortodoxos, trasportados de alegria, dieron al emperador el nombre de nuevo Constantino, y á su madre el de segunda Helena.

La buena armonía que reinaba entre la Francia y el imperio, no fue de larga duracion. Las pretensiones de la corte de Constantinopla sobre Italia importunaban á Carlo-magno. Volvió á Roma por la tercera vez, aumentó el patrimonio del papa, se apoderó de Cápua y de otras muchas ciudades, rompió los tratos de casamiento entre Rotrudis y Constantino, y sin guardar ningun miramiento nombró rey de Italia á su hijo Pipino. Un ejército imperial desembarcó junto á Ravena, mandado por Adalgiso, hijo del último rey de los lombardos. Los franceses vencieron y mataron á este príncipe. Carlo-magno, continuando sus victorias, quitó á los griegos las provincias de Istria y Liburnia, y desterró de sus estados á los mercaderes de Venecia porque

esta república, constante en su diplomacía, reconocia siempre á los emperadores de oriente.

Prision de Irene. (790.) Carlos reinaba en Roma como en Paris, y el papa reconoció, quizá demasiado tarde, que llamando un libertador tan poderoso, se habia dado un señor. Constantino, no teniendo ya esperanza de casar con Rotrudis, tomó por esposa á una armenia llamada Maria. Sus tropas fueron vencidas en muchos reencuentros por los sarracenos y búlgaros. El príncipe habia llegado á la edad de 20 años. Los patricios Teodoro y Damian, favorecidos por Pedro, gran maestre de palacio, le aconsejaron que sacudiese el yugo de su madre, y tomase las riendas del gobierno. Irene descubre los conjurados, hace herir con varas álos conspiradores, encierra á su hijo en el palacio y exige de la tropa el juramento de no obedecer mas que á ella. La guardia armenia no quiere prestar este juramento: los demas soldados la imitan: las tropas de Francia llegan y se reunen á las demas. Constantino, restituido á la libertad, declara á su madre privada de todo poder, condena á azotes á Estoracio, valido de ella, arroja á Irene de su palacio, y le da por prision el de Eleutero, donde habia encerrado, sin saberlo

él, inmensas riquezas. El emperador, comenzando á reinar, quiso combatir, y marchó contra Cárdano, rey de los búlgaros. Esta guerra fue igualmente vergonzosa á entrambos príncipes; porque los dos ejércitos, apenas se avistaron, heridos de un mismo terror pánico, echaron á huir: el que se detuvo primero, se proclamó victorioso, y la palma fue, no para el mas valiente, sino para el menos medroso. Constantino, que la logró, consiguió algunos triunfos contra los búlgaros, y despues contra los sarracenos.

Conjuracion de Irene. (792.) Entretanto Irene, arrojada del trono, meditaba la venganza. La lejanía de la guardia armenia que estaba en el ejército, favorecia su designio. Fecunda en intrigas, seduce á los grandes, corrompe á los soldados, y gana los votos de la muchedumbre. El imprudente Constantino, despreciando los sabios consejos de Lacanodracon, y engañado por las predicciones de un astrólogo, ataca á los búlgaros en una fuerte posicion, y pierde la batalla. Lacanodracon pereció en este combate: la guardia imperial quedó destrozada: los búlgaros se apoderaron del tesoro militar y del equipage del emperador, y las reliquias del ejército huyeron hasta Constantinopla. De esta grande derrota

se originaron sediciones: los soldados vencidos se rebelan é intentan coronar á Nicéforo. Irene, para recobrar su antiguo favor, descubre esta trama á su hijo, el cual manda sacar los ojos á Nicéforo, y cortar la lengua á sus cuatro hermanos y á Alexis, comandante de las tropas de Armenia. Estos suplicios atroces sublevan á los armenios, y atacan y vencen á las tropas imperiales; pero despues son derrotados por Nicétas, que envió al suplicio los gefes, perdonó á los demas y puso fin á esta rebelion. Constantino creia que la elevacion del trono le hacia superior á todas las leyes. Enamorado de Teodota, dama de honor de la emperatriz, repudió á su muger, y á pesar de la oposicion del patriarca, se casó con su manceba. Despues de una breve espedicion á Cilicia, en la cual venció una pequeña division de sarracenos, disgustado de su nueva muger, se entregó á las mayores torpezas.

Su ambiciosa madre se alegraba interiormente del menosprecio á que le esponia su conducta: lisonjeaba sus pasiones para perderle, y al mismo tiempo escitaba contra él la indignacion pública. En fin, cuando vió todas las cosas dispuestas para el logro de su intento, una tropa de conjurados acometió al empera-

dor á su vuelta del circo: él se defiende y huye á Pilos; pero le persiguen, le prenden y le traen en una barca á la capital. La bárbara Irene hizo que le sacasen los ojos mientras dormia. Habia reinado 17 años, y nadie volvió á acordarse de él.

Irene, emperatriz. (797.) Irene, ascendiendo otra vez al trono entre las aclamaciones de un vil populacho y los gemidos de su desgraciado hijo, procuró cubrir la fealdad de sus crímenes con el esplendor de su reinado, y de hacer olvidar su usurpacion por su justicia.

Nicéforo tramó una nueva conspiracion que fue descubierta y castigada. Irene reprimió una sedicion que escitaron en Macedonia sus enemigos. El eunuco Estoracio, que habia impelido con sus consejos á la emperatriz para cometer el crimen, no gozó mucho de su favor. Sospechado de traicion y acusado ante los senadóres, antes de oir su sentencia murió de enojo vomitando sangre.

Establecimiento del nuevo imperio de occidente. (800.) Este año fue la época de una grande revolucion en el mundo, concebida por el genio de Carlomagno, preparada por los yerros de los monarcas bizantinos, anunciada por la destruccion del trono lombardo, y decidida por

la muerte de Adriano. Cárlos, patricio de Roma y soberano de Italia, obligaba ya á los pontífices á fechar los años desde la época de su patriciado. Sin embargo, los romanos, sometidos al imperio de una larga costumbre, no se atrevian aun á negarse del todo á las pretensiones de los emperadores de Constantinopla. Hubo en Roma un tumulto contra Leon, sucesor de Adriano: el papa, ultrajado por la plebe alborotada y por los grandes ambiciosos, imploró en vano la proteccion de Irene. Cárlos acogió mejor sus ruegos. Aprovechándose de esta circunstancia favorable y decisiva, vino á Roma, se presentó como señor, se constituyó juez entre el papa y sus acusadores, y pronunció en favor del pontífice que se habia justificado con juramento de los delitos que se le imputaban. Era ya imposible no recibir como dueño al conquistador que se habia recibido como juez. El dia de navidad del año de 800, el papa, los obispos, los sacerdotes y nobles de Roma pusieron en la cabeza de Cárlos una corona de oro, y le proclamaron emperador romano. Juró proteger la Iglesia: al mismo tiempo se consagró á Pipino por rey de Italia. El pueblo, siempre amante de la gloria, aun cuando gravita sobre él, confirmó con

aclamaciones de entusiasmo esta mudanza de señor. Asi comenzó el nuevo imperio de occidente. Desde esta época no daremos al de oriente mas nombre que el de imperio griego.

Irene, no pudiendo pelear con el héroe del occidente, solo opuso á su engrandecimiento quejas inútiles. Fiando mas de su destreza política que de la fuerza de sus armas, propuso á Cárlos, segun cuentan algunos historiadores, que la recibiese por esposa y reuniese de este modo bajo su poderío ambos imperios: añádese que Cárlos no desechó la proposicion, sino que el eunuco Aecio, privado de Irene, impidió la union por no perder su influencia. Otros tienen por fabulosa esta negociacion, y solo dicen que Irene envió embajadores á Carlomagno y asentó paces con él. La gloria de este grande hombre escitaba el terror, y le grangeaba los homenages de los monarcas mas poderosos. Harun al Raschid, el héroe de oriente y digno rival de Cárlo-magno, cultivó su amistad, á pesar de la oposicion de sus creencias. La emperatriz Irene, no pudiendo aspirar al renombre de conquistadora, procuraba recobrar el amor del pueblo con beneficios, y prodigaba sus tesoros para aliviar á los pobres. Pero los vicios del

eunuco Accio, su favorito, humillaban é indignaban á todos los demas ambiciosos. Otros siete eunucos conspiraron contra la emperatriz para derribarle: sedujeron con sus intrigas á las tropas, y estas proclamaron emperador á Nicéforo. Irene fue presa. Nicéforo vino á hablarla, y le prometió concederle cuanto quisiese, si le descubria sus tesoros. Engañada con esta promesa, consintió en ello. «Yo era huérfana, le dijo: Dios me ha dado un trono, del cual me he hecho indigna. Me advirtieron tu conjuracion, no la creí. Mis delitos sin duda han sido causa de mi ceguedad y de mi caida. Dios puede disponer de mi vida como de mi cetro. Solo te pido el palacio de Eleutero para vivir en él retirada y llorando mis culpas.» El emperador quebrantando su juramento, la desterró á Mitilene, donde se vió reducida á hilar para ganar su sustento: el pesar mas que los remordimientos terminó su vida á la edad de 50 años en 803; reinó 5 despues de destronado su hijo. En ella acabó el imperio romano. La opinion pública colocó á esta muger ambiciosa y criminal en el número de los mónstruos que degradaron el imperio y aceleraron su ruina.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE ORIENTE.

Capítulo VII.

Capítulo VIII.

CAPÍTULO X.

CAPÍTULO XI.

CAPÍTULO XII.

emperador. Rebelion de Artabaso y batalla de Sárdes. Ruina de la dinastía de los omniades. Ruina de la dinastía de los Merovingios en Francia. Victoria de Pipino contra los lombardos. Desiderio, rey de los lombardos. Muerte del papa Estévan. Victoria de Constantino contra los búlgaros. Embajada de Constantino á Pipino. Carlo-magno, rey de Francia. Muerte de Carlo-magno. Adriano, papa. Guerra de Adriano con Desiderio. Ruina de la monarquía de los lombardos. Leon IV, emperador. Constantino VI Porfirogeneto, emperador. Séptimo concilio general. Prision de Irene. Conjuracion de Irene. Irene, emperatriz. Establecimiento del nuevo imperio de occidente.

Fin del tomo II de la historia del imperio de oriente, I de la historia moderna, IX de la obra.








colorchecker CLASSIC
calibrite
mm